



Historias, Cuentos y Poesías del Mundo Rural 2009



ANTOLOGÍA



17° CONCURSO DE

Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural 2009



Edición, Diseño y Producción:
Fundación de Comunicaciones, Capacitación
y Cultura del Agro, FUCOA,
del Ministerio de Agricultura.

Diseño Gráfico y Diagramación:
Unidad de Diseño FUCOA.
Corrección de textos:

Prensa y contenidos de FUCOA.
Derechos Reservados:

Inscripción N° 188962 del Registro de Propiedad Intelectual.
ISBN: 978 - 956 - 7215 - 40 - 9

Santiago de Chile /2009/ FUCOA
Impresión: MAVAL.



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO	11
JURADO 2009	16
PRIMERA PARTE / HISTORIAS CAMPESINAS (Mayores de 18 años)	19
PREMIOS NACIONALES	
PRIMER LUGAR	21
En el Valle de los Pájaros / Eugenio del Tránsito Verdejo Delgado, Región de Valparaíso	
SEGUNDO LUGAR	24
El Mentao Ciclo de la Vida / Carlos Nicolás Castillo Levicoy, Región de Aysén	
TERCER LUGAR	27
Martín / Milko Sebastián Urqueta Torrejón, Región de Atacama	
PREMIO ESPECIAL PUEBLOS ORIGINARIOS	29
El Último Viaje / Julián Patricio Vásquez Villarroel, Región de Aysén	
PREMIO ESPECIAL MUJER RURAL	34
La Piedra "Descués" / Fabiola del Carmen Soto García, Región de Los Lagos	
PREMIO ESPECIAL PUEBLO RAPA NUI	39
Te Tagata Taé Moa (El hombre irrespetuoso) / Yeissy Eradia Tepano Suárez	
PREMIO ESPECIAL CHILENOS EN EL EXTRANJERO	42
Dos Mundos / Inés Alicia Villafaña, California – Estados Unidos	
PREMIOS REGIONALES	
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Primer lugar / Con Viento de Bofedales, Nelson Gómez León	45
Segundo lugar / El Féretro, Mercedes Jirón Gárnica	47
Tercer lugar / El Primer Olivo, Alfredo Segundo Turra Corrales	49





REGIÓN DE TARAPACÁ	
Primer lugar / El Umbral, Osvaldo Javier Urrea Caraffa	53
Segundo lugar / Mama Jatún, Elizabeth Verónica Campaña Vásquez	58
Tercer lugar / Agapito, el Mercachifle de la Pampa Salitrera, Ricardo Alex Ulloa Contreras	61
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Primer lugar / El Misterioso Hombre de Cobre, Juan Diego Candia Ortiz	67
Segundo lugar / El Secreto de Antenor, Félix E. Maizares Ferrer	71
Tercer lugar / El Pacto, Corina de las Mercedes Cortés Alucema	76
REGIÓN DE ATACAMA	
Primer lugar / El Gallo Corredor, Andrea Álvarez Halles	77
Segundo lugar / El Arriero que Perdió el Tesoro, Magaly de las Mercedes Castillo Hidalgo	79
Tercer lugar / Mi Primer Día de Vacaciones en Paclas, Elizabeth Susana Salinas Valle	81
REGIÓN DE COQUIMBO	
Primer lugar / La Quelita Puertas Adentro, Nino Cuevas	86
Segundo lugar / La Hijueta, Dánisa Tatiana Bonilla Cabezas	91
Tercer lugar / El Hueso con Médula, Joel Germaín Olate Huelate	94
REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Primer lugar / Pan Caliente, Juan Alejandro Oyaneder López	97
Segundo lugar / El Caballo que Sabe Leer, Elena del Carmen Leyton Alquinta	99
Tercer lugar / La Cita, Luis Edgardo Abarca Olavarría	103
REGIÓN METROPOLITANA	
Primer lugar / La Mancha, Carmen Gloria Baeza Seco	106
Segundo lugar / Ave de Palta, Dante Rax	108
Tercer lugar / Sólo un Peón, Cecilia Eugenia Aravena Zúñiga	112
REGIÓN DE O'HIGGINS	
Primer lugar / Historia del Lago que no Tenía Leyenda, Harold Durán Rivas	115
Segundo lugar / La Gallina Castellana, Beatriz Macarena Rojas Moreno	118
Tercer lugar / Panteoneros de Medianoche, Jaime Rubén Herrera Román	124



REGIÓN DEL MAULE

Primer lugar / La Carreta Fantasma, Guillermo Nelson Valdés Salinas	129
Segundo lugar / Rimas y Sensualidad, Alejandro Renato Velásquez Rojas	130
Tercer lugar / La Novia del Naranja, Ana Elizabeth Alfaro Arias	135

REGIÓN DEL BIOBÍO

Primer lugar / La Ambición de la Cruz de Mayo, Guillermo Alfonso Beltrán Vivanco	141
Segundo lugar / Fuerza de Voluntad, Tito Eusebio Quezada Cisterna	144
Tercer lugar / Juanito de la Cordillera, María Cecilia Marín Muñoz	147

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Primer lugar / Los Tres Pelos del Diablo, Rosa Olvido Jara Pezoa	151
Segundo lugar / El Funeral del Sata, Gloria Lepilaf Ñonque	155
Tercer lugar / Juan Maiquián, Magaly Ester Ulloa Lara	158

REGIÓN DE LOS RÍOS

Primer lugar / Malachampa, Camilo Henríquez González	160
Segundo lugar / El Misterio de las Gallinas: Un Rey, el León y el Ortiga, Juan Eduardo Salazar Acevedo	164
Tercer lugar / El Lanchero del Lago de la Noche Espantosa, Ingrid Lorena Lobos Inzunza	168

REGIÓN DE LOS LAGOS

Primer lugar / La Peor Cara de la Noche, Ana Isabel Carrasco Guzmán	172
Segundo lugar / La Tía Mena, Gloria Cristina Paredes Cárcamo	174
Tercer lugar / Así Viví, Yo el Terremoto de 1960, Edith Mansilla M.	177

REGIÓN DE AYSÉN

Primer lugar / Río Abajo, Víctor Alex Oyarzo Vega	179
Segundo lugar / Mal Hábito, Isidoro Alberto Castilla Ortiz	182
Tercer lugar / Al Límite, Rodrigo Omar Álvarez Cuevas	185

REGIÓN DE MAGALLANES

Primer lugar / Mis Recuerdos y mi Gran Tristeza, Héctor Antonio Chávez Yáñez	191
Segundo lugar / ¡Uslerazos te Voy a Dar!, Ruth Godoy Velásquez	195
Tercer lugar / Amigos Fieles, Luisa Ivonne Cortés Paillacar	198





SEGUNDA PARTE / ME LO CONTÓ MI ABUELITO (Menores de 18 años)	203
PREMIOS NACIONALES	
PRIMER LUGAR	205
Zapatitos de Cristal / Mauricio Leiva Arqueros, Región de Atacama	
SEGUNDO LUGAR	208
La Yunta de Bueyes / Macarena Soledad Segovia Vargas, Región de Los Lagos	
TERCER LUGAR	210
La Culebra Chupetona / Aracely Nicole Vivanco Fernández, Región de Valparaíso	
PREMIO ESPECIAL PUEBLOS ORIGINARIOS	213
Kasikusi / Amadora Lafquén Balladares Millalén, Región Metropolitana	
PREMIOS REGIONALES	
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA	
Primer lugar / La Niñez de mi Abuelo, Ignacio Cossio Miranda	217
Segundo lugar / El Tetué, Nicolás Esteban Labbé Yáñez	218
REGIÓN DE TARAPACÁ	
Primer lugar / El Burrito de la Pampa, Alexandra Renata Santiago Yovich	219
Segundo lugar / Hay que Rascarse Solito, Yesenia Alejandra Meneses Merino	221
REGIÓN DE ANTOFAGASTA	
Primer lugar / Historia de mis Antepasados, Geraldyn Mariana Colamar Colamar	223
Segundo lugar / Las Historias de mi Abuela, Emilin Micaela Molina Colamar	226
REGIÓN DE ATACAMA	
Primer lugar / El Amor del "Papa Frita" por su Hermana, Luis Antonio Escobar Cortés	227
REGIÓN DE COQUIMBO	
Primer lugar / El Oro del Diablo, Carol A. Cortés Cortés	231
Segundo lugar / Juana y Fortunata (Historia Real), Cristián Alejandro Cortés González	234



REGIÓN DE VALPARAÍSO	
Primer lugar / La Bruja del Valle, Andrea Toro Castro	235
Segundo lugar / Los Burros del Abuelo, Martín Jesús Fernández Vivanco	237
REGIÓN METROPOLITANA	
Primer lugar / Un Pueblo Llamado Colina, Rodrigo Bastián Coccio Kresse	239
Segundo lugar / La Novia de Negro, Brandon Esteve Villar Castillo	240
REGIÓN DE O'HIGGINS	
Primer lugar / El Patito Colocoy, Natalia Alejandra Muñoz Vargas	243
Segundo lugar / El Colegio Embrujado, Valentina Alejandra Pereira Urzúa	246
REGIÓN DEL MAULE	
Primer lugar / La Abuelita Elisa (Historia Real), Miriam Camila Reyes Verdugo	249
Segundo lugar / Una Cajita de Fósforos, Manuel Nicolás Castillo Lagos	251
REGIÓN DEL BIOBÍO	
Primer lugar / La Isla, Maximiliano Andrés Norambuena Salamanca	255
Segundo lugar / Cancha de Carreras, Oscar Damián Vallejos Verdugo	257
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA	
Primer lugar / Qué Balón tan Asqueroso,- Camila Rayén Huecho Pozo	259
Segundo lugar / El Buey Azul, Andrés Felipe Huemupi Puelpán	262
REGION DE LOS RÍOS	
Primer lugar / Buscadores de Entierros, Rodolfo Edgardo Antinao Freire	265
Segundo lugar / Bajo la Laguna, Victoria de Los Ángeles Vallejos Caniucura	266
REGIÓN DE LOS LAGOS	
Primer lugar / La Trayectoria, Paula Lorena Alvarado Hernández	269
Segundo lugar / El Duende, Tracy Fernanda Cheún Farías	271
REGIÓN DE AYSÉN GENERAL CARLOS IBÁÑEZ DEL CAMPO	
Primer lugar / Abundancia desde el Pasado, Leonardo Daniel Batarce Briones	273
Segundo lugar / Mi Aventura en el Campo, Javiera Antonia Cabello Alvarado	275





REGIÓN DE MAGALLANES Y ANTÁRTICA CHILENA

Primer lugar / El Volcán Hudson, Orlando Fabio Orias Maureira 277

Segundo lugar / El Tesoro Escondido, Fabián Alfredo León Sanhueza 279

TERCERA PARTE / POESÍA DEL MUNDO RURAL (Mayores de 18 años) 283**PREMIOS NACIONALES**

PRIMER LUGAR

Mercedes Rosa / Hugo Alberto Harrison Canales, Región del Biobío 285

SEGUNDO LUGAR

Recuerdo de Infancia / Clara Amalia Santander Leiva, Región Metropolitana 287

TERCER LUGAR

El Boldal y Teno / Leonardo Francisco Murillo San Martín, Región Metropolitana 288

MENCIONES HONROSAS

Muerte de Chancho / Luis Antonio Lagos Leiva, Región del Maule 291

Costras y Olvido / Mario Muñoz Olivares, Región de Tarapacá 293

En aquel Pueblo / Angélica Alejandra González Guerrero, Región de O'Higgins 295

17° CONCURSO DE
Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural 2009





PRESENTACIÓN



La primera vez que FUCOA convocó a participar en el concurso “Historias y cuentos campesinos chilenos” fue en 1993. Desde ese año hasta ahora, ha experimentado algunos cambios en el nombre, en las categorías y en los premios; de hecho, su actual nombre es “Historias, cuentos y poesía del mundo rural”. Sin embargo, su esencia siempre ha sido la misma: rescatar las tradiciones y la cultura del mundo rural, a través de sus propios actores.

Una vez más podemos decir que la meta está cumplida: este año llegaron más de 2 mil trabajos de todo el país. Agradecemos a todos quienes participaron en esta versión y también a quienes lo hicieron en años anteriores, porque cada uno ha hecho posible que este concurso perdure en el tiempo y sea conocido y reconocido.

Este año, contó con el patrocinio de la Comisión Bicentenario por “reflejar el sentimiento, el pensamiento y las emociones de miles de chilenos respecto de nuestro país rural, tanto pasado como actual”. Pero además, tras diecisiete años de convocatoria, obtuvo un reconocimiento entregado por el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), organismo internacional dependiente de la Organización de Estados Americanos (OEA). Se trata del Premio de Agricultura 2009 en la categoría “Contribución Institucional al Desarrollo Agrícola y Rural”, tanto a nivel nacional como interamericano, después de competir con los seleccionados por cada país donde el IICA tiene sede.

Como Fundación dedicada al rescate de las tradiciones y de la identidad rural nos enorgullece recibir este reconocimiento y lo hacemos extensivo a cada una de las personas que han participado estos 17 años, pues sin ellos este concurso no sería posible. Estas distinciones son importantes y nos instan a continuar con este concurso por muchos años, qué duda cabe. Pero más nos motivan las experiencias de vida que hay detrás de cada historia, es decir, todos y cada uno de los participantes.

Como es habitual, este libro contiene los trabajos ganadores a nivel nacional y regional. Esperamos que los lectores disfruten y vivan cada historia como lo hicieron sus autores al momento de escribirlas y nosotros al leerlas y, a la vez, reconozcan en cada obra una realidad de nuestro país, que forma parte de nuestra identidad nacional.

Paz Hernández Manríquez
Vicepresidenta Ejecutiva
FUCOA





PRÓLOGO



Una vez más, las historias del mundo rural contadas por sus propios actores llegaron a la oficina de FUCOA y, una vez más, un jurado, compuesto por escritores, investigadores y académicos relacionados con el tema, se volcó a la tarea de seleccionar los ganadores a nivel nacional y regional.

Cada año recibimos historias que rescatan las más diversas expresiones de la ruralidad, desde la visión de género, pasando por el realismo mágico rural, la migración a las ciudades y los cambios políticos y sociales, hasta historias reales o ficticias que retratan costumbres de nuestros ancestros, entre otros temas.

Esta versión, la decimoséptima, no es la excepción. Entre los trabajos seleccionados por el jurado encontramos, en el primer lugar de Historias Campesinas, “En el valle de los pájaros”, un magnífico juego entre los cuentos tradicionales de aves y la vida contemporánea, escrito con gracia y con un uso equilibrado de la rima, aspectos que logran mantener la atención del lector.

Muchas veces el tema no es sólo uno y todo depende de la perspectiva que se le quiera dar. Es así como en los otros dos premios nacionales, cada autor muestra su propia visión de la realidad de género. “El mentao ciclo de la vida”, segundo lugar nacional, presenta una historia que reconoce el empuje, las ganas y la capacidad de la mujer para “hacer trabajos de hombres” en un sistema de vida donde, con el paso del tiempo, ha comenzado a cambiar el paradigma de que “el campo es para los hombres y las mujeres sólo deben ocuparse de las labores de la casa”.

El tercer lugar nacional, “Martín”, presenta, a su vez, desde un “contexto” de pescadores, una visión de la vida y la muerte a partir de sus relaciones de género, marcadas por la reproducción.

“La yunta de bueyes” y “La culebra chupetona”, ganadores del segundo y tercer lugar nacional de la categoría “Me lo contó mi abuelito”, donde participan menores de 18 años, rescatan el realismo mágico rural presente en la zona sur y la zona central de nuestro país. La primera historia, a través del muy conocido “Caleuche”, y la segunda, con una historia que da una explicación “mágica” a enfermedades y dolencias que afectan a los lactantes.

“Zapatitos de cristal”, relato ganador del primer lugar nacional en esta misma categoría es, sin duda, un cuento que cautivó al jurado por su sencillez y su forma de presentar la comunicación y la relación entre dos generaciones y,





sobre todo, la empatía del nieto con su abuela, quien le cuenta, sin quejas ni lamentos, su anhelo más profundo, el que siendo tan simple y cotidiano para nuestra realidad, ella vio postergado durante toda su vida.

Otra historia de vida, pero contada en décimas, es lo que nos entrega el primer lugar nacional en la categoría Poesía del Mundo Rural, “Mercedes Rosa”.

Los premios especiales: “Pueblos originarios”, “Mujer Rural”, “Chilenos en el extranjero” y “Pueblo Rapa Nui”, estos dos últimos debutantes en el concurso, no dejan de tener su propia particularidad.

“Kasikusi”, premio “Pueblos Originarios” en la categoría Me lo contó mi abuelito, nos transporta en una mágica historia que pasa por los tiempos de la Conquista y la Colonia hasta nuestros días, presentándonos la parte humana de la relación y del estilo de vida de españoles y mapuches, ambientada en una zona totalmente urbana en la actualidad, como lo es la zona precordillerana de la ciudad de Santiago.

“El último viaje”, en tanto, representa un estilo de vida sencillo, pero no ligero, donde predominan el amor y el cuidado por la naturaleza, el respeto por los ancianos y, sobre todo, el desapego por las cosas materiales, pues como dice el autor, “na’ es de uno... si uno se va, sus cosas vuelven a la tierra...”. Con esta historia el jurado quiso rescatar una etnia que tuvo presencia en las tierras al norte del Estrecho de Magallanes, a pesar de no estar reconocida como uno de los pueblos originarios de nuestro país: el pueblo Tehuelche o Aonikenk.

El premio especial Mujer Rural reconoce en la historia “La piedra descués” el trabajo de la profesora rural, una realidad en la que, como dice su autora, se lidia más que con la educación.

Según lo mencionado, la 17ª versión de este concurso incorporó dos nuevos premios especiales: Pueblo Rapa Nui y Chilenos en el extranjero. El primero recayó en el relato “El hombre irrespetuoso”, elegido por gente de la Isla por tratarse de una historia culturalmente interesante y entretenida. El segundo rescata características de nuestro país y de la tierra adoptiva, California, EE.UU.



Los trabajos ganadores a nivel regional son una representación de todo lo anterior, pero con la particularidad de que, al formar un todo regional, nos entregan características propias de cada lugar en términos de lenguaje, geografía, costumbres, personajes, etc.

Las historias y relatos aquí presentados cumplen el objetivo de este tradicional concurso, que es rescatar la cultura y la tradición rural desde la perspectiva de sus propios habitantes. Sin embargo, contribuyen también a un reconocimiento de nuestras costumbres, creencias y tradiciones, lo que beneficia tanto al sector rural como al urbano, pues para vivir el presente y proyectarse al futuro es necesario conocer nuestras raíces y nuestra historia, lo que sin duda va más allá de historia formal.

Fundación de Comunicaciones, Capacitación
y Cultura del Agro - FUCOA





JURADO



17° CONCURSO DE HISTORIAS, CUENTOS Y POESÍA DEL MUNDO RURAL

CATEGORÍA HISTORIAS CAMPESINAS

Pía Barros / Escritora, directora de talleres literarios, editora.

Ana María Maza / Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM).

Sonia Montecino / Antropóloga y escritora.

Óscar Aguilera / Etnolingüista, escritor.

CATEGORÍA ME LO CONTÓ MI ABUELITO

Marcia López / Profesora, promotora de la lectura y la creación literaria.

Carolina Rivas / Ministerio de Educación.

Josefina Muñoz / Ministerio de Educación.

Gonzalo Oyarzún / Director, Biblioteca de Santiago.

POESÍA DEL MUNDO RURAL

Floridor Pérez / Poeta, profesor rural y recopilador.

Jorge Montealegre / Escritor.

Pedro Pablo Zegers / Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM).

Alejandra Basualto / Escritora, poeta y cuentista.





17° CONCURSO DE

Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural 2009

PRIMERA PARTE

HISTORIAS CAMPESINAS

(Categoría Adultos)



Fabián Alonso Sepúlveda Morales
13 años / 8° Básico
Escuela G-207 Pangué Arriba
San Rafael, Región del Maule



PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PRIMER LUGAR

Eugenio Del Tránsito Verdejo Delgado

72 años

Agricultor

San Antonio, Región de Valparaíso

EL VALLE DE LOS PÁJAROS

Sin tener ninguna pretensión, este cuento sucede -nada más ni nada menos, que en el Valle de los Pájaros, ubicado entre las serranías del secano costero; donde habita un gran número de pequeños agricultores que están severamente castigados y empobrecidos por lo de siempre, los rigores de la naturaleza. Así y todo, se organiza una reunión y le cursan respetuosamente una invitación al Señor Director Nacional de INDAP para que venga a conocer su extrema y difícil situación, a la cual el señor Director accede positivamente, respondiendo a vuelta de correo, fijando día, fecha y hora. Los agricultores están maravillados y empiezan los preparativos para recibir a tan connotado visitante.

De esto, se enteran los pájaros y pajaritos del Valle, donde existe una gran colonia de tal fauna, por algo este lugar lleva ese nombre. Entonces, en una espontánea asamblea, deciden bloquear el camino de ingreso al Valle, que solo es uno; no con violencia, pero sí con mucho respeto, mucha paz y gran alegría, todo esto con el fin de presentar al señor Director de INDAP sus inquietudes y necesidades. Para ello, deciden ubicar tres vigías del camino en lugares diferentes: la Perdiz se ubicará al lado oriente del camino; el Jilguero, al poniente; el Pequén, más o menos, al centro de la distancia a cubrir, cerca de la caja estero, en aquel entonces seco, producto de la misma gran sequía.

En el día y hora señalada, la Perdiz ubicada en su puesto de observación descubre una gran polvareda en el camino, pero a una enorme distancia con respecto a su ubicación y estando bien segura de que el polvo del camino es ocasionado por el vehículo en que viene el Señor Director de INDAP, da la alarma: lo vi, lo vi, lo vi, dijo la Perdiz; yo lo vi primero, dijo el Jilguero, y yo lo vi también, dijo el Pequén. ¿A quién vieron cabritos? dijo el Chorlito; al Director de INDAP, dijo el Alcatraz; ¿Cómo lo sabes? dijo el Colibrí; lo cacho al andar, dijo el Zorzal; ¿Cómo lo cachay tan bien? dijo el Pidén; cuesta harto poco, dijo el Tococo; ¡No lo vis que anda quebrado! dijo el Guairo; ¡hay que recibirlo súper bien!, dijo de nuevo el Pidén; de acuerdo, dijo el Cuervo; yo sirvo el vino, dijo el Pingüino; el Señor Director de INDAP no toma vino, dijo la Paloma; yo le ofrezco un cafecito, dijo el Lorito; un café moro, dijo



el Loro; déjense de leseras, dijo la Repiche; me da indignación, dijo un Gorrión; hay que hacer un escenario, dijo el Canario; eso es lo que yo quiero, dijo el Pájaro Carpintero, saliendo de sus casillas dio un solo picotazo y con maestría y destreza fabricó trescientas sillas agregándole una mesa. Y mandó a las chiriguillas, volando raudo y bajito a convidar a la reunión a los demás pajaritos, llamándolos de forma urgente y a todos los animales que quieran estar presentes.

Debajo de un verde sauce, donde el agua no corría, se congregó la asamblea alegre, como un Fans Club para darle la bienvenida al Señor Director de INDAP. Todos estaban nerviosos, para que nada se note, de negro se vestía el Jote. Cuando el auto se detuvo, el Jote se adelantó con toda cordialidad diciendo: bien vestido sea Usted Señor Director de INDAP, ¡voy a hacerlo bien cortito, aquí le estamos esperando con una asamblea de pajaritos! El Señor Director, conciente de que no era el lugar al cual se dirigía y viendo el orden y respeto que mostraban los pajaritos, decidió quedarse para vivir tan singular experiencia.

Fue tal la alegría que muchos trajeron flores, celebrando al señor Director, cantaron los ruiseñores, todos querían actuar y pedían escenario en honor al Señor Director de INDAP; muy bonito cantó un Canario y no podía faltar la presencia femenina y aunque era un severo invierno, llegaron las golondrinas.

En los cogollos del sauce, yo diría en lo más alto, tres alondras esperaban que el Jote hiciera la seña para ser parte del acto. "Qué acto más maravilloso, anonadado me rindo, bajando las Alondras, cantando de rama en rama canciones del campo lindo". Cantaron al Director, vinieron a homenajearlo y como no tenían brazos, no pudieron abrazarlo; pero quedaron contentas y llenas de felicidad de haber cantado ese día para el Señor Director de INDAP. Para que no se les escape la fiesta en algún desborde, el Jote muy preocupado de continuo llama al orden.

Porque existe la certeza de que funciona un clandestino, donde un Pato Carrentino les vende vino y cerveza, el Jote desesperado llama al Zorro que es ladino, lo mandó donde el Correntino con prudencia y sutileza que le diga con franqueza, si usted no se va Don Pato, boto el vino y la cerveza, sin tener ningún traspié y como yo ando con hambre, yo me lo como a usted. El Pato fue muy sumiso, canchero a todo cabal se marchó más que ligero con su negocio ilegal, para buscar razones dijeron los gorriones y, a viva voz, gritaron que empiecen las peticiones; de acuerdo, dijo el Cuervo; un Gorrión que era vocero pidió al Director de INDAP que interceda ante CONAF para forestar la pradera y tener más arbolitos para hacer sus pajareras.

Anote señor secretario, dijo el canario. Muy apenada llegó una Codorniz, pidiendo al señor Director que le ayude en un drama que destaca, está denunciada por contaminación acústica, la acusan de gritar muy fuerte cuando sale a vender chancaca, chancaca, chancaca.



Todo el mundo quiere hablar, pero no se va a poder, porque llegó una cabrita corriendo a todo correr y sin tener ningún rubor le dice al señor Director, que la trae un gran motivo: solicito un crédito blando, ojala bien baratito para comprar anticonceptivos, porque está muy cabreada de tener tantos cabritos; receptivo el Señor Director atendía a la Cabrita, cuando llegó otro pájaro metiendo mansa copucha y le dice al Director: yo soy la señora del Chuncho, se lo dijo en femenino, ¡yo soy la señora Chuncha! Y denunció a mi marido que cada vez que se nos cura, ¡nos saca a todos la chucha!; ese es caso policial, dice el señor Director; ¿llamo a los Carabineros? Dijo el Jilguero, como siempre los Carabineros llegaron más que ligeros y se llevaron preso al Chuncho por tirarse a pucho.

El señor Director pide un minuto de silencio y comunica que todas las solicitudes serán resueltas positivamente en el más breve plazo y dice que se conversará con los agricultores.

Cuando se está retirando millones de pajaritos lo despidieron cantando.

“Aquí termina este cuento,
Si Usted quiere me lo cree
De este viejo campesino
Que apenas escribe y lee”



PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

SEGUNDO LUGAR

Carlos Nicolás Castillo Levicoy

31 años

Ingeniero Forestal

Coyhaique, Región de Aysén

EL MENTAO CICLO DE LA VIDA

-¡Mocosa de mierda! te dije que no puedes ir a trabajar con tus hermanos al campo. ¡Mírenla! queriendo hacer trabajos de hombres, faltaba más. Me decía ofuscado Crispín, el viejo de mi padre, cada vez que yo quería salir al campo con Rómulo y Arturo, mis hermanos.

- ¿Y qué va a ir hacer con nosotros esta pendeja? Hablaban los hediondos de mis hermanos, sentados al lado de la estufa, mientras uno sostenía el mate y el otro se llevaba un pedazo de torta frita a la boca.

- ¿Y por qué no la llevan? Llévenla, si a ella le gusta esa vida. Les decía mi madre, Filomena.

- Ah vieja, tú igual con esa güea. El campo es para los hombres y las mujeres sólo deben ocuparse de las labores de la casa. Ya hablé y se termina el escándalo, si sigues con esa idea amachada, Laura, te voy a dar unos buenos rebencazos por el culo mierda. Gruñía y me amenazaba con el rebenque en la mano el viejo, al apoyo que mi madre me brindaba.

- ¡Eso, eso!, qué va andar güeviando con nosotros esta mocosa. Tienes que ayudar a lavar nuestra ropa y a cocinar. Agregaban en vos alta mis hermanos a las palabras del viejo, y me miraban burlescamente.

Mientras a cabeza gacha y mirándolos de reojo, yo me preguntaba ¿Sólo estos güeones son los que pueden ocuparse de las labores del campo, acaso las mujeres no podemos hacer lo mismo o es que sólo servimos pa' estar en la casa preparando la comida, lavando platos, la ropa y pa' estar pariendo siempre? ¡Machistas engreídos de mierda! por no decirle otras cuantas verdades. Me empezaba a quedar clarito que iba a tener que luchar impacientemente pa' poder ganarme un lugar y ayudarle al bruto de mi padre en lo que más me gustaba, el campo y los animales. Algún día, algún día, pa' mí no hay mucha diferencia entre un macho y una hembra, el único hecho marcado es que nosotras somos las que los traemos al mundo a estos güeones. Ambos tenemos los mismos derechos de elegir lo que más nos gusta.



Cuando niños pasábamos gran parte del tiempo a la siga de las ovejas, caballos y vacas, también ayudando a adentrar la leña y astillas pa' el fuego y acarreando el agua que se sacaba de un poso, cuando el viejo lo mandaba. Nos criamos con duros tamangos y unos cuantos trapos, y pese a esta carencia de cosas mi padre, peón de campo, y mi madre, dueña de casa, se las arreglaban para que estuviéramos bien alimentados y solo cuando la paga del viejo era suficiente nos compraban alguna pilcha.

Cada vez que ellos salían a campear los animales, yo me quedaba ayudando a mi madre y lo único que me acercaba al trabajo en el campo era el hecho de acompañar al viejo a ordeñar unas cuantas vacas flacas muy tempranito, cosa que no hacían mis hermanos, ya que los hediondos a pata siempre se quedaban en sus catres durmiendo. Me gustaba ayudarle a ordeñar, el olor a sudor, ese olor a mierda de las vacas y terneros, el olor a tierra y a la madera húmeda pudriéndose, el olor a los cueros y a las sogas, todo era agradable a mi corta edad. Me imaginaba ayudándole al viejo a esquilan las ovejas con esas tijeras toscas y duras, montar el saino un caballo que estaban amansando, salir a recorrer con él los animales al campo y chumarle a los perros.

Al pasar el tiempo y cuando ya estábamos más grandes, mis hermanos decidieron irse a buscar trabajo en otros lugares y ganar su propio dinero. Esto pa' el viejo fue como una puñalada en la espalda, ya que él siempre contaba con ellos pa' todo, y ahora los güeones lo abandonaban. Si hubieran visto cómo estaba el viejo, tantos años de crianza pa' que después lo dejaran.

- La vida es así, viejo. Mocosos de mierda, se paren, se crían y luego, cuando menos se espera, emprenden el vuelo en busca de su propio destino, mientras nos quedamos solos como al principio, "el mentao ciclo de la vida". Le decía Filomena con sus ojos humedecidos de tristeza.

- Sí, vieja, tienes razón, pero no esperaba que fuera tan pronto. Le respondía Crispín.

- ¡Cabros de mierda, mal agradecidos! Pa' que se van a ir todavía, si aquí están bien, no les falta nada. Cuando estén todos cagaos y no tengan que echarle al buche, se van a acordar de sus viejos, los mal agradecidos. Rezonaba y rezongaba mi padre.

- No te olvides que aún nos queda la Laura. Le decía mi madre, pa' sacarlo de su rabia.

Y yo, su única hija mujer, aún con ellos, pa' ser su consuelo diario y acompañarlos hasta que los pille la vejes pa' cuidarlos, mis queridos viejos.





Después de unas semanas y pasado ese trago amargo, decidí firmemente que ésta era mi oportunidad de cumplir mis sueños de niña y dejar atrás ciertas labores de la casa que no me gustaban pa' nada e irme decididamente a ayudarle al gruñón de mi padre en el campo con los animales. Con tantos años de duro trabajo, ya la vejez se le venía encima al viejo y cada vez le costaba más hacer las cosas. Desde un principio fue difícil que él se acostumbrara a que su hija reemplazara a sus hijos machos, tenía esa maldita idea machista bien metida en la cabeza inculcada desde sus generaciones antepasadas, como si eso marcara la diferencia.

En aquella época del año, los animales debían constantemente rodearse, pero los peones no eran suficiente para realizar todo el laburo, así que el viejo de mi padre de tantas un día me pidió si era posible que lo acompañara pa' ayudarlo y que no me preocupara, porque la pega no era muy pesada. Aún me acuerdo de aquellas palabras:

- ¡Hija, me ayudas a juntar los animales! Desde que los ingratos de tus hermanos se fueron, las cosas se han complicado un poco.

- Ya viejo, yo te voy a ayudar. Sólo espérame que me coloque las botas, me saque este vestido y me coloque pantalones y vamos. Estaba feliz, ¡viejo de mierda hasta que cambiaste de idea y decidiste dejar tu machismo a un lado! me repetía en voz baja pa' que no me oyera.

- Laura, ten cuidado y acuérdate que tú eres mujer y no debes andar como los machos a tontas y a locas. Ten cuidado con el caballo, no te vayas a caer. Me recalaba mi madre.

- Sí, no es necesario que me lo recuerdes a cada rato. Ya papá vamos no más.

Y así fue como logré por fin hacerme una cabida para trabajar en lo que más me gustaba. En el campo, Crispín y los otros peones estaban asombrados, y me imagino que se preguntarían cómo una mujer podía estar haciendo las mismas cosas que, según ellos, era solo pega de hombres, y si los hediondos de mis hermanos me vieran ahora. Les demostré que el hecho de ser una hembra no te limita a que puedas realizar labores similares a las de ellos. Les había dejado ver mis cualidades de mujer trabajadora y aguerrida que no se doblega pa' conseguir sus sueños y de paso derribarles su asqueroso idealismo machista.

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

TERCER LUGAR

Milko Sebastián Urqueta Torrejón

36 años

Gestor cultural / monitor

Vallenar, Región De Atacama

MARTÍN

Martín apareció en este mundo por primera vez en el monitor de un aparato de esos que enfocan la güatita de las embarazadas.

“Señora, es varoncito pero parece que estamos mal”- dijo el Doctor de la ronda semanal, acercando la cara a la pantalla con los anteojos desmontados de la nariz como si así pudiera ver mejor en cuál rincón de la placenta habían quedado los brazos y una pierna y por qué ciertos órganos se encontraban brotándole al niño en lugares en donde debían ir otros. La boca se hallaba vertical remontada casi hasta la sien derecha. De todos modos, hasta ahí el pulgar de la única pierna había ascendido para ser succionado con irrenunciable placer. Los globos oculares bailaban en sus cuencas sin aparente conexión con el cerebro, el cual a su vez podía distinguirse adherido a la espalda sujetado por dos turgentes cartílagos rosados que debían ser las orejas.

“Hija, lo suyo es como un pescadito”- consoló a la madre la enfermera una tarde ventosa que azotaba las puertas de la posta rural. Faltaban todavía dos meses de gestación y las madrugadas delirantes de Gabriela transcurrían entre verse muy niña corriendo hacia la playa, apenas la lancha corvina de su padre se asomaba sobre la curvatura del mar y verse ella misma perdiendo sus escamas, su cola y su cabeza luego de que su madre, tarareando con media boca una cancioncilla en la radio y con la otra mitad sosteniendo un pucho, le extrajera del vientre dos pálidos cangrejos vivos. Otras veces, era el padre de sus dos hijos mayores y de la criatura que estaba por venir, el Pincho, quien se venía buceando por la camanchaca de la primera hora de luz del día. Ella lo miraba cómo se sujetaba de las luminarias del pasaje para desprenderle con su cuchillo las ampollitas recién apagadas. Algo que nunca recordaba, él le decía quitándose por un momento de la boca la manguera de oxígeno. Y ella que se acerca, corre para oírle mejor, pero a él no se le entendía nunca nada, se enojaba y volvía a colocarse la manguera en la boca para irse a marisquear en el tendido de una calle más abajo y allí la corriente se lo llevaba con su cuchillo y su chingüillo lleno de bombillas tibias. Y fue justamente una corriente marina la que en vida lo había tomado



de pasajero una mañana invernal para arrastrarlo por las patas del oleaje e ir a dejarlo en los roqueríos de Punta Lobos, donde lo encontraron una semana después, cuando ya las jaibas habían iniciado su venganza masticando las menudencias de su boca.

“La guagua tampoco me deja dormir vecina... se revuelve, me pateo y a veces parece que lo sintiera hacer globitos con la boquita, ahí entonces aprovecho de dormirme, sino nadie iría a la escuela en esta casa”.

Gabriela era la penúltima viuda de la caleta y las demás veteranas en materia de pérdidas le tenían especial cariño. Por las mejillas de todas ellas, hechas de duna, habían corrido ya tantas lágrimas saladas que otro mar completo pudieran haber enjuagado a estas alturas en sus pañuelos. De tanto pasar cortejos por las calles perpendiculares no podía ya saberse si los surcos los hicieron la lluvia o la marcha grave de quienes arrastraron una caja de madera como regresando un bote a tierra firme. Ahora que por su estado la muchacha no podía ir a recoger huiro ni hacer fuerza amasando pan, bajaba en la mañana al muelle y se unía al grupo de mujeres que reparaban redes y mezclaban sus voces con las de las gaviotas.

“Me dijo el Doctor que cuando nazca vivirá un tiempo nomás... se me va a morir luegoito... me viene con problemas, fíjense”.

El mar bramaba cuando el sol caía como si fuese éste una roca de carburo. Esa noche la criatura debió haber mordido con especial frenesí la succulenta carnada umbilical. Nació de improviso, en silencio, cómplice con el delirio de Gabriela que a esas horas altas como marejada negra se soñaba con el Pincho tironeando un congrio desde su escondrijo en las rocas.

Martín se deslizó por la salmuera rojiza que bañaba las sábanas, impulsado hacia la calle por las convulsiones de Gabriela que por fin sujetaba al congrio, pero el aire que se le agota en los pulmones y debe buscar la superficie para no ahogarse, justo cuando por la lavaza de la calle que va al muelle se desliza Martín queriendo sólo profundidad de mar...

Se encontrarán entonces los dos, los tres, en un abrazo sobre un banco de locos, antes que una corriente al norte los reúna y los revuelva con la fantasmal silueta de una flotilla de veleros portugueses.

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PREMIO ESPECIAL PUEBLO ORIGINARIOS

Julián Patricio Vásquez Villarroel

36 años

Profesor

Coyhaique, Región de Aysén

EL ÚLTIMO VIAJE

- Queda poco Don Manuel, aguante... le dije al notar una mueca de dolor y cansancio en su rostro.

- No se preocupe, don Ernesto, tamos bien... respondió el viejo.

Don Ernesto me decía... ya lo había corregido más de cien veces pero no había caso, no podía sacarme el don y eso que según mis cálculos tendría al menos unos 60 años más que yo...

- ¿Paramos para unos mates? – le pregunté, disimulando mi preocupación.

- ‘Taría lindo, ‘taría... en la aguada de la loma esa – dijo apuntando con los labios.

Apuró la bestia y se me adelantó un poco. Siempre solícito y buen baqueano, de seguro quería tener endilgado el fuego antes de que yo baje de mi caballo. Lo miré alejarse a buen trote, ni se le notaban los más de 85 años... arriba del caballo era un niño más...

- Trajo su mejor yegua el viejo- pensé. Una tobiana de ancas amplias, de esas grandes, como las que le gusta a su gente.

Cuando llegué al lugar, ya tenía leña junta y con alguna chamiza seca empezaba a hacer la fogata.

- Desmonte amigo... desmonte y a los mates... la invitación de siempre cuando llegaba a su rancho a verlo. Más de 20 años escuchando esa misma invitación amable, desmonte y a los mates... mientras lo hacía, él, con maestría criolla, arreglaba el fuego, arrojaba unas piedras y bajaba de la montura la vieja tetera ennegrecida de antiguos fuegos.



El Indio, le decían todos, yo nunca me atreví a llamarlo así, para mí siempre había sido Don Manuel, el peón más viejo de Campo Grande, parte del inventario de la casa, casi parte del paisaje. Llegó antes que mi abuelo, vio nacer a mi padre, ayudó en mi propia crianza, sepultó a los dos viejos y a todos los antiguos... y seguía allí, firme como roca todavía. El Indio.

Su rostro era surcos sobre surcos. Su rostro había sido esculpido por tantos años de viento y coironal. Su rostro era como la pampa misma. Su rostro y su vida eran para mí el símbolo de toda su raza.

Se acercó al arroyo para sacar agua en la tetera, pero antes se detuvo largo rato a mirarla correr... era un pequeño arroyo, de esos que abundan en Aysén... la miró, la tocó con sus manos viejas y callosas, dejando que corriera por entre sus dedos... luego tomó un poco en la tetera, hasta llenarla... se levantó y lentamente devolvió al cauce cerca de un cuarto del contenido, mientras mascullaba unas palabras que no alcancé a comprender.

- Le pedí lo que vamos a ocupar no más, el vuelto se lo devolví... dijo a modo de explicación.

- Ta' bueno eso – le dije.

- Antes nos enseñaban eso los antiguos, cuando andábamos en las pampas, con toldos andábamos... ¿le he hablado yo de eso, Don Ernesto? – me dijo. No esperó respuesta. Eran sabios los antiguos, tomar lo que uno necesitara, no más, no menos... lo justo... el agua y la comida eran escasas a veces y abundantes otras, pero nunca se derrochaba... los guanacos andaban ariscos las más de las veces y cuando se cazaba uno no se desperdiciaba ni un pedacito, fíjese... charqui se hacía, los cueros pa' los quillangos, las venas y los tendones pa' costuriar, hasta los huesos los hacíamos servir... nos enseñaba el más antiguo que esa era la ley, que eso era lo que quería Diosito... ni un Tehuelche era angurriente Don Ernesto, ninguno era angurriente...

Los angurrientos llegaron después Don Ernesto, con to'o respeto. Los que nos corrieron de nuestras tierras, los que se adueñaron del agua... ¿se imagina usted, Don Ernesto?... adueñarse del agua... ¿cómo se puede hacer eso?... ¿serán dueños del aire también? ¿Serán dueños de los ñanduces también? ¿Cómo se puede ser dueño de las criaturas naturales don Ernesto? De las ovejas si, de las vacas... pero del agua... dígame don Ernesto, ¿no le parece una locura a usted'?

Hizo una pausa larga, casi interminable... Me miró a los ojos... Serán dueños del alma de la gente también?

Diosito no quiere na' eso Don Ernesto, Diosito no quiere na' eso... Antes le llamábamos Koosh a Diosito, después aprendí yo que era el mismo Dios no más, eran las mismas cosas que decía: que había que vivir en paz, que había que amarse, que había que cuidar lo que Él había crea'o, yo creo que el cristiano blanco se olvidó de esa parte... no



cuida na' to'ó lo destruye y se quiere adueñar de to'ó... el antiguo sabía que debía cuidar... por respeto a Diosito... ahora na' don Ernesto... ni un respeto... cazan por cazar no ma', compran y venden como si nada... cercan la tierra y cercan el agua don Ernesto...

Diosito no quiere na' eso Don Ernesto, Diosito no quiere na' eso...

Mientras hablaba, había preparado la cebadura de mate y revisado la tetera varias veces hasta calcular que el agua estuviera en su punto. Era un maestro en la cebadura. Me estiró el primero.

- Mate... dijo en tono amable.

Una delicia ese primer mate, amargo como nos gusta a nosotros y lo justo de temperatura, ni muy frío ni muy caliente. Noté otra mueca de dolor.

- ¿Se siente bien Don Manuel?

- Sí, don Ernesto, no se preocupe. Sé que voy a llegar. Tengo que llegar...

- Me preocupas viejo – en contadas ocasiones le llamaba así- debimos venir en vehículo. Mal que mal, son sus buenos 200 kilómetros...

- No, Don Ernesto, muchas más distancias recorríamos con mi gente antes...

- ¡Antes era más joven pues! le dije en broma.

- Me miró con alegría... joven como tú – y por primera y única vez me tuteó- no como ahora, que hago mi último viaje...

Se me anudó la garganta y ya no pude seguir la conversación, tomamos mate en silencio...

Hace más o menos un año, me habló el viejo Manuel de este viaje. Como era mi costumbre desde que me hice cargo del campo de mi familia, salía a recorrer a caballo todas las tardes para cerciorarme de los trabajos encomendados y de que no anduviera el zorro o el león. Las más de las veces cerraba mi recorrido en la rancha más cercana a la casa grande, la de don Manuel Quilchamal, el Indio. Viejo amigo de mi abuelo que había llegado a estas tierras antes de la colonización, por los años 20.





- Mi abuelo me mandó, él era el cacique de toda esta zona – me explicó cierta vez- tenía que cuidar sus tierras de este la'ó del alambre. Hombre era uno a los 14 ó 15 años, mujer traje después, tehuelcha ella también, se me murió eso sí pariendo un hijo... no había meica cerca, doctores tampoco había... yo no más le ayudaba... no pu'ó na' salir el crío...se me fue la vieja... Solito yo le hice su chenque en lo alto de la loma, la acomodé bien pa' que haga su último viaje, todas sus cosas se las dejé con ella, las cosas de la guagua también... el paisano es una criatura más de la naturaleza, como el guanaco, el zorro o el árbol...uno no es más que ellos... y na'es de uno... Si uno se va, sus cosas vuelven a la tierra, decían los antiguos, así a Diosito le gusta... nunca más me junté con mujer, pocas tehuelchas iban quedando...

Preparamos el viaje con calma, nos dimos un plazo prudente y esperamos el buen tiempo para hacer la travesía. Coyhaique – El Chaliá, la última reducción Tehuelche, en la provincia de Santa Cruz, Argentina.

Quiero estar con los míos – me explicó una tarde – quiero estar enterra'ó junto a mis antiguos. Ese va a ser mi último viaje. Tengo que volver a mi tierra, con mis aperos y mi cabalg'ura, hágame el fa'or Don Ernesto, ayú'ele a cumplir su deseo a este viejo tehuelche.

Casi al alba, salimos del campo ese segundo lunes de enero, cada uno en su mejor caballo, con los mejores aperos, con la ropa de domingo. El viejo Manuel agregó en su frente la vincha que siempre mantuvo colgada en una pared de su rancho y me entregó la vieja boina que usaba hasta entonces.

Los dolores eran más intensos y regulares, su corazón quería descansar. Dos días deberíamos demorar a tranco regular. Dos días demoraría su último viaje.

No estaba tan conciente entonces, ahora le tomo el peso a toda la situación, seguramente Don Manuel era uno de los últimos Aonikenk puros que quedaba en Aysén... ahora me doy cuenta... ya sé por qué quiso traer su mejor yegua... ahora me doy cuenta... na'es de uno... si uno se va sus cosas vuelven a la tierra...

Seguramente, don Manuel iba a honrar la vieja tradición de su pueblo: sacrificar su mejor caballo y ser enterrado con él y todos sus aperos para hacer el viaje final... y si ese era su deseo, ahí estaría yo dispuesto a ayudarlo... Si uno se va, sus cosas vuelven a la tierra...

Cada tanto, pará'bamos para hacer el viaje más llevadero, comer un poco de charqui, tomar unos mates, escuchar los ruidos de la naturaleza, conversar y, en mi caso, aprender de la sabiduría de siglos de ese viejo que poco a poco se iba apagando... Al atardecer del segundo día y luego de pasar la frontera, nos enfrentamos a la inmensidad de la pampa y al último tramo del viaje... Don Manuel estaba cada vez más pensativo, la conversación se fue



haciendo más distanciada y las frases más cortas... me nombraba los lugares, las cosas y los animales con los que nos encontrábamos... comenzó a hablarme sólo en su idioma...

Cuando vimos el caserío en el horizonte (calculé una hora y media a trote regular) se detuvo... y yo junto a él... respiró profundo... y con voz clara y potente le dijo al viento en su más hermoso lenguaje Aonikaish:

¡Aquí se presenta Manuel Quilchamalal Ancalao, nieto del Gran Cacique Quilchamal, descendiente de Okeke, hombre libre Aonikenk y vengo a dejar mi cuerpo y mi espíritu junto a mis antiguos... recíbeme Pampa del Chalia...!

Mi corazón se detuvo por un momento y mi garganta se cerró junto a los ecos de la pampa... continuamos viaje... el último viaje...



PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PREMIO ESPECIAL MUJER RURAL

Fabiola del Carmen Soto García

42 años

Profesora de Educación Básica

Quellón, Región de Los Lagos

LA PIEDRA DESCUÑ

Gabriela se veía triste ese día, sus ojos parecían hinchados y su mirada perdida. No jugó con las niñas en el patio, la vi comer poco en el almuerzo del colegio.

Me fui a la sala de profesores con mis libros bajo el brazo y con la carga en mis hombros, de esos ojos que no me miraron toda la mañana. Absorta en mis pensamientos me sorprendió la voz de Cecilia, ¿qué haces? - ¿cansada? y sin que pudiera contestar, comenzó a hablar, como lo hacía siempre, de todo un poco, como si su mente trabajara a mil por horas, hasta que sonreí por una de sus tantas ocurrencias y vino la pregunta: ¿qué te pasa? La miré, con cariño, pues es verdad, la quería mucho y me decidí a contarle lo que me molestaba, y era Gabriela, una alumna siempre atenta, cariñosa y siempre dispuesta a aprender, pero ese día, algo le había pasado. Cecilia me dijo: no te preocupes tanto, tú sabes que varios de nuestros niños tienen muchos problemas en sus hogares, alcoholismo sobre todo, y que nada podemos hacer al respecto.

La mayoría eran hijos de padres pescadores y los otros, de campesinos con mucha tierra que no trabajaban.

En la Isla poco se da, a pesar de que dicen que es muy buena tierra, la tierra de la papa, los chilotes casi todo lo hacen con papa, el milcao la chochoca, el curanto, el milcao de chuño, tortilla de papa y más...

Tú sabes le dije, uno se encariña con ellos, mientras más problemas tienen, más te involucras con sus vidas. Y ya los tengo cuatro años, los conozco mejor que sus padres.

Las maestras rurales lidiamos con más que la educación, a veces nos toca llevar ropa que no les queda a nuestros hijos, cuadernos, lápices y cualquier cosa que les facilite el aprendizaje, vemos crecer a nuestros alumnos, al mismo tiempo que a nuestros hijos. El cariño no se puede ocultar y tampoco la preocupación que sentimos al verlos ir



a sus casas bajo la lluvia, esa lluvia interminable por estos lados, con un puro poleroncito y sus gorros de lana, hechos con lana de oveja.

Cecilia insistió en que no me preocupara y cambió el tema, terminamos de tomar nuestros cafés, hasta que escuchamos la campana y volvimos a nuestras salas como siempre, nos quedaba la última hora. Se despidió con una sonrisa diciendo: ¡vamos, nos queda poco!

Los vi alejarse como siempre, corriendo alegres en dirección a sus hogares y pensé en esas casas húmedas con su estufa a leña en el centro del hogar y el ansiado mate que casi todos los niños tomaban.

Gabriela caminaba junto a su prima sin hablar, entre tanto llegó el furgón que nos llevaba a Quellón, así que preparé mis cosas, dejé mi delantal en la silla y tomé mi abrigo, mi gorro, mi bufanda y mis guantes. Casi pegada al vidrio me fui pensando, entre las conversaciones de mis colegas. La vista de todos los días pasaba frente a mis ojos sin prestar mayor atención. Las embarcaciones, flotando por toda la orilla como si fueran barquitos de papel, de muchos colores, las pesqueras con sus trabajadores de un lado para otro y las pampas, llenas de agua, espinos, una que otra vaca pastando bajo la lluvia, el cielo plomizo lleno de nubes cargadas de ese frío que siento a través de mi ropa. Sin darme cuenta, llegué a Quellón y el chofer me dice:

- Maestra, llegamos.

Al día siguiente, Gabriela no llegó, pregunté por ella, la mayoría de los niños respondieron que no sabían nada; solo Ulises, que todo lo sabía y siempre estaba al tanto de lo que pasaba con sus vecinos, me dijo: Parece que está enferma, porque ayer perdió sus piedras de "Descués".

- ¿Y cuáles son esas piedras?

- No sé, pero la Gabriela siempre dice: mis piedras de "Descués".

Me quedé pensando, entre el alboroto que formaron todos afirmando que se llamaban "Descués".

Terminaron las clases, me despedí de mis niños y antes de que saliera Angélica, la llamé para preguntarle por su prima.

Angélica era una niña muy callada y siempre parecía imposible sacarle una palabra, cualquiera podía pensar que era muda, pero no, no lo era, sólo era muy tímida. Me dijo: Ya tía.





Pasó la semana y Gabriela no volvió a clases, y por más que pregunté, ninguno dio más respuesta que las piedras.

Busqué en las leyendas de la zona y solo encontré lo que ya conocía:

- El Caleuche, con su tripulación fantasma, que trae enfermedades a quien lo ve.

- La Pincoya, reina de los mares, la que a los pescadores sirve para saber si la pesca va a estar buena o mala, según la vean en las orillas de la playa.

- El Trauco, con su forma particular de embarazar a las jovencitas vírgenes, que andan en las noches fuera de sus hogares.

- Y otras tantas como el pez Gallo, el Embunche, Caicaivilú y Tentenvilú, representantes del bien y del mal, creadores de esta Isla tan hermosa. Nada que me diera una pista de las piedras "Descués".

El lunes, volvió Gabriela, tenía mejor semblante y se veía más animada, fue como un respiro a mi alma y me repriminé tanta preocupación y tantos malos pensamientos que me mantuvieron ocupada.

Sabía por los niños que la mayoría de los padres se tomaban todo su escaso sueldo y más de alguna vez, habían golpeado a sus madres. De los treinta niños que tenía en un curso, combinado entre primero y segundo básico, solo dos se enorgullecían de poder decir que tenían buenos papás, seis de ellos no tenían padre y los demás hablaban de las peleas entre ellos, como parte de una vida a la que estaban acostumbrados. Gabriela hace un tiempo, había contado que sus papás se separaron, porque el papá golpeaba a la mamá y le dejaba heridas en la cara.

En el segundo recreo, llamé a Gabriela; nos quedamos a solas en la sala y le pregunté de la forma más cariñosa que encontré:

- ¿Que te pasó? -¿Por qué no viniste la semana pasada?

Al no escuchar respuesta, solo sus ojitos negros mirarme a través de su pelo liso, volví a insistir.

- ¿Estuviste enferma? -No, tía- ¿Entonces que te pasó? -Ella me miraba y no respondía. Cuéntame Gabriela, ¿Tuviste algún problema? Pero nada.



Gaby, ¿Tú tienes unas piedras que se llaman “Descués”? - y esbozó una sonrisa.

- Si tía pero, no se llaman “Descués”. ¿Y cómo se llaman?

- No sé, y se encogió de hombros.

¿Y que le pasó a tus piedras?

- Se me perdió una, me respondió bajando la mirada y escondiendo el rostro para que no vea sus ojos llenos de lágrimas.

Cuéntame de tus piedras: ¿Por qué son tan importantes?

Y estalló en llanto. La abracé y traté de no darle importancia, para a averiguar más.

- No llores, Gabriela. Todo tiene solución.

¿Me puedes mostrar tus piedras? buscó en sus bolsillos y me mostró dos piedrecitas blancas, bien pulidas, de las que se encuentran a orillas del mar, las miré y le dije:

- Pero mi niña, podemos buscar otra igual en la playa, no debes llorar por eso.

Muy lentamente, comenzó a decir: -Estas piedras me las dio mi mamá, cuando se despidió de mí, me pidió que las guardara para que recuerde cuánto me quiere.

- La pequeña eres tú, la mediana soy yo y la más grande es el amor que te tengo y la promesa de que volveré pronto. Me dijo.

- Y volvió a estallar en llanto, entre sollozos le escuché decir: -**¡La que descués vuelve, se me perdió!** Y ahora mi mamá no va a volver.

Le tomé sus manitos heladas y las apreté un poquito.

- No te preocupes, Gabriela, aunque se te haya perdido tu piedra, de que después va a volver, es solo para que no pierdas la esperanza, porque las promesas son como las piedras, fuertes y sólidas, que nada ni nadie puede





romper y donde esté ahora, no se va a disolver y nada le va a pasar, así como a tu mamita, nada la va a detener para volver a tu lado.

- Me miró, con sus ojitos, llenos de lágrimas. ¿Cierto, tía?, me preguntó.

- Cierta chiquita, no llores más, ahora seca tu cara y anda a jugar con tus amiguitas, aprovecha que queda poco recreo.

Salió corriendo, después de darme un beso, con sus dos piedras en el bolsillo y yo respiré profundo, más aliviada, sintiendo que había conquistado el mundo, en unos minutos. Rogando porque pronto volviera la madre de Gabriela.

A mitad de la siguiente semana, Gabriela se acercó a mí y me dijo:

- Tía, ayer llegó mi mamá y me dijo que descués vamos a ir a Castro. Su cara iluminaba la sala y su carita, llena de alegría, me devolvió la tranquilidad que necesitaba.

PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PREMIO ESPECIAL PUEBLO RAPA NUI

Yeissy Eradia Tepano Suárez

49 años

Garzona de Cabañas

Isla de Pascua, Región de Valparaíso

TE TAGATA TAÉ MOA (EL HOMBRE IRRESPETUOSO)

Todos los pueblos tienen sus historias donde la realidad y la fantasía se toman de la mano y se hacen una sola, cambiando a lo largo de los años de generación en generación.

Yo, Hanua-nua, les voy a contar la historia de Juan tapata taé moá (el irrespetuoso), así lo llamaban en Rapa Nui.

Juan era un pescador que se distinguía entre los demás pescadores por su prepotencia y su mal carácter, pero por sobre todo, por lo irrespetuoso que era con respecto a todo, al contrario de los otros pescadores de Rapa Nui.

Juan, como pescador, era el mejor. Siempre llegaba con su bote cargado de pua baega, pisis, nanue y hasta atún. Los nanues los dejaba para el consumo de su casa, ya que a él le gustaban mucho al igual que a todos los Rapa Nui. Los otros pescados los llevaba al mercado para venderlo, pero, a diferencia de los otros pescadores, sus precios eran realmente excesivos y, por ende, se quedaba, a veces, con gran parte de ellos sin vender. Pero a él, esto no le importaba, porque se conocía muy bueno para pescar, por lo tanto, lo que no podía vender lo arrojaba a la basura, sin más ni más. Él ya sabía que al día siguiente pescaría más, mientras que muchos de los otros pescadores traerían muy poco o quizás no traerían nada, como por lo general solía suceder. Los que veían como Juan arrojaba los pescados a la basura, lo criticaban por su actitud, pero a él poco le importaba.

Una mañana muy temprano, llegó a su casa como de costumbre, llamando a gritos a su mujer desde antes de bajar de su caballo: Merahi!!! Merahi!!! Haka ara Koe (Merahi, despierta). Eran las 5 de la mañana y Merahi ya estaba de pie y se alegraba siempre al ver a su marido llegar sano y salvo de la mar. Ella sabía que muchos pescadores no regresaban y que la mar era peligrosa. Ella quería mucho a su esposo, a pesar de todo. Ellos no tenían hijos, los padres de Merahi habían fallecido hacía mucho tiempo y los de Juan vivían en Tahiti; por lo tanto, Juan era lo único que ella tenía. Merahi lo amaba no solo por esto, sino porque había sido su amor desde que ella era una niña de catorce años.



Juan le pasó las nanues y le dijo: Ka toó tahi te unahi ai katunu mai koe etahi maáku (sácale bien las escamas y cocíname uno para mí). Merahi sabía cómo limpiarlos, ya que su matua vahine (mamá) se lo había enseñado desde muy niña. A Juan le gustaba poraá (frito) con solo unas gotas de aceite y debía quedar perfecto; por su parte, Merahi se esmeraba en cumplir todos los requerimientos de su esposo, sobre todo los culinarios. Todo por el gran amor que ella sentía hacia él. Aquel día, Merahi tenía que preparar la ropa para ir a lavar al volcán, ya que el agua de lluvia que se almacenaba en los estanques era solo para cocinar y beber, no había agua potable en ese entonces. Y en el volcán, el agua era abundante y por eso todas las mujeres del pueblo iban a lavar sus ropas una o dos veces por semana a ese lugar.

Merahi tomó los nanues que su esposo le entregó, los limpió muy bien y, luego de limpiarlos, los puso en un prai paní (sartén) con unas gotas de aceite, lo dejó en el fuego y continuó preparando la ropa. El pescado quedó con cabeza y cola cocinándose, ya que la cabeza era lo que más le gustaba a Juan, como a todos los Rapa Nui. Pasaron varios minutos y, de pronto, Merahi se acordó del pescado que tenía en el fuego, corrió a sacarlo y, por suerte, estaba justo como a Juan le gustaba, lo sacó del fuego, preparó un plato con lñaki (acompañamiento) de taro, camotes y algunos plátanos alrededor, cortó de su jardín dos tipanies y se los puso a un costado del plato, luego sacó nuevamente el pescado para ponerlo en el plato, con tan mala suerte que la cola de éste, se quedó pegada en el prai paní (sartén). Igual lo puso en el plato y lo llevó a la mesa, luego fue a buscar a su esposo para que comiera y cuando él llegó, inmediatamente, se dio cuenta del pequeño detalle, que para él era muy grande: al pescado le faltaba la cola. Juan se puso tan furioso, tanto que tomó el planto y sin tomar en cuenta lo bien bonito que estaba, lo lanzó con todas sus fuerzas por la puerta hacia fuera frente a la mirada triste de su mujer Merahi, luego se fue a acostar tan haka viku (enojado) que el hambre que tenía se le quitó por completo y se durmió.

A las 8 p.m., se levantó y se fue en su caballo sin despedirse de su mujer. Bajó por el camino de Mata Mea y dobló por Ara Roa Rakei para dirigirse a la caleta de pescadores, donde lo esperaban sus primos para ir a pescar en el bote, a mitad del camino su caballo se hizo veveri (se asustó). Algo se había cruzado en el camino, era algo taka taka (redondo). Juan se bajó del caballo para ver qué era lo que había asustado tanto a su caballo, cuando se acercó pudo constatar que se trataba de un cráneo u osamenta humana y como era tan irrespetuoso respecto a todo, le dio un puntapié y lo lanzó a un costado del camino y volvió a subir a su caballo y cuando quiso que éste avanzar, el caballo se hizo veveri (susto) nuevamente: el cráneo había rodado, quedando frente al caballo, bajó furioso y le dio otro puntapié, esta vez con mucho más fuerza, lanzándolo más lejos y subió a su caballo. Lo que sucedió, no se lo imaginó jamás, cuando quiso que el caballo avanzara, éste estaba paralizado, ya que frente a él estaba nuevamente, por tercera vez, el cráneo. ¿Quién sabe de quién? Antiguamente, no existía cementerio y la gente enterraba a sus muertos y, luego, los cubría con montículos de piedra; piedras que, con el tiempo, se caían y desparramaban, dejando al descubierto los huesos de los muertos que allí estaban.



Nuestro amigo Juan, ya no daba más de rabia y procedió a golpear fuerte a su caballo, obligándolo a pisar con sus patas delanteras la osamenta, que por tercera vez había rodado al camino. Luego de lograrlo, en su rostro se dibujó una sonrisa de satisfacción y prosiguió su camino hacia la caleta. Cuando llegó, sus primos lo esperaban y, a pesar de que llegaba tarde, no dio ni la más mínima explicación y tampoco nadie se la pidió, porque ya todos conocían su carácter y lo alterado que se ponía, si alguien le reclamaba algo. Los cuatro subieron al bote, internándose mar adentro. Cuando estuvieron en el lugar escogido, tiraron sus redes y se dispusieron a esperar. Juan encendió un cigarrillo y, cuando levantó la mirada, sus tres primos se habían quedado profundamente dormidos. Juan les dio un grito para que se despertaran, pero ellos ni se movieron. De pronto, Juan, con sorpresa, vio sobre las aguas una gran luz blanca que se acercaba al bote. Al verlas más cerca, pudo constatar que dentro de la luz había figuras humanas y que la que más resaltaba de todas era una que no tenía cabeza. Las figuras rodearon el bote. Juan estaba aterrizado, tanto que se agarró del borde del bote y permaneció inmóvil con los ojos desorbitados... A pesar de que el terror se había apoderado de él, sus sentidos permanecían despiertos, dándose perfectamente cuenta de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Una de las figuras que rodeaba el bote se separó de las otras, entró al bote y se detuvo justo frente a Juan; era la que no tenía cabeza. Levantó algo como una espada o cuchillo grande y lo dejó caer sobre la mano derecha de Juan, cortándole los cinco dedos de cuajo. Juan dio un gran grito de dolor y pánico y, en ese preciso momento, las figuras desaparecieron. Los primos de Juan despertaron y encontraron a Juan mudo, con los ojos desorbitados y con su mano derecha ensangrentada y sin dedos. Ellos pensaron que su primo se había quedado dormido con una mano en el agua y que un tiburón le había comido los dedos. Levantaron sus redes y se fueron a tierra.

Juan jamás contó lo que pasó esa noche en Ara Roa Rakei, ni menos lo que pasó en el bote. Pero eso sí, desde esa noche, cambió y se volvió muy diferente. Pescaba con respecto, vendía sus pescados al mismo precio que los demás pescadores y lo que no vendía, lo regalaba a los ancianos o a los que no podían salir a pescar y cuando regresaba a su casa, ya no despertaba a su mujer; por el contrario, él cortaba tipanie para regalárselos a ella y cocinaba los naues para él y Merahi y la llamaba con cariño para que comieran juntos. También, cada vez que tenía la oportunidad de hablar con sus sobrinos, primos o hermanos, les enseñaba a respetar los ivi tupuna (huesos antiguos), los Ahus (plataformas) y todos los legados ancestrales que existen en la hermosa Isla de Rapa Nui. En cuanto a la falta de dedos en su mano derecha, hay gente que dice que a Juan le dio lepra y los pescadores cuentan que una noche de pesca, Juan se quedó dormido con una mano en el agua, vino un tiburón y le comió los dedos.

Pero la verdad... solo la sabe Juan, yo y ahora tú.

HANUA-NUA



PREMIOS NACIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

PREMIO ESPECIAL CHILENOS EN EL EXTRANJERO

Inés Alicia Villafañe

75 años

Palo Alto, California – Estados Unidos

DOS MUNDOS

La cama en reposo al fin, inquietos sueños tranquilizados
Ante el recuerdo de demoníacos autobuses santiaguinos,
Gases fatales sumen en smog y muerte, corren los gallos
Por la luca esquiva y sus críos pidiendo.

El aire de la gran California no es más puro,
Mezcla de pastos, semillas, polución, mil choferes en un auto
Comparten partículas infinitas de “achus”,
Que perforan los sesos en la mente.

Neruda retratado en Valparaíso e Isla Negra
Veo sus poemas en los valles, en los ríos y en el mar,
En tierras internacionales, regiamente emblemado
En paz, en su último hogar.

Walt Whitmann ya se ha callado,
Su retrato es poco recordado, no por
Manantiales y sendos bosques dorados
En América que su espíritu ha olvidado.

Gozo con la chicha y los porotos granados,
Uvas gigantes llenan mi boca de néctar y bocado,
Savia ennoblecida de campos chilenos, dulcemente
Riegan entrañas de mis raíces dormidas.



Y recupero el sabor del vino californiano,
Hermano gemelo de otra tierra fecunda,
Que me recuerda el hogar presente
Y ya extraño el terruño ausente.

Lloro por los perros vagos en las calles santiaguinas
Y por los dueños más miserables que ellos
Y lloro por los huelguistas chilenos, cuando
Reclaman alzas de tarifas ajenas a ellos.

Y agonizo al ver a un negro norteamericano
Aprehendido por matones policiales,
Porque Dios en un momento descuidado
Le asignó un color por algunos despreciado.

Y en dos mundos apartes, no soy poeta
Mi cama no es la que fue entonces,
Los aires que respiro no me pertenecen,
Mis poetas no se contradicen.

El alimento que me fortalece tiene un sabor dual
En California y en Santiago de Chile
Miro al común firmamento, exijo respuesta formal
De nubes enmarañadas de sur al norte.

Envuelta en un viento de brisas contrarias,
Azahar del destino hacia dos mundos constantes,
Soy con certeza mujer amalgamada de plata y arcilla
Amo California, pero soy chilena.





Yessenia Paola Colamar Colamar
12 años / 7° básico
Escuela E-20
Caspana, Región de Antofagasta

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

PRIMER LUGAR

Nelson Gómez León

71 años

Cesante

Arica

CON VIENTO DE BOFEDALES

En un pequeño pueblo del interior del puerto de Arica, nació Felinor, quien, desde temprana edad, quedó sin madre y su padre le encomendó el pastoreo de llamas, ovejas y caprinos.

No pudo asistir a escuela: su máximo anhelo, ni poseer un mísero juguete. Fue creciendo, pastoreando su ganado por los anchos y húmedos bofedales, desde las ventosas y frías mañanas hasta recogerse al atardecer.

Mientras bajaba las empedradas calles de Putre, silbando algún guainito, repasaba su vida y no le parecía nada de feliz. Él quería salir al mundo para conocer a otras personas, contemplar el coqueteo de las olas marinas con la costa, ver morir el sol acuchillado por la línea del horizonte, subirse a un auto último modelo y respirar la brisa. Estas ideas y algunas conversaciones que llegaban a sus oídos las transformaba en fantasías.

La soledad del entorno de esa casa de adobe y techo de zinc, con un mísero ventanuco tapado por un saco; la dureza de esa existencia y la ausencia de muchachos de su edad, lo incitaban a refugiarse en su pensamiento por emigrar a otras latitudes, ver el mundo y disfrutar, al menos, de uno de los muchos anhelos que estaban grabados en sus negras y vivaces pupilas.

Tuvieron que pasar doce años para que comprendiera que ninguno de esos sueños se cumpliría ahí, en ese pueblo.

La parquedad de su padre hacía que los lazos afectivos fueran escasos y se acentuaron cuando, un buen día, apareció con Rosita Canque y año tras año, llegaron sus hermanastros, sintiéndose totalmente desplazado. Según supo, los pocos jóvenes del pueblo habían viajado a la ciudad a seguir sus estudios y se habían quedado en Arica o en Iquique y después ya hombres regresan para los carnavales, con dinero en el bolsillo.



Ya a los quince años, siempre optimista y con sus fantasías entre ceja y ceja, a hurtadillas sacó algunas de sus pilchas, subió las cuestas y se las emplumó hasta la carretera. Medio día después, un camionero de buena voluntad lo invitó a subir a la parte trasera de su vehículo repleto de sacos de papas, maíz, orégano y uno que otro tarro con leche; recostado en una pila de alfalfa se sintió con las alas necesarias para tocar las puertas del cielo.

Al final del viaje, en las puertas de la Feria del Agro de Arica, feliz y con una risa que no le cabía en la cara, ayudó al camionero a descargar la mercadería, por lo que recibió algunas monedas a cambio. Vio que varias personas hacían lo mismo y se ofreció para ayudar a quienes arribaban con camiones cargados. Así, dio inicio a una nueva vida.

Con los años, se convirtió en un mocetón bajo y robusto, servicial y modesto, considerando cumplidos sus mayores anhelos, su rostro se llenaba de risa.

Así era Felinor Quispe, hombre muy conocido en la Feria del Agro, de pasitos cortos, pero continuados, capaz de cargar más cajones que cualquier otro.

“Paisita pa’lla, Paisita pa’ca”, se oía que lo llamaban siempre en los lugares que lo necesitaban. Este apodo gran cosa no decía, ya que en esta ciudad debía haber por lo menos 7.000 personas a las que se les llama paisas. Así y todo, a él le agradaba su apodo, estaba orgulloso de ser un genuino representante de Putre.

En los años que vivió en Arica, sufrió las siete plagas de Egipto, pese a ello, sus esperanzas y risueños ojos le pedían más.

Una aciaga noche, con algunas copas en el cuerpo, fue detenido por sospecha e ingresó por cinco días a la cárcel. En otra ocasión, cuando menos lo esperaba, porque la convivencia nunca es fácil, una joven que le robó el corazón lo abandonó, llevándose todos los enseres y al único amor de su vida, su hijo Felipe, que creyó que le pertenecía y por el cual soñaba trabajar duro para que no tuviese su misma niñez.

Y desde ese día, todo vino de mal en peor. Las huelgas en Bolivia impidieron el libre tránsito de vehículos y escaseó el trabajo. Cada vez más se sumía en el alcohol, su único compañero fiel, y cayó en la cesantía, conociendo el hambre y la desesperanza, mas nunca perdió su sonrisa. Cuando andaba bueno y sano irradiaba su alegría.

Hoy, al llegar a la Feria del Agro, vi gente vociferante, arremolinada junto a un vehículo y carabineros desviando el tránsito, a hurtadillas me acerqué curioso y con angustia vi a Quispe botado en el suelo, atropellado y muerto.

A pesar de las circunstancias, en su boca estaba dibujada la eterna sonrisa del Paisa.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

SEGUNDO LUGAR
Mercedes Jirón Gárnica
70 años
Ganadera
Putre

EL FÉRETRO

Esta historia me la contó mi abuelita. Esta historia es real. Hoy ya tengo 70 años, pero nunca me he olvidado de ella.

Me acuerdo que cuando era chica mi gente era muy seria y los niños jugaban con juegos inocentes.

Don Hilario era un vecino muy creyente de Dios. Ese día, salía muy temprano a arreglar unos asuntitos, pero no faltaron los amigos que lo detuvieron y lo invitaron a unas copas. Entre tanta conversa, no se dio cuenta que se le pasó la hora, eran ya como las 12.00 de la noche y aún no llegaba a su casa. Su mujer estaría furiosa, ya que Claudina le había advertido que no volviera tarde, puesto que Hilario estaba regando un potrero y ella no podía ayudarlo, pues se iría a pastorear su ganado.

El asunto es que Hilario se fue a su casa como a las 2:00 de la madrugada, iba contento, pensando qué mentira le presentaría a su mujer, cuando de pronto se encontró con su caballo blanco enfrente, le dio gusto verlo y pensó en acercarse al agua. Se percató de que su caballo no estaba ni con montura ni con cordel, no constituyendo esto un problema para un campesino y menos con las copas que llevaba encima, entonces se animó, se sacó el cinto, lo puso en el cuello del animal, se montó y siguió camino abajo.

Quiero aclarar, que el día anterior había dejado a su caballo en el potrero, dejando también la montura, el cordel y el freno, por ello le extrañó encontrarlo en el pueblo y nada más que enfrente de él, pensó entonces que el animal se había cortado. El asunto es que esa noche, Hilario no pensó más y se fue a ver el agua a las 2.00 de la mañana, cantando contento, encontró un poco duro al caballo, era como si estuviera montando en tablas, pero no le importó, estaba contento y pensaba decirle a Claudina que había ido a ver el agua.



Dice que llegó al lugar, desmontó, amarró al caballo en un monte y empezó a revisar su riego. Como ya había pasado un rato, se le quitó la cura y pensó en volver al pueblo, al mirar hacia él, de pronto vio una luz grande como una procesión que subía hacia el pueblo, le dio un poco de miedo, pero recordó que lo acompañaba su caballo blanco que estaba amarrado. Se apuró y lo buscó enseguida, no encontrándolo donde lo había dejado, sólo encontró su cinta, más miedo le dio y ya casi se perdía la procesión, sacó fuerzas y se volvió al pueblo. Al llegar, vio a su caballo blanco donde lo había dejado el día anterior, bajó a buscarlo y lo encontró tal y como lo había dejado; amarrado y sin comer.

Entonces este señor decía ¿en qué caballo me monté? ¿por qué lo encontré tan duro? ¿monté unas tablas? me monté en un féretro.

Ustedes se preguntan qué es eso de féretro, bueno la gente de mi pueblo conoce como féretro un cajón de tablas con patas y agarradores, es para llevar a los difuntos al cementerio a descansar, aunque ya casi no se hace.

Esta historia es real, se han cambiado los nombres de las personas y del lugar. Esta historia tiene más de 100 años desde que pasó.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

TERCER LUGAR

Alfredín Segundo Turra Corrales

48 años

Profesional medio ambiente

Arica

EL PRIMER OLIVO

El silencio de la noche se podía escuchar, bajo la luz mortecina de una luna menguante, escondida entre las nubes oscuras de ese cálido y húmedo día de octubre de 1560.

Dos sombras sigilosas, boca abajo, se hablaban a través del tacto, transpirados los cuerpos por la misión que se habían juramentado -cualquier ruido significaría la muerte, claro que primero vendrían los azotes en la plaza del pueblo.

Los negros se arrastraban sobre la tierra húmeda, como culebras dejando una huella en el camino, sólo con una idea fija, que nació como un impulso de romper cadenas hacia la libertad, la idea de sacar ese retoño de olivo, por encargo de un secreto benefactor.

Cuando la comunicación por señas y el tacto ya no fue posible, por la oscuridad y el miedo que los embargaba, se escucha en un susurro: ¡¡¡Juancho!!!, ¡¡¡Juanchoo!!!, ¡¡¡aprovechemos que los guardias se han quedado dormidos, ...apúrate!! antes que despierten,saca la planta con harta tierra para que se mantenga.

Días atrás, don Antonio de Ribera, Procurador General del Perú, había traído desde Sevilla, España, muchas plantas de olivo dentro de unos tinajones, de las cuales solo tres estacas llegaron vivas al continente sureño, por lo que los puso en tierra especial, con abono y riego adecuado, más una guardia de seguridad día y noche para evitar que alguien se los pudiera robar.

El fundo rústico de San Isidro, por fin tendría uno de los árboles más productivos de Europa, con sus frutos codiciados por los más exigentes paladares. Como ya había pan y vino en esa época, hacía falta el aceite y qué mejor que el aceite de oliva, tan aromático que haría las delicias de los comensales.



Ribera, dueño de una inmensa huerta, conocida como Huerta Perdida, poseía las mejores plantas de frutales: higos, naranjas, duraznos, además de melones y pepinos. Incluso, algunos frutales desconocidos para la época en el Perú. Tal es así, que produjo la primera granada en Lima, la que fue paseada en procesión, en anda con el mismísimo sacramento, dado su fenomenal tamaño. Pero, este gran acontecimiento se vería empañado por una insospechada osadía.

Esa mañana, se levantó muy temprano, no había podido dormir en toda la noche, una corazonada, un presentimiento que le apretaba el pecho lo impulsó como un resorte a la alborada, sin vestirse, todo despeinado, con una capa a la espalda, sus pantuflas en la punta de los pies, corrió raudo al jardín.

Las palabras no salieron de su boca, la mandíbula desencajada y una expresión de pánico en su rostro, al ver la ausencia de una estaca de olivo.

En un esfuerzo supremo, se escapa un grito desesperado: ¡¡¡...me han robado!!! al mismo tiempo que le daba un síncope y caía cuan largo era, sobre el rocío de la mañana.

Una vasija de greda, con tierra de hojas y abono, recibió con cariño extremo a esta planta de olivo, los negros sudaban y sus grandes ojos parecían dar vueltas de alegría, con risa contenida, dándole los cuidados más primorosos, como si fuera un bebé recién nacido.

El camino al sur sería largo y peligroso, debían atravesar pampas con mucho calor en el día y un frío intenso en la noche. Había que cargar con el preciado tesoro, darle abrigo en la noche y sombra durante el día.

Rápidamente, partieron por el camino trazado con anterioridad, la ropa y la comida en una bolsa, para el viaje sin retorno. Hombres acostumbrados al rigor de la vida de esclavos, tratados poco menos que animales por los patrones.

Recobrado de su soponcio, don Antonio de Ribera, deseó las penas del infierno a los ladrones, al ver que le faltaba una de las plantas, se tiraba los pelos, mientras golpeaba a los guardias con su fusta, exclamaba: ¡¡¡malditos desgraciados!!!, ¡¡¡sabrán de la justicia terrenal y la divina!!!, ¡¡serán excomulgados!!! –mientras tomaba aire - ¡¡¡los perseguiré hasta el fin del mundo!!!

Don Antonio no podía imaginar quién podría haberse atrevido a tan tamaña falta de respeto y temor por la autoridad y oprobio a su escudo de armas, el cual tenía dos lobos y dos lobeznos en campo de oro, lo que resaltaba su importancia dentro de la sociedad limeña.



- Los encontraré -pensaba en voz alta- ¡¡¡los encontraré!!!

Rápidamente, se armó un piquete de soldados bajo las órdenes del Gobernador, esta afrenta sólo podía ser pagada con sangre, por el tesoro sustraído. Se prepararon cabalgaduras, hermosos caballos y mulas de carga para un recorrido incierto. Debían buscar huellas, alguna seña, para saber quién o quiénes eran los culpables.

¡¡Deben de ser estos desgraciados del fundo San José de Huatica –exclamaba- los que han hecho esto!! ¡¡Nooo!!, tienen que ser del Cusco, afirmaban otros. Hay que partir hacia ¡¡Arequipa!! -contrarrestaban otros – nadie entendía nada. Así, la caravana sin salir, finalizó su búsqueda.

Vueltas y vueltas, sin saber por dónde empezar, crisparon los nervios de don Antonio. Cuando no pudo más, fue donde su amigo el arzobispo, quien hizo sonar las campanas al viento como nunca se había hecho antes. Se realizó toda clase de ritos, hasta que el arzobispo lanzó su mayor excomuni3n al ladr3n de la estaca de olivo. Era el máximo castigo a que podía ser sometido un individuo y le pesaría en la conciencia toda la vida.

Mientras, los esclavos partían a la libertad, sus pies corrían como el viento, recordando las grandes sabanas africanas. Hay que ir al sur, al sur, decían dándose ánimo. Cada día al amanecer, apuntaban su brazo izquierdo hacia el sol y caminaban todo el camino hasta donde sus ojos veían y marcaban rutas futuras, una piedra, un matorral, un cerro; y por la noche, la Cruz del Sur.

Después de varios días de intensa caminata, llegaron a la costa, entre la desembocadura de dos ríos. Ahí, les esperaba el personaje anónimo, quien les había ofrecido mucho dinero y la libertad, a cambio de la estaca de olivo. Una vez hecho el traspaso y sin mediar más palabras, les entregó el pago de mil duros, indicándoles con el dedo que se dirigieran río arriba, desapareciendo rápida y misteriosamente.

Los negros llegaron al hermoso Valle de Azapa, lleno de plantas, frutales y hortalizas, hermosas praderas, que bordeaban el cristalino río. Se miraron, sonrieron y lentamente y con delicadeza maternal, Juancho extrajo, de entre sus ropas, un pequeñísimo palito con minúsculos brotes verdes. Bastó eso, para que grandes carcajadas salieran de sus bocas, saltando como dos pequeños niños, dejando en el olvido el tremendo peligro que corrieron sus vidas.

En este paradisíaco lugar, plantaron ese olivo, el primero en Chile, que pasados los años fue dando sus frutos, negros y grandes, aromáticos y nutritivos: la negra de Azapa le llamaron, brillante como la tez de los negros.





Cierto día, pasado tres años, un caballero se presentó ante el arzobispo, con cartas de recomendación. Había llegado en un navío desde Valparaíso al Callao. Este señor, bajo secreto de confesión, le reveló que él era quien había robado la preciada estaca de olivo y la había llevado con extrema cautela a su hacienda en Chile y que, aún cuando existía la excomunión, esta planta se había adaptado maravillosamente al clima y convertido en un hermoso olivar.

No puedo revelar el nombre de este noble señor, perteneciente a una respetable y acaudalada familia chilena, pero sí puedo indicar que el arzobispo decidió levantarle la excomunión tras aplicarle una penitencia: devolver la estaca de olivo desde donde había sustraída, de la misma forma misteriosa como se la había llevado, más algunas donaciones a la iglesia y al hospital, obras por supuesto del arzobispo.

Una mañana, cuando don Antonio salió a ver su jardín, se encontró con la estaca viajera, con un saco con mil duros y un papel donde le pedían anónimamente cristiano perdón. A lo cual accedió. Le caían del cielo esas relucientes monedas; ya había ganado lo suficiente con sus olivos, ya que las estacas en Sevilla le habían costado media peseta cada una.

Los olivos dieron sus frutos en el Perú y, también dio frutos en Arica la mezcla de estos esclavos africanos, que en la huida a su libertad, tuvieron la osadía, la valentía y la inteligencia de pensar en el futuro, de afincarse en estas tierras, donde los afrodescendientes formaron las familias más destacadas del Valle de Azapa.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE TARAPACÁ

PRIMER LUGAR

Oswaldo Javier Urrea Caraffa

40 años

Profesor diferencial

Alto Hospicio

EL UMBRAL

Sobre el suelo pedregoso avanzaba. Su cuerpo gélido oponía una agónica resistencia ante la gravedad del suelo.

Dicen que si se arroja un gato de lo alto, éste, inevitablemente cae sobre sus cuatro patas. Lo mismo sucede cuando el alma humana se niega a dejarse vencer, aun sabiendo que la batalla está perdida.

Sus articulaciones dejaron de funcionar, entonces se derrumbó, el frío había extinguido el último hálito tibio de su organismo. Murió obedeciendo sólo la voluntad del alma que le indicaba que al final del camino, la verdad sería conocida y así se revelarían los misterios del cielo estrellado de la pampa.

La mañana trajo consigo los resabios de la noche anterior y con ellos, los todavía húmedos rayos del sol, dejaron en evidencia el cuerpo de un hombre tendido boca abajo. No tardó mucho en que se congregaran los lugareños del pueblo y lo reconocieran. Su muerte hubiese pasado inadvertida a no ser por el descubrimiento que se halló en su vivienda.

- Señor alcalde, le digo que no deja de ser curioso lo que ha sucedido con el hombre que encontraron muerto días atrás en las cercanías de su casa –afirmaba en tono decidido el joven concejal a su interlocutor, quien lo observaba atentamente desde el escritorio, en dependencias de la sede Municipal.

- Sí, ya me enteré... te refieres al gran telescopio que mantenía oculto en el galpón de su patio. Pues te digo algo, para todos resultó una gran sorpresa... sólo un excéntrico millonario como él podría guardar un secreto así, –respondía el alcalde, mientras se mecía de un lado a otro sobre su acolchada silla giratoria.

- Y no solo eso, -aclaró el concejal- hay algo más; al parecer investigaba la veracidad del mito de las realidades simultáneas.



- ¿Mito de las realidades simultáneas? ¿De qué mito me hablas? –fijó su atención en el joven y dejó de girar.

- Se dice que existe un tiempo paralelo al nuestro en el cual la vida transcurre simultáneamente, pero en épocas distintas. Esto quiere decir que, mientras voy a comprar hoy con mi tarjeta electrónica a un supermercado, paralelamente, en otra época, un minero de María Elena de 1929 asiste con las fichas de la empresa a la pulpería a retirar sus productos. Es ahí, que en algún punto, nuestras acciones se cruzarán; no se sabe cuándo ni cómo, sólo sucederá. Terminaré yo por comprar en la pulpería y aquél en el supermercado, en un periodo breve, pero a la vez tan inconsciente que posiblemente lo olvide ¿No ha escuchado hablar de sucesos extraños relacionados con el tiempo?

- Ya que lo mencionas, recuerdo el caso de aquella pareja de jóvenes que se desplazaba por la carretera de Arica a Iquique y que detuvieron su auto en plena pampa, pues necesitaban echarle agua al radiador. Fue entonces que en medio de los tamarugos, se les apareció un hombre, quien les facilitó agua a cambio de que le llevaran ciertas fichas a su familia que vivía en Humberstone. Con el tiempo supieron que quién los ayudó era un minero de las salitreras y que había muerto en 1907 en la huelga hecha en la Escuela Santa María en Iquique. Esto lo pudieron comprobar con el nombre que les dio y la dirección de la familia que antiguamente había vivido allí.

- Y de eso hay otras tantas historias más. Lo concreto era que este excéntrico millonario se interesó por el tema y comenzó a investigar, pero desgraciadamente murió. La causa: una severa hipotermia.

- Por lo que tengo entendido, un familiar se presentó para reclamar el cuerpo que luego sepultó, como habría sido su deseo, en el cementerio de Pozo Almonte.

- ¿Y quién era ese familiar? –preguntó con curiosidad.

- Realmente, lo desconozco, lo único que sé es que llegó del extranjero.

Vicente revisó los últimos apuntes de su hermano y los guardó junto con otras pertenencias dentro de la maleta. Las ironías de la vida. Le había prometido en varias ocasiones visitarlo y ahora que lo hacía, era para enterrarlo en el cementerio. En medio de su desconsuelo, intentaba ordenar las ideas. Se levantó y observó a través de la ventana: ahí estaba el gran telescopio. Si su hermano estaba en lo cierto, éste le indicaría el punto exacto en el cielo en que el umbral aparecería, de allí disponía de quince minutos para alcanzar la amplitud magnética que llegaría a la pampa, este abanico magnético lo atraería y sería conducido en un tiempo casi inconsciente a una época determinada. La hora y el día habían sido cuidadosamente calculados, nada estaba al azar, todo respondía a una precisión matemática del universo. Vicente se enteró también, que el día que su hermano murió, venía de



instalar las tres varillas de uranio líquido mejorado que utilizó para fijar el sitio en que el umbral se detendría por unos minutos. Estas varillas estaban dispuestas en los tres vértices de un gran triángulo dibujado sobre el suelo.

La tarde avanzó y un ennegrecido cielo nortino se instaló de improviso. Comenzó de esta forma a articular uno por uno sus movimientos. Primero estaba el telescopio. Accionó una palanca y las dos hojas del techo se abrieron de par en par. Luego, subió a la silla móvil que se descolgaba por debajo del lente óptico. Tomó ubicación y apoyando sus ojos sobre el mirador, fue presionando una serie de botones hasta que el reluciente gigante metálico empezó a desplazarse, abriéndose paso lentamente, escudriñando el profundo cielo estrellado. La computadora realizaría todo el trabajo, estaba programada para moverse dentro de las coordenadas en que se produciría el destello inicial.

Bastaron unos minutos para que se iniciara la segunda fase: el umbral se expandía en el cielo.

Subió al auto y se deslizó por la carretera a toda velocidad. Pasó Humberstone, Santa Laura y en un punto del camino, desvió su trayectoria internándose sobre la tierra en dirección al lugar acordado. Lo embargaba una enorme ansiedad; todo se definiría en tan poco tiempo y el desenlace era tan incierto, que por momentos temía desvanecerse en el desierto y que nunca más se supiera de él. La temperatura a esa hora era muy baja y caprichosamente la camanchaca se extendía intentando abrazar aquel suelo árido. Consultó la hora, le quedaban diez minutos. Sentía que la tarea de su hermano no podía quedar inconclusa y era él el responsable de llevarla a cabo. Presionó con más fuerza el acelerador, rebasando los cien kilómetros por hora. Esta era la segunda vez que recorría el camino, ya había calculado el tiempo que le tomaría este viaje y los puntos de referencia para ir en la dirección correcta, pero aún con todas las precauciones tomadas, el tiempo se acortaba y la distancia parecía hacerse eterna. Presionó con más fuerza el acelerador: ciento veinte, ciento treinta, ciento cuarenta kilómetros por hora. El volante vibraba entre sus manos, las ruedas patinaban sobre la delgada chusca. Las plumillas intentaban vanamente despejar del parabrisa la mezcla entre el polvo y la camanchaca. Le quedaba aún cierta distancia para llegar al gran triángulo. A ratos, asomaba la cabeza por la ventanilla para lograr ver el destello de luz que descendía, pero para su vista aquello era imperceptible.

Fue entonces cuando ocurrió lo impensado, de improviso el motor dejó de funcionar. El auto fue perdiendo velocidad hasta detenerse completamente en la arena. Volvió a girar la llave, lo hizo una y otra vez, mas todo fue en vano, por alguna extraña razón era imposible restablecer el contacto, era definitivo: la máquina no respondía. Desprovisto de energía, de luz, de movimiento y hasta casi de esperanza se encontraba varado en medio de la nada. No podía fallar y menos ahora. Abrió con decisión la puerta y comenzó a correr.





Los minutos parecían evaporarse en el aire. Era tanto el ímpetu de su alma, que no sentía el frío helado que a esa hora lo envolvía. Corrió bajo el cielo estrellado, en medio de una gélida brisa negra que por momentos hacía más lento y pesado su trayecto. Subió y bajó la sinuosa geografía de la pampa, dejando sobre su faz la impronta de sus huellas, la misma que dejaron tantos hombres y mujeres del salitre en sus travesías por aquellos caminos.

Llegó por fin al gran triángulo. Había sido un largo trecho, su respiración todavía jadeante intentaba estabilizar su cuerpo, absorbiendo la mayor cantidad de oxígeno posible. Y ahí se quedó esperando, pero nada ocurrió; el abanico magnético volvió a perderse en el punto del cielo por donde había aparecido. Lo invadían sentimientos encontrados: por una parte, sentía decepción puesto que la tarea no había sido concluida y, por otra, satisfacción de seguir todavía con vida.

La camanchaca había aumentado, cubriendo de blanco el entorno. A esa altura, su presencia allí era innecesaria. El intenso frío le hizo emprender el viaje de regreso.

Su auto se encontraba a una cierta distancia un tanto imprecisa. Caminaba intentando recordar su ubicación. Fue entonces cuando sintió relinchar a un caballo. Giró y entre la camanchaca, divisó a alguien que venía cabalgando hacía él. Se trataba de un soldado de la caballería, pero a juzgar por su apariencia, había algo que no encajaba en aquella imagen. Llevaba puesto un kepi rojo con una franja verde horizontal. Su chaqueta era azul con botones dorados y un pantalón rojo que a media rodilla se perdía dentro de unas largas botas negras. Sobre su chaqueta traía una correa bifurcada que lo cruzaba de frente.

- ¿Está extraviado?, ¿desea que lo lleve a alguna parte? –inquirió el soldado.

A pesar de la severidad de su rostro, mostraba cierta cordialidad.

- Sí...sí..., la verdad es que no sé donde está mi auto.

- Bueno, al caso somos dos, yo igual perdí a mi tropa. Buenas noches, soy suboficial y pertenezco a la rama de la caballería del fuerte Cazadores. Si gusta, podría ayudarlo a encontrar ese... ¿auto, dice usted?

- Sí..., así es.

Llamó la atención un reluciente sable que llevaba colgado al lado izquierdo, mientras que del otro lado y, apegado al caballo, traía una de esas antiguas carabinas.



-Vamos, sólo indíqueme la ruta, yo lo llevaré, -señaló el insólito visitante.

- Es muy amable, se lo agradezco.

Comenzó así una cabalgata silenciosa. Vicente intentaba darle una explicación a aquella sorpresiva aparición. Se sentía envuelto en una extraña circunstancia que sólo pudo dilucidar una vez que se halló dentro del auto. Aquel soldado que lo ayudó y que luego se perdió de nuevo en la noche era, si duda, un viajero que había venido de muy lejos. Esas iniciales, "C.d.D." que llevaba estampadas en color oscuro sobre el kepi, correspondían ciertamente a los Cazadores del Desierto; aquellos héroes que habían luchado en la Guerra del Pacífico de 1879.

Siendo así, la conclusión era una sola: el umbral había movido sus piezas otra vez.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE TARAPACÁ

SEGUNDO LUGAR

Elizabeth Verónica Campaña Vásquez

35 años

Ingeniero agrícola

Iquique

MAMA JATUN

Hoy desperté y lo primero que dije fue: Mamitai, mamitai Tuta-laq-mi? Pero lo más extraño es que lo dije en otra lengua, creo que era Quechua, no sé en qué momento lo aprendí a hablar. Ya ha pasado un año desde que viajé con mi madre por primera vez.

Todo empezó, cuando tenía siete años, una noche mientras esperaba que mi mamá despertara, para irse de viaje a Chile en tren, como cada semana, preparé mi bolsito, no quería llevar tantas cosas, así no se daría cuenta de mi plan: irme con ella también.

Antes de que salga el sol, siempre deja todo listo en casa; la ropa limpia a mis hermanos, también la de mi papá y, lo más importante, prepara la comida la noche antes de viajar, es por eso que yo me doy cuenta cuando volverá viajar.

Se levantó, corrí a su falda, la miré y le dije: mamita, llévame contigo, no quiero quedarme acá en casa, siempre cuando me dejas, mis hermanos quieren que les lustre sus zapatos y me dejan sola, como soy la más chica se aprovechan y mi papá no llega a veces y al llegar tarde lanza los zapatos y su aliento huele a alcohol.

Nunca imaginé que mi mamita me llevaría con ella, tal vez se preocupó por lo que le dije y no quiso dejarme sola esta vez. Ella me dijo: Anita, mi niñita, el viaje es muy duro, tienes que ser fuerte, nunca debes alejarte de mí. Un tiempo atrás la había escuchado decir que el viaje es corto pero nunca duro, para ella nunca nada es difícil, menos si es para nosotros.



Por primera vez, voy a viajar no sé si tengo miedo, ya que mi mamita me dijo camino al tren, apenas llegue el conductor, ¡¡te escondes debajo de mi pollera!!, así podrás siempre viajar conmigo sin tener que pagar otro boleto, toda la gente subió al tren y ya sentados, me escondí. El conductor pasó por ese gran pasillo, había muchas mujeres con pollera, me imaginaba que se escondían más niños debajo de sus ropas. De entre las polleras, siempre me asomaba para ver si mi mirada tal vez se cruzaba con otro niño, y así poder jugar con él, había momentos que creía ver a alguien, pero no estoy segura, tal vez me miraban como yo a ellos y, por miedo al conductor, no se asomaban.

Mi mamita me dijo: ¡Anita, hija! ya puedes salir, ahora solo debes estar a mi lado, duerme mi amor, que el viaje es cansador, vigilaré que no te caigas del asiento y que no pases frío. Mientras me decía eso, tenía un ojo abierto y el otro bien abierto, no quería perderme nada de mi primer viaje. Cuando estaba en el tren, siempre me preguntaba por qué la gente hablaba en otra lengua. No comprendía nada y al llegar a Chile seguían hablándola, pero mucho menos. Las personas tenían la piel tan diferente a mí, no quebrada, de color más claro y diferente.

Le dije a mi mamá, por qué hay tanta gente y son tan diferentes a nosotros. Ella me dijo: hijita, algunas personas vienen acá, porque necesitan llevar comida a su familia, y su piel es diferente, porque donde vivimos nosotros el sol está más cerca de nuestra tierra y el viento sopla más, es por eso que tenemos la piel diferente.

Mientras pasaban las horas, el hambre se apoderaba de mi barriga, le dije a mi mamá: tengo hambre, qué puedo comer. Hija, no hay tanta comida, solo pan con plátano y agua. No me importaba, lo único que me hacía feliz era estar con mi mamita.

No logramos quedarnos en Chile por más de un día, al parecer mi mamita había vendido toda su mercadería, porque estaba muy contenta, me dijo que yo le había traído suerte y que siempre me traería con ella.

Camina a mi lado, Anita, dijo mi madre. Yo la miraba siempre hacia arriba y creía que nunca lograría mirarle los ojos, la veía tan grande que no alcanzaba a reflejarme en ellos. Después, logré mirarlos y me di cuenta que siempre estuve ahí.

Ahora nos iremos en camión, no hay boletos en tren. Me sorprendí, nunca imaginéirme en camión, nunca me había subido a uno, mi mamá me dice que el camino será más duro y frío, pero llegaremos a casa. Al subir al camión, tuvimos que irnos arriba, dentro del camión llevaban mucha mercadería y no cabíamos, nos pasaron frazadas y unas bolsas; no sabía para qué eran las bolsas, pero al sentir unas gotas que cayeron me di cuenta que se asomaban unas nubes negras y pronto llovería.





El camino era tan duro, solo veía sal a mi alrededor, con muchos hoyos, saltaba tanto el camión que ya creía que nos caeríamos, mi mamá me abrazaba tan fuerte que el miedo se fue y solo imaginé la puerta de mi casa, entrando con ella.

Ya ha pasado un año desde mi primer viaje y al despertar, sin darme cuenta, hablo otra lengua. Ya entiendo algunas palabras, al menos, cuando viajo con mi mamita, logro entender lo que dicen las personas.

Quiero poder seguir viajando con ella, ya logro mirarla más desde donde estoy y cada vez la veo más grande, a pesar de que yo voy creciendo.

Vocabulario (lengua quechua)

Mamitai mamitai, Tuta-laq-mi?: Mamá, Mamá, ¿es de noche aún?

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE TARAPACÁ

TERCER LUGAR

Ricardo Alex Ulloa Contreras

51 años

Comunicador social

Iquique

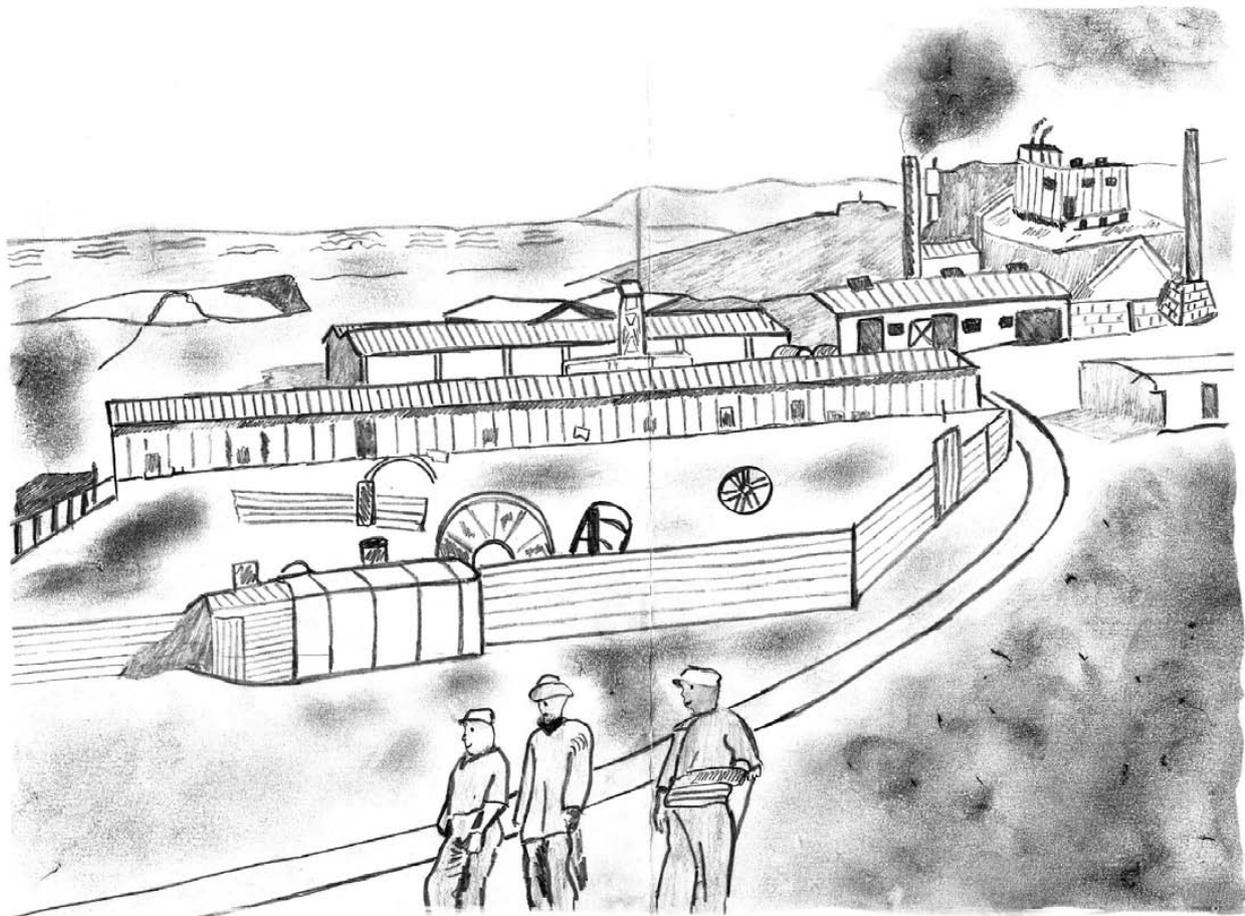
AGAPITO, EL MERCACHIFLE DE LA PAMPA SALITRERA

La pampa se iba poblando de campamentos mineros. Obreros bolivianos, peruanos y chilenos ya parecían haber olvidado la Guerra del Pacífico que los enfrentó en sangrientas batallas y combates. Así como ahora estaban juntos, también lo estuvieron en la matanza de la Escuela Santa María de Iquique aquel fatídico 21 de diciembre de 1907, claro que ahora la consigna era una sola: continuar trabajando bajo los abrasadores rayos del sol, arrancando la riqueza de la tierra, el oro blanco (el salitre) para entregársela a la patria.

En los albores de los campamentos y de las oficinas salitreras aparecieron muchos personajes, el mercachifle fue quien prácticamente dio inicio en el país al oficio de vendedor viajero, recorriendo a lomo de caballo toda la pampa para vender sus productos que iban desde sartenes hasta relojes, para ello se debía solicitar permiso al administrador de cada centro calichero.

Agapito Órdenes, el personaje real de nuestra historia, era un mercachifle muy querido por los pampinos, porque siempre recibía, atendía y cumplía con los encargos que éstos le encomendaban para la próxima visita al centro salitrero.

Aquel 24 de diciembre, Agapito Órdenes se despertó de madrugada, repasó con su afilada navaja el fino bigotito que se había dejado crecer sobre su tostada piel para dar un aspecto de mayor respeto a su persona, se calzó sus botas de montar con sus tintineantes espuelas, su alón sombrero de paño y su paletó. Ya cargadas sus alforjas, tomó la fusta en sus manos, montando sobre su ensillado caballo, a quien él llamaba simpáticamente Trueno: un negro alazán muy veloz y demasiado celoso, tanto así que no dejaba que nadie, que no fuera su amo, se le acercara ni mucho menos lo montara.



Fanny Marianela Leiva Saavedra
12 años / 7° Básico
Escuela G-20 La Huayca
Pozo Almonte, Región de Tarapacá



Agapito Órdenes se alejó al galope en busca de la pampa y de la camanchaca que sabía de los constantes viajes del mercachifle y aguardaba impaciente poder tragárselo como lo hacía siempre.

En Rosario de Huara, lugar donde Agapito había formado un hogar y su familia junto a Juana Cisternas, una alta y buenamoza mujer que le había dado como descendientes a Tomás, Secundino, Teresa, Otilia, Gregorio (a quien llamaban dulcemente Goyito) y Agapito, el menor de todos, quien era sietemesino y su hermana Otilia lo criaba en una caja de zapatos, aguardaban el regreso del jefe de hogar.

Juana Cisternas echaba una guata de siete meses de embarazo, pese a ello no le quitaba el cuerpo al trabajo y en la cantina daba pensión a los obreros. Solo sus hijos más crecidos la ayudaban a servir las mesas y los más pequeños -a excepción de Agapito que se lo pasaba en su caja de zapatos-, lavaban los platos.

Agapito Órdenes era un hombre de mil batallas, había salvado con vida en la matanza de la Escuela Santa María de Iquique, cuando desde la pampa hacia el mar, marcharon para hacer oír sus demandas laborales y se convirtieron en carne de metralla, siendo acribillados por la milicia, dejando un saldo de entre 2.800 a 3.600 muertos.

Los obreros del salitre habían llegado a Iquique junto a mujeres y niños, cuando a las 15:30 horas del 21 de diciembre de 1907, el talabarteo de la metralla con su reiterativa sinfonía de muerte repartía a diestra y siniestra el plomo asesino que hacía saltar por el aire los miles de malogrados cuerpos con rictus de rabia, dolor y asombro dibujados en sus sudados rostros.

Agapito fue uno de los primeros en lanzarse al suelo mientras la sangre brotaba a borbotones por todos lados, convirtiéndose en un río que más tarde llegaría a manchar las páginas de nuestra historia.

Pensar que solo minutos antes todos estaban vivos...

Pensar que solo minutos antes, los cónsules de Bolivia y de Perú habían llegado a buscar a sus coterráneos para que abandonaran la huelga, mas tanto bolivianos como peruanos en una muestra de total lealtad hacia sus compañeros respondieron: "CON LOS CHILENOS VINIMOS Y...CON LOS CHILENOS NOS QUEDAMOS..."

Agapito, siendo chileno, entendió en ese preciso momento que, también, él tenía que quedarse junto con los pampinos.

Ráidamente, mientras el mercachifle yacía boca abajo, tendido en el piso, sintió caer sobre él los pesados cuerpos de los malogrados trabajadores del salitre... Quiso levantarse y correr, pero su cuerpo estaba dominado por el





pánico y no pudo hacerlo... Allí estaba totalmente manchado de la sangre pampina que empapaba sus ropas y sus sentimientos, cerró y abrió una y otra vez sus asombrados ojos, queriendo despertar de tan horrible pesadilla. En eso estaba, cuando vio frente a sus ojos cómo la temida bota militar daba vuelta sin asco los cuerpos inertes de los caídos y remataba sin remordimientos a balazos a boca de jarro a los moribundos.

Luego, Agapito fue testigo de cómo los muertos eran vilmente saqueados: relojes, anillos, cadenas y dinero fueron parte del botín.

El mercachifle quería llorar, pero entendía que no podía hacerlo, porque lo descubrirían y allí mismo lo matarían a tiros, los fuertes brazos que rudamente alzaron su cuerpo y lo dejaron caer posteriormente en una de las tantas carretas destinadas a retirar los cuerpos del lugar, lo sacaron una vez más de sus pensamientos.

Una caravana de carretas atravesó la ciudad tomando rumbo noreste, levantando una columna de polvo a su paso, la cual era fácil de percibir a gran distancia por los lugareños.

Para Agapito Órdenes, la posición que ocupaba sobre la carreta era tan incómoda como la anterior, puesto que por lo menos 5 a 7 cuerpos iban apilados sobre él. La sangre seguía escurriéndose de los cadáveres, sus gotas dejaban una huella imborrable sobre el camino realizado por las carretas con su cargamento de muerte... Una huella que hasta hoy no se ha podido borrar.

Agapito respiraba la muerte sobre sí y aún temía por su vida. Las carretas detuvieron su marcha, el aire se sentía enrarecido, el mercachifle abrió los ojos, pero los otros cuerpos no lo dejaban ver dónde estaba.

Uno a uno dejaban caer los cadáveres y una vez más su cuerpo cayó pesadamente, azotándose contra el suelo. Ahí empezó a correr sangre por su nariz y hasta se alegró al notar que por fin era su propia sangre, porque hasta entonces era el único que no había sangrado, aunque toda su ropa estaba completamente ensangrentada.

Los cadáveres no fueron sepultados inmediatamente, a la espera de que familiares pudieran reclamarlos para darles cristiana sepultura.

Agapito oyó decir a uno de los carreteros que los muertos, que no fueran reclamados al día siguiente, serían depositados en una fosa común.

Cuando los hombres se retiraron del cementerio N°2 de Iquique, Agapito empezó a arrastrarse lentamente, abriéndose paso por sobre los cadáveres y una vez fuera del camposanto, se perdió por entre las calles a toda



carrera como alma que lleva el diablo hasta llegar a casa de su compadre, a quien le pidió que le prestara ropa para regresar a Santa Rosa de Huara.

En otra ocasión, quisieron asaltarlo en medio de la soledad de la pampa y cerca de la salitrera Nebraska, situación de la que consiguió salir gracias a su fiel caballo Trueno, que a todo galope puso tierra de por medio, y a su revolver que desde un tiempo llevaba a su cintura.

Agapito el hombre de mil batallas, el mercachifle, después de salir de madrugada desde su hogar de oficina Santa Rosa de Huara, ya se encuentra en la oficina salitrera San Enrique, lleva de todo en sus alforjas: aguardiente, pipas, tabaco, puros de la Habana, ollas de fierro, planchas de fierro a carbón, lámparas de fierro conocidas como patos Welsh, sartenes, muñecas de trapo para regalar en Navidad a las niñas y juguetes de yeso y de carey, para los niños. Esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad.

El mercachifle fue autorizado por el administrador para ingresar a la salitrera y vender sus productos, los que, como siempre, fueron bien recibidos por los pampinos; de hecho, los puros cubanos los encargaba siempre el propio administrador.

El pampino fue siempre un hombre bonachón, el cual se llevaba la mano a su cabeza para descubrirse del sombrero y con su mano derecha estrechar la diestra del visitante en un saludo cordial.

El segundo paso era invitar al afuerino a ingresar a casa y darle de beber un buen vaso de vino o más, según durara la tertulia entre ambos.

Cuando Agapito vio sus alforjas desocupadas, luego de haber cumplido con la entrega de todos los productos encargados y de haber vendido todos los otros objetos que llevaba por iniciativa propia, ya habían caído las penumbras de la noche que anunciaban que ésta iba a ser muy fría y que la camanchaca no perdonaría.

El mercachifle se despidió de sus últimos clientes y muy de prisa salió al galope en su alazán Trueno, buscando cruzar la pampa cuanto antes para estar en Navidad junto a su familia, que lo aguardaba como de costumbre en Santa Rosa de Huara.

A poco de adentrarse en la pampa, el cansancio, el frío de la noche, el sueño y el alcohol consumido empezaron a hacer presa del hombre, quien clavó una y otra vez sus espuelas en el vientre de su cabalgadura, haciendo que en medio de la camanchaca se desbocara Trueno. Éste se levantó en sus dos patas y blandiendo sus manos al aire, se lanzó al galope, arrastrando por el caliche y la chuzca a su jinete, quien no pudo sacar su pie del estribo, produciéndose el fatal accidente que le molió sus pulmones, dijeron al otro día quienes le encontraron muerto.





En la pampa, las noticias corrían como reguero de pólvora y al día siguiente ya todos sabían de la trágica muerte del mercachifle Agapito Órdenes, quien había muerto en Navidad y se había ido con la camanchaca.

Desde entonces, el cuerpo de Agapito descansa en el cementerio de Huara.

Su mujer, a los dos meses después, dio a luz a una hermosa niña la que desgraciadamente solo vivió algunos días.

Dicen que la noche en que falleció la menor, vieron salir furtivamente de la casa de Doña Juana a un nervioso y cabizbajo hombre de negro llevando en brazos a la niña.

Los más viejos comentaron que no podía haber sido otro que el espíritu de Agapito Órdenes, el mercachifle, quien vino a conocer y llevarse a su hija Fresia con él.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

PRIMER LUGAR

Juan Diego Candía Ortiz

32 años

Relacionador Público

Calama

EL MISTERIOSO HOMBRE DE COBRE

Ahora, ya un poco más sosegado con la agitada vida que me traspasó en medio de este árido desierto; decidí explicar a uno de mis nietos, por qué mi mano derecha siempre estuvo cubierta por un guante de cuero.

Y es que hace veinte años atrás, solía trabajar para don Pedro, dueño de una empresa dedicada a organizar eventos; los cuales la mayoría de ellos se llevaban a cabo con mucho éxito.

Un ventoso día –como muchos de septiembre – don Pedro llegó muy entusiasmado a la oficina y tomándome del brazo me apartó en un rincón, y muy agitado me dijo – Tenemos lo que tanto buscamos para el evento del Día del Minero.

- ¡Qué bueno, don Pedro! – repliqué yo, un poco confuso.

- Se trata de una estatua humana, el hombre es genial y es idóneo para el evento – dijo en tanto sacaba una pluma de su bolsillo para anotar algo en una vieja tarjeta.

- ¿Y qué lo hace tan idóneo?

- Es que se disfraza de minero, pintado completamente de color cobre – respondió mientras tomaba mi mano para dejar la vieja tarjeta en la palma. Ésta es la dirección donde realiza su show, lo puedes encontrar solo en las tardes, apenas lo contactes me llamas para saber cuánto nos cobra.



Una vez en el centro de la ciudad, me dispuse a buscar al tan admirado hombre de cobre y me fue muy fácil encontrarlo, ya que era la mayor atracción de la plaza; ahí estaba, rodeado de gente impresionada por su buen maquillaje, su temple para mantenerse estático, como una verdadera estatua. Me acerqué un poco más, para llegar a observar el buen trabajo de aquel hombre que había deslumbrado a don Pedro. Fue entonces cuando comprendí a mi jefe. La tenue luz del ocaso, además de revelar un impresionante maquillaje, dejó al descubierto el rostro de alguien taciturno, inmerso en la profundidad de la piel, una piel que transmitía un hielo que recorrió mis brazos, y es que en verdad por un momento creí ver una verdadera estatua. Aquello logró obligarme a sacar por un momento la mirada de él, convencido de que si seguía observándolo me volvería loco. Ahora, no solo don Pedro estaba obsesionado con contar con aquel hermoso espectáculo, yo también lo anhelaba.

Esperé sin perder el entusiasmo adentrada la medianoche, hasta que por fin el hombre bajó de su pequeño pedestal; pero luego algo inesperado sucedió. Una anciana, cubierta de un largo chal negro, se acercó a él, tomó el pocillo con el dinero y tomándole del brazo se marcharon juntos.

Muy escurridizos se fueron por viejas calles de la ciudad, mientras que yo los seguía un tanto intrigado por lo que estaba viendo; no sé por qué, pero me invadió la curiosidad de saber el lugar en donde ellos vivían, y más aun cuando me di cuenta de que se trataba de un recóndito lugar cercano a un pozo, en donde yo solía jugar cuando era niño.

Justamente al lado del pozo era donde la pequeña casa de la anciana estaba ubicada; me escondí tras unos arbustos a espera de que la viejecita entrara para luego tomar acción y solicitar el tan admirado show del hombre de cobre.

Mas, mi sorpresa fue inconmensurable cuando, en vez de entrar a la morada, la anciana y el muchacho se adentraron al misterioso pozo, luego ella soltó lentamente el brazo del joven hasta que éste comenzó a sumergirse, como si las aguas del pozo lo reclamaran. Algo me impulsó a saltar de entre los arbustos para asir rápidamente el brazo de aquel hombre, que parecía estar ahogándose en las profundidades, pero la anciana me detuvo repentinamente – ¡No joven! ¡No lo toque! – gritó la mujer bastante agitada.

- ¿Qué hace señora? – espeté – el hombre se va ahogar... – no terminaba de excusar mi acción, cuando de pronto me percaté de que mi mano se comenzaba a tornar rígida y con la sensación de que se congelaba dolorosamente.

- ¡Se lo dije! ¡Nadie, excepto yo puede tocarlo! – dijo sollozando y dejando escapar lágrimas de sus ojos – ahora su mano también es de cobre.



- No lo entiendo – dije, no solo confundido, sino que aterrorizado.

- Es mi hijo y todo lo que ha sucedido hasta ahora, es solo por que él siempre ha sido una buena persona. Ya veinte años han transcurrido desde que mi niño salvó a su compañero de morir bajo un ardiente chorro de cobre fundido, claro, sacrificando su propia vida.

- Pero... él... aún está vivo – dije estupefacto.

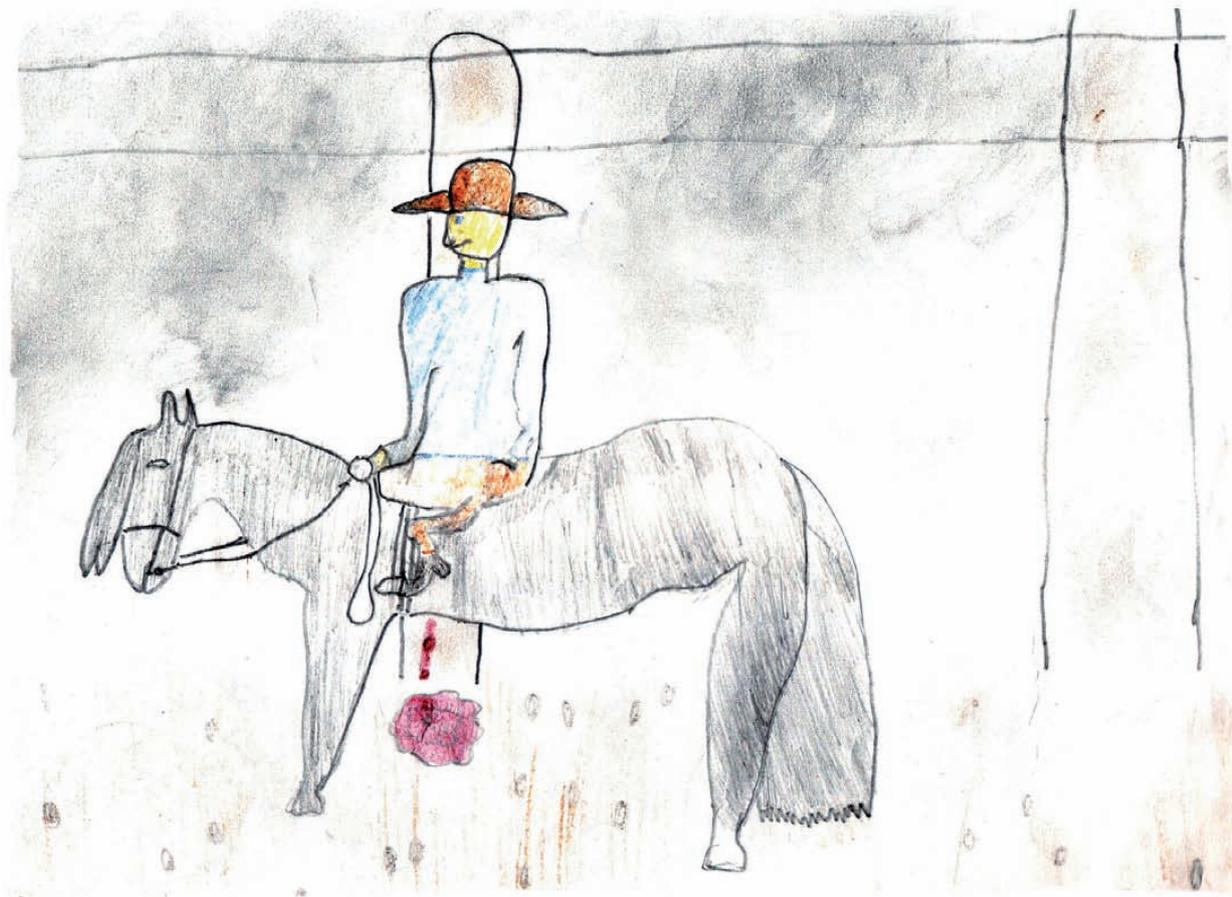
- La noche anterior del fatídico accidente, yo había enfermado gravemente, y él... se arrodilló, tomó mi mano y dijo – no te preocupes mamita, yo te cuidaré y traeré el sustento hasta que mueras, ¡te lo prometo! - el pozo... el pozo escucha las promesas.

- ¡No puede ser! ¡No puede ser él!

- Sí... lo es, y todas las tardes el pozo trae devuelta a mi hijo, tal como murió, para que cumpla su promesa, y en la medianoche me lo pide devuelta.

Todas las noches siento mi gélida mano y no puedo evitar recordar a aquél ser misterioso, y creo... creo a veces que solo se trató de un sueño, hasta que mi mano, sí, aquella mano de cobre, me devuelve el amargo sabor de que fue algo real, muy real.





Cristofer Alejandro Rojas Rojas
12 años / 7° Básico
Escuela G-207 Pangué Arriba
San Rafael, Región del Maule

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ANTOFAGASTA

SEGUNDO LUGAR
Félix E. Maizares Ferrer
52 años
Calama

EL SECRETO DE ANTENOR

Como un día de tantos, Antenor Cayo Cautín se levantó de madrugada, aparejó los mulares y dispuso su partida. Las alforjas con la provisión necesaria de charqui, queso, papas, maíz tostado, azúcar, aceite, harina candeal y también tostada; los alimentos deberían alcanzar para el tiempo que se ausentaría de su casa, la cantidad era siempre la misma, pues correspondía al consumo que realizaba mensualmente en la mina.

Antenor era uno de esos afortunados que no manifestaba sobresaltos por carencias materiales, para su tiempo y medio rural, vivía en una quebrada del altiplano al interior de Calama, en el siglo XIX, en un sector donde su modesta casa de piedra, barro y paja se erguía solitariamente, como quizás era su propietario.

Las pertenencias de Antenor eran una importante tropa mular, de burros y algunos caballos, una buena cantidad de ganado camélido y ovino, aves de corral, terrenos agrícolas al borde del afluyente del río Loa, que le permitía cultivar todo lo necesario para subsistir en esa inmensa lejanía y, lo más importante, una mina de plata. Su mujer había muerto de viruela, cuando las hijas aún eran muy pequeñas. Vivía junto a sus dos hijas, Romualda y Lucrecia, que ya deberían haber pasado la treintena de años; Cara de plato, un perro de gran cabeza, que semejaba un plato por su forma, fornido como un toro por su tamaño y fuerza, de color blanco con manchas café, de grandes ladridos y ronquidos cuando dormía, se había convertido en su fiel compañero y guardián.

Romualda y Lucrecia no conocían nada más que el camino entre la casa y el bofedal donde pastoreaban el ganado, área donde cultivaban lo necesario para el forraje animal de invierno y para el propio alimento. Su día comenzaba con la madrugada y el término llegaba con la noche, no existían diferencias en los días, vivían el día a día, solas con Cara de plato o bajo la vigilancia silenciosa y severa de Antenor.



Antenor era, para los pocos que decían conocerlo o habían tenido algún trato, un viejo bruto, autoritario y castigador, tenía fama de “Brujo”, digno de tenerle miedo o respeto, según haya sido la experiencia con él. Decían que podía sanar a un moribundo o enfermar a un sano hasta la muerte, todo dependía de la petición del que lo haya contratado, el pago por el trabajito era en animales; si eran llamas o alpacas debían ser de color negro y en el caso de las ovejas, de color blanco, vaya a saber por qué, pero Antenor cobraba así.

Las palabras entre el padre y las hijas, a decir verdad, eran muy escasas, una mirada bastaba para saber qué había que hacer. ¡Ay que Antenor se sintiera desobedecido por las hijas! Luego de la reprimenda verbal, que no era más que una sarta de de groserías, entre puñetazos, patadas y arrastre de la cabellera, venía lo peor, los azotes con una chicota especialmente hecha para castigar las bestias; ellas ya habían asumido que el castigo se lo merecían, por lo que el viejo daba rienda suelta a su bestial castigo, cuando él estimaba que no había sido obedecido correctamente. La vida adulta de estas dos pobres mujeres no difería mucho de lo que habían padecido en su infancia, con este predicamento y forma de vivir, mal podrían haber pensado en establecer algún tipo de relación de pareja, a esa edad no conocían a hombre alguno y por lo tanto no tenían hijos.

El fiel perro acompañaba a Antenor, lo dejaba en la mina y retornaba por orden de su amo a proteger a las hijas, luego de descansar y consumir los restos de alimento que solía recibir. El viaje a lomo de mula se hacía en un día. Bajo la atenta mirada de Cara de Plato, Antenor comenzaba la minuciosa revisión del lugar que usaba como lugar de residencia cuando subía a la mina; buscaba un mínimo indicio de huellas que delataran que su escondite había sido hallado, pero como tantas veces, confirmó que por esas soledades nadie transitaba: su secreto estaba seguro. Encendió un fogón, recalentó un pedazo de carne de llamo, el que consumió junto con una taza de un té muy caliente y un pan amasado de grandes proporciones, como un ritual y expresión de sentirse en condiciones de iniciar el trabajo, estiró los brazos y las piernas, acompañándolo de un gran bostezo.

Tomó una mula, la ensilló y se encaminó en medio de la planicie en un sector denominado carcanal. Siempre acompañado de un seco suelo, de un cielo azul y un fuerte viento, se detuvo, miró desde el animal y luego bajó de él, golpeó sus pies contra el piso, en un radio de dos o tres metros, hasta que se escuchó un sonido distinto, como que bajo el piso estuviese hueco. Clavó una estaca cerca del lugar, alivió de la montura al animal y lo amarró en la cuña, luego, con una pala y una picota, comenzó lentamente a hacer un hoyo de no más de un metro de diámetro y paró hasta que la pala dio con algo que luego empezó a sacar, eran cueros, cueros de animal, sacó un treintena de éstos. Mientras el hoyo se amplió un poco en su diámetro, luego, sacó unas gruesas tablas y por fin se sintió satisfecho. Alejó el montón de tierra sacado y se aseguró que en el orificio pudiera haber. Bajó una pierna, luego la otra y con extremo cuidado se perdió con una lámpara en las manos y un capacho de cuero a la espalda, bajó por la escalera de madera que crujió un poco y ahí estaba su mayor secreto, su mayor pertenencia, su real preocupación: su mina de plata, esa que no compartía con nadie, ni con sus hijas, solo con Cara de plato y la mula que lo llevaba, pero ellos no contaban, ellos no le podían arrebatar su mayor tesoro.



Trabajó durante todo el día, siguiendo la veta de plata, para ello todas las herramientas estaban siempre bien dispuestas para la labor. En todo caso, los túneles a los que había dado forma durante más de cuarenta años, parecían vestirse de colores distintos y brillantes cada vez que Antenor laboraba y sólo el repiquetear de la cuña sobre la piedra ocupaba el espacio de cada túnel, de ese gran queso subterráneo que con paciencia de monje él había construido. La actitud de gran respeto por el material que trabajaba y el escaso apuro en la tarea, hacía que Antenor descansara sólo cuando la luz desaparecía de la boca de entrada de la mina. La tarde sacaba a este ser, que parecía cual roedor que gozaba sentir entre sus manos ese material, que para otros serían solamente piedras. Dejaba cual relojero ordenado, las herramientas clasificadas en un panel con ganchos, donde las colgaba o las apilaba conforme a su dimensión, todos los días durante cerca un mes. Los primeros días picaba el material, después lo escogía y separaba, según su importancia y, finalmente, sacaba todo en un capacho de cuero de buey. Procesaba el material y la escoria la cargaba en sus mulas y la desechara a kilómetros de distancia, tratando siempre de no dejar una huella de todo el proceso de extracción y tratamiento. Una vez realizado el tratamiento básico, lo llevaba a localidades lejanas, atravesando la Cordillera de Los Andes, donde daba el tratamiento final y necesario para la venta del metal. Parte lo vendía por esos lados y otra parte, lo traía en lingotes que almacenaba en uno de los túneles de la mina; era una reserva para los tiempos malos se decía Antenor, para cuando sea viejo, aunque Antenor ya era viejo, de edad indefinible, ni él sabía cuántos años tenía, pero deberían ser cerca de los setenta.

En este trajinar, se pasaba el mes que Antenor se encontraba ausente de su casa. Las veces que iba a la mina también las utilizaba para sus mentadas brujerías, en la soledad de la noche hacía ceremonias que parecían hechas en lengua indígena, cuando había luna llena era fácil ver su figura con las manos suplicantes hacia el cielo, invocando a dioses o seres que le permitirían cumplir lo requerido por los que le solicitaban un trabajito. Se escuchaban letanías, para esto Antenor consumía brebajes y hojas de coca que sacaba de una chuspa, que, a la vez, parecía escupir o vomitar en esas histriónicas rogativas.

Como era de esperar, sus hijas, durante el largo período que su progenitor se ausentaba, se preguntaban dónde se ubicaba esa mina, que el padre no mencionaba en las conversaciones. Ellas observaban que él cada día envejecía y ellas no tenían el valor de preguntar, cómo vamos a reconocer esa pertenencia de nuestro padre cuando él muera, este pensar en voz alta preocupaba a Lucrecia y Romualda. En una de esas noches en que no se podía dormir, una de ellas propuso seguir al padre sin que se diese cuenta y retornar del mismo modo, para ello deberían prepararse con anticipación, en cuanto a mulas y alimentos, porque no sabían, a ciencia cierta, adonde irían, si el lugar era lejano o estaba medianamente cerca, con esta decisión estaban arriesgando quizás la vida.

Antenor retornó como siempre, callado y cansado, las hijas lo atendieron, sin preguntar nada, pero informando cada cosa que ellas habían realizado durante el tiempo de su ausencia. Como quien retoma su actividad cada día,





Antenor volvía al ganado, a las siembras, la cosecha, a las actividades domésticas, hasta que decidía nuevamente subir a la mina. Al igual que otras veces, realizó todo como un ritual, preparó la tropa de animales, las provisiones de alimento, la ropa de abrigo y todo lo demás y junto a Cara de plato partió, se encaramó por el camino hasta desaparecer al fondo de la quebrada. Las hijas, como ya lo habían preparado todo, cargaron algunas mulas con lo necesario para el viaje e iniciaron el viaje tras su padre, sin que éste se diese cuenta, hasta llegar a la mina. Siempre se mantuvieron a la distancia necesaria para que éste no se diese cuenta, Cara de plato percibió el olor y se perturbó por unos momentos, ladrando con agitación, pero Antenor lo hizo callar, con un -te estás volviendo tan viejo como yo-, en estos cerros no anda nadie salvo nosotros, el perro volvió a la calma y continuó al paso de la tropa de mulas.

Cuando el hombre se dispuso al trabajo, bajó a la mina y las mujeres se atrevieron a acercarse y auscultaron todo el lugar, llegando incluso hasta la boca de la mina, con la certeza de que el hombre no escuchaba lo que sucedía fuera. Cara de plato, en alguna mediada, fue su cómplice pues las acompañó en el breve tiempo que ellas estuvieron. Luego de haber satisfecho su curiosidad, retornaron por el mismo camino tratando de no dejar huellas, pero que no pudieron evitar. Cuando Antenor salió por la tarde de la mina se encontró con la desagradable sorpresa de haber sido visitado, sintiéndose violado en su intimidad, no dudó ni un solo momento en que ambas hijas o una de ellas lo había seguido, no le cabía ninguna duda pues Cara de Plato no ladró y éste ladraba a todo desconocido. La ira lo invadió, se encegueció, cerró la mina, cargó los animales y se devolvió tras los pasos de sus hijas, quería encontrarlas en el camino y castigarlas ahí mismo, como sólo él sabía hacerlo: habían invadido su espacio, el que no compartía con nadie y eso no lo perdonaría jamás. Apuró a los animales, pero no pudo darles alcance, bufaba por el camino. Por su parte, las hijas, a todo galope, retornaron a la casa e hicieron como que nada había pasado, luego, divisaron a Antenor, ellas sabían que su padre jamás regresaba en corto tiempo y entendieron de inmediato lo que se les venía, trataron de arrancar por la ladera de la quebrada, pero muy pronto las alcanzó, las agarró de las trenzas y las arrastró a paso de mula que él cabalgaba. Una vez en la casa, las mujeres lloraban y le suplicaban, pero la ira no lo dejaba ver, las amarró a unos árboles y despojó de vestiduras el torso de las mujeres, tomó la chicota y azotó y azotó hasta que sus manos y sus brazos no podían más y se desplomó, al igual que las mujeres, cuyos cuerpos sangrantes cayeron como sacos llenos de piedras al suelo, cuando él las libero de las ataduras. Él mismo las arrastró y las dejó sobre sus camastros, profiriendo maldiciones. Esa misma noche realizó un rito de hechicería, lo cierto fue que Romualda nunca más pudo caminar y Lucrecia nunca más vio la luz, quizás por la brutal golpiza o por el embrujo.

Los meses y los años pasaron, Lucrecia se transformó en los ojos de Romualda y ella en los brazos y piernas de Lucrecia, ambas se complementaban, se unieron cada día más, hasta que un día sin previo aviso, el Viejo Antenor se quedó dormido para siempre. Cara de Plato aulló como nunca antes y unos lamentos que no eran humanos se escucharon en la quebrada, nadie extrañó a Antenor, solo sus hijas que lloraron, perdonaron, entendieron y justificaron.



Cara de Plato, de vez en cuando, se desaparecía y se iba por el sendero de la quebrada y volvía al igual que antes, este fiel amigo acompañó a las mujeres hasta morir de viejo. Las hijas de Antenor asumieron que su padre las invalidó para caminar y para ver, porque no quería compartir su riqueza, esa riqueza que a ellas realmente nunca les interesó, riqueza que siempre será de Antenor. Se cuenta que muchos han intentado encontrar esta mina de plata, algunos dicen haber visto algo como un fogón en el lugar, un perro de las características de Cara de Plato que se desvanece en la puna o han escuchado el sonido de la cuña sobre la piedra, pero el miedo los invade y se alejan del lugar.

Si alguien quiere encontrar un gran tesoro y está dispuesto a enfrentar la maldad del brujo Antenor, que lleve una negra llama o una blanca oveja, pida referencias, siga al perro y bueno se haga rico o quizás muera en el intento.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ANTOFAGASTA

TERCER LUGAR

 Corina de las Mercedes Cortés Alucema 

58 años

Comerciante

Antofagasta

EL PACTO

Cuentan las personas más antiguas de mi pueblo, que un rico comerciante de esas tierras hizo pacto con el diablo, quien le dio todas las riquezas inimaginables y, además, le dio por esclavos a dos demonios, los cuales se esmeraban en cumplir las órdenes de su amo.

Este tenía prohibido a su esposa entrar a cierta habitación de la casa y menos abrir su preciado baúl.

Pero como la curiosidad mata al gato y más cuando se prohíbe acceder a algo, la señora espera que su marido se ausente de la casa y se vaya al campo a las labores propias de la tierra y, al presentarse la ocasión propicia, sigilosamente entra al cuarto y sabiéndose sola, abre el dichoso baúl y ante su sorpresa saltan los dos diablillos y a coro exclaman: ¡Mande, mi amita!

A tan efusiva disposición, la incauta señora se desmaya y los diablillos huyen hacia la libertad.

Al regresar, el esposo encuentra a una asustada mujer y la ausencia de sus diablillos. Tan pronto entra la noche, el acaudalado terrateniente, sale raudo hacia el río tan solo en traje de Adán y en la rivera del río, entre zarzas y matorrales, llama compungido a sus esclavos y tanto llamar, los libertos esclavos corren hacia su amo, el cual dichoso vuelve a su hogar con sus diablillos.

Pero esta historia no para, porque los campesinos comentan que cuando fallece este señor, su ataúd iba vacío y que durante toda la noche, sobre el techo de su casa, hubo mucha trifulca de gato, maullidos y peleas.

Además la riqueza mal avenida nunca es duradera, pues el gran almacén del pueblo del cual era propietario nunca más abrió y todo se perdió y fue consumido por la polilla, el moho y el paso del tiempo.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE ATACAMA

PRIMER LUGAR

Andrea Álvarez Halles

31 años

Dueña de casa

Copiapó

EL GALLO CORREDOR

Desde que tengo recuerdos, mi abuelita Juana tenía gallinas, siempre le gustaron, decía que le ayudaban a pasar los malos tiempos y no exigían tanto, eran buenos animales; llegó a tener 56 gallinas y 4 gallos en su gallinero.

Vendía los huevos a sus vecinos y también a los turistas que pasaban y veían el letrero de “se vende huevos de casa”. Eran todos de colores: celestes, verdes, blancos, cafés, era una buena variedad, sin contar que tenía tres gallinas que le daban huevos de doble yema y obviamente esos los vendía más caros, siempre los sabía distinguir.

Cuando las gallinas se ponían cluecas, les dejaba los huevos, menos a las súper ponedoras, las de doble yema, porque es sabido que las gallinas rompen esos huevos. Mi abuela le cambiaba los huevos, pero una vez se le pasó uno, nadie imaginó que este hecho cambiaría el destino de mi abuela.

Cuando se dio cuenta de este hecho, ya era tarde, pero se fijó que la gallina no lo había roto. No quiso interponerse en lo que la naturaleza estaba creando, muy atenta esperó el día en que este huevo rompió su cascaron. Estaba toda la familia, pero cual de todos más impresionado al ver que, en vez de nacer un pollo o simplemente no nacer, se rompe el cascaron y salen dos cabecitas de espaldas, piando muy tiernamente. Mi abuela tomó el huevo y lo ayudó a romper. Asombrada, vio que en efecto los pollitos estaban pegados por la espalda, todos pensamos que se iban a morir, pero para sorpresa de todos crecieron normalmente hasta la juventud.

Un día, un turista quiso comprarle el pollo a mi abuela. Ella le dijo que si el mismo lo pillaba, se lo vendía y, para sorpresa de todos, no lo pudo atrapar. Fue ahí donde la mente oportunista de mi tío Chume, el hijo menor de mi



abuela, cambió, porque en la hacienda El Tanque, cercana a donde vivía mi abuela, se hacían carreras de gallo clandestinas y mi tío Chume, que ese momento (bueno, para ser sinceros, desde que nació) estaba sin pega, quiso probar suerte y se llevó a este pollo al que le decían el Siamés.

Cuando llegó a la hacienda El Tanque con el Siamés, todos los huasos se burlaron de mi tío y se pusieron a reír. Él los ignoró y se fue a la línea de partida. Todos los gallos de distintas localidades se pusieron en posición, cuando empezó la carrera todos empezaron a correr y el Siamés iba último; era obvio, si llevaba a su hermano pegado en la espalda era un poco más pesado y todos se burlaron de nuevo de mi tío y le decían: “mira, el jorobado va último”, “mira el repetido no va a llegar”, “dale viajeros (por la mochila)” y así un millón de tallas, pero cuando la mitad del trayecto se había completado, los demás gallos se empezaron a cansar, fue en ese momento cuando el Siamés pasó a la historia, porque al pasar por un montón de arena, se tropieza y da un salto tan grande que en el aire se da vuelta y el que aterriza es el otro pollo, el que llevaba en la espalda y, por ende, estaba descansadito y empieza a correr y remonta, pilló a todos sus contrincantes cansados y ganó la carrera.

Desde ahí en adelante, cada vez que competía, en la mitad se daba vuelta y le tocaba correr a su hermano y así mi tío Chume se hizo popular y cambió su destino, amasó una gran fortuna con las apuestas y, obvio, mejoró la vida de mi abuela. Cuando el Siamés se hizo viejito y murió, mi abuela, en agradecimiento, le hizo su respectivo funeral con lápida y todo, en la cual decía: “Aquí yace el Siamés, un gallo que siempre corrió por dos”.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ATACAMA

SEGUNDO LUGAR

 Magaly de las Mercedes Castillo Hidalgo 

53 años

Modista

Freirina

EL ARRIERO QUE PERDIÓ EL TESORO

Cuentan que hace muchos años vivió en el pueblo de Freirina, que ahora es ciudad, un arriero y cambuchino, que se internaba por las secas y áridas quebradas y montañas del desierto de Atacama en busca de peñas que contienen oro y así poder obtener alguna “pella”, para sacarle un dinerito al venderla para subsistir.

En los años en que la lluvia era abundante, reverdeaban los cerros y más hacia la costa crecía pasto en extensas praderas, por lo que los campesinos del lugar y los que tenían más de dos ganados o caballos y burros, los enviaban al campo hasta que se terminaba el pasto. Luego, los traían de vuelta muy gorditos a pastar a los potreros. Este cambuchino, también, tenía animales, pero burros; un par de asnos que llevaba a las montañas a pastar mientras él se internaba por las áridas grietas en busca de buenas peñas o, por si acaso, caía una pepita de oro.

Cierto día Juvenal, que así se llamaba este arriero y minero, se fue adentrándose por las montañas más y más hasta demorarse más que de costumbre en volver y así pasaron los días y el arriero no volvía; lo que era extraño, ya que no dejaba nunca a sus burros tanto tiempo solos.

El motivo por el que el arriero y minero no volvía era que al ir alejándose por las quebradas exploró lugares donde nunca había estado y, con la esperanza característica de todo buen minero, se adentró entre las grietas hasta llegar al faldeo de un cerro donde empezó a cavar con una de sus barretas que utilizaba en sus faenas. Grande fue su sorpresa al comprobar que había descubierto una rica veta de oro, o sea, una mina de oro para él solo, era por lo que había tardado tantos días en volver, porque al picar en la tierra encontró buenas peñas y picó más y más para después ir a buscar sus burritos y cargar. Fue así como llegó a la veta. Con lo encandilado del acontecimiento miró el lugar, señalándolo con algunos palitos y piedras que encontró por ahí y empezó a caminar hacia el lugar donde tenía su refugio, pero cuando subió a lo alto de la planicie, divisó a lo lejos un montón de lucecitas que se multiplicaban más cada vez, hasta convertirse en las luces de una ciudad, donde se oía desde lejos una gran fiesta.



El hombre, por un momento titubeó, pero cansado de tanta soledad, le ganó la curiosidad y así fue, como empezó a caminar hacia las luces y la música que lo atraía inexplicablemente sin llegar a comprender cómo es que ahí, existía un lugar así, o una ciudad. Tal vez, con la feliz noticia de ser un hombre rico y deslumbrado no alcanzaba a ver claro, extrañamente, ya que él conocía toda la zona. Ya un poco más hacia las luces que dentelleaban con la noche y en el umbral de la ciudad, salió a recibirlo una hermosa mujer de cabellos color miel y vestida elegantemente. Gentilmente, lo invitó a la fiesta, pero él le dijo: “solo miraré desde afuera, no estoy preparao y ando con mis andrajos”. La mujer le dijo que no se preocupara, que ella le prestaría algo de ropa. Lo llevó a una casa y después de darse un baño se vistió elegantemente, de traje.

Fue así como Juvenal comió en la fiesta, bailó y pasó una apasionada noche con la hermosa mujer. Al otro día y habiéndose quedado dormido, producto de los tragos que se tomó, olvidó por completo la misión de buscar sus burritos para cargar algo de oro para llevarlo al pueblo y después volver para explotar la mina como Dios manda. El asunto es que se había olvidado por esa noche de su fortuna, pero su angustia y asombro fueron inmensos cuando despertó y se encontró abrazado a una vieja calavera de mujer y de la ciudad no quedaba nada. Atontado y enceguecido por los acontecimientos, a duras penas pudo hilvanar las ideas.

Caminando torpemente entre la angustia y el miedo y así tambaleante pudo alcanzar el lugar de su escondite y donde se encontraban sus asnos, pero sus problemas no terminaron allí, pues buscó y buscó y no encontró ningún burrito. Caminó unos buenos trechos, los llamó y nada, pero pronto se dio cuenta que los demás animales tampoco estaban, por lo que entendió que ya era la época de “la baja” y sus burros habían bajado con los otros animales. Ya desesperado, decidió bajar al pueblo para traer sus burritos y otros más, para llevar su oro, pero cuando el minero volvió a la montaña no pudo recordar jamás el lugar donde estaba su mina y enloqueció buscándola. Aunque contó su historia, nadie se la creyó, pues siempre pensaron que estaba loco, o que era un cuento para fanfarronear.

Este minero arriero se encontró con la ciudad encantada, que cuenta la leyenda sobre una guardiana de los tesoros, que son otorgados a los hombres limpios de alma y mucha fuerza mental, que al marcharse la noche los encuentre la mañana despiertos y ser así el dueño de la más preciada fortuna.

En cuanto a nuestro amigo Juvenal volvió al pueblo a vivir cerca del río donde se dedicó a criar una buena cantidad de burros, porque según él era mucho el oro que debía traer. Alcanzó a tener por lo menos unos cincuenta y más, los que jamás vendió. No sé por qué, tal vez por la vehemencia con la que contaba, yo creía su historia. Siempre me ofrecía trabajo, me daba un puesto de secretaria para que le llevara su contabilidad, hasta sus últimos días le escuché contar lo mismo muy convencido. Yo, por mi parte, estoy casi segura de que esa mina existe entre el relieve costero y la montaña del desierto atacameño, un lugar marcado por este minero el cual murió a finales del siglo veinte, y si pienso que esa mina existe, es por que no hay que olvidar que gracias a la explotación del oro, Freirina brilló en todo su esplendor, llegando a ser un ícono en la historia de nuestro país: Chile.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE ATACAMA

TERCER LUGAR

Elizabeth Susana Salinas Valle

32 años

Periodista

Copiapó

MI PRIMER DÍA DE VACACIONES

Me encanta ir de vacaciones al campo y, aunque no me gustara, es el único lugar al que vamos todos los veranos, porque mi papá y mi mamá son de allá.

Vivo en El Salvador y me llamo Elizabeth, tengo 9 años y voy en 4º básico de la Escuela Nº 14. Nací el 15 de septiembre de 1976 en Combarbalá, un pueblito pequeño que queda más allá de Ovalle en la Cuarta Región.

Mi papá no tiene auto, así que tenemos que viajar en bus y mi mamá se pone muy nerviosa con las cuestas que hay en el camino, así que prefiere ir durmiendo; a mí me carga el olor a bus. Nos hemos demorado 11 horas en llegar en el Inca Bus hasta Ovalle y, después tres horas más en un bus Escania hasta Combarbalá. Mi papá compró mucha mercadería para llevarle a mis abuelitas. Y ahora después de andar media hora en taxi, llegamos a Paclas, mi lugar preferido para pasar las vacaciones de verano.

Está mi abuelita Regina esperándonos en la puerta de la casa. Es una casa muy diferente a la mía, porque es café como de tierra las paredes y también es muy oscura, con unas ventanitas chiquititas de madera. Afuerita hay una ramada con ramas de álamo, que da sombrita, porque hace mucho calor. Hay olor a pancito amasado en una cocina de leña. Nos están esperando con almuerzo. Están mis tías, mis tíos y mis primos. ¡Son como cincuenta personas! No sé adónde vamos a dormir.

Tengo ganas de ir al cerco a ver las plantaciones de choclos y a buscar las mariposas de gusanos de palqui, las chinitas, los palotes y las cuncunas. Aquí hay muchos insectos, no como en El Salvador que hay puras arañas y alacranes.



Saludé a mi primo Javier y al Pocho, la Pocha, el Marco, la Rossana, el Juli y la Jany y a los demás y nos fuimos a pasear, mientras nos sirven el almuerzo. En la quebrada va harta agüita, a lo mejor podemos hacer una represa para bañarnos a la sombra de los perales. Pero me dieron ganas de ir al baño que queda en la lomita. No me gusta, es muy hediondo, porque no tiene agua, es una caja de madera donde cae todo lo que uno hace a un hoyo.

Me metía al baño, pero le dije a mi mamá que me acompañe, porque me da miedo caerme adentro. Cuando estaba sentada se metieron dos abejas y tuve que salir arrancando para que no me picaran, y el Mondongo con el Juanito, que son los perros de mi abuelita me querían saludar y me saltaron encima, casi me botan. ¡Mamá ayúdame, corre a las abejas y a los perros! Mi mamá sólo se reía.

Mi abuelita Regina nos llamó a almorzar: “Niñitas, vengan a comer, ta’ listo el hervido, que se va a enfriar.” El hervido tiene muchas cosas: caldo, choclo, porotos verdes y zapallo, carne de cabra, es rico, pero es muy grande el plato, parece una pirámide. Después, comimos choclos cocidos con mantequilla. Hay tantos choclos, que echamos competencia con el Javi quién se comía más. Me llega a doler la guata.

Más encima hay postre de mote con huesillos, ya no me cabe nada, mejor me tomo el puro juguito.

Afuera pasa una acequia y está llena de sapitos arrieros, que son chiquititos con manchitas rojas o amarillas, yo fui a verlos y el Javi estaba con un salero echándole sal hasta que los sapitos se quedaban tiesos. ¡No! No hagas eso que les duele y le pegué con la mano en la cabeza y lo acusé con su mamá. Lo retaron, pero él es muy malo, no debe hacer eso.

Al final, ya es la hora del mate. Mi abuelita con mis tías y mi mamá toman mate de leche de cabra con queso compuesto, a mí me gusta el mate, pero más tibio, porque ellas tienen la leche todo el rato en el brasero y no se enfría nunca. No sé por qué le echan una brasa de fuego al azucarero y cuando se le pega el azúcar la echan dentro del mate. Parece que queda rico.

Mi abuelita Regina, nos tenía para mí y para el Javi unos mates chiquititos con bombillas chiquititas y nos dieron leche tibia para tomar. Estamos tan llenos, que no podemos más.

Para mañana están organizando un asado de cabra y de cordero así que se los compraron a mi tía Aleja, que vive como dos cerros más allá. Tenemos que ir para allá más rato a saludarla y a buscar la carne.

Nos tuvimos que cambiar ropa, porque estábamos llenos de tierra del viaje. Más encima, aquí no hay ducha, así que hay que bañarse por partes como dice mi mamá. Ella me bañó en un lavatorio grande de plástico que tiene mi abueli.



Mi tío Víctor que es el papá del Javi, del Pocho y la Pocha y viene de La Serena, tiene una Suzuki, que es como una camioneta con barandas. Adelante caben tres personas bien apretadas y atrás caben hartos sentados en una banquitas que le pusieron. Vamos a ir a ver a mi tía Aleja en ese auto. Yo me voy a ir atrás con el Javi y los otros primos, si es que mi mamá me da permiso.

Nos vamos a visitar a mi tía, ella tiene quince hijos, unos más grandes y otros que son guagüitas. Son 13 hombres y dos mujeres. Cuando vamos llegando, se ven desde la lomita cómo se ponen todos a correr para la casa. Había algunos que estaban en el corral y también salieron cascando. Cuando llegamos a la casa no había nadie, son retimidos, les da vergüenza cuando llega alguien y se esconden. No sé por qué. Mi tía me da unos abrazos y besos y empieza a llamar a los niños, Wiiildo, Chope, Caco, Lelo, Sandra, Iris, Chifeo, Franklin, Tomate, y nos dice que el papá anda arreando las cabras en Chingay.

Los niños de ella empiezan a salir de a poquito y nos saludan. Aquí son todos bien pobres, mi mamá les trajo ropita y algunos zapatos, pero igual no alcanzó para todos. Mi tío Víctor trajo otros regalos y ahora el Wildo y el Chope se van a poner a matar la cabrita y el cordero que vamos a comernos mañana como asado.

Yo quiero ir a ver y mi mamá no me deja, dice que va a haber mucha sangre, pero yo quiero ir igual. Cuando se pusieron a tomar mate, me arranqué con el Javi y fuimos a ver, el Wildo tenía la cabra y el Chope le cortaba el cuello con un cuchillo. Me dio susto y me puse a llorar, porque la cabrita gritaba mucho. Me fui corriendo donde mi mamá. Después llegaron con una fuente llena de sangre como gelatina, que era para hacer unas prietas. ¡Qué asco, no me las comería ni aunque me amarraran!

Después nos fuimos a comer brevas debajo de una higuera más grande que no se qué. Y estaban ricas. Al final, llegó el Tomate con un carretón y nos dijo que si nos queríamos subir.

Nos subimos, el Javi, el Caco, el Lelo, El Pipi y yo, y el Tomate nos llevaba rajados por la loma. Lo pasamos tan bien. Pero la tía los empezó a llamar, porque tenían que ir a llenar sacos con guano de cabra para venderlo a un camión que pasaba en la tarde.

Nosotros, de puros copuchentos, con el Javi nos fuimos al corral y agarramos una pala y nos pusimos a ayudarlo a los niños a llenar los sacos con guano. Parece que mi mamá y mi tía Gladys se olvidaron de nosotros, porque hace rato que no nos vienen a agüaitar como dice mi abueli.

Estamos muertos de la risa, tirándonos guano de cabra en la cabeza y enterrados hasta la guata. De repente, me miré la ropa y la tengo muuuu sucia. Miré al Javi y a los niños de mi tía Aleja y todos tienen la cara negra y los hoyos de la nariz, llenos de polvo de guano. ¡Jajajajaja, qué risa, parecemos negritos!





Ahora, llegó mi mami y me sacó del guano, me dijo que me había puesto ropa nueva. Parece que la embarré, pero no me di cuenta porque estaba muy entretenida. Me lavó la cara y me sacudió un poco. Me pica la cabeza, tengo lleno de guano molido. Dice mi mamá que va a tener que bañarme de nuevo, cuando lleguemos donde mi abueli. Al Javi también lo retaron. Pero no importa, lo pasamos bien.

Ya se está oscureciendo, mi abuelita dice que es la oración, nos vamos de vuelta y no quiero bañarme.

Llegamos y mi mamá se pone a calentar agua en la tetera gigante para bañarme y después me pone pijama, ¡tan temprano! Me había olvidado que aquí no hay luz de ampolletas; sólo de velas. Tampoco hay agua de llave, sino de pozo, pero es más rica.

Nos acostamos todos como a las 8, mi abuelita me trajo un pedacito de pastel de choclo que me encanta y voy a dormir con ella, porque la quiero mucho. En la pieza del lado quedaron colgadas la cabra y la oveja muertas, con la luz de la vela se ven feas, no tienen el cuero y me dan miedo, me dan ganas de esconderme debajo de las tapas. Además, que en los monos animados siempre el diablo sale con cachos, ¡¡¡tengo miedo!!!

En la pieza de mi abuelita, que es grande, hay 5 camas armadas y como dos más en el suelo. Dormimos bien apretados, porque somos muchos. Mi abuelita tuvo 24 hijos, y aunque sólo quedan 12 vivos, siempre vienen hartos tíos a verla en el verano y es muy entretenido. Cuando los más chicos nos portamos mal y hacemos desorden nos retan y mi abueli se pone pesada, porque cuenta historias de terror.

Nos dijo que cuando no nos quedamos quietos, viene un duende a saltar arriba de la cama para jugar en la oscuridad. Cuando el duende es blanco es bueno, pero si es uno negro es malulo.

También nos dijo que cuando los niños se portan mal pasa, un viejo sin cabeza volando por afuera de la casa y se ríe fuerte!!

Nos dice que pasa la cuca mula, rebuznando arriba de la casa y que cuando alguien la ve pasar, es porque se va a morir- la cuca mula es un animal mitad pájaro, mitad mula que es del diablo- Y justo llegó mi papá de la casa de mi abuelita Raquel y dice que vio a la cuca mula! Yo me puse a llorar y mi mamá me dijo que es un puro cuento, que no me asuste. Yo no quiero que mi papá se muera.

Mi mamá le dijo a mi abuelita que no nos asuste más. Y ella se reía y dijo que bueno. Menos mal, porque ya no tengo ni sueño. Ya me dio hambre de nuevo. Mamá tengo hambre y mis tías decían: ¡¡¡ííí, qué rico. Podríamos comer un cochito con leche o una leche especita o un poquito de pan con manjar de leche de cabra! Y a mí me daba más hambre.



¡Ya po! mami, quiero comer algo rico. Y mi mami se enojaba con mis tías, porque al final se tenía que levantar a prepararme algo para comer. Mi mami es tan buena y mi abueli, también, porque fueron juntas para traerme coche con leche. El Javi tuvo que dormir en la otra pieza o si no de seguro que también querría.

Estoy tan contenta, porque estoy con mi abuelita Regina, en su casa, hoy es el primer día y lo he pasado tan bien. Mañana vamos a ir a una trilla. Hay que irse temprano, porque las mujeres preparan desayunos a los hombres que trabajan en la era donde corren los caballos arriba del trigo.

Van a estar muchos amigos que no veo del año pasado. Cuando tuve que ir a la escuelita de acá como dos semanas, porque nos quedamos hasta marzo.

Ya me está dando sueño y mi abuelita me cuenta un cuento: "había una vez un gatito colita de trapo, potito al revés. Te lo cuento otra vez", y yo le digo síííí; "había una vez un gatito colita de trapo, potito al revés te lo cuento otra vez"; síiiii, "había una vez un gatito colita de trapo, potito al revés, te lo cuento otra vez"... ya casi no la escucho, tengo mucho sueño, estoy rendida, quiero ir a jugar mañana en la trilla y comer muchas humitas... quiero, quiero, venir siempre a Paclas, como todos los veranos zzzzzzzzzzzz.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE COQUIMBO

PRIMER LUGAR

Nino Cuevas

35 años

Gestor cultural

Salamanca

LA QUELITA PUERTAS ADENTRO

A la Quelita la educaron como se educa a una parra, un rosal, o una buganvilia, un árbol, cuyo destino es torcer su belleza en la búsqueda del sol. Su guía era su padre, Don Queno, que hacía la pega de taita con la misma dedicación de parcelero, campesino y criancero, temido y respetado. Ni el Coluo tenía peor genio, decía la gente, que al verlo pasar con el rostro ensombrecido con los tragos y la chimba de tres días, evitaba el camino que lo traía devuelta al rancho. Y la Quelita, un modelo de virtud ignorante, inocente y virginal, conociéndole sus mañas, le preparaba la senda al lecho, arrimando cuanto se interpusiera entre él, la puerta y la cama. De ahí en más, dos jornadas durmiendo la mona, echando humos por los cuatro costados, mandando y gritando desde que amanecía hasta que se entraba la noche bien por la tarde.

¡Utas! Quelita cruel destino. ¡Utas! Mi niña de las crines rubias como el choclo y un cuerpo florecido tan temprano, que apenas dejaste las muñecas en el rincón de tu pieza, los hombres ladinos soñaban con tu piel en guayacán tallada.

Un día de aquellos en que el sol asorocho los ánimos del cuerpo, llegó por el polvoriento camino un turco como los que había visto en las tiendas de Salamanca en Semana Santa. Vistiendo un curioso y llamativo ropón, arrastrando una mula barbada como él, cargada de ollas y bártulos pa' la venta. Se detuvo frente al portón de Don Queno, a preguntar por agua fresca y tratar la compra de un caponcito del cabrerío populoso que el hombre mantenía en sus corrales.

- Buen día, señorita.

- ¡Holas, pues! ¿Qué se lei ofrece, oiga?



- Vengo, porque tratamos con su taita un caponcito. ¿es uste la Quelita?

- Así no más es. Pero mi taita no está, oiga.

- ¿Y será que podré esperarlo a Don Queno, señorita? Si agua fresca me das, Dios te bendecirá todos los días.

- Si claro, pásele no más oiga y ahí en el pozo, podrá tomarse un buen sorbo de agua.

Arrimó el hombre extraño su mula y siempre sonriente, con la dentadura blanquísima y completa, tan distinto y cordial en el trato, se acomodó a la sombra de un gran boldo en el patio de los Cruz, que ese era el apellido de la familia.

Mientras la Quelita continuaba con su labor, notó que el Turco la miraba con algo más que curiosidad. Sin malicia, pero como atonta'ó. "Yo no sé si fue por el calor. Si no hace comentario, será porque no hay nada que decir, Quelita. Y este sol que se cuele por la falda y ese hombre que me mira".

No tardó Don Queno en volver de la parcela. Saludó entre bromas al amigo y lo llevó hasta la majada a escoger el animal. Y se contentó con un capón color ceniza, cuyo valor quedó en \$20 y un saco de alpiste pa' los pollos.

Antes de despedirse y partir por donde vino, dijo el hombre:

- Con todo respeto, Don Queno, no sabía que en su campo se guardaba tan linda flor.

- Mire usté, Fahed: No me venga con huevadas oiga, esa es mi hija y es para un cristiano de güen nombre, no pa' un turco sin creencia.

- No se me enoje, majitus. Yo no más quería...

- ¡Quería nada! El trato llega hasta este condenao y se acabó. Terminó el tema Don Queno, señalando al caponcito.

- ¿Y tú, qué mirai, cabra tonta? Despidete del señor y anda a hacer lo tuyo, pájara, ladró Don Queno.

- ¡Sí, papito! Adiós caballero.

- Mucho gusto señorita. Correspondió el hombre, estirándole la mano al tiempo que, muy secretamente, le





entregaba a la Quelita una fina chuchería, cautivando el corazón de la moza, que corrió hasta el más profundo rincón de la casa a mirar, tocar y sentir largamente aquel presente.

Los días pasaron y la Quelita, como sonámbula, se perdía en cavilaciones que intentaban comprender estas nuevas inquietudes de su alma. No podía entender qué le había hecho merecedora de estos halagos y más, su corazón enraizado por la chéptica del deseo comenzó a pedirle, a gritarle al Dios Todopoderoso, un nuevo encuentro con el hombre extraño. Y así fue.

Pa' las veranadas le agarró una fiebre tan fuerte y tan rebelde, que no pudo acompañar a Don Queno en la comitiva que estaría perdida en las altas cordilleras por semanas. A regañadientes y echando puteadas por la boca, Don Queno aceptó el hecho y se encaminó con tíos y sobrinos a la cabeza de su tropa, dejando a la niña en los cuidados de la casa. "Y las cosas se dan solas Quelita, como el fruto silvestre, como la hierba que mejora".

Un buen día, cuando habían pasado los peores momentos de enfermedad, se esmeraba en la rueca con la lana trasquilada que esperaba por su paciencia y sus dedos finitos como primores. Tan metida estaba en sus asuntos, que no oyó que llamaban al portón. Y el hombre extraño, halló una buena excusa para abordar el domicilio y sorprender a la querida, mientras que la Quela canturriaba una canción de amor mejicana. Unas manos poderosas se posaron en su cuello. El calor confundió los sudores y sus ojos se volvieron hacia el ardiente asaltante. Él no dijo ni una palabra. Tanta falta no hacía. La niña en cambio, atinó apenas a esbozar una cándida protesta que hizo al hombre sonreírse una vez más con su cara de moreno Pedro Infante, lo que bastó para que sus brazos quisieran enlazarlo y apretarlo contra sus tiernos senos. La besó. Y supo entonces qué era un beso. Prometió arrancarse con ella aquella misma noche, mientras que sus manos avanzaban por sus muslos. Le dijo incluso que la amaba, pero el dolor era tan grande y desquiciado a la vez, que casi se desmaya sin comprender siquiera el significado de esas palabras, sólo palabras. En ese pequeño espacio que dejaba cada respiro de los dos amantes, para ella el deseo de mirarlo era poderoso y urgente, estar atenta a sus latidos, sentirlo entrando en ella como hasta el fondo de su espíritu una y otra vez, que nunca jamás, lo juro, nunca antes, se supo de tanta dicha en esos lados.

Cuando hubo terminado, el hombre extraño se vistió en la pesebrera y antes de marcharse había dicho, "en la noche, vuelvo por usted, Quelita. Me la llevo para mí. Guarde sus cositas".

Y ahí quedó la Quelita, largo rato sujetando sus pudores con las manos, queriendo retener hasta secarse lo que el hombre había dejado ahí dentro. Colgó sus enaguas en la silla de su cuarto, y miró largo rato la mancha de sangre habida en ella. Y cuando los últimos espasmos ya se habían ido, decidió juntar sus pocas cosas a la espera del buen raptó. Oyó de pronto los postigos de la puerta y salió corriendo con la bolsa en la mano. No era el ser amado. "¿Viste Quelita? De sorpresa, se dejó caer tu taita por la casa".



- ¿Y vos, pa'ónde vay, huevona?

- Pa' ningún la'ó papito.

- ¿Cómo que pa' ningún la'ó? ¿Y esa bolsa con ropa?

- Es pa' lavarla, papito.

- ¿Lavarla y a estas horas?

Entró el demonio en su pieza, olisqueando como los perros, preguntando al mismo tiempo ¿con quién estuviste?

- Con nadie, papito.

- ¿Con nadie, ah? ¡¿Y esa sangre en tus enaguas, PUTAAAAAA?!

Justo después de que el rancho se poblara con los ecos castigadores de la furia, en la faz de sus mejillas llenas de lágrimas, la mano poderosa de Don Queno, aparece el Tino a contar lo que había visto y oído en la cantina: El Turco, que ya estaba medio pasao pa' los tragos, estaba contándole a los parroquianos que había desflorado a la Quelita.

Al escuchar esto, se echó a correr locamente por el camino, no sé yo con qué fin, la Quelita. Yo creo que, más que salvar el agravio, deseaba huir con él sin importar ya nada. ¡Corre, Quelita! ¡Corre! Mira que tu taita lo alcanza con el alazán al galope; y te tiró al camino con un fustazo bien puesto en tu espalda. Y ahí quedaste, tiritando como perro que se muere, tratando de pararte para volver al paso a la casa, a esperar lo que viniera. Rezando.

La gente cuenta que llegó Don Queno al Tropezón Cantinero, y que a gritos hizo salir al turco a la calle pa' arreglar bien las cuentas.

Envalentonado por la chicha, le gritó un par de cosas en un idioma que nadie sabe, pero no alcanzó a hacer nada el hijo de Alá. Para ser justos, ya estaba bien cocido el hombre. Así que Don Queno, de un cachetazo, lo largó al suelo, donde finalmente, con fuerzas descomunales, lo repasó con una piedra que encontró a la mano y que pesaba como ¡50 kilos! La recibió en el estómago, el Turco, de manera que todos concuerdan que se murió ahí mismo, casi al tiro, partido en dos. Con lo cura'ó que andaba, yo creo Quelita que no se dio ni cuenta de nada.





Una sombra en el alma se le cruzó a la Quelita, cuando sintió los postigos del portón, pero no se atrevió a salir pues el padre, encendido por el odio, no tenía forma de que alguien lo parara. Sin embargo, golpeaban la puerta tranquilamente, como alguien que buscaba por otros asuntos.

Salió a abrir y no fue su sorpresa cuando vio al hombre extraño parado en la calle, mirándola con sus ojos apagados. Quiso la Quelita tirársele encima para componerle la esperanza en el rostro y sus ojos, pero él retrocedió.

- No puedo irme con usted, Quelita. No puedo.

- Pero mi dulce turco ¿Qué pasó con mi taita?

- NO puedo irme, Quelita. Ya no puedo llevármela, le decía mientras se perdía entre las sombras del camino.

Ella se adelantó para agarrar sus cosas y seguirle el paso al hombre amado, cuando otra vez y roncamente golpearon el portón de su casa. Y golpeaban tan fuerte que yo pensé que era mi Taita, Ninito. Pero no, no era mi Taita, eran los gendarmes que venían con pistolas y escopeta buscando a mi Papá, porque había matado a mi turco hacía como una hora atrás.

Estas cosas me las contaba la Quelita, cuando me enseñaba cómo amar a las mujeres en la carne. Tenía yo catorce años y para convivir con su recuerdo hasta mi muerte, ella, que había llegado de Tranquilla a trabajar puertas adentro en mi casa, terminó en mi cama de una plaza donde desnudos y cansados deliciosamente, rodeó mis inicios como hombre con historias y leyendas con las que aún convivo.

Un día, alguien golpeó la puerta de mi casa y la Quelita no apareció más. Dejó sus ropas, sus tejidos y su voz callada rondando en los pasillos y en mi cuerpo.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE COQUIMBO

SEGUNDO LUGAR

Dánisa Tatiana Bonilla Cabezas

37 años

Profesora de Estado en Historia y Geografía

Coquimbo

LA HIJUELA

Su lento caminar y rostro apacible no reflejaban al hombre severo y enérgico que había sido en el pasado. Su tez blanca estaba levemente tostada por el sol primaveral de Atacama y en su rostro resaltaban sus ojos profundos que ya no le entregaban claramente la línea del horizonte y dificultaban sus pasos cortos. Vestía elegantemente con su saco, pantalones de tela, sombrero gris, que hacía juego con ellos, y lucía perfectamente afeitado, como le gustaba verse desde joven. A pesar de su edad, se mantenía con una postura erguida que le daba un aire distinguido y lo destacaba entre sus parroquianos.

Su rutina diaria era siempre la misma. Salía cada tarde a reunirse con sus amigos jubilados frente a la plaza del supermercado, distante unas cuadras de su casa, donde pasaban el tiempo mirando a las chiquillas y hablando de todo y de nada, hasta que se ponía el sol y cada uno retornaba a su hogar. Su camino lo conocía de memoria y sabía que no podía tomar ningún desvío o se podía perder como esa vez que se le ocurrió comprar pan y su hija lo encontró divagando muchas horas después.

Desde hace algún tiempo que se sentía extraño en su casa, aunque se había preocupado, al momento de comprarla, de que fuera muy soleada, sentía en su piel que ese sol no era el mismo que hacía crecer en su tierra fértil aquellos árboles mitológicos de su Hijueta. Ese sol marcaba su tiempo de forma aletargada como siempre sucede en el campo; así en el invierno, su casa del frente les entregaba el abrigo necesario y por sus ventanas era posible ver los pormenores sociales de ese pueblo pequeño que se centraba en la plaza y la encantadora iglesia de adobe que habían sido construidas en las tierras cedidas por su familia a la comunidad y que era motivo de orgullo para ellos. En el verano, cuando ese sol añorado hacía sentir todo su ímpetu, se refugiaba junto a su mujer en la casa azul, situada al fondo de la hijuela bajo la sombra de esos paltos añosos que eran por su inmensidad la delicia de sus nietos que los visitaban en verano y que al mirarlos concretizaban en sus mentes infantiles las imágenes de los baobabs.



Cuánto extrañaba ese sol, ese verde valle del Limarí y a su vieja. Hacía mucho tiempo que había muerto su compañera de tantos años y él había quedado al cuidado de sus hijos, quienes, a medida que pasaba el tiempo, lo iban tratando como a un niño pequeño, tomando decisiones por él respecto a todas las cosas cotidianas y dejándolo casi como un mero espectador de su vida. Sus únicos espacios de libertad lo constituían sus tertulias octogenarias de la tarde y su huerta de hierbas medicinales que cultivaba con devoción en el pequeño jardín y que complementaba con libros sobre el tema que lo habían hecho un experto, dispuesto a compartir sus conocimientos con todos aquellos que tuviesen la fortuna de sentarse a su mesa.

Se habían conocido muy jóvenes, cuando el pueblo de Huatulame no era más que una sola calle y las casas estaban muy distantes unas de otras. Se vieron una sola vez antes de que él le pidiese matrimonio. Ella había oído de él porque era un cantor conocido en los alrededores y lo vio en una fiesta del pueblo. Al escucharlo tocar la guitarra, no pudo abstraerse de su gracia; no lo sabía, pero había sido amor a primera vista. Ese aura de encantamiento, lo guardó como un tesoro en su memoria y fue suficiente para acrecentar el más romántico de los amores sustentado en cartas que él le envió por más de un año, desde la salitrera hacia donde se dirigía esa vez que ella lo conoció. Hasta que un día llegó desde esa tierra hostil y, tan pronto sus miradas se cruzaron, él le pidió casorio, ella inmutable le contestó: “¡No tengo zapatos nuevos para casarme!”

Ambos tenían raíces muy profundas en el campo y eran una pareja singular. Ante la llegada de una invitación, se olvidaron del temor de nunca haber viajado en avión y sin alcanzar a decir ¡agua va! no dudaron en iniciar un viaje a Europa ante el asombro de sus vecinas, o al de quienes en las reuniones de tarde en los portales de las viejas casas del pueblo señalaban con ironía - ¡me' la Juana Gallardo, del burro al avión!

Volvieron de ese viaje rejuvenecidos, siendo la atracción de cada reunión del pueblo en que eran invitados para relatar los pormenores de esa estadía en el primer mundo que había acogido a sus hijos exiliados a fines de los setenta o como a él le gustaba decir sarcásticamente – los que recibieron la beca Presidente de la República para estudiar en el extranjero.

¡Esos fueron tiempos muy difíciles! Solía decir a menudo. A pesar de la lejanía con los grandes centros urbanos, la persecución de los organismos del régimen llegó hasta allí, ya que los pueblos pequeños como ese eran elegidos por muchos perseguidos políticos para ocultarse en casas de anónimos compañeros de ideología. No era su caso, él había sido un reconocido dirigente y alcalde comunista de la pequeña comuna rural de Monte Patria – que visitaba a sus habitantes de a pie- como comentaba, cada vez que quería resaltar la entrega y vocación de los políticos de antaño, cuya estirpe, aseguraba, se había perdido hace mucho. Un día cualquiera, él y sus hijos mayores fueron detenidos y llevados a la ciudad para los interrogatorios de rigor. A Dios gracias, sus mujeres, luego de esperarlos cada día por más de una semana, los vieron regresar una tarde en medio del tumulto de la estación del tren.



Después de ese doloroso episodio, la vida de todos cambió: el grupo familiar tuvo que separarse, sus hijos mayores salieron del país y los otros dos se fueron a vivir al norte, donde nadie los reconocía como los hijos del alcalde comunista. Por más de veinte años, vivieron los dos solos, visitados por sus parientes en periodos de enfermedad y de sus nietos en los meses de verano.

Los años no pasaron en vano y la nostalgia por la familia se hizo cada vez más evidente y pudo más que el arraigo al suelo de origen, pensaron en la posibilidad de partir ellos también, ¿sería eso posible? ¡Se pensó y se hizo! – dijo el abuelo-, y ella con la seguridad propia de su carácter y sin temor a iniciar una nueva vida, a pesar de la avanzada edad de ambos le responde – Ya poh! Voy a ir preparando las cosas-. Y dispuesta a llevarse sólo sus pilchas y bajo el pretexto de lo caro del flete para los muebles, decide, sin más ni más, convertirse en la benefactora del pueblo que regalaba sus cosas a cada vecina que se sumaba a la fila ansiosa de ser invitada a su casa a tomar el té.

Y partieron una mañana, dejando la casa de invierno, la casa de verano y la hijuela vacía. Los recibió una nueva ciudad, donde el verde era más bien escaso, pero estaban sus hijos y con una capacidad de adaptación, poco común a la gente de campo, se sumaron a los nuevos habitantes de la ciudad de Copiapó que los acogió.

Un día despertó antes que el sol, la nostalgia lo había acompañado por mucho tiempo mientras dormía, no se había dado cuenta, pero se había acentuado desde la muerte de su mujer. Se vistió impecable como siempre y su hija lo vio salir de la casa, pensando que seguiría su rutina de siempre, pero no, ese día era especial y a pesar de los años aún sabía cómo llegar a su hogar. Lo buscaron durante horas sin éxito, ni rastros de él en el supermercado ni en la plaza ni con los conocidos y familiares. Previo aviso a los carabineros temieron lo peor.

Despertó de repente, ya que el sol de la tarde le pegaba fuertemente en el rostro, como devolviéndole la vida que creía perdida. A través de la ventanilla pensó que, a pesar de los años y del progreso, el valle seguía siendo el mismo, el mismo aire, los mismos colores, el mismo río, los cactus, los cerros, el sol. Se sintió feliz como antes y con una sensación de paz en el corazón y su cuerpo adormecido se entregó nuevamente al descanso, con la tranquilidad de saber que pronto estaría bajo sus paltos, entraría a la casa azul frente a la iglesia y recorrería nuevamente su Hijuela.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE COQUIMBO

TERCER LUGAR

Joel Germáin Olate Huelate

58 años

Obrero especializado en diseño de ambientes

Coquimbo

EL HUESO CON MÉDULA

Todos los que hayan vivido o hayan visitado a algún pariente que viva en el campo, sabrán que no miento al decir que la familia campesina derrocha generosidad con las visitas. Sabrán que es así cuando llamen a la puerta de alguna casa de campo. Seguramente, lo invitarán a pasar y si pide agua, le traerán también harina tostada y el paso por ese lugar será inolvidable. Como sucedió en este relato sucedido en un lugar cercano a la ciudad de Angol.

Los años sesenta y algo se desperezaban en un verano muy caluroso. Era avanzada la mañana en la casa de pueblo de la señora Juanita, día de semana y aunque no había apuro por nada, repentinamente soltó el cuchillo con que pelaba algunas papas para el almuerzo, se asomó al patio y con voz aguda llamó. ¡Miguel!, Miguelito, ven que te voy a mandar. Desde el fondo del patio, apareció el aludido estirándose como un gato ¿a'onde me va a mandar, amita? Preguntó Miguelito, entrecerrando los ojos. Y echando una mirada al cielo reclamó ¡chitas qué hace calor! Y aseguró ¡hoy día sí que hace calor!

Te voy a mandar a la casa de tu mairina Rosalba. Le vas a llevar este encargo que le llegó de Angol. Y añadió, te venís altiro, te voy a esperar con almuerzo, ¿Ya?

Sí, no se preocupe amita, no me demoro ná'... chao amita! Se despidió Miguel. El lugar donde iba era relativamente cerca y a él le gustaba ir a aquella casa, porque eran muy cariñosos y también quería ver si las uvas del gran parrón habían madurado. Son tan ricas, pensaba. Esta vez no se entretuvo y en poco tiempo ya estaba llamando desde el portón de la entrada. ¡Señora Rosalba! ¡Mairina! Soy yo. Llamó Miguelito. Una mujer de mediana edad lo salió a recibir con una sonrisa plena de bondad.



¡Pasa no más, Miguelito, si los perros ya te conocen, pues chiquillo! ¡Ya, salgan de aquí, a echarse por allá!... Conminó la señora Rosalba a la media docena de perros que saludaban en forma entusiasta a Miguelito.

¿Cómo está la Juanita, pues chiquillo?

Bien, está bien, Mairina, contestó Miguelito. Le vine a dejar un paquete que le llegó de Angol, entregando la bolsa que traía. ¡Ay, gracias, mi niño! Dijo doña Rosalba, dando un beso en la cabeza del niño y añadió ¡Siéntate aquí al fresco, descansa un poco!

Señora Rosalba, mairina ¿me convida unas uvitas? Preguntó, mirando los racimos que desbordaban las ramas del gran parrón. ¡Pero claro que sí, pero pa' que lleve! Ahora se va a sentar a la mesa, porque es hora de almuerzo. Le voy a servir un plato de cazuela que ya tengo listo. ¡Siéntese mi niño, vengo altiro! y desapareció hacia la cocina. En el patio, se quedó Miguelito, sentado frente a una mesa cubierta por un hule con motivos navideños y rodeado por los perros, que al parecer sabían de la hora de almuerzo y no querían perderse nada.

Un par de minutos más tarde y un muy generoso plato de cazuela, acompañado de un pan amasado y otro plato de ensalada, hicieron estremecer el paladar de Miguelito. A un costado de la mesa, uno de los perros se saboreó y meneó la cola con entusiasmo. Doña Rosalba, al advertir esto, lo obligó a alejarse asestándole un certero puntapié. Esto convenció al peludo comensal que la doña no estaba para bromas. ¡Sírvese no más, hijo! Cuando termine, me llama, voy a estar en la cocina. Gracias, Mairina, dijo Miguelito, mientras miraba impresionado y con deleite el tremendo plato que estaba frente a sus ojos. El tamaño de la presa de esa cazuela era sencillamente espectacular. Y justo era la presa que más le gustaba. El hueso de canilla, que aparte de tener harta carne, tenía una médula muy sabrosa. Así que, en principio, no sabía por dónde empezar: por el choclo, por la papa o por la presa. Comenzó a probar, a degustar el caldo, sabroso, estimulante. Bueno, también por desocupar un poco el plato.

En algunos momentos, ya estaba quedando la mitad y, entonces, comenzó a pellizcar la carne. Al frente suyo, los perros no le sacaban la vista a sus manos y cada movimiento suyo era motivo para acercarse más.

Saboreó el trozo de carne y probó de nuevo hueso en ristre, dejando escapar un suspiro de satisfacción. Aquí sí que se come bien, pensó. Uno de los perros puso su pata sobre su rodilla, suplicándole por algo. Miguelito le lanzó un mendrugo del sabroso pan amasado. Con esto, los animales terminaron por alborotarse y prácticamente ya estaban encima de la mesa, sin ningún respeto. Miguelito, haciendo caso omiso, continuó en la grata labor de limpiar de carne el hueso, pero al girarlo reparó en la médula hueseril y se aprestó a sacarla y a disfrutarla. Chupó suavemente el lado de la médula, pero ésta no salió. Probó entonces, colocándola hacia abajo. Golpeó el hueso con la cuchara. Solo consiguió una pizca del tamaño de un grano de arroz. La boca se le hacía agua. Era uno de sus manjares favoritos, la dichosa médula.





¡Por la chuata! Pensó en voz alta. ¡No me la va a ganar! Gesto, actitud, decisión, todo puesto en el dedo, su dedo meñique. Pensar y hacer, fue todo uno. Su dedo se introdujo en la cavidad que guardaba esa exquisitez, pero ésta estaba protegida por huesos muy finos y filosos que pinchaban. La médula o parte de ella cayó al plato con un ligero chapoteo. Todos los perros se estremecieron con el sonido, gimiendo alborotados. Mientras que el dedo de Miguelito estaba reducido a la miseria, por lo menos era lo que él creía, ya que el hueso lo tenía atrapado y le dolía mucho. No podía sacarlo del hueso. Lo movió un poco, girando la mano, pero fue peor, más le dolía. Con tanto escándalo, los perros estaban descontrolados. El pobre Miguelito poco y nada podía hacer. Desesperado intentó un último recur... ¡Miguelito, hijo! ¿Ya terminó? Salió preguntando la señora Rosalba. Las manos de Miguelito fueron instintivamente hacia atrás, a su espalda, para esconder el hueso. Ahí sobrevino la debacle. Los perros cayeron sobre el hueso en fracciones de segundos y el grito de Miguelito se oyó hasta en el pueblo, creo, mientras se iba de espaldas al suelo y junto con él volaban los platos con mesa y todo. ¿Y el hueso? Ah, el hueso, por allá en un rincón del patio, los perros discutían sobre su propiedad. Entre asustado y avergonzado, Miguel trataba de levantar la mesa y acomodar el desorden. La voz de la señora Rosalba, entre conciliadora y tranquila y tratando de contener la risa, dijo: Pero, Miguelito, mi niño, no le dé comida a los perros, que yo más tarde les doy. Y a continuación agregó: ¿le traigo más cazuelita?

Miguelito, tratando de sonreír, negaba y asentía con la cabeza diciendo: Mairina, tengo que irme altiro, mi mami me está esperando pa'lmorzar.

Mientras caminaba sin prisa, rumbo a su casa y saboreando de las uvas que llevaba, pensaba para sus adentros, que iba a tener más cuidado cuando comiera cazuela de hueso con médula y, sobre todo, si había perros cerca.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE VALPARAÍSO

PRIMER LUGAR

Juan Alejandro Oyaneder López

35 años

Periodista

Cabildo

PAN CALIENTE

Nadie tiene nombre en Cabildo. La tradición indica que cada niña o niño que llega a este mundo hereda un apodo que se convierte luego en un tatuaje indeleble durante toda su vida. Nadie se escapa. Yo, por ejemplo, soy el “Pan caliente”. Provengo de una dinastía fundada por mi abuelo, quien se instaló hace más de 80 años con la única panadería del pueblo. De ahí en adelante, cada nuevo miembro de la familia –hombre o mujer– ha llevado esa chapa como una marca imborrable en la frente. Algunos, para diferenciarme de mi hermano, mi padre y mis tíos, me llaman “Juan Hallulla”, pero eso es un detalle, yo siempre seré un “Pan caliente”.

“Canasto de flores”, “Chancho mirando por un portillo”, “Pelea de pavos”, “Negro prieta”, “Cajón de machas”, “Carretilla con agua”, “Billetes verdes”, “Guata de mapa”, “Sopa de tuercas”... la lista es casi infinita. Ya más que sobrenombres son sellos familiares, cada uno con su historia, su origen y su porqué. Han adquirido vida propia, un valor neutro carente de mofas, ofensas o ridiculizaciones. Ya nadie se enoja al recibirlos y nadie los dice con ánimo de ofender.

Es la gente que no es del pueblo la que se ríe, la que se sorprende y se mata de la risa con algunos nombres que parecen salir de fábulas lisérgicas. No entienden cómo alguien puede responder a la voz de “Bluyines mojados”, “Coca Cola sin gas”, “Tobillos con sarro”, “Guata de empaná”, “Portón de lata”, “Pintura al agua”, “Cabeza de palo”, “Cuchara rota”, “Cara de coco”, etc., etc., etc. Creen que están en el escenario de un cuento de García Márquez.

Pero no. Sólo están en el valle central, en la provincia de Petorca, apenas a 180 kilómetros al nororiente de Santiago. En un pueblo donde los pequeños y medianos mineros se descrestaban el lomo sacando cobre y otros minerales para alimentar a sus familias. En un pueblo atestado de casas de putas, donde los parroquianos terminan sus peleas al alba a cuchillazos y casi nunca salen heridos. En un pueblo donde, a la luz del día, los borrachos se sientan en plena calle a cortarles las uñas de los pies a las prostitutas con una ternura indescriptible.



Están en un pueblo donde hoy sus calles huelen a paltos y limones. Donde casi todos son parientes de todos, donde todos son primos en algún grado. No es que sea un pueblo incestuoso. Lo que ocurre es que de sus poco más de diez mil habitantes, casi la mitad comparte los apellidos Ramírez, Olivares, Salvatierra, Barrera, Cerda y Alvarado. Entonces, como las profesoras suenan como discos rayados a la hora de pasar la lista de clases y la guía telefónica repite tanto como la cebolla de las malas empanadas, el ingenio se las arregló para establecer la diferencia, para escapar de alguna forma a la fría heráldica y genealogía del mestizaje.

Así, día a día, se entrecruzan animales y objetos en escenas donde la imaginación queda como una alpargata. Podemos ver en la plaza como conversa "Ratón peludo" con "Escopeta de palo", el "Monstruo de la colina" con el "Empaná sin forro"; como hacen la fila del banco "Manito de canguro", "Martillos de oro", "Sartenes plásticos", "Guata de leche" y "Cuarenta kilómetros"; como en la farmacia se encuentran fortuitamente "Rata humana", "Mecha de zorra", "Pene dulce" y "Lucho Moco". Cabildo es una oda a la prosopopeya, un homenaje irreflexivo a la personificación.

Si no que lo digan "los Zorra". Familia numerosa y querendona. Cansados de cargar todos con el mismo apodo, ya casi sin identidad, cada integrante adoptó y fue rebautizado con un calificativo ardiente y expresivo. Se me vienen a la mente "Zorra maldita", "Zorra de palo", "Zorra con hipo", "Zorra trapequista", "Zorra deprimida", "Zorra exorcista", "Zorra consejera", "Zorra karateca" y "Zorra con desprecio". Seguramente, se me olvidan algunos.

Hay algo más que une a todos los cabildanos: su pasión por el fútbol. Dos veces han conseguido el título nacional amateur y de sus pastos han surgido figuras como Joel Estay, Freddy Segura, el "Flaquito" Leiva y cómo no, el gran Luchito Fuentes. A él le dicen "Reineta". Cuando juega la selección, quizá el único equipo del mundo que viste de calipso, el pueblo se paraliza y desde los cerros baja la barra con el bombo más grande de Latinoamérica. Antes del pitazo inicial "Todo el mundo", el jefe de la hinchada, percuta como un loco el enorme cilindro cuando el relator anuncia a los jugadores locales que saldrán a la cancha. La última formación que recuerdo fue con "Pato perrucido" al arco; "Moco de pavo", "Chino maraco", "Cajón de peras" y "Caga humo" en la defensa; "Guata de zapallo", "Pico extraño", "Coca Lecas" y el "Liru Liru" en el mediocampo; y arriba, una dupla mortal compuesta por "Mono atropellado" y "Quinientas gallinas". Este último pinta para crack. ¡Qué equipazo!

Invencible, la calipso jugando de local. Más con el aliento desde las gradas de "Chuto parao", "Zapato de gamuza", "Caballo de Condorito", "Cajón de aloja", "Leche con agua", "Montones grandes", "Monedas de oro", "Fuma solo", "María galleta", "Juana la cuchilla", "Hocico largo", "Cara de corneta", "Burro capado", "Tubito de gas", "Pequeña falla", "Vaca blanca" y el "Sopaipa con muletas"... ¡Qué barra!

Parece broma, pero no. "Cueva de potrero", "Guata de burro", "Pata de garza", "Mujer bigote", "los hijos de Büchi", "Aceite grueso", "Manzana podrida", "Culo de yeso", "Gata mocha", "Empaná sin forro", "John gringo", "Choro loro", "Guata de calceta", "Gallina loca", "Bolsa de caca"... la lista es casi infinita. En Cabildo nadie tiene nombre.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE VALPARAÍSO

SEGUNDO LUGAR

Elena del Carmen Leyton Alquinta

65 años

Vendedora de amasijo

Concón

EL CABALLO QUE SABE LEER

Mi papá, en los años cincuenta, recibió una yegua que le traía de regalo mi tío Marcos desde Argentina. Mi tío vivió por muchos años allá, igual mi tío Dionisio, quien dejó su familia y formó otra allá al otro lado de la cordillera. Mi tío Marcos era solterón y vivía con su hermano y después de muchos años cruzó la cordillera en esa yegua a visitar a sus hermanos, que se habían quedado en Vicuña. Al dejar la visita, decide regalar su transporte a su hermano Anastasio, mi papá.

Éramos felices con el animal, lo cuidábamos como a un niño, nos peleábamos con mis hermanos por llevarlo a darle agua en el canal, tan manso el pobre bruto que nos agarrábamos de su tuza, montándolo, a trote bajábamos el callejón derecho a beber mientras nos lanzaba de potito al agua.

Bueno, después nos fuimos a vivir a la hacienda de Huchumí, lugar del valle del Elqui muy retirado del pueblo y allí nuestro caballo, como lo llamamos, fue fundamental.

Papá trabajaba como mediero; se hacían planchones de almácigos de ajíes, tomates, plantaciones de trigo, maíz y toda clase de granos. Creo que uno de los más hermosos paisajes. Bueno estaba contando de la yegua y es que mi papá contó, en una ocasión, que sabía leer, lo decía con tanta seguridad y serio, que los amigos se reían, pero les quedaba la duda, ¡Cómo va a leer tu caballo viejo, y mi papá aseguraba: ¡sí poh, ño! ¡mi caballo lee!

Así se propagaban burlescamente los dichos de ño Leyton.

Un día, en plena trilla de trigo en la hacienda donde vivíamos, le preguntó el patrón de la hacienda, Don Domingo Olguín, si era verdad lo del caballo: ¡chi patrón, como que me llamo Anastasio! Don Domingo le dijo “cómo se le



Ignacia Marcela Quezada Garrido
12 años / 7° Básico
Escuela G-207 Pangue Arriba
San Rafael, Región del Maule



ocurría que un animal iba a leer”Y mi papá le dijo: “Claro que lee y lo puedo comprobar”, entonces los aldeanos se acercaron y desafiaron a papá, haciendo una apuesta ¿Cuánto? Decía Don Domingo, chita Leyton, te van a hacer sonar los viejos. Y mi padre decía, no crea van a darse cuenta... esto se pone interesante dijo ño José Carrasco. Total, después de discutirlo llegaron a un acuerdo para el domingo siguiente, después del término de las trillas. El acuerdo de la apuesta era una jaba de cervezas y un saco de trigo. Mi padre se reía, estando muy seguro de que iba a ganar, pero mi mamá lo retaba en casa diciéndole ¿De donde sacas esas mentiras viejo? No te dai cuenta que van a reírse de ti, pero mi papá muy tranquilo le dijo a mamá no te preocupes... ¡Ay, mi Dios! rezongaba mamá.

¡Llegó el día!, la yegua apenas caminaba y tenía una costumbre de mover la cabeza. Y claro, mi papi llegó con el diario “El Siglo”. Había muchos lugareños, no querían perderse el evento de vista, unos se subían a las piedras, otros a las higueras pa’ mirar la yegua culta. Cuando mi papi sacó el diario, empezaron a reír a carcajadas y uno gritó: ¡chis, y más encima la yegua es comunista”. Otros gritaban: “yapu, ño Leyton, apúrese que quiero tomar a la cuenta suya”.

Estaban todos inquietos hasta que Don Segundo dijo ¿patrón va a a ser usted el juez? ¡Si están de acuerdo! ¡De acuerdo! dijo la gallada, tenían mediador.

Mi papá, con toda calma, saca el diario y se lo pone ante los ojos a la yegua, todo silencio en medio de la expectación.

Seguían llegando los vecinos de las aguadas; el zapallo, las arvejas, campanas etc.

El animal tenía un tic en su cuello, así recorría el papel con los ojos gachos, como si en verdad leyera y la hacía recorrer el diario. Mucho rato esperaron y ya los ánimos no se calmaban y explotando en burlas clamaban.

¡Ya, poh, ño! Ahora pague la cuenta, el saco de trigo y las cervezas ¿Cuándo? ¡Por qué! Dijo papá. Porque perdió, poh, ño. Nunca ha leído el bruto y si el papel lo recorre con la cabeza es porque tiene hambre.

Dijo mi padre: ¡a ver! ¿cómo fue la apuesta?, dirigiéndose al juez. Respondiendo don Domingo: se dijo bien claro que la yegua “sabía leer” y eso era todo.

¿Eso no más? Preguntó el dueño de la yegua. Un sí, sí unánime. ¿Y qué más? total ya perdiste la apuesta. El griterío no se hizo esperar, queriendo las cervezas pronto.

Papá se paró y subiéndose a la yegua se dirigió a los apostadores: “escúchenme, niños. Bien clarito les dije que éste, o sea -mi yegua- sabía leer, pero nunca les dije que sabía hablar y así lo confirmó el juez, por lo tanto, no he perdido la apuesta, éste bruto sí lee, pero nunca dije que sabía hablar.





Después de reclamar y encendidos algunos ánimos, se calmaron, porque don Domingo dio por ganador de la apuesta a papá, diciendo -somos muy saco'e huesos- este viejo nos metió la punta y todita.

Ya todos reían y entre todos pagaron la apuesta. El saco de trigo para papá y la cerveza fue la tomatera de varios días, las jabas se multiplicaron y la apuesta era comodilla de cada día y muy seguido comenzaron a reunirse los vecinos, contando cuentos y mentiras que fue la comunicación entre ellos, haciendo más fácil y alegre la vida donde no había otra forma de diversión.

La yegua comunista leía El Siglo, pero era muda...

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE VALPARAÍSO

TERCER LUGAR

Luis Edgardo Abarca Olavarría

51 años

Mecánico portuario

San Antonio

LA CITA

La 'i lligal en la mañanita, arrí'a en un autito rojo, vinía convidá' por la hija del patrón y por lo que oí'ian en la misma universiá'. Yo soy guaso bien planta'ó, así que apenas lligó me mandó la loreá' altiro. Me peló los dientes y yo na'é corto ni perezoso, le mostré la choclera enterita. Má, espue' se me acercó isimulá' y me mandó los cortes.

- Hola soy Marijo - me 'ijo con una voz ronquita que me paró hasta los pelos.

Era re'onita la peuca, ruciecita, ojitos azules, flaquita y chiquitita. Yo me la imaginé altiro ensartá' en la mansa paipa que me gasto, igual que el lechón que asamos pa' las fiestas.

- ¿Cuál es tu nombre? Preguntó.

- Peuro, pa' servile –contesté medio alelao y entre mi pensé (pa' servímela)

- Oye Pedro, ¿no te gustaría llevarme a dar una vueltecita a la noche? Me 'ijo con cara 'e chicha fresca.

- Anda en calentura, la rucia - me 'ije pa' mis aentros.

- Claro... a la nohecita la lleo pa' que conozca – contesté con voz de asopao.

Ella me cerró un azulito y se jue pa' entro 'e la casa patronal, moviendo el culito pa'lla y pa'ca.

Ya en la tarde, andaba hecho un atao e nervios, así que guardié los animales ma' temprano y me jui pa'l rancho pa' cacharpearne. La vieja ta acostando a los cauros chicos y me sirvió la cumía.



- No voy a comer na'... tengo que ir a 'uscar unos ca'allos que no golvieron del río – le 'ije.

-¿Cómo que vai a salir de nuevo?... Gritó la Eulalia. Oye, no me vengai con embustes que yo te conozco a vo... Apuesto que el cura'ó el Nelson te convidó pa'l pueblo, 'onde las cochinas...

-¡No empecis con la cantinela...! ¡voy i salir y san se acaó...! Le ije golpeao. Total, pa' eso soy el hombre 'e la casa. La vieja me 'ejó aulando solo y se jué pa' entro, a la pieza 'e los cauros.

Yo saqué el pantalón rayao, la camisa ominguera, agarrè el laatorio con agua y me restregué bien el cogote y las patas con la pieira pome. Me vestí y me las emprendí a uscar a la ruciecita. Ahí, en el auto rojo, me taba esperando. Me suí apurao y nos juimos.

- ¿Para dónde vamos Pedro? Tú mandas, yo te obedezco - Me 'ijo mansita.

- Epende pa'onde quiere ir usté'- le contesté con voz de caliente.

- A un lugar tranquilo, sin curiosos... tú me entiendes....

- Y bien oscuro- le 'ije, picarón.

- ¡Sí! Bien oscuro.

Le jui indicando el camino y nos juimos re lejos, 'onde el diablo perdió el poncho. Yo saía que en ese bosque no andaba un alma.

- Pare aquí- le 'ije.

Los árboles eran tupíos y el suelo blandito con las hojas secas que se bían caío. Yo no saía si la rucia quiría ajuera o a'entro el auto. Así que pa' salir de duas, le i un agarrón en la pierna.

- No Pedro... aquí no. Es muy chico el auto y quiero estar cómoda... -me ijo y abrió la puerta el auto y salió pa' juera. Yo la seguí con la paipa de este güelao.

- Debajo de este árbol, Pedrito,,,, ven



- Yo, entusiasmao, me le tiré, la abracé juerte y le di el medio calugazo. Enseguía, le principié a correr mano y cuando llegué justo ahí, algo re'uro me paró en seco.

- Por los rediablos ¿Quéí esto? grité.

La rucia me dio un empujón y se separó de mí. Del golsillo'e su chaqueta sacó un revolver y me'ijo.

- ¡Ahora mando yo, guaso de mierda, sácate los pantalones! Resultao... la rucia era rucio.

Me golvió pa'l árbol y sin 'ejar de apuntarme me hizo la mardá. No poía creer que un julano tan re chico y flaco, tuviera una guaraca de ese güelao. Me hizo correr las lágrimas.

Espué, agarró mis pantalones y mei hizo sacar los zapatos, se subió al auto y se jué. Tue' que hacer toito el recorrió a pata y poto pelao y ma adolorío que la cresta. Llegué al rancho y el gallo Lorenzo justo se puso a cantar, como que si ríía 'e mí el condenaó.

Cualquier día le tiro el cogote, abel si le'an a quear ganas de cantar al güeón. En la puerta encontré otao mi pantalón rayao y arría taba urmiendo el perro, liba a mandar la pata', pero las patas me ardían como condena's. En la chanchera taban los zapatos que appena asomaan dil barro. Entré pa'entro a escondía y tue que ponerme una cataplasma de albaca en el culo pa' calmar el dolor y me jui acostal pa' descansar las patas llenitas de ampoas y coloreando por la caminata. Menos mal que la vieja, como ta'a nojá', se había acostao con los cauros chicos, así que no me aguaitó na' cuando lligué en pelota.

Estaba tan enrabiao que apenas me pue parame, agarré la escupeta y partí a uscar al maricón ifrazado'e mujer pa' volarle la cue'a a balazos, no me importaba na' que me lleaaran los caraineros. Pero no lo encontré por niun lao. Averiguando medio pa' callao, supe que se les había emprendio tempranito pa' la capital e nueo. El patrón extrañao por tanta preunta, me ijo urlezco, cuando lligué a la casa patronal con la escupeta al hombro y caminando como si estuviera cagao.

- Oye, Pedro -¿por qué quieres saber del Mario José? No me digas que te están gustando los travestis. Yo no entendía na' lo que era esa güeá, pero me imaginé que era maricón en el idioma de los jutres, por la cara que puso el patrón.

No, Patrón, no embrome... es que él me quiría comprame la escupeta.

- ¡Ah! Y ¿Por qué caminas así, hombre?...

- ¡Na' patrón!, es que la montura nuea tiene una rearba y justo me pasó a llear ahí - Contesté y me'i la media guerta.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN METROPOLITANA

PRIMER LUGAR

Carmen Gloria Baeza Seco
Asistente de gerencia general
Quinta Normal

LA MANCHA

La noticia había corrido rápidamente de boca en boca. Todos en el pueblo comenzaban los preparativos.

La mayoría de las familias se organizaba con tiempo para esperar la llegada del eclipse justo en la cima del cerro. Debían comenzar el ascenso antes del anochecer para encontrar una buena ubicación. Sin embargo, todos tenían muy claro que era extremadamente peligroso para las mujeres embarazadas, quienes debían tomar precauciones. Especialmente aquellas que habían caído en la tentación, sin haber recibido la bendición del matrimonio. En tal caso, estaban obligadas a quedarse en casa y protegerse con todo tipo de amuletos, del ataque feroz de aquella luna escarlata, que aparecía cada cierto tiempo, para limpiar los pecados de los habitantes del pueblo.

El castigo para la desobediencia, al igual que en el paraíso, se manifestaba físicamente a través de la Mancha Eterna. Una sobre pigmentación purpúrea dejada caer por el mismísimo Dios de los Cielos, en alguna parte del cuerpo del hijo recién nacido, cuyo tamaño y ubicación, tenía directa relación con la gravedad del pecado cometido.

Lucía hurgaba entre las ropas del viejo baúl, intentando encontrar alguna prenda íntima de color rojo. Debía ser exactamente el mismo calzón que había usado su abuela como amuleto, cuando esperaba el nacimiento de su madre.

¡Ni se te ocurra salir a estas horas, Lucía!- gritaba la madre desde su lecho de enferma. – Bien sabes tú, que allí donde pongas tu mano, tu hijo llevará la marca de tu desgracia. ¡Será mejor que confieses quién es el padre de ese hijo, para exigirle que sea hombrecito y se haga cargo de su malda'! – ¡Tener un hijo sin padre no tiene perdón de Dios! - ¡¿Qué estará diciendo de ti la gente? -¡Ave María Purísima!, agregó, mientras con un ademán exagerado, dibujaba la Señal de la Cruz en su frente, como si de eso dependiera el perdón para su hija.



Lucía acarició su enorme vientre y se dejó caer sobre el baúl agotada y dolida, mientras su madre continuaba desgranando un rosario de blasfemias y ave marías tan perfectamente entrelazados que iban tejiendo poco a poco una madeja de confusiones en su cerebro.

¡Mi madre se está volviendo loca!- pensó. Sólo esperaba que Dios le otorgara fuerzas suficientes para cuidar bien de ella hasta su muerte. Suspiró profundo; apoyó las dos manos sobre el cajón y acomodó su enorme estómago, de casi nueve meses de embarazo, para encontrar una mejor posición que le permitiera incorporarse con facilidad. Faltaba muy poco para el nacimiento de su bebé y las cosas se ponían cada vez más difíciles con su madre.

La muchacha volvió a ponerse en pie con gran dificultad y se dirigió distraída hacia la puerta entreabierta. Recostó todo su cuerpo contra el umbral para observar la luna e inmediatamente giró su cabeza hacia el pasillo oscurecido que conducía a la habitación de su madre. Pese a que ya era de noche, entre la penumbra podía distinguirse la silueta de la anciana recostada en su cama, quien aún continuaba profiriendo amenazas y maldiciones, con voz debilitada. – ¡No olvides que tu huacho puede nacer con la mancha de la vergüenza en la cara! - ¡Te lo digo de verdad, Lucía! - gritaba- ¡este eclipse no podrá borrar tamaña vergüenza en la familia!

La luna a la distancia parecía un enorme espejo de luz que iluminaba todo a su alrededor, dibujando entre fuego y sombra las esquinas y rincones del pueblo.

Una suave sonrisa de ternura se vislumbró en los ojos de la joven, al llevar ambas manos delicadamente hacia su vientre. ¡No creo que Dios castigue a ningún niño por los pecados de sus padres...y mi hijo no es un huacho!, pensó.

Permaneció parada junto a la puerta, profundamente abstraída, acariciando su abultada gravidez con la yema de sus dedos, sin darse cuenta del repentino cambio experimentado por la luna. Una gran penumbra escarlata comenzó a cubrirla poco a poco. Parecía estar perdiendo lentamente su brillo, al mismo tiempo que su escasa luminosidad enrojecida comenzaba a reflejar todos los objetos contra las paredes, haciendo aparecer figuras fantasmagóricas a la distancia.

De pronto, un grito desgarrador emergió desde la habitación de la anciana. De inmediato, apareció en el oscuro pasillo, arrastrándose como una serpiente, entre estertores y blasfemias, para interponerse entre el haz de luz que daba claridad y apuntaba hacia la puerta de la casa, iluminando el cuerpo de Lucía. Los cobrizos rayos refractados desde la cima del cerro, por entre los troncos de árboles y ramas secas, directamente sobre la embarazada, reflejaban en el muro una sombra semejante a la de un niño en posición fetal. De él emergían varios brazos y todo su rostro parecía haber desaparecido tras una enorme mancha enrojecida.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN METROPOLITANA

SEGUNDO LUGAR

Dante Rax

35 años

Técnico en computación

Ñuñoa

AVE DE PALTA

Los bares, generalmente, son islas que están entre las calles de una poblada ciudad, detrás de un biombo comercial de una comuna en desarrollo o una casa de tejas, apostada entre los relinchos y los gritos de los huasos en una región sureña, lejana y nublada.

Los bares apasionan y matan, duermen y despiertan el tóxico corazón de un ebrio parroquiano inquieto y en crudo despecho de razón.

Desde un barrio de una calle corta y malhecha, aparece Doña Torina, madre de 5 hijos, austera y soberbia, dueña de la calle, manager de la cuadra. Tora, como le dicen sus vecinos, fue una italiana llegada en los años 50 a la capital, fue bella y tierna, pero eso, a esta altura de su porfía edad, queda en seria evidencia de quien no la conociera en su juventud, producto de sus imperfecciones en las caderas, en la piel vetusta de su rostro y sus piernas, y lo peor es su asqueroso lunar con vellos que tiene al costado de su nariz. Si fue bella y tierna, creo que fue, porque ahora es la reina misma de la fealdad, escultura de lo indescriptible, pero tiene un corazoncito simpaticón.

Doña Torina frecuenta el bar de don Ambrosio, en sus años mozos fueron amantes y dicen que la cuarta cría es producto de sus deslices amatorios detrás de la barra con olor a vino disuelto en diluyente. Alonso, que es el nombre de la cuarta cría, es mudo, hace tatuajes experimentales y confunde los billetes y monedas, es cajero de una tienda de animales. Se rumorea que se aprovecha de ellos, llevándolos a la sala trasera, insultándonos con crudos gestos, cuando uno de ellos los muerde ante sus turbias exageraciones. Don Ambrosio tiene gestos muy parecidos a Alonso y eso es una gran referencia para otorgarle su paternidad, el viejo es cojo y algo sordo.



A la 11 de la mañana se abre el bar, parroquianos adictos a la taberna entran para trasvasijar el vino en sus hígados y con el estómago vacío por la permanente cesantía, quedan ebrios a mediados de la tarde y duermen su alcohólica siesta en las sillas del bar. Comienza a transcurrir la tarde, y hombres jorobados entran y salen al atisbo de la barra, que a veces huele a hule. Y a eso de las 5 de la tarde siempre aparece Doña Torina, con su soberbia a flor de faldas, y esta vez llega un poco antes, invade el recinto y los viejos aplauden invitándola a un trago. Se sienta en la esquina de la barra y pregunta por Don Ambrosio, moviendo sus manos y acomodándose su reloj que no funciona. Vuelve a preguntar por el viejo sordo y un joven sentado en una silla lejana del bar le dice que ha ido a comprar parafina para echarle a las velas. Ahí espera Doña Torina, espera algunas decenas de minutos y comienza a gruñir ante la demora. Por fin, aparece Don Ambrosio con un galón de parafina a sus pies, gira de repente y se encuentra con ella, le dice que vuelve en cuanto guarde el líquido en la bodega.

Doña Torina le dice al oído que tiene que hablar seriamente con él, pero no en el bar y en otro momento, que están ocurriendo cosas raras en su casa. “¡¡¡No me diga que ha vuelto su marido!!!” le dice, y ella le responde con un acallado “Sí”.

“¡¡Dios mío¡¡” grita el viejo, mientras se le cae una copa al suelo. Y quedaron de juntarse a hablar el tema al día siguiente en la tarde, en la garita de micros que queda en la esquina.

Don Ambrosio suda, tiritita, se desvanece cuando sirve vino de la tinaja, suda y se marea, habla incoherencias, los cigarros se doblegan y las horas no pasan, algo horroroso vuelve a su vida. Don Ambrosio cierra el bar ante una lluvia negra y espesa y se va a descansar a su aposento que está lleno de gatos harapientos.

Le cuesta conciliar el sueño, se levanta innumerablemente de la cama, se cae dos veces y reza porque él es católico; nuevamente se remueve el pasado que viene por él. Piensa en escapar al sur, a las tierras de su infancia, pero la conciencia lo persigue aunque se vaya a China o a las Islas Mongolas. Comienza a amanecer y teme por el nuevo día que se avecina. Vuelve al bar después de no haber dormido nada y se sirve un trago malicioso para enfrentar la desdicha venidera.

Llueve mucho ese día, los relámpagos golpean en el techo del bar, como sus culpas golpean en la calva del hombre católico llamado Ambrosio, vuelve a tiritar y no entra nadie esta vez al lugar. Es mediodía y sigue vorazmente lloviendo.

Doña Torina está preocupada del vidrio que se quebró producto de la tormenta. Ella está tranquila esperando la cita de la tarde en la garita, piensa en cómo entablar la conversación con Don Ambrosio para que éste no corra despavorido e incesantemente repasa los hechos acontecidos hace cuatro décadas. “¿Por qué vuelves, Raimundo?, se pregunta. “¿No fue suficiente haberte dado la paz que necesitabas?”





Desde hace algunos días han ocurrido episodios extraños en la casa de Doña Tora, las tazas se caen de los estantes, los muebles crujen de sobremanera y los perros aúllan descabelladamente en las noches como captando la presencia de alguien en el patio delantero de la casa. Pero hay un hecho en particular del que Doña Torina asegura la venida de Raimundo, y es que ha tenido severas tocaciones en su cama, alguien se acuesta al lado de ella en las noches, y quieta y sudorosa siente cómo un respiro masculino se entremete en sus sábanas causándole extrañas sensaciones orgásmicas, las que reconoce como las tocaciones únicas de su marido que alguna vez tuvo entre sus pechos. Eso ha ocurrido tres noche seguidas, además de aquellas apariciones, escucha lamentos que vienen desde la calle de enfrente de donde vive.

Doña Tora se casó con Raimundo, tuvieron 4 hijos, pero el tercero, igualito al dueño del bar, es definitivamente hijo de otra siembra. En esos tiempos, las calles eran otras, como también los cuerpos de este trío inconventional, los colores eran otros, los olores, pero no las intenciones.

Don Ambrosio y Raimundo eran viejos amigos de juventud, viajaron juntos a muchas partes y compartieron la dicha de quien se siente seguro de una aspa de hormigón como eran el uno del otro. Juntos levantaron el actual bar que llevó el nombre de Gustavino, en honor a sus segundos nombres que curiosamente e increíblemente compartían.

Fueron años precisos y distintos esos, donde ambos, al calor y al ritmo del tango que se escuchaba en el Tugurio, hacían del metraje cuadrado un lugar de esparcimiento único y revoloteante, donde el refrigerio y las mujeres bellas y otras no tanto bailaban y subían sus faldas en los rincones tenues de las paredes. La cuadrada de amigos visitantes conmovía el bar Gustavino en un peregrinaje a lo absurdamente feliz y devoto. Ambos, como el bar, eran únicos y morbosamente íntegros e inseparables, hasta que una noche de luna llena apareció Torina, la bella y tierna como ave de palta.

Se presentó ante la atenta mirada de los parroquianos presentes que extendieron las borrachas miradas al cuerpo escultural de Torina Ernesta Facunda del Carmen Puntarelli.

Una ola de emociones comenzaron a compartir Ambrosio y Raimundo, que poco a poco comenzó a peinar en la demencia producto del oxígeno amoroso que les entregaba Torina, quien degustaba cómo ambos amigos del quilombo profesaban por ella, al punto de sacrificar el respeto entre ellos.

Los años pasaron y finalmente en un arranque de convenio, Torina decide casarse con Raimundo, ante la seguridad y el bienestar que éste le entregaba, ya que su familia era bastante adinerada y de buenas culturas sociales. A diferencia de Ambrosio, que era un pobretón, que calzaba día a día sus necesidades, entregándose a la buena vida y al distinto provecho que Raimundo no conocía, limitadas por sus aptitudes frías y calculadoras. Pero Torina siempre estuvo enamorada del príncipe pobretón, como Ambrosio de ella.



Durante años, se vistieron del amor dulce del sexo y del cariño amante, a escondidas totales del ya desplazado Raimundo Gustavino Feliu Andrade, quien entrado los años setenta cayó en una severa enfermedad al corazón que lo tenía siempre a maltraer.

Y fue en una tarde insospechadamente tranquila cuando Raimundo sorprendió a estos amantes en plena acción, arrinconados en la bodega del bar, que todavía daba sus frutos y seguían como exclusivos socios. Raimundo enloqueció, hizo trizas la barra del bar, amontonó las sillas y mesas, las roció con parafina y cuando iba a encender un fósforo se tomó el pecho y se desmayó.

Cayó fulminado de un preciso golpe al corazón.

Ambrosio y Torina quedaron impactados ante magno escenario, se acomodaron sus ropas y se miraron espantadamente, comenzando mutuamente a imaginar qué hacer con tal fatídico desenlace. Tora podía quedarse con todo el dinero del seguro si éste fallecía, Ambrosio creía que quedaría limpio y tranquilo si Raimundo no despertaba jamás; por lo tanto, tácitamente tomaron el cuerpo desmayado y procedieron a arrastrarlo y enterrarlo en la parte trasera del bar, debajo de un nogal muy antiguo y de tronco muy ancho.

Y así siguieron pasando los años sin que nadie reclamara el cuerpo del mal afortunado Raimundo que fue enterrado vivo. Los primeros dos días se escucharon algunos lamentos detrás del bar, donde los parroquianos aseguraban escuchar constantemente cuando iban a los baños, pero después esos lamentos se acallaron y jamás se volvió a hablar del tema.

La pareja de crápulas siguieron sus dotes de amantes durante años, vivieron juntos hasta que el peso de la conciencia de Ambrosio no lo dejaba dormir y terminó separándose definitivamente de Torina, sufriendo durante meses horribles alucinaciones, tanto así que terminó cortando el nogal y mandó a poner una hermosa pileta sobre la seuda tumba del enterrado vivo, para calmar sus culpas y pesadillas.

Se encontraron finalmente esa tarde en la garita, Torina le contó lo de los acontecimientos en su casa y Ambrosio le confesó que ya no podía más con las culpas delirantes de aquel sesentero día y aconsejó entregarse ambos el mismo día a la policía.

Esa misma noche, la policía de la ciudad encontró ahorcado dentro del bar a Ambrosio Gustavino Laguno Sandoval, escoltado de la pileta en donde antes de morir escribió el nombre de Raimundo con el gollete de una botella de ron quebrada.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN METROPOLITANA

TERCER LUGAR

Cecilia Eugenia Aravena Zúñiga

45 años

Asistente social

La Reina

SÓLO UN PEÓN

- ¡Juan, hay que cargar el camión antes que se ponga a llover!

Apenas lo escuchó, se sacó la camisa con cuidado, la colgó en una rama y apuró el paso. Al pasar por el lodazal, se hundieron sus ojotas hasta que sintió frío en los tobillos. El camión estaba al lado de la cerca y a una cuadra de distancia de las cebollas, los pasos fuertes de las botas del patrón lo salpicaron de barro, por lo que prefirió detenerse y doblar el pantalón hasta las rodillas. Levantó la vista, el cielo gris y los algarrobos mecidos por el viento que venía del norte avisaban que pronto llovería. Aguzó la vista hasta la casa patronal que ya tenía las celosías cerradas y, lejos de allí, podía aún distinguir la silueta de los peones que volvían de limpiar los corrales. Esa tarea la hacía cuando estaba soltero y se encontraba con Corina al pasar por el patio que daba a la cocina. Para provocar su admiración, caminaba más erguido, tratando de verse aún más alto. Recordó que ella se asomaba por la ventana y luego le alcanzaba unos panes a hurtadillas de la señora de la casa, así hasta que él se atrevió a hablarle.

Juan pensó que el patrón podría haber llamado a otro hombre para ayudar o haber traído la carreta para acarrear las cebollas, pero no se atrevió a decirlo, el patrón sabía lo que hacía. Comenzó a llenar los canastos y a cargarlos en sus hombros hasta el viejo vehículo.

- No puedo acercar más el camión, Juan, está muy blanda la tierra.

Eran ochenta metros de lodazal. Con el canasto afirmado en sus hombros, comenzó a cargar, daba pasos cortos y rápidos, tensionando al máximo sus músculos, una y otra vez, la misma secuencia; con cada viaje, le parecía más fatigosa su tarea e infinita como una letanía. Su cuerpo desgarbado repetía impecablemente cada movimiento, sólo cambiaba la expresión de su rostro, curtido por la molestia que le producía en la espalda



levantar el canasto hasta sus hombros, cuando cerraba sus ojos negros, hasta convertirlos en un pliegue más de su cara. El sudor pegajoso le resbalaba por la espalda y su tibieza le aliviaba el dolor, llevándolo hasta el recuerdo de las piernas suaves de Corina entrelazadas con las de él. Recordó su respiración, su olor a pan y se alejó de aquella ciénaga. Llegó hasta la primavera pasada, con el agua del río cubriendo sus hombros y sus pies acariciados por las piedrecillas del fondo. Con sus brazos gruesos, atravesando hasta la otra orilla, sintiendo el chapoteo de sus hijos que de a uno se iban lanzando al agua detrás de él. Con cada braceada se sentía más fuerte, hundiendo su rostro en el agua a ratos, se sentía poderoso y libre. Sus hijos lo aplaudían, y Manolo, el menor de ellos, lo llamaba, sujeto de las faldas de su mujer. Era el único al que aún no enseñaba a nadar, el próximo verano lo haría.

- ¡Apúrate, por la cresta, que ya se larga a llover!

Terminó justo cuando caían las primeras gotas y el viento tibio del norte comenzaba a abrazar la tarde, el patrón estaba inquieto. A esa hora Corina ya tendría los animales recogidos y estaría calentando su comida.

- Juan, el camión se hundió, así no vamos a ninguna parte.

Observó el camión, el barro cubría la mitad de las ruedas traseras, inclinándolo hacia atrás, y con la carga se hundía cada vez más en el lodo.

- Baja la mitad de las cebollas, para que podamos salir a tierra firme, después las vuelves a cargar.

Juan no dijo nada, el patrón debió sacar antes las cebollas, y no dejar que las siguieran regando las lluvias. No las vendería como esperaba, aunque hoy se apurara. Ahora, él tendría que volver a descargar. Una vez cargado el canasto saltaba del camión, lo ponía en su espalda, y lo llevaba hasta la cerca, el patrón tuvo la intención de ayudar, pero cuando vio cómo salpicaba el barro y cómo la lluvia arreciaba, prefirió quedarse en la cabina. Juan bajó la mitad de las cebollas antes de que oscureciera.

- Ahora, tenemos que hacer andar el camión, al amanecer hay que estar en el mercado, sino no las vendemos, ¡por la mierda!

Mientras el patrón presionaba el motor, Juan sintió que el cansancio lo vencía, tuvo que agacharse y apoyar su espalda en un viejo tronco de Quillay, la garganta le rogaba agua, abrió la boca mirando al cielo para humedecerla y sin creer en ningún dios, clamó por ayuda, sabía que el patrón no se resignaría.





- Juan anda a buscar una tabla para hacer cuña, el camión está muy enterrado. Voy a tratar de salir retrocediendo.

Caminó hacia la cerca, un cerdo había escapado en la tarde y quedó un tablón apenas prendido, sintió fresca la lluvia, tal vez tenía fiebre. Volvió con la tabla y con toda su fuerza presionó hasta que logró ponerla bajo una de las ruedas traseras, mientras tanto, el patrón aceleraba el motor, de pronto, la rueda se liberó del fango y comenzó a deslizarse por la tabla, sacudiendo a Juan que no había alcanzado a enderezarse, haciéndole caer de espaldas en el barro, justo cuando el patrón aceleraba más. El camión con todo su peso aplastó su pecho hundiéndolo tanto como estaba la rueda momentos antes. Escuchó los gritos del patrón y luego lo vio ir corriendo hacia la casa patronal, sus alaridos eran apaciguados por el ruido de la lluvia. No sentía dolor, sólo ganas de dormir, su espalda recostada en el barro por fin descansaba. La presión en su pecho le recordó aquel día en que recibió la patada de una yegua que estaba pariendo, cuando tenía diez años y aún vivía con sus padres. Se quedó dormido, imaginando las manos de Corina estirando la masa para el pan del día siguiente.

- Los ruidos de los perros despertaron a Corina, alguien venía, tuvo un mal presentimiento.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE O'HIGGINS



PRIMER LUGAR
Harold Durán Rivas
Profesor normalista / Gestor cultural
Santa Cruz



HISTORIA DEL LAGO QUE NO TENÍA LEYENDA

Éste era un lago que no tenía leyenda y, como todos, quería ser canto en la boca de los campesinos.

Era un lago muy manso. En sus aguas nadie se había ahogado. Claro, como ninguna persona iba a visitarlo.

En verdad a la gente no le importaba, a pesar de que gracias a sus aguas la cosecha siempre era abundante, así también la crianza de animales y aves.

Por eso, hizo lo que hizo.

Su sueño, su obsesión, era ver en sus aguas a un moribundo o a un suicida, uno que fundara la leyenda.

Y lo esperó siglos.

A veces se desbordaba y salía a buscarlo con sus mil ojos por entre los matorrales y los árboles del bosque, para regresar desilusionado al croar de los juncos.

En vano, envió encargos con las garzas. Los recados iban y venían de sur a norte, de año en año; pero nada.

Entonces, se ponía triste como un charco. Lloraba como un otoño, lloraba mucho.

Hasta que, por fin, un día apareció un hombre en los juncos dando aletazos de garza agónica. Era la noche de San Juan, navidad de leyendas.

Regocijado, lo recogió y lo acunó en sus entrañas.



Se puso feliz. Reía como suelen ellos reír. No había lago más encantado en toda la tierra como nuestro lago.

Pronto, preso de impaciencia, comenzó a enseñarle todos los cantos. Imagínense: todos los cantos del agua, todos los cantos de la noche en el lago.

Así transcurrió el tiempo, muchísimo tiempo hasta que llegó el momento de darle licencia para visitar el bosque.

En aquellas ocasiones, que eran las más alegres para el hombre, éste solía desarmar trampas, correr y revolcarse en la húmeda hierba de la medianoche.

Regresaba al alba, pero un día no regresó, y a pesar de que el lago sabía que aquello sucedería tarde o temprano, lo llenó de tristeza.

- Llegará la hora, no sé cuándo —le había dicho— en que tomarás el camino que va al pueblo. Te harás jornalero y te extraviarás entre los campesinos; les enseñarás todos los cantos que por años te he enseñado. Es menester que así sea para fundar la leyenda, porque es mi deseo que los campesinos vengán a cantar, a danzar y a beber a mi orilla.

Y es lo que quiso hacer el hombre. Sin embargo en el pueblo nadie lo atendió. Lo despreciaron.

- ¡Allá viene el loco! —gritaban los niños.

Los grandes reían y le hacían reverencias.

- ¡Escuchen, hermanos! —les decía el hombre. ¡Escuchen estos cantos!

Los borrachos le ofrecían calabazas chorreantes de vino y como él no aceptaba, se las vaciaban en la cabeza. También las mujeres se portaban mal, las que se contoneaban haciéndose las frescas. Era gente muy sorda, ciega y mezquina.

Y desde entonces, extrañamente, cada mañana los campesinos comenzaron a ver que era menos el agua que bajaba por los canales y que cada año las cosechas eran menos abundantes y que las hembras perdían sus crías y cómo las epidemias acababan con las aves y cómo el verdor cedía lugar al amarillo de las sequías.

- Escuchen mis cantos. Son los cantos del lago. ¡Repítanlos conmigo! —les suplicaba.

Pero más sorda se ponía la gente.

Algunos le lanzaban piedras, otros le azuzaban los perros y todo el mundo lo acusaba de brujo o de loco.



- Escuchen, hermanos...

Pero nada.

Y el lago más se achicaba y menos agua, por tanto, bajaba por los canales, y el hambre y las enfermedades hicieron su aparición.

Se inició el éxodo.

Los campesinos cargaron las carretas con sus cosas y, junto a la familia y algunos animales esqueléticos, comenzaron a abandonar el pueblo en polvorientas caravanas.

- ¡Escuchen! ¡Escuchen! —les gritaba el hombre, pero ya dijimos, nadie oía y el pueblo quedó completamente abandonado.

Se dice que el pobre hombre, sintiéndose tan solo y decepcionado, no pudo evitar el llanto y que sus lágrimas cayeran sobre el lecho seco del lago.

Lloró días, lloró noches, y por cada lágrima, una cuarta el lago crecía, y así siguió creciendo hasta desbordarse.

Pronto la noticia, la buena nueva, la conocieron todos.

Retornaron las garzas con sus albos vuelos; la alada V de los patos silvestres volvió a deshacerse en los junquillos que comenzaban a rodear el lago; la tagua y el pidén volvían a danzar en la tersura de sus aguas; el viento tendió la alfombra de pasto sobre los campos; mariposas y abejas nuevamente libaban en las flores silvestres; libélulas, chinitas, lagartijas, peces... Es decir, toda vida era vida, el amor era amor y la muerte un renacimiento.

Así, con la mayor naturalidad del mundo, nuestro cantor se fue transformando en un verde sauce del cual nacían todos los pájaros del valle con sus trinos.

Es lo que se dice.

Se dice, incluso, que más de algún transeúnte que ha pasado por ahí y se ha detenido a refrescarse en aquellas aguas y aquellas sombras, ha creído oír hermosos cantos. Como le sucedió al poeta del Valle de Colchagua, que recogió, según se dice, varios de ellos mientras sombreaba junto al sauce.

Es lo que se dice.

Es la leyenda...



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE O'HIGGINS

SEGUNDO LUGAR

Beatriz Macarena Rojas Moreno

31 años

Secretaria

Graneros

LA GALLINA CASTELLANA

Doña Clema se levantó temprano, como de costumbre, y puso a hervir la tetera. Luego, se dirigió indignada, furiosa hacia el dormitorio, donde su esposo, Rubén, dormía placidamente.

- Rubén, levántate hombre, teni que llevar los huevos a la feria y se te hace tarde pa' tomar desayuno.

Salió golpeando la puerta tras de si para ir a recoger los huevos frescos que pusieran temprano las gallinas.

Don Rubén se sentó en la cama, tratando de sacudirse la pereza.

- Condenada tarea la mía, todos los días levantándome de madrugada, ya no estoy pa' esos trotes.

Refunfuñaba todas las mañanas, era su rezo matutino; sin embargo, todas las mañanas seguía cumpliendo con sus obligaciones. Había sido así por más de de dos años, desde cuando su comadre y vecina le había metido en la cabeza a su mujer la loca idea del gallinero, diciendo:

- No hay mejor negocio que el de los huevos, comadre, el Tito dice que su papá gana una fortuna en el sur con unas cuantas gallinas no ma'.

Eso fue todo, y bastó para que Doña Clema comenzara su nuevo negocio y el calvario de Don Rubén.

Si bien no vivían en una granja, el patio de la casa era bastante amplio, la cocina era una rancha, aparte de los dormitorios que se levantaban en perfecta construcción al final del patio; al lado de éstos se encontraba el baño y, luego, venían los gallineros como pequeñas casuchas enfiladas.



Pese a que ya vivían solos, sus vidas eran muy activas. Doña Clema se levantaba siempre al alba, recogía los huevos, los seleccionaba por porte, color, etc.; barría el patio, daba de comer a los perros y las gallinas, en fin, nunca le faltaba algo que hacer.

Mientras, Don Rubén desayunaba para ir a la feria del pueblo a vender los huevos, eso dos veces por semana, los demás días recorría las calles en su triciclo gritando: "Ricos y fresquitos los huevos casera".

Realmente sus vidas no eran nada de malas, no hasta que llego la Castellana, trayendo consigo la calamidad y el desenfreno del pobre hombre.

La comadre Mercedes o Meche como la llamaban, había estado ausente por varios días por una visita a su suegra allá en el sur. Esa tarde llegó a ver a Doña Clema, la cual la recibió con su acostumbrada amabilidad y, a la par de un sabroso mate, charlaron largamente. Luego la comadre dijo:

- Espéreme comadre, voy a la casa y vuelvo, mire que le traje un regalito de halla del sur.

- Mi', pa' qué se fue a molestar.

Comentó doña Clema, mas sus ojos brillaron de entusiasmo.

Cuando regreso la comadre, traía una canasta y por encima de ésta asomaba la cabeza, de vez en cuando, de una hermosa gallina castellana.

- Mire qué preciosura le traigo. Tiene que cuidarla súper bien, porque no es na' como las gallinas de por aquí, que no pase frío y aliméntela con verdurita fresca y verá cómo, en poco tiempo, le pone el doble que una de las suyas.

- Gracias comadre, que Dios la bendiga, qué gallina más fina.

Llegada la noche, don Rubén entró el triciclo y se sentó en unas de las bancas de la cocina, esperando su mate y su pancito amasado o tortilla como en otras tardes, pero no, esa tarde no hubo matecito ni pancito ni nada para el cansado hombre. Doña Clema estaba demasiado ocupada, haciéndole un nido de reina a la castellana y siguiendo los consejos de su comadre al pie de la letra: la puso en el dormitorio para que no pasara frío.

- ¡Por Dios, mujer! Saca esa cosa de aquí, mire a donde se ha visto, si estos bichos no pasan frío- gritó don Rubén furioso.





- ¡Cállate bruto, no vei que asustai a la Dorotea! Mi comadre dijo que era una mina de oro y ella sí que sabe de estas cosas.

- ¡Qué comadre ni que ocho cuartos. Una vieja metía y chismosa eso es!

Mal ocurrencia la del pobre hombre ofender a su comadre y amiga. A doña Clema se le erizaron los pelos del lomo.

- No, Rubén, a mí no me levantai la voz. Te fuiste pa'fuera. Aguaite, iñor, pa'fuerita no ma'.

Así comenzó el suplicio de don Rubén, quien -sin derecho a reclamo- comenzó a pasar casi todas las noches acurrucado durmiendo en la cocina, porque como él mismo decía: "La Clema es como tonta pa' la escoba, pero no pa' barrer con ella".

Tenía ya varias heridas de guerra en su cabeza como para andar buscando más, así que tomó sus pilchas y se fue a pernoctar fuera del dormitorio, urdiendo en su mente un plan para desplumar, de una vez, a la bendita gallina castellana.

Así fue como don Rubén se levantaba al alba, ponía a hervir la tetera, sacaba los huevos, barría el patio, arreglaba su triciclo y salía a trabajar.

- Así fue también, como doña Clema, asombrada y contenta con el cambio de su marido, le permitió volver a dormir al cuarto.

Pero las intenciones de don Rubén eran otras. En buen chileno, él quería hacer la pata para no levantar sospechas y ganarse la confianza de doña Clema, pero la Dorotea, como le habían puesto a la gallina, parece que presentía las mañas del hombre; por más que él deseaba ponerle las manos encima, ésta saltaba, cacareaba y picoteaba fuerte las canillas del viejo.

- ¿Cómo lo hago, cómo me deshago de esa cochina polla? Pensaba.

Y la gallina, también mañosa, llevaba casi el mes sin poner ni un solo huevo, pero doña Clema ni se inmutaba cuando el hombre le decía:

- Oiga mijita, se fijó que la Dorotea todavía no es capaz de poner.



- Hay que darle tiempo a que se acostumbre. No ve viejo que es una gallina muy fina, no como las de aquí del campo.

Entonces, don Rubén tuvo que actuar de otra forma: se levantaba en puntillas a mitad de la noche y se dirigía al gallinero; en total silencio, agarraba una gallina y con un certero golpe que no dejaba huella alguna le quitaba la vida. Luego regresaba a su cama y roncaba plácidamente.

Por la mañana se levantaba antes que su mujer y asombrado gritaba:

- ¡Vieja, viejita, las gallinas se están muriendo!

Doña Clema, incrédula a medio vestir, saltaba cama abajo para ir a comprobar lo sucedido.

- ¡Ay, Viejo! qué Alarico. Una gallina que se muere de cuando en vez, no es pa' tanto alboroto; de vieja se habrá muerto la pobre.

Muy tranquila, regresaba a sus quehaceres y ahí quedaba don Rubén, rojo de furia, viendo su nuevo plan frustrado y la Dorotea le hacía burla, cacareando y moviendo la cola atrás de su dueña.

Nuevamente, el hombre se levantaba hacia el gallinero a media noche y esta vez eran siete las pollas sacrificadas, para él todo valía la pena con tal de cumplir su cometido. Y de nuevo en la mañana gritaba:

- Vieja, te lo dije, debe ser una plaga. Tenemos que deshacernos de todas las gallinas.

- Ay, Rubén, ahora qué vamos a hacer.

La pobre mujer apesadumbrada y con los ojos llenos de lágrimas se tomaba la cabeza con ambas manos.

- No te preocupí, viejita. Mira, pa' no perderlas todas, agarro estas porquerías y las vendo en la feria y con eso, más unos ahorritos que tengo, le compro la vaca al Ruperto y nos armamos otro negocito.

Lo que el hombre no le dijo a su esposa fue que lo de la vaca ya estaba tratado con su amigo Ruperto.

Doña Clema terminó por aceptar la propuesta de su marido.





- Bueno, Viejo, si tú crees que es lo mejor.

Pero, cuando don Rubén quiso agarrar a la Dorotea, la mujer puso el grito en el cielo.

- Estai loco hombre, la Dorotea nunca durmió en el gallinero, por lo tanto, no hay forma que tenga la plaga, por ningún motivo te la llevai; qué diría mi comadre, sería mal agradecida.

Don Rubén partió a la feria enrabiado y malhumorado, no podía dar crédito a su mala suerte.

Ahora, lo que fuera el gallinero pasó a ser un pequeño establo, pero el trabajo aumentó: levantarse temprano a ordeñar la vaca, guardar la leche, cuajarla para el queso, salir en triciclo a vender leche y quesos frescos.

- Me condenara, quién me iba a decir que saldría peor el remedio que la enfermedad.

Pero no abandonaba la idea de desaparecer de una vez y para siempre a la gallina que, según él, era la causante de todas sus penurias.

Para entonces, el negocio marchaba bastante bien e, incluso, le quedaban algunas chauchas que ahorraba para el sábado, muy a lo lejos, ir a la rayuela a pasar un rato con los amigos.

Una de esas noches tuvo el desenlace nuestra historia.

Al regresar a casa ya tarde y un poco bebido, no quiso dormir en su cama y sigilosamente se deslizó bajo la colcha de la cama de su amada, pero algo raro sintió:

- Oiga, cariñito uste' tiene las uñas re largas y no hace tanto frío pa' que duerma con chaleco, pues, cómo sea, venga pa'onde su viejito pa' hacerle unos cariñitos.

Y a boca abierta, le mandó un gran beso, el cual fue a dar en el lomo de la gallina castellana, la que despertó y de un salto, se lanzó sobre él dando una lluvia de certeros picotazos en el rostro del hombre; solo de suerte no le sacó un ojo.

- Condenada gallina, ya vai a ver lo que es bueno.

Rugió rabioso don Rubén



A tanto bullicio, doña Clema despertó. - ¡Rubén, deja eso! Exclamó.

Los gritos eran tal, que la comadre y vecina Meche ya salía en auxilio de su amiga, imaginando lo peor.

- Yo sabía, Tito, que ese hombre tarde o temprano iba a cometer un delito contra mi comadre. Apúrate hombre, vamos a ver qué pasa, antes que ese energúmeno mate a mi pobre comadrita.

- Cómo se te ocurre decir tantos disparates, mujer, pero igual vamos, por si a caso.

Mientras, don Rubén corría por el dormitorio, tratando de darle palos a la gallina con la tranca de la puerta.

- Quédate quieta, por fin, te agarré y te llegó tu hora.

- No, Rubén, por favorcito, no. Lloraba doña Clema que estaba encariñada con su mascota.

La puerta se abrió de un golpe y entraron a la vez la comadre Meche y su marido, quienes viendo el cuadro en el que se encontraba su amigo, con la pesada tranca de madera sostenida en sus manos, decidió reducirlo y darle un golpe en la nuca que lo aturdió en el acto.

Doña Clema tuvo bastante tiempo de explicar lo sucedido a sus vecinos, los cuales avergonzados se disculparon, diciendo que habían pensado que su vida estaba en peligro, pero de todo eso ni supo don Rubén porque dormía como un ángel a causa del golpe.

A la mañana siguiente, todo volvió a la normalidad, excepto por el gran chichón en la cabeza del pobre viejo. Los deberes eran los mismos, salió como de costumbre en su triciclo a repartir los quesos y la leche, pero a la hora de almorzar, doña Clema le esperaba con un caldo de gallina espeso y sabroso, el cual sacó una enorme carcajada de don Rubén, porque la gallina castellana nunca puso un huevo, pero sirvió para una exquisita cazuela de ave que unió de nuevo y para siempre a esta peculiar pareja.

Y ahora sí, doña Clema y don Rubén vivieron felices hasta el resto de sus días.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE O'HIGGINS

TERCER LUGAR

Jaime Rubén Herrera Román

71 años

Pensionado

Rancagua

PANTEONEROS DE MEDIANOCHE

No es una ficción, ni una laguna de inventiva. Es la Laguna de Aculeo, tan vieja como el tiempo mismo, abierta a los devaneos seculares de la leyenda, de las historias sin nombre, de los misterios impenetrables. Hay quienes aseguran que es un ojo de mar, puesto allí desde la creación del continente, o bien arrancado del Pacífico y derivado a socorrer con agua dulce las necesidades humanas. Mi padre, versado en cuentos y decires, comentaba que la laguna no existió siempre y que aquellos terrenos, cubiertos de matorrales, sirvieron de sesteadero de vacunos y de territorio propicio para dirimir sus querellas. Mi madre, que tenía una sabiduría de siglos, solía revelar que la laguna se formó gracias al escape de la laguna de Tagua-Tagua. La fuga fue sin igual. Un día se levantó una nube que absorbió toda el agua, y luego un vientecillo intencionado la empujó en dirección suroeste. Después de sortear montes y planicies, bosques y sementeras, como si una mano poderosa la guiara, llegó a posarse en su actual emplazamiento. Durante el recorrido, el campo se fue sembrando de peces. En los turbulentos días de la Independencia, -así se refiere en algunos textos del folclore nativo-, un carretero servil escondió, en las profundidades, una portentosa fortuna, entregada a su cuidado por sus patrones, temeroso de que se la arrebataran las huestes realistas. En su vocinglera, azuzando a los bueyesse escucharon exclamaciones desesperadas: ¡Filomeno Díaz,/ la carreta pegada,/ la picana perdía...! En las mañanas, riza la superficie un airecillo fresco que produce suaves ondulaciones. En las tardes, el viento es alborotador, remueve las aguas y crea un oleaje murmurante. La laguna adquiere entonces el encono del presidiario y busca liberarse y batirse en retirada.

El estero Pintué, principal tributario de la laguna, desciende de las vertientes eternas de la Cordillera de la Costa y parte en dos el corazón de Aculeo, y su corriente, tranquila en verano y aguerrida en invierno, serpentea a tajo abierto en cascadas y remansos hasta llegar a su destino. Entre este riachuelo y el poblado de Abrantes, debe existir una distancia aproximada de cinco kilómetros. Se unen por una cinta asfaltada, en otro tiempo áspera y polvorienta, y forma la antiguo espina dorsal del pueblo. Esta ruta se abre paso entre el macizo rocoso de la Punta



Alta por el sur, orgulloso promontorio que disputa alturas con el Cantillana por el poniente y mira con desprecio a El Tralcaco, monte que, echado como un paquidermo, permite que sus pliegues lleguen a bañarse a la laguna, dejando al descubierto los campos de labranza, los huertos familiares y la abigarrada vida pueblerina.

Por esta vieja huella, transitaron al amparo de las sombras los enamorados, que siempre salían “a dar vuelta el charqui”; algún merodeador nocturno; los apostadores de antiguos juegos de barajas y, por qué no, el enjambre de vivencias sobrenaturales.

Chumingo Santibáñez perteneció a la turba fanatizada por los naipes. Solía reunirse con los “ganchos”, enviados como él, y debían hacerlo en escondrijos ignorados por la policía y por los dueños de fundo. Las batidas en contra de los apostadores parecían cruzadas de bien público, destinadas a sacudirles un mal endemoniado, el azar prohibido, pues, en su pasión, solían perder no sólo su escaso peculio, sino caballos ensillados y hasta carretas completamente equipadas. Y muchas veces, perdedores “picados” armaban violentas trifulcas ocasionadas por supuestas o efectivas trampas. Las reuniones acontecían a altas horas de la noche, cuando era de suponer que ningún intruso llegaría a perturbarlas. El monte fue el juego preferido por estos tahúres de las tinieblas.

Chumingo participaba con frecuencia en estos disimulados corrillos de apuestas. Por ello, estaba a la espera del mensaje que anunciaría la invitación de los compinches. Ya era medianoche y la secreta consigna no había interrumpido el silencio nocturno. Salió al camino con la impaciencia encendida y, por enésima vez, sus ojos penetraron la bóveda oscura e indagaron si el perfil de alguna silueta se dibujaba en la densidad de la noche. A lo lejos, como un animal acorralado, se percibía apenas el imperturbable ronroneo de la laguna. Entró a su casa y volvió a salir y con la misma impaciencia aplastó su postrer cigarrillo, decepcionado por la frustrada expectativa. Bueno, si la esperanza es lo último que se pierde...acabo de perderla... Si no aparecen estos gallos me iré a dormir. Sin embargo, bultos borrosos, sombras en movimiento, se delinearón a corta distancia, estremeciendo su ansiedad con un ramalazo de alerta. ¡Ya era hora! se le escapó como un alarido; pero no eran los amigos de la baraja.

En el paisaje ennegrecido, en que silencio y soledad se estrechaban las manos, apareció el avance de un funeral. ¿Un funeral? No le extrañó ni le arrebató el corazón. En esa época, al no existir cementerio local, los habitantes de la zona debían viajar a Maipo a cumplir con los ritos funerarios y, con frecuencia, lo hacían de madrugada. Quién se habrá muerto en Rangué que no se ha sabido, murmuró para sí Chumingo, y entró a su casa en busca de su manta y su sombrero, dispuesto a mostrarse solidario con los dolientes. Sus hermanos ya roncaban, de modo que no advirtieron su apresurado abandono del cuarto. De regreso al camino, se percató de que el cortejo no había avanzado, como si lo hubieran estado esperando. Esta circunstancia, -las cosas son como son, recordaría más tarde-, no amilanó su gesto amistoso y se integró a la comitiva, sin que le importaran la hora, la ocasión ni





los desconocidos caminantes. Cuatro angarilleros, más una figura pequeña, niño o enano indefinible, formaban el entierro de medianoche. Pobre gente, que no tiene quién la acompañe fue la reflexión del momento. Luego tranquilizó su sospecha: El resto de la gallá debe haberse quedado en Pintué y pronto apurará el tranco, y solicitó a uno de los porteadores que se le cediera su lugar. El hombre se apartó sin demora y Chumingo, con la decisión de quien sabe comprometerse con duelos ajenos, comenzó a cargar el féretro, que le resultó ostensiblemente pesado, como si toda la gravedad del ataúd se hubiera volcado sobre su hombro. Puchas el muertito pa' pesado –caviló-, mientras se esforzaba en mostrar su vigor juvenil e intentaba recordar qué coterráneo corpulento podría haber dejado este mundo.

El crujir de las angarillas, producto del vaivén de los cargadores, el rezongo del cajón –tal vez armado a la diabla- que amenazaba con desbaratarse, la soledad que los rodeaba en una noche cerrada, con un tendal de estrellas desvaneciéndose en un cielo profundo y en un sector despoblado que cercaban densos murallones de zarzas, el peso abrumador del difunto, la sospechosa falta de más acompañantes, empezaron a flaquearle el espíritu solidario. Aquellos hombres marchaban amurrados, –como ánimas en pena, los describiría después-, casi en volandas, pues no se escuchaba el ritmo de sus pasos contra la tierra fragosa. Ni un carraspeo, ni una plegaria entre dientes, ni una palabra suelta, quebrantaban la paz de las sombras. Se manejaban como autómatas movidos por hilos invisibles. Sentíase estar hundiéndose en un negro precipicio arrastrado por espantajos de lóbrega apariencia. Así será el principio de la muerte, se horrorizó de sólo pensarlo. Cuando giraron en dirección a Peralillo por una senda poco transitada, decidió abandonar a los viajeros. Ya el miedo lo tenía atrapado. Hasta aquí llego yo, no más, amigo, anunció con un resuello cargado de terror. El hombre tan oscuro como todo el entorno, ocupó su lugar y Chumingo volvió sobre sus pasos, y al verificar que no venía más escolta, salvo la pigmea criatura que cerraba el cortejo, el pánico lo atenazó por completo.

El regreso a su casa fue una carrera sin fin, agrediendo a manotazos la turbiedad de la noche y azotándose a revolcones. No recordaba cómo pudo recorrer ese trayecto sin advertir los desniveles del terreno. Había pasado por ahí como quien viaja en andas. Ahora sí notó la hondonada de lo que hoy es el puente Colorado, zanja no muy profunda, por donde circula un permanente arroyuelo. En su desesperación, creyó percibir el traqueteo de una carreta que marchaba más adelante. Chumingo sintió un ligero alivio al escuchar el repique de las broncas matracas, e intensificó su velocidad para atrapar al vehículo. Nunca faltan los amigos que salen de amanecida a sus diligencias y ahora más que nunca necesitaba compañía. Por más que desplegó sus mayores esfuerzos en una carrera enloquecida, y pese a la lentitud de los bueyes, no logró dar alcance a la carreta. Sin embargo, percibía, con inusual violencia, la barahúnda de las ruedas contra las piedras y hería sus oídos una leve silbatina del carretero.

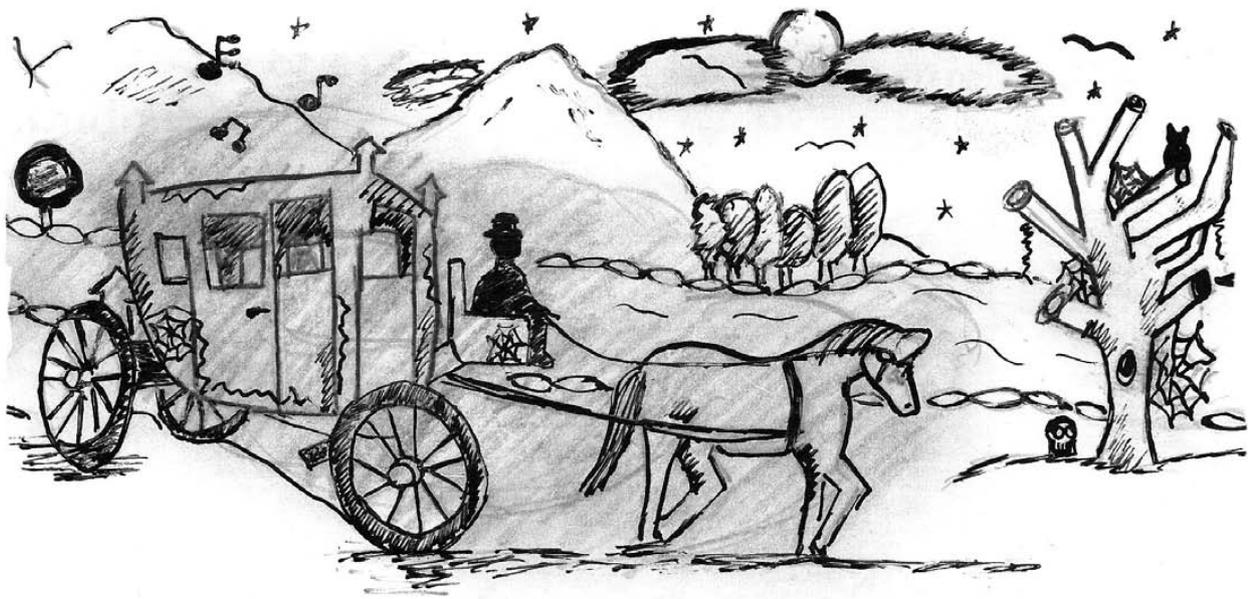
Su aterrizada carrera terminó en el cuarto donde dormían sus hermanos. El hombre se desplomó sobre ellos, prácticamente sin habla, estremecido por la alucinación de ultratumba.



Muchos meses demoró en recuperar la voz, tranquilizar el ánimo y disponer de un poco de sosiego para referir lo sucedido. La sola llegada del anochecer le provocaba temblores que lo sacudían como un pelele; necesitaba compañía para movilizarse de un punto a otro, y el espanto volvió a remecerlo cuando se enteró de que ningún habitante de la zona había fallecido por esos días.

¿De dónde procedían estos panteoneros de medianoche? ¿Quiénes eran y quién el difunto? Algunos trasnochadores, que se encontraron de improviso con el cortejo fúnebre, huyeron tan despavoridos que su experiencia se tradujo en un enrevesado amasijo de contradicciones. Sólo Chumingo Santibáñez, hombre acostumbrado a sortear los riesgos de las sombras, tuvo el coraje -por así decirlo- de servirles de compañía. La imaginación popular, aún en el presente, sigue atribuyendo a la laguna el mérito de haber enviado a los caminos una partida de nocturnos sepultureros.





Anthony Gustavo Velozo Ramos
15 años / 1° Medio
Colegio Enrique Bernstein
Paine, Región Metropolitana

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DEL MAULE

PRIMER LUGAR

Guillermo Nelson Valdés Salinas

65 años

Agricultor

Longaví

LA CARRETERA FANTASMA

En el sur y cerca de la costa, pasa tarde en las noches y rechinan sus ejes la carreta fantasma. Hay días que se escuchan voces en amena conversa.

Pasa a través del campo o por los bosques, pero no deja ni una huella, solo se percibe olor a pan amasado y azufre.

Cuentan mis abuelos que la carreta va de un campo santo a otro buscando almas extraviadas que quedaron diseminadas en los campos después de la catástrofe del terremoto y maremoto ocurrido en Valdivia y alrededores.

Le sigue, metido debajo de la carreta, un perro que aún busca con ansias encontrar a sus amos. Ladra lastimosamente y olfatea a cada uno de los pasajeros que se incorporan en el viaje. De pronto, entonan melodías de antaño que guitarrear de mucho agrado como celebrando el hecho de haberlos encontrado.

El eco de su alegría es contestado por las risas o canto en los alrededores de la carreta y cuando la lluvia está presente le salen al encuentro sapos y ranas, que con su croar anuncian el paso de la carreta cargada de almas recogidas en su travesía.

Según dice mi abuela, en las barandas de la carreta llevan colgado y balanceándose unas chuicas de vino y unas bolsas de cuero en el que el aroma del pan amasado y el queso le despiertan a los presentes el apetito.

Amén de que todos sienten un gran alivio por la nueva suerte de aquellas almas; en las tardes todos los nietos se entraban muy temprano a la casa esperando escuchar el paso de la famosa carreta, mientras mis abuelos preparaban las mamaderas y leches para todos los nietos y, al terminar la leche, la abuela nos hacía ponernos de rodillas para despedir el buen día y rogar por todos en una hermosa oración.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL MAULE

SEGUNDO LUGAR

Alejandro Renato Velásquez Rojas

53 años

Profesor básico

Talca

RIMAS Y SENSUALIDAD

Edecia y Lila corrían tras su madre. Se habían levantado de madrugada y caminaban presurosas las diez cuadras que separaban su casa de la estación de ferrocarriles; sólo las niñas exteriorizaban la emoción. Lucrecia se mantenía seria y las apuraba volteando de cuando en cuando la cabeza para depositar en ellas miradas de falsa severidad. El aire fresco de la mañana, la penumbra de las calles, el ajeteo de mulas y carruajes, mostraban una ciudad, algo misteriosa.

Esa percepción se incrementaba con la expectativa del viaje a la casa de la abuela paterna.

Mañana domingo de pichipilón

¡se casa la cabra con el motilón!

¿Quién es la madrina?

Doña Catalina

¿Quién es el padrino?

Don Juan barrigón.

Edecia, la mayor, tenía once años, aparentaba algo más, ya sea por su carácter resuelto o por la expresión seria de su rostro que contrastaba con un par de sensuales ojos verdes. Lila era la sombra de su hermana mayor, a pesar de tener diferencia de un año y medio, asumía sin chistar el rol de hermana menor. Era frecuente que se aferrara al delantal blanco de Edecia para dejarse conducir con pesadez a la escuela.

Lila se dejó vestir semi dormida, su hermana estaba exultante esa madrugada del diecisiete de enero de mil novecientos veinticinco; tenían por delante una larga temporada en casa de la abuela Ladislaa.



El ingreso al edificio de ferrocarriles otorgaba al viaje una solemnidad que no se condecía con lo corto del recorrido; el imponente portal de acceso, los coches relucientes apostados a un costado de la calle y el olor a carbón y caldera, marcaban la frontera entre la ciudad y la aventura. Desde la estación de Talca hasta Tanguao, el trayecto no demoraba más de una hora. Allí, su padre las esperaba con caballos ensillados para trasladar a su esposa e hijas al sector de Monte Oscuro.

*¿Quién toca la caja?
El burro pílón
Y ¿con qué la toca?
Con el cucharón*

La abuela se había preocupado de todos los detalles para recibir a sus visitas, había hecho lavar y escarmenar la lana de los colchones, dispuesto sendos catres de fierro en el dormitorio contiguo al suyo, dado instrucciones a Etelvina para pelar mote, tostar el trigo y preparar las humitas. Habían cambiado los paños bordados del pequeño altar a San Judas Tadeo y renovado el florero con cartuchos y campanitas recién cortadas.

Para la abuela, las nietas eran toda su alegría, las pequeñas llenaban de cariño su corazón solitario. El abuelo era sólo un nombre lejano a causa de sus prolongadas ausencias. Ladislaa lo dio muchas veces por muerto, en el fondo de su alma guardaba secretas esperanzas de que no volviera más, por eso todos los viernes del año, rezaba una oración especial para sacar un alma de pena y la suya de pecado; el pecado, desear que Lorenzo olvidara el camino de regreso a casa.

Por eso esperaba ansiosa a sus nietas en el corredor, oteando de tanto en tanto hacia el bajo para ver si divisaba la comitiva.

*¿Quién lava los platos?
Pedrito calchón
¿Y dónde los guarda?
Debajo del colchón.*

La primera parada de las viajeras fue en la casa del bajo. Desmontaron, amarraron los caballos a la vara y pasaron a saludar a la abuela Elvira, hermosa y severa viuda, madre de Lucrecia. Su difunto esposo Anatolio, había sido juez rural. Controlaba el abigeato, fechorías y pependencias. Murió de un ataque fulminante en un operativo. Aún se conservaba en el patio interior de la casona, la barra metálica empotrada en que amarraban engrillados a los bandidos, ellas habían escuchado de los horrores y lamentos de los condenados. En esta casa severa, de pisos lustrosos, las niñas habían aprendido sus primeras letras guiadas por las tías Concepción y Mercedes.





Pasada una hora, Lucrecia adivinó los síntomas de aburrimiento de las pequeñas, se despidió de su madre y sus tías y se disculpó por tener que proseguir camino.

Con la llegada de las nietas, la casa de adobes se llenó de risas, ladridos y abrazos. Lo primero, desprenderse de sombreros, cambiar los vestidos por unos más sencillos y cómodos, calzar alpargatas, saludar a la Etelvina, persignarse frente al altar familiar y luego a explorar el huerto.

Hacia cuatro años que no volvían a Monte Oscuro, el año anterior la sequía había agotado los recursos. Toda la producción de granos se perdió, los pozos se secaron y el ganado se vio diezmado. Ese año fue diferente, las lluvias habían sido normales, los cerros produjeron abundante grano, el ganado recobró peso y los pozos alcanzaron un buen nivel.

A los tres días, las hermanas habitaban la casa como propia, se habían despedido de Lucrecia quien regresaba a sus asuntos en la ciudad. Se entretenían en pequeñas tareas hogareñas, hilando y tejiendo la lana cruda de las ovejas.

A la abuela Ladislaa le brotaban los cuentos y las rimas, por eso a las niñas les gustaba tanto ir a pasar un tiempo con ella a Tanguao. A la abuela Elvira también la querían, su casa era más grande y abundante, pero allí se respiraba la disciplina y el estudio. La influencia de las tías monjas y la severidad del difunto juez habían dejado en el aire una atmósfera cargada de silencios y suspiros.

En la casa de la abuela Ladislaa se enteraron de la Viuda Taciturna, del entierro de don Agapito, del culebrón que habitaba en el lagar y de la novedad del cuero del estero del bajo; engendro silencioso y repugnante que devoraba víctimas inocentes y animales descuidados.

Los cuatreros carnearon un ternero, lo desollaron, arrojaron su piel al estero y consumido su carne. La vaca desolada por la pérdida de su hijo, bajaba por las tardes al abrevadero y echaba su mugido triste al viento. La pobre desconsolada se quedaba con la mirada perdida resoplando.

Aprovechando ese estado de dolor, del fondo del estero, con el sigilo de un molusco emergía el cuero silencioso, maneaba a la pobre bestia y bebía su leche inútil. Con el correr de los días y gracias a la abundante alimentación que propinaba la lechera, el monstruo acuático había alcanzado el tamaño suficiente como para envolver y engullir un caballo. Las niñas aprendieron de un sopetón cuáles eran los lugares prohibidos y peligrosos del verano.

Etelvina retiraba la tetera del brasero; la abuela guardaba la hierba, el azúcar y los mixtos, sacudía su delantal y llevaba una vela a la habitación. Eran las señales de las buenas noches y las pequeñas somnolientas se retiraban a dormir.



*Punta y arado para arar por lo parado
Punta y mancera para arar por las laderas
En las maletas el vino, en las calabazas el pan
Los perros ponen los huevos, las gallinas a ladrar.*

Edecia soñó esa noche con la Viuda Taciturna, la vio sentada en una gran roca que miraba al estero, no podía verle la cara, sólo su cabeza inclinada, una cabellera negra que peinaba con dedicación y tristeza de siglos. El peine era el que más llamaba la atención, era de oro puro y daba destellos de luciérnagas. Siempre de espaldas, la viuda levantaba una mano sobre su cabeza y le hacía señas para que se acercara. Un gemido lastimero despertó a la Etelevina, quien se levantó de un salto a consolar a Edecita y a espantar los fantasmas de la noche.

Una tarde, Etelevina mostró a la mayor de las hermanas, la marca del peine en la roca viva, estaba en el mismo lugar en que Edecia había soñado a viuda.

En el descuido de la siesta, Edecia y Lila, premunidas de chupallas y una varita de coligue, se pusieron en camino del estero prohibido. En el camino, se cruzaron con Juan, un adolescente rubio, de expresivos ojos azules, que, a pesar de aventajarlas en edad, esquivaba tímido las miradas escrutadoras de las hermanas. Le contaron de la intención de ver la roca de la viuda, pero Juan se hizo el desentendido, se internó entre los espinos y regresó con tres huevitos azulados con pintas rojas -son de tenca- dijo. Se los ofreció como gesto de amistad y, sin responder al comentario, se alejó con una carrera corta, afirmándose la chupalla. Las niñas olvidaron su cometido y regresaron corriendo a la casa, muertas de la risa con su tesoro de huevitos recibidos de manos de un muchacho mayor.

El domingo fueron todos a misa en infiernillo. El regreso en carreta bajo el abrasador sol de enero, indispuso a la abuela. Nauseas y un fuerte dolor de cabeza le impidieron almorzar; dejó a las niñas al cuidado de Etelevina, mientras se retiraba a descansar.

Ese domingo de chicharras, Etelevina también cayó bajo el influjo de la modorra y Edecia aprovechó la guardia baja para mostrar a Lila el descubrimiento del peine marcado en la roca, pero no sólo vieron la huella del espanto, sino la visión más inquietante y sensual que el verano les podía regalar a las hermanitas.

Salieron sigilosas para que los perros no las siguieran, corrieron bajo el sol por el camino polvoriento en dirección al estero prohibido, esquivaban boldos y espinos. Se descolgaron por la pendiente afirmándose en las raíces expuestas. De pronto, las chicharras callaron, un ruido seco en el agua. Las pequeñas quedaron inmóviles, ya sea por el cansancio o por el miedo. Se hizo un largo silencio, luego chapoteos y suaves bufidos de algo vivo en el agua. Podrían ser taguas escurridizas o el cuero asesino, pronunció Lila casi en un susurro.





La única manera de saber era arriesgándose una poco más abajo y espiar por entre la vegetación. Con el corazón a mil, se asomaron por entre los arbustos y descubrieron algo más prohibido que los fantasmas del estero. En el agua, completamente desnudo Juan, el rubio y adolescente sobrino de don Agapito disfrutaba de la aparente soledad de la tarde, sin sospechar que entre los matorrales cuatro ojos pequeños y verdes observaban y admiraban la deslumbrante desnudez y virilidad del tímido centauro de la tarde.

Sapo zarapo

Calzones de trapo

Cotona al revés

La niña Edecita

A la hora de siesta

Se escapa solita

Al estero otra vez.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL MAULE

TERCER LUGAR

Ana Elizabeth Alfaro Arias

30 años

Dueña de casa

Parral



LA NOVIA DEL NARANJO

Desde niña crecí escuchando mitos y relatos del mundo rural: algunos me causaban risa; otros, mucho miedo. Hasta que viví para mí, una experiencia extraña, asombrosa e inolvidable.

A mediados del año 2001, egresé de “auxiliar de enfermería”; pensaba descansar tras 1 año y 6 meses de estudio; pero encontré trabajo inmediatamente en una Posta de Salud Rural, de una localidad ubicada a 25 Km. de Longaví; la cual es conocida como “La Sexta”.

Llegué con 21 años y con los sueños que toda joven recién egresada añora... Mi historia comienza así...en este lugar inhóspito y desconocido... sin entenderla ni comprender hasta el día de hoy.

Una gran y hermosa casona patronal aguardaban mi llegada, su jardín cubierto de flores y frondosos árboles me dieron la bienvenida. Al nacer las mañanas, los pájaros me deleitaban con sus suaves y melodiosos trinares y aquel lugar tan desconocido para mí, se transformaba en una especie de misterio que acrecentaba mis ansías de descubrir.

Sugente muy humilde y un tanto extraña se comenzaba a acercar para recibir atención, por curiosidad o simplemente para entregarme un gesto de amabilidad o simpatía hacia mí: “la nueva practicante” como tan comúnmente nos suelen llamar. Compartía esa casona con un colegio rural, llamado “Paula Jaraquemada” que estaba a cargo de 4 profesores: Rosa, Verónica, Jorge y Juan, quienes contaban con un número reducido de alumnos.

Cada mañana, me levantaba con mucho entusiasmo; pero a medida que avanzaba el día no podía entender cómo era posible seguir adelante con medidas tan precarias de sobrevivencia. Los profesores viajaban diariamente desde



Longaví al colegio para cumplir tan afable tarea: “la de educar”. Yo vivía con mis padres; soy la hija menor de 4 hermanos, “el conchito”, por lo que ellos abandonaron las comodidades de la ciudad y se embarcaron conmigo en esta nueva aventura. El invierno era muy frío y lluvioso, el verano se tornaba caluroso y agobiante; así transcurrían mis primeros meses. Habían noches que se transformaban en días, atendiendo “urgencias”... pero era un sacrificio que yo conocía desde antes de aceptar el trabajo.

Día a día comencé a escuchar historias en torno a esa casa; pero no sentía miedo, evocaba recuerdos de niñez y sabias palabras de mi madre que me decía: “no le temas a los muertos, porque nada te pueden hacer”, pero esta frase tan “cliché” cambió el curso de mi estadía, cuando repentinamente comencé a sentir lo que más temía: ruidos, voces y golpes en la marquesa de mi cama que aumentaban a medida que pasaban los días y me empezaban a desconcertar.

Las personas del sector me comentaban en forma inconciente lo que había sucedido cuando estaba el internado y lo difícil y escalofriante que fue para los alumnos, convivir noche tras noche con los “supuestos espíritus” que merodeaban del hall de la casona hacia abajo. Aún recuerdo a Carmen, una estudiante de aquellos años, que me comentaba cuán aterrada vivía esos momentos dentro del internado: “si tú supieras”, me decía con una mirada de nostalgia y miedo.

“Las noches parecían día, las luces se encendían y se apagaban sincronizadamente, nos movían las camas, sentíamos galopar los caballos y, lo más increíble, nos escondían la ropa. En ese momento, nos dimos cuenta que no podíamos seguir así y aunque era difícil, tomamos la decisión con mis compañeros de retirarnos y continuar nuestras clases con mucho sacrificio, regresando día a día a nuestros hogares con lluvia, frío y barro o ese inclemente sol y polvo que cubría nuestro cabello; solo para buscar la cobija de nuestros padres, escapando de lo que durante meses fue una especie de pesadilla”.

Desde este asombroso relato, empecé a cuestionarme qué era lo que realmente había pasado en esa casona, no lograba entenderlo ni descifrar el secreto que escondía y que había marcado tan inquietante misterio.

Las personas que acudían en busca de atención me preguntaban: “señorita, usted no tiene miedo de vivir aquí; no ha sentido un ruido extraño, una visita en la noche o una voz susurrando en su oído”. Valientemente o intentando serlo, respondía: “eso no existe”, aunque hace tiempo había comenzado a vivirlo... me resigné a pensar que sólo era parte de mi imaginación.

Así trascurrieron meses, largos meses que a mi juicio se tornaban interminables, en especial por las noches. A menudo, recibía visitas de familiares, quienes más de una experiencia extraña vivieron y de las que yo fui testigo silencioso hasta hoy.



En el verano de 2002, me visitó un hermano de Concepción junto a su esposa. Al llegar, quedaron asombrados por la belleza del lugar ¡qué hermosa casona!, comentaban, cuando recorrían uno a uno sus recónditos lugares o cuando en la tarde en busca del frescor paseaban afables por el jardín. Pero al vivir lo que aconteció aquella noche, sus ansias de seguir vacacionando allí terminaron abruptamente. Carlos, ¿por qué me tiraste la crema en mi cabeza? Fue la pregunta que terminó tan apacible sueño. ¿Qué sucedió? pregunté entre tanto que encendía la luz. Carlos me lanzó la crema en la cara, haciéndose el gracioso, -dijo Pilar, entre tanto yo observaba quietamente la habitación. Era absurdo, mi hermano estaba a su lado y había despertado tan sobresaltado como yo.

Aquella noche nos desvelamos sacando conjeturas, viendo los pro y los contra para entender qué era lo que realmente sucedía. Pilar creía que era el espíritu de una niña que no alcanzó a disfrutar su niñez y se entretenía haciéndole bromas a los adultos; entre tanto, mi hermano sólo se limitó a bajar la mirada y pronunciar con voz firme: “mañana regresamos a casa” y, lamentablemente, así fue y yo, otra vez, sola.

Muy afanada en querer conocer el gran secreto que envolvía la quietud de la casona, me propuse interrogar a cada persona que me daba la oportunidad de entablar una conversación. Los niños estaban de vacaciones y el colegio completamente solo: sin ruidos, cantos, murmullos o esos divertidos juegos que evocaban mi niñez. Enero de 2002 se vislumbraba caluroso e inquietante, para mí... solo tenía por compañía a mi madre que a sus 66 años...y tras una vida de experiencia vivida se limitaba a mirarme y tratar de entender cómo podía seguir viviendo allí.

Cómo habían pasado los meses por mí, ya no era la misma, lo que a diario vivía me había hecho más fuerte y decidida.

Cansada de tantos secretos que cada recóndito lugar escondía, me propuse vivir mi vida, disfrutando cada momento como si fuera el último para mí, fantasmas buenos o malos no tenían explicación alguna, ni procedencia.

En marzo de 2002 y con el regreso de los niños a clases, mi vida tomó un rumbo muy distinto al de antes; contraje matrimonio, me sentía feliz, protegida y tranquila. Mi madre me dijo: “el casado, casa e intimidad quiere” y regresó a Parral con mi padre a retomar su vida y sus quehaceres. Yo, por mi parte, queriendo dejar atrás con lo que a diario conviví durante estos meses, me olvidé de fantasmas, ruidos y secretos que escondía la vieja casona patronal.

Así trascurrieron 5 meses relativamente tranquilos y nació mi primer hijo, quien se transformó en mi alegría y mi razón de vivir. Mi vida dio un vuelco especial a mi etapa de “casada” y con mis 23 años, disfrutando a concho lo que era ser madre. Hasta que pasó lo que nunca había imaginado... y que cambió el curso de mi vida y de lo que ahora se había transformado en mi familia.





En noviembre de ese año, mientras atendía a un paciente... Se estremeció la casa y ante mí y de los que allí estábamos -la noche oscura fue cómplice de lo que a mi juicio fue inexplicable- de aquel jardín hermoso, donde la primavera se cubría de flores, asomó la figura de un hombre en su caballo negro, cabalgando presurosamente hacia la puerta de la posta. La gente que estaba en la sala de espera, corrió hacia adentro, mientras yo, aterrada, salí en busca de mi pequeño que en ese momento solo tenía 4 meses de vida: ¿Qué sucede? Pregunté, cuando lo tuve en mis brazos... aún sorprendida por lo que había sentido. "Un jinete de negro, que se esfumó en la noche sin dejar un solo rastro", me contestaron casi a coro. Mientras se retiraban a sus casas, temblando de miedo.

Apagué la luz, cerré la puerta y comencé a cuestionarme: ¿Quién era ese hombre? ¿Qué secreto escondía? preguntas que hora tras hora merodeaban mi cabeza. ¿Qué quería? ¿A quién buscaba? Interrogantes que no tenían explicación lógica para entenderlas. Aquella noche no dormí nada, preocupada por el bienestar de ese pequeño que tenía en mis brazos.

Al llegar la mañana, busqué a un anciano, que en ese momento, tenía 76 años, para que me ayudara a entender lo que, a mi juicio, era inentendible. ¿Qué quiere usted entender, cuando aún falta que suceda lo más importante? -me susurró como un secreto- para entender lo que aquí sucedió hace 50 años atrás, usted debe vivirlo, fue su respuesta.

Ahora entendía menos, acurruqué a mi hijo entre mis brazos y me fui a la posta a seguir con las consultas que a diario llegaban y que mitigaban, en algo, el aire de misterio que escondía la casa.

¿Qué será lo que aún me falta por ver? me pregunté una y otra vez, sin sospecharlo hasta aquella noche en que salí sola al patio en busca de la ropa que estaba tendida. Dejé al niño con su padre y partí. Un aire de escalofrío recorrió mi cuerpo, un temor que me rodeó entera, entretanto recogía un pequeño pantalón, comencé a repetir lentamente palabra por palabra el "Salmo 91", como presintiendo lo inexplicable, lo absurdo, lo temerario.

Al recoger la última pieza, alcé mi mirada, como presintiendo que alguien me observaba fijamente. Y ahí, en medio de un frondoso naranjo que se encontraba en medio del patio, apareció ella: toda de blanco, como esperando a su prometido y buscando lo que le pertenecía. Me miró, nos miramos quietamente y me lancé a correr hacia la puerta de la casa, que -a medida que pasaban los minutos- se me hacía más lejana. Estaba perpleja, quería gritar y no me salía la voz, la ropa quedó tendida en el suelo y cuando llegué a la puerta, al mirar hacia el naranjo no la vi. Solo sentí un aire frío que soplaba tras mí. Cerré la puerta, cogí a mi niño y, con voz tiritona, le conté a Marco lo que había sucedido.



Esa noche, comenzamos a hacernos más preguntas; algo había pasado en esa casona ¿pero qué? En ese momento tomamos la decisión de ir a hablar, una vez más, con el anciano, pero ahora esperaba una explicación lógica, ya no aguantaba más allí, llevaba mucho tiempo esperando una respuesta para comprender lo que había sucedido y, por fin, mañana la tendría, pensé mientras tapaba a mi hijo y apagaba la luz.

A la mañana siguiente, fuimos al patio, la ropa aún estaba tendida; en el suelo estaba frío y humedecido por el rocío de la noche y el naranjo lucía igual que siempre, sin nada extraño ni especial. Entramos a la casa, tomamos al niño y partimos con Marco a hablar con don Alejandro, aquel anciano que conocía muy bien la historia. Él tenía mucho que explicar y nosotros, mucho que entender.

“La vi”, le dije, mientras cruzaba el umbral de su casa. La voz me temblaba, pero susurré firme: a la “Novia del Naranjo”. Aún sentía mucho miedo, las manos me sudaban frío, pero quería saber la verdad. ¿Qué te parece? - preguntó el anciano, mientras yo, aún consternada, no entendía ni asociaba todo lo que me había sucedido desde mi llegada a la casona. ¿Puede explicarlo, don Alejandro?...ya no quiero seguir viviendo así, afirmé.

En ese momento levantó su mirada y comenzó:

“Hace aproximadamente 50 años, cuando yo aún era joven, trabajé para el dueño de la casona... Allí conocí a doña Matilde, la prometida de don Juan. Hacían una muy bonita pareja: ella era una mujer muy bella y elegante; él, un hombre rudo y déspota, pero estaba muy enamorado de ella. Cuentan que horas antes del matrimonio, don Juan descubrió que su amada Matilde lo engañaba con un peón de la casona, a diario y en secreto en el jardín, bajo una palmera. Por eso, don Juan la envenenó con una copa de vino con la que estaban brindando antes del matrimonio y, sin levantar sospecha, la enterró a los pies del naranjo y fingió que se había marchado.

El poder del dinero escondió ese secreto hasta hoy.

Teodoro, al enterarse de que Matilde se había marchado, se suicidó y fue enterrado bajo la palmera, que había sido testigo silencioso de ese romance.

Se dice que en víspera de luna llena, el peón Teodoro va a la casona en busca de su amada Matilde y ella en noche de luna llena aparece en el naranjo esperando al hombre que tanto amó y con el que no pudo estar”.

Al momento, nos miramos con Marco. Ahora entendíamos todo, los ruidos y secretos procedían del espíritu de Matilde que pedía ayuda para descansar en paz. Ya se había descubierto el secreto.





Esa tarde, empezamos a empacar nuestras cosas. Nos marcharíamos de allí al otro día, la experiencia vivida nos había agotado y sólo queríamos descansar una noche tranquilos.

Antes de marcharnos, presenté la renuncia por radio, tomé al niño, que en ese momento tenía 5 meses, y junto a Marco tomamos un paquete de vela, que encendimos al lado del naranjo en una animita improvisada que hicimos.

Luego, nos despedimos del lugar en donde pasamos momentos bellos, alegres, inolvidables y extraños. Cerramos las puertas y nos subimos al vehículo que nos traería a Parral, a iniciar una nueva vida.

Allí, con llave y encerrado, sigue viviendo el recuerdo y el secreto de la hermosa casona que no tuvo descendientes y que, hasta hoy, sigue clamando justicia.

En la actualidad, el lugar, que antiguamente pertenecía a la posta, está cerrado y solo una pieza es ocupada como sala de computación.

Yo, por mi parte, descifré el secreto que escondía la casona y, mito o realidad, aún se dice que aparece la Novia del Naranjo y el jinete, quienes buscan encontrar sus almas en un frío abrazo.

Hoy, mi hijo tiene 7 años y yo estoy dedicada a mi hogar. A él le estoy traspasando la experiencia más inolvidable de mi vida, un vuelco inesperado que sufrió una historia de amor que aún sigue latente en ese sector rural, y que acontece cada noche de luna llena y tiene por testigos: el silencio, la casona y esos fríos protagonistas, que aún esperan el momento de volverse a reunir.

Actualmente, se dice que la Novia se aparece en el camino principal y acompaña a hombres de a caballo en la llegada a su casa. Si usted quiere vivir esta experiencia, no dude en tomar un bus con destino a "La Sexta" y espere atentamente la aparición de la Novia del Naranjo; le aseguro, se sorprenderá.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL BIOBÍO

PRIMER LUGAR

Guillermo Alfonso Beltrán Vivanco

34 años

Monitor deportivo

Antuco

LA AMBICIÓN DE LA CRUZ DE MAYO

Un atardecer de un frío y lluvioso día de otoño, en un lugar cordillerano del sur de Chile llamado Antuco, Guillermo regresa a su hogar después de una agotadora jornada de clases, cansado por el largo camino que cada día tenía que recorrer para poder ir a estudiar, además de lidiar con un clima realmente lluvioso y frío.

Ese día, corre un viento fuertísimo que cuesta avanzar. El viento lo llaman Puelche en esa zona y cada vez que llega sacude todo a su paso y las casas se tambalean y crujen, sus techos salen volando, cada uno de sus rincones dándose firmeza entre sí, para resistir el famoso viento que en esta zona y hoy especialmente está muy fuerte. Guillermo, tratando de llegar rápido a su casa para no mojarse más de lo que ya está, va corriendo y saltando las pozas de agua, porque empieza a caer la lluvia torrencialmente y con miedo a que el viento saque una lata de un techo, corte un cable del tendido eléctrico o bote un árbol e incluso lo bote a él. Corre hasta llegar a su casa.

Toca la puerta y su hermano menor es el que corre a abrir, ya que es el que está en la casa porque su madre todavía no llega de su trabajo. También está su padre, pero él casi no camina, se la pasa sentado en su silla y de la silla a su cama. El padre tiene 55 años y ya no sale de la casa por sus dolores de espalda, según él por el gran esfuerzo que tuvo que hacer en su niñez que fue dura porque a los 4 años ya andaba trabajando la tierra con su padre. Dice que no lo hacía por obligación, sino que siempre le gustó trabajar, pero con los años se dio cuenta que era mucho el esfuerzo que realizaba para la edad que tenía y por eso el tiempo y el esfuerzo bruto le pasaron la cuenta en su espalda, cayendo en cama ya hace unos años sin poder salir a trabajar. Pero él se las arregla haciendo tallados y artesanías en maderas, que los niños venden en la feria el día domingo, se traslada como puede dentro de la casa, afirmándose en las paredes y en su bastón, su fiel compañero. Si bien, caminar le cuesta mucho, para los cuentos es el mejor y los dos hermanos le escuchan todas y cada una de sus historias que cada día les relata junto al calor del fogón, que con su humo le da un tono especial a las historias narradas. Esa tarde, escuchando la lluvia y el viento azotar las paredes de la casa con mucha fuerza, el padre dice que cuando el clima está así es porque algo va a pasar.



La madre acaba de llegar de su trabajo, pues es ella la que trae el sustento para este hogar y ya está ocupada en preparar la cena y otros quehaceres de la casa. Guillermo y su hermano secan sus ropas, que dejan escapar un vapor que se va impregnando de humo, olor que los acompaña a todos lados. Ellos se calientan y escuchan la historia de esa tarde.

- Un día 2 de mayo, hace ya 60 años, comienza narrando el padre.

- Igual a la fecha de hoy-, interrumpe el niño menor.

- Sí, esta misma fecha- responde el padre y continúa. -En una familia compuesta por un padre muy malo y abusador, que cada vez que quedaba sin trabajo, y esto era muy a menudo porque era un alcohólico, mandaba a los 2 niños que tenía a pedir por las casas para él seguir tomando. Los vecinos conocían a esta familia y claro que les daban algo cada vez que pasaban pidiendo, porque ya todos sabían que al no llevar algo, el padre les golpeaba. La madre también era golpeada cuando este hombre llegaba borracho al hogar.

Fue por esto que ese día el padre tenía pensado mandar a los niños que salieran a pedir cosas para comer y plata por las casas del pueblo con la excusa de la Cruz de Mayo, aunque él no creía en esas cosas y se reía y molestaba a los que años anteriores pasaban por fuera de su casa cantando y llevando la cruz para que alguien les diera algo, pero esta vez se aprovecharía de la situación. Por eso desde hacía una semana que tenía a los niños ensayando cómo debían hacerlo y les enseñaba los cantos que iban a entonar esa noche, que decían así: "aquí anda la Santa Cruz visitando a sus devotos, pidiendo una limosnita y un poquito de mosto si lo tiene, no lo niegue porque le puede hacer un daño por negar una limosna a la Santa Cruz de Mayo, ¡viva la Cruz de Mayo, viva!".

Los niños salieron a las calles del pueblo llevando una cruz hecha de ramas, adornada con un rosario, velas y un saco para echar lo que la gente les diera, cantando las canciones que habían ensayado y que se sabían muy bien. Pasando casa por casa, fueron llenando su saco y les fue tan bien que en un rato ya tenían el saco lleno y regresaron a su casa. El padre, al verlos, se alegró tanto por lo bien que les fue y por lo rápido que regresaron que los mando de vuelta a las calles.

Los niños tomaron sus cosas y se fueron nuevamente cantando y pasando por las casas, en un rato más ya el saco estaba lleno de nuevo y regresaron. Esta vez, el padre no los mandó de vuelta, porque ya la gente estaba acostada, así que los niños comieron porque estaban hambrientos y cansados de tanto cantar y caminar con el saco al hombro. La madre les tenía preparado una rica cena con las cosas que ellos trajeron en el primer viaje. Después de comer, se fueron a acostar y a descansar, porque la ambición del padre era grande y ya tenía pensado mandarlos el día siguiente a los lugares que les faltaba por recorrer.



Llegó la tarde del siguiente día y los niños, ya descansados, salieron con su cruz, sus velas y su canto obligados por el padre. Esta vez, llevaban también una pena, como adivinando que sería una noche que no olvidarían y que marcaría para siempre las vidas de esta familia.

Al salir, empezó a correr el famoso viento llamado Puelche, por lo que esa noche no sería igual que la anterior porque no se escuchaba el canto de estos niños. Pasaban casa por casa y nadie los escuchaba. Caminaron tanto esa noche que pasaron por calles que nunca habían recorrido para poder llevar algo a su hogar, porque sabían que serían castigados si no llenaban el saco, por lo que fueron alejándose cada vez más y el viento los fue guiando por un sendero que ellos no conocían y se perdieron en la oscura noche en un viaje sin retorno y un camino que los llevó adonde nadie más hasta el día de hoy supo de ellos.

El padre y la madre quedaron solos, después de buscar por mucho tiempo algún rastro, rastro que nunca pillaron. Sintiéndose culpables se encerraron en su hogar y nunca más salieron a la calle, por lo que enloquecieron y al poco tiempo murieron. Cuentan que murieron de pena.

Esa noche, Guillermo se acuesta pensando en la historia que el padre les contó y por eso no puede quedarse dormido y mientras trata de dormir escucha el viento y la lluvia caer fuerte en su ventana, cuando de repente no sé si en sueño o despierto ve reflejada una luz en su ventana y al mirar por ésta ve a dos niños llevando una cruz y un saco, cantando y parándose en las puertas de las casas, pero en las casas donde ya están acostados. Es como si no quisieran que les dieran cosas, sólo cantan para encontrar su hogar, porque cada vez que alguien sale a ver quién es, ellos salen corriendo y desaparecen en la oscuridad de la noche, llevados por el viento quién sabe adónde.

Dicen que cada vez en esta fecha pasan por las calles del pueblo, buscando su hogar y a sus padres para entregarle las cosas que han recolectado y al no encontrarlos siguen y seguirán llevando el saco, la cruz y cantando: "aquí anda la Santa Cruz, visitando a sus devotos, pidiendo una limosnita y un poquito de mosto, si lo tiene no lo niegue, pues le puede hacer un daño por negar una limosna a la Santa Cruz de Mayo. ¡Viva la Cruz de Mayo, viva!".



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DEL BIOBÍO

SEGUNDO LUGAR

Tito Eusebio Quezada Cisterna

43 años

Vendedor

Lota

FUERZA DE VOLUNTAD

“Fuerza de voluntad es lo que le falta”, repetía desolada la madre de Juanito cada vez que su hijo llegaba borracho a casa.

Juan Sebastián Ramírez Hidalgo, Juanito para todos, era el hijo único de un matrimonio de campesinos dedicado a la elaboración de quesos, mantequilla y demás subproductos de la leche. El noble y esforzado oficio era herencia de sus ancestros. Los padres de Juanito eran conocidos en toda la provincia de Arauco por la calidad y baratura de sus quesos. Aunque eran dueños de cientos de hectáreas de terreno y de una enorme cantidad de ganado, nunca se creyeron terratenientes; al contrario, siempre fueron personas humildes y sencillas. Se cuenta que para el terremoto de 1939 decidieron repartir sus quesos en forma gratuita entre los vecinos más damnificados. Es que en situaciones extremas como esa, su espíritu solidario se imponía ante cualquier interés monetario. Juan Sebastián Ramírez Hidalgo (así le gustaba que lo llamaran cuando estaba borracho) se sentía orgulloso de tener unos padres como estos. Lástima que ellos no pudieran decir lo mismo del hijo.

Sin embargo, en Juanito no todo era vicio y perdición. Trabajador como él solo, se levantaba con los gallos a ordeñar vacas, desuerar cuajadas, limpiar adoberas, armar zarandas, en fin, a realizar con maestría y diligencia todos los menesteres que el arte de los quesos involucraba. Hasta le sobraba tiempo para construir alambradas, canales de riego y cultivar la tierra. Su imponente contextura física (herencia del padre) avalaba toda esa serie de duras tareas. A decir verdad, Juanito era un huaso de tomo y lomo. “Si tuviera un poco de fuerza de voluntad, todo sería distinto...”, decía la madre al ver al hijo alcohólico en esa actitud tan servicial.

El alcoholismo de Juanito no tenía los ribetes clínicos que esa enfermedad tiene hoy en día. En aquellos años, además de beber en exceso, a los hombres les gustaba divertirse con mujeres, apostar su dinero y meterse en



líos para demostrar su hombría. Todo eso aumentaba su reputación. Juanito, por ejemplo, apenas sabía sumar y restar, pero eso le bastaba para ser uno de los grandes jugadores de brisca de la zona; su ignorancia en muchas otras materias la suplía con su extraordinario dominio del lazo y del caballo. El canto y la guitarra eran otras de sus gracias. La madre siempre lamentó que su hijo nunca haya querido estudiar, a pesar de contar con todas las facilidades para hacerlo. La vida licenciosa de Juanito no era herencia del padre, sino de un tío por línea materna, a quien un día encontraron muerto a orillas de un camino con siete puñaladas en la espalda. La madre, pronta a dar a luz al que fue su único hijo, bautizó al retoño con el nombre de Juan Sebastián, en honor a su hermano asesinado.

“No quiero que un día te pase lo mismo que al Seba”, lloraba la madre cada vez que Juanito llegaba borracho. “Si tanto te gustan las mujeres, debieras casarte y darme nietos para la vejez”, añadía. El padre, hombre introvertido, se hacía el duro ante estas situaciones, pero por dentro igual sufría por su hijo. La escena terminaba con la típica frase maternal: “Hijo, yo sé que todo es fuerza de voluntad y nada más”.

Juanito era el encargado de bajar cada sábado al pueblo a vender los quesos y la mantequilla. Grande era la clientela que tenía y grande también la lista de amigos con los cuales parrandeaba una vez entregada la mercadería. No había cantina o burdel en que no conocieran a Juan Sebastián Ramírez Hidalgo, alias Juanito.

“Mejor, hubieras sido mujer”, le recriminaba la madre al verlo llegar borracho, sin ningún centavo y con los bueyes hambrientos y cansados. “Si tuvieras un poco de fuerza de voluntad, todo sería distinto”, insistía desconsolada.

Esa rutina se prolongó por años, hasta que un día sucedió algo distinto. Era un sábado soleado de diciembre. Juanito acababa de cumplir treinta años el día anterior. Rumbo al pueblo, el hijo pensó por primera vez en los consejos de su madre. “Ya basta de pendejadas, Juan”, se dijo a sí mismo. Preso de una enorme lucidez, pensó en dejar los vicios, casarse, tener hijos, en hacer crecer el negocio de la familia y en muchas otras cosas beneficiosas que hablaban de una total madurez alcanzada. Y así, decidido a cambiar, siguió picaneando los bueyes rumbo al pueblo.

Su prueba de fuego se presentó una vez entregados los quesos y recaudados los dineros del día. Como de costumbre, sus amigos lo esperaban ansiosos a la entrada de la cantina llamada “La Querencia”. Poco antes de llegar al grupo de parroquianos, Juanito dijo entre dientes: “hoy demostraré a mis padres que yo también tengo fuerza de voluntad, que el vicio a mí no me vence y que puedo dejar el trago cuando yo quiera”. Al llegar donde sus compinches, Juanito los sorprendió con un parco y rotundo “hoy no puedo, muchachos, tengo muchas cosas que hacer...”.





Casi sin detenerse, se acomodó su chupalla, picaneó a sus animales y emprendió el retorno a casa. Llenos de asombro, sus amigos vieron cómo Juanito y su carreta se perdían en el horizonte.

A sólo metros de su hogar, el hijo pródigo se sintió satisfecho de haber podido dominarse a sí mismo. “Tiene razón mi vieja, todo es cuestión de tener fuerza de voluntad”, se dijo orgulloso. Tanto subió su autoestima, que llegó a la absurda conclusión de que su temprano regreso a casa constituía toda una proeza y que como tal merecía celebrarse. Y así, razonando de esa forma, amarró los bueyes a un árbol, comprobó cuánto dinero tenía en los bolsillos y volvió al pueblo a brindar con los muchachos.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DEL BIOBÍO

TERCER LUGAR

María Cecilia Marín Muñoz

34 años

Asistente social

Alto Biobío

JUANITO DE LA CORDILLERA

- ¡Por fin!, ¡Aquí van las huellas!...- se dijo en voz alta, sonriendo con orgullo Juanito.

Era pleno invierno, la nieve comenzaba a caer cubriendo silenciosa y lentamente cada lugar de la fría montaña. Juanito continuaba su marcha en ascenso, a pesar del cansancio, porque había sido criado como “baquiano de la montaña”. Lo llevaba en la sangre, su padre y sus hermanos lo eran, siendo crianceros de animales y de ellos había aprendido el oficio, el arte y sus secretos.

Con sus 40 años, su figura era delgada y ágil, típica del hombre de cordillera acostumbrado a las largas y sufridas caminatas, observando la cima y las nubes cada vez más oscuras, aceleraba el paso buscando más rápidamente, antes que la nieve borrara las pistas de sus animales.

Su manta marrón, su gorro de lana, sus medias tejidas a mano y laboreadas, sus ojotas de cuero de chivas y su figura pehuenche, subía aún más entre los bosques de roble, laurel, coigüe y otros árboles autóctonos. Los animales silvestres ni se inmutaban de su presencia, cantaban las aves que anuncian mal tiempo. Juanito tampoco les prestaba atención, acostumbrado y concentrado en encontrar lo más pronto posible los animales.

Su madre, una mujer anciana, lo crió con mucho cariño, aconsejándole diariamente sobre las cosas de la vida. No hizo diferencia en su educación, aunque siempre le albergaba la preocupación de quién se ocuparía de Juanito cuando ella muriera, sabía que él no era como los demás hijos, pues él era más lento, aprendió a andar a los 5 años y cuando lo vinieron a buscar para ir a la escuela las misioneras del sector, les comentaron que Juanito no aprendería mucho, y producto de las burlas de los demás niños lo retiraron del colegio luego de unos años, sin que aprendiera a leer ni escribir. Más tarde, los visitaron unos funcionarios del gobierno que lo pensionaron y con ello Juanito se compraba yerba mate.



Su padre, un sabio y anciano pehuenche, hombre de cordillera, de fuerte estructura, cuidaba del hogar y también compartía la sabiduría, historia y cultura a sus hijos, sentado antes de amanecer junto al fogón, donde tomaba mate amargo y les transmitía los conocimientos a hijos y nietos reunidos en el hogar. Para él, Juanito viviría bien cuando ya no estuviera acompañándolo, porque tendría su montaña, Juan sabía del cuidado que hay que tener frente los diferentes peligros y del gran amor de la madre araucaria que generosamente brindaba el piñón, además de muchos otros ricos alimentos naturales que se recolectaban en diferentes épocas del año.

Juanito seguía con su búsqueda, la nieve ya cubría el suelo y pronto no tendría sentido continuar. El rastro bajaba a la quebrada y decidió encaminarse al riachuelo que estaría transformado en río con las lluvias de este invierno.

De repente, Juanito dejaba asomar su risa de hombre niño en la montaña, la naturaleza era la única testigo de sus conversaciones consigo mismo, observaba tranquilamente y se reía de los pajaritos y de los animales ocultos en sus refugios, que de pronto corrían asustados cuando el peso de la nieve quebraba alguna rama que los protegía. Las huellas casi no se notaban, la nieve empezaba a engrosar y el caminar de Juanito en la bajada era zigzagueante y lento, evitando resbalar y mojarse. De pronto, observó a lo lejos un bulto en la otra orilla del agua, se encaminó rápidamente, jadeando por el esfuerzo.

En la casa, su madre esperaba echando la tortilla al rescoldo con su zuncho de palo, tenía el mate cebado, los piñones cosidos y el "chadico", mezcla de agua y ají, preparado. El padre afilaba el cuchillo con la piedra que compraron a los vendedores el año pasado y esperaba silenciosamente.

Apenas atravesó casi resbalando el puente de tronco y alcanzó el bulto, con su mano escurrió la nieve de encima y descubrió la piel de su chiva plomiza, esa que estaba preñada. Miró y vio más allá otro bulto y luego otro más, era todo su piño. Seguramente, se habían atrevido a cruzar fatalmente el puente del tronco del viejo roble, resbalando y cayendo a las aguas, falleciendo ahogadas y/o por congelamiento. Muchas veces pasa con las chivas, ya que buscan los pastos que lavan las aguas de las corrientes, encontrando la muerte.

Con tristeza, tomó el cuerpo de su chivita muerta y se dirigió a casa. Al llegar, depositó el animal en la entrada, se sacó su pesada y mojada manta, se sacudió la nieve de sus ojotas y medias y entró saludando.

Su madre, después de que Juanito se sentó y recibió el mate caliente, le preguntó:

- ¿Encontraste las chivas hijo?

Juanito asintió con la cabeza, sin soltar el oloroso mate.



- ¿Dónde las encontraste?– preguntó el padre observándolo.

Juanito, terminando de servirse, respondió:

- Estaban a orillas del estero muertas, al otro lado del puente de la quebrada del LLeuque grande.

- Seguramente quisieron comer pasto de la otra orilla, y cayeron por el resbaloso tronco al agua- explicó el viejo.

- Traje mi Ceniza a la casa- comentó Juanito.

- Voy a buscar con la yegua las otras antes que lleguen los perros, descuera tu chiva Juan y déjate el cuero- dijo el viejo padre.

- Está bien- dijo Juanito.

El invierno pasó, Juanito secó su cuero de chiva y desapareció un día, él estaba acostumbrado a salir a visitar la larga y dispersa familia pehuenche, así que no se extrañaron de su ausencia. Pero empezaron a pasar los días y no se tenían noticias de Juan. La madre era la más preocupada, así que luego el hermano mayor partió a buscar noticias de Juanito o de ser posible traerlo de regreso. Un pariente le informó que Juanito estuvo en su casa un par de días, con otros parientes de visita y después otro pariente le dijo que lo había visto acompañando a un grupo que atravesaría la cordillera para intercambiar provisiones. Su hermano lo buscó unos tres días más y después regresó a la casa, esperando que Juanito hubiera regresado.

Juanito aún no llegaba y ya se disponían a salir el padre y otros dos hermanos a caballo, cuando de pronto su delgada figura se distinguió entre los árboles y el filo de la montaña. Juanito, luego de dos meses de ausencia, llegaba tan de improviso como se había ido, con su sonrisa y un atado de leña para el fogón.

Muy tranquilamente saludó, se sentó y pidió mate con tortilla y huevo.

La madre luego de servirle, le preguntó:

- ¿Y dónde has estado hijo? ¡Tanto tiempo sin dar noticias!

- Estaba por ahí- fue la corta respuesta mientras comía rápidamente su tortilla.





Su padre lo recorría con la mirada, de pronto su vista se detuvo en la cintura, había un nuevo cinturón, muy bien hecho de cuero, con hebillas y adornos, y con curiosidad preguntó:

- ¿Y ese cinturón, Juan?

- Me lo regalaron- respondió.

- ¿Quién te lo regaló?- preguntó la madre, mirándolo, y luego agregó: -Está muy bonito.

- Me lo regaló un amigo de allá arriba, me lo regaló para cuidar mis chivas, dijo que me traería suerte- dijo Juan sonriendo, mirando a su padre.

- ¿Ah, sí?- respondió el viejo. Recordó el cuero de la chiva de Juan que murió en el invierno, y se sonrió, Juanito quería ser criancero y aunque había perdido parte del piño en el invierno, el padre ya había recuperado las chivas con las pariciones de primavera. Muy bien Juan, te trajo suerte tu cinturón, podrás elegir un par de chivitas más del nuevo piño.

- Ya- dijo solamente Juanito, se sonrió y se sirvió tranquilamente el mate mirando a su viejo.

Juanito era criancero de chivas y otra vez probaría suerte en el próximo invierno.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

PRIMER LUGAR

Rosa Olvido Jara Pezoa

64 años

Dueña de casa

Curacautín

LOS TRES PELOS DEL DIABLO

Había en un sector rural, un hombre, padre de un hijo nacido con buena estrella por una hechicera, el que, según ella llegaría nada menos que a casarse con la hija del rey, porque este niño había nacido de pie.

Una tarde llegó al campo un extraño personaje, corrió la noticia de su llegada y no tardó en enterarse por las comadres del extraño nacimiento de aquel niño y de las predicciones de la hechicera.

El forastero no era otro sino el mismo rey, que gustaba visitar sus pueblos, y oyó con desagrado la noticia y se dirigió a la casa del niño a ofrecer a los padres una bolsa repleta de oro a cambio de que le confiaran su hijo a su cuidado.

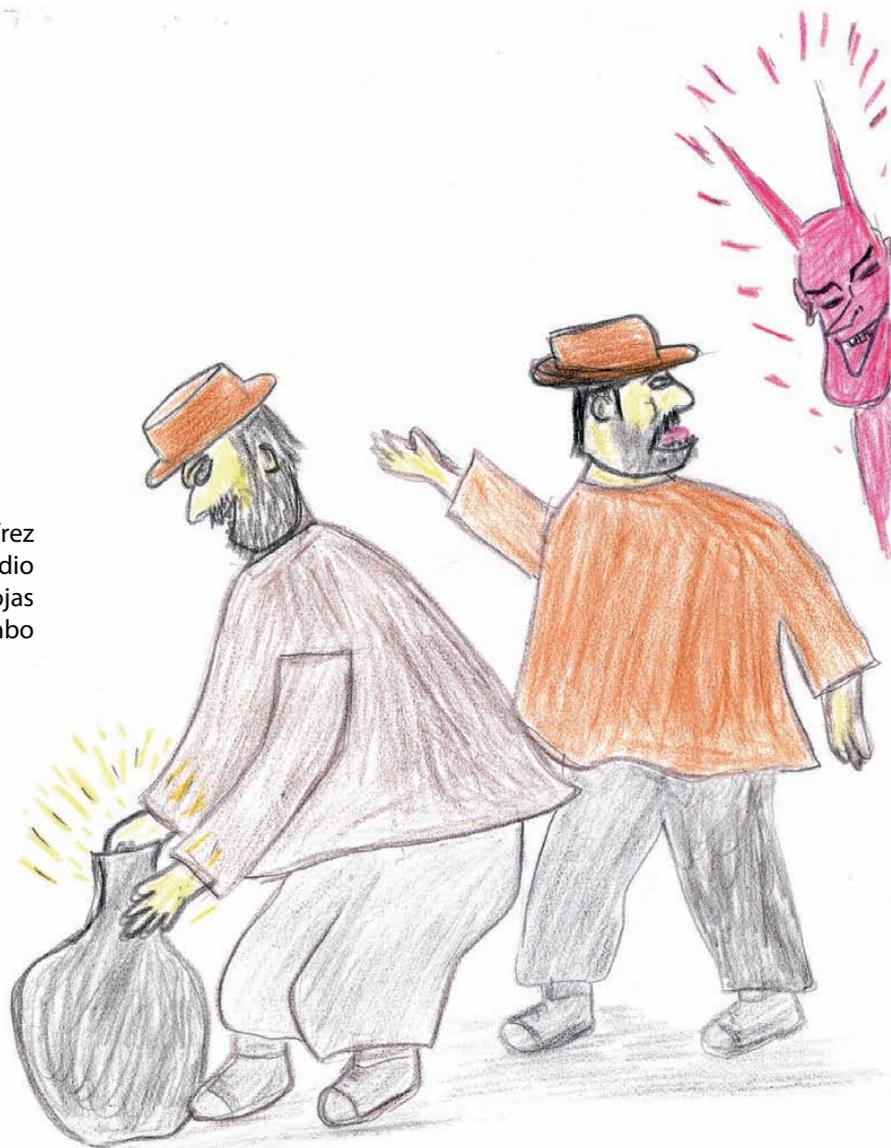
Dame al recién nacido, le decía el rey, yo lo criaré y lo educaré, ya que ustedes son muy pobres. Los padres se negaron y el rey insistió. Los padres le dijeron que el niño había nacido de pie y, por lo tanto, todo le saldrá bien en la vida, pero cedieron. El rey colocó al niño en una caja y lo arrojó al río, pero la caja en vez de irse a fondo empezó a flotar y la corriente la arrastró a un molino. El molinero y su mujer no tenían hijos y trataron muy bien al huerfanito.

Al cabo de algunos años, el rey entró en el molino y le preguntó al molinero si aquel joven tan gallardo y simpático era hijo suyo. No señor, lo encontré años atrás, metido en una caja flotando en el río. El rey recordó que era el niño que había nacido de pie y que él había tirado al río.

Buena gente, dijo el rey, necesito que este joven lleve una carta a la reina. Esa carta decía a la reina que mandase a matar al portador.



Valeska Álvarez Ramírez
14 años / 1° Medio
Liceo Samuel Román Rojas
Combarbalá, Región de Coquimbo





El muchacho llevó la carta a la reina pero se extravió del camino y llegó a un bosque y divisó una casa vieja donde encontró una señora de edad sentada a la orilla del fuego.

Qué viene a buscar aquí, le dijo, la señora. Llevo una carta a la reina, pero me he perdido del camino y si usted me diera permiso para pasar la noche aquí...

Mira, esta es una guarida de ladrones y si te encuentran aquí te matarán. Yo no tengo miedo, dijo el joven, además estoy muy cansado y ya es de noche. Se acostó en un banco y se quedó dormido.

Cuando llegaron los ladrones, la señora les dijo: este muchacho se ha perdido en el bosque y me ha dado mucha lástima, porque lleva una carta a la reina. Los ladrones abrieron la carta y vieron que contenía la orden de dar muerte al portador en cuanto la recibiera.

El capitán la rompió y escribió otra en la que decía a la reina que casara al joven con la princesa cuanto antes.

El joven entregó la carta a la reina y la boda se celebró enseguida. La hija del rey estaba muy contenta, el joven era guapo y muy simpático. Pocos meses después, el rey regresó y vio que se había cumplido la predicción de la hechicera. Lleno de rabia, al darse cuenta que le habían cambiado la carta, le dijo al joven: esto no puede quedar así, anda y tráeme tres pelos de la cabeza del diablo y entonces podrás vivir con la princesa, creyendo el rey que con esa petición no volvería nunca más.

Yo no tengo miedo a nada, le dijo el joven, buscaré los tres palos del diablo, y se puso en camino. Llegó a una ciudad y un centinela le dijo que por qué la fuente del mercado que daba vino se había secado.

A mi regreso se lo diré. Andando, llegó a otra ciudad y el centinela le preguntó por qué el árbol que antes daba manzanas de oro se había secado. El joven le dijo: a la vuelta se lo diré.

Mucho más lejos, llegó a un ancho río que no sabía cómo pasar. Se le acercó un barquero y lo pasó para el otro lado y le preguntó acaso él iba a estar toda la vida en aquel puesto, pues llevaba ya muchos años. Le dijo: espera un poco, a la vuelta te lo diré.

Al otro lado del río, halló la boca del infierno, el diablo no se encontraba, pero sí estaba su ama de llaves.

¿Qué deseas?, le preguntó la humilde vieja. Necesito tres pelos de la cabeza del diablo. Mucho has pedido, dijo la vieja, pero me has agradado mucho y te lo voy a dar. Además, necesito saber tres cosas, le dijo el joven: por qué





una fuente que manaba vino no mana ya, por qué un árbol que daba manzanas de oro se ha secado y por qué un barquero que lleva años nunca ha sido relevado. Tú ahora escucharás lo que diga el diablo cuando le arranque los pelos, y lo convirtió en hormiga y lo ocultó en los pliegues del vestido. Llegó el diablo. Aquí huele a carne humana, dijo el diablo cuando entró en su casa. Tú siempre estás oliendo a carne humana, vamos, siéntate y calla, le dijo la vieja, siéntate para servirte la cena.

En cuanto cenó, el diablo puso la cabeza en las rodillas de la vieja y se quedó dormido y la vieja le arrancó un pelo. ¿Qué haces?, le dijo el diablo. He tenido un mal sueño. ¿Qué has soñado?, le preguntó el diablo, que es muy cariñoso. He soñado con una fuente que manaba vino y se ha secado. Sí, dijo el diablo, hay un sapo debajo de la piedra, si lo matan volverá a dar vino. Volvió a dormirse el diablo y la vieja le sacó el segundo pelo. ¿Qué haces?, le dijo el diablo enojado. Ay, soñaba que un manzano que daba manzanas de oro se ha secado. Sí, dijo el diablo, hay un ratón que le muerde la raíz, si lo matan volverá a dar manzanas de oro. Volvió a dormirse y entonces la vieja le arrancó el tercer pelo. El diablo se despertó gritando, pero ella lo engañó: ah, pero nadie se ve libre de un sueño otra vez que has soñado.

Soñé con un barquero que se queja de que nadie lo reemplaza. Es un tonto, dijo el diablo, no tiene más que poner el remo en la mano al primero que pase y el otro servirá de barquero. Cuando el diablo salió, cogió la vieja la hormiga y volvió al joven su forma humana.

Ahí tienes los tres pelos del diablo y supongo que habrás escuchado bien las respuestas del diablo. No las olvidaré, muchas gracias señora. Se despidió de la vieja, contento de haber tenido tan buena suerte. Al llegar donde estaba el barquero, después de pasarlo al otro lado del río le dijo: al primero que pase ponle el remo en la mano. Llegó a la ciudad donde estaba el árbol que daba manzanas de oro, y le dijo al centinela: mata el ratón que roe las raíces y el árbol dará manzanas. En agradecimiento, le regaló al joven dos asnos cargados de oro. Llegó a la otra ciudad, cuya fuente que daba vino se había secado y le dijo al centinela: debajo de la piedra hay un sapo, mátenlo y volverá a correr vino. El centinela le dio las gracias y le regaló dos asnos cargados de plata.

El joven llegó al palacio real, le entregó los tres pelos del diablo, el rey quedó satisfecho al ver los cuatro asnos cargados de dinero y le dijo: vive con tu esposa hijo mío, pero dime de dónde has sacado tanto dinero. Lo he recogido en un río que he pasado. ¿Podría recoger otro tanto?, le preguntó el rey, y el joven le respondió: mucho más.

El rey avaro se puso en camino. Al llegar al río hizo señas al barquero para que lo pasara, el barquero lo hizo entrar, llegaron al otro lado del río, le puso el remo al rey en la mano y saltó afuera.

El rey quedó de barquero en castigo por su maldad y avaricia, y debe seguir siéndolo todavía.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

SEGUNDO LUGAR

Gloria Lepilaf Ñonque

41 años

Dueña de casa

Lautaro

EL FUNERAL DEL SATA

Empapaó 'e lluvia por juera y empapaó 'e vino por denchro. Así lo enconchraron su' amigo, tendió a la orilla el camino.

Cuentan que había esta'o to'a la noche tomando con el Gilberto y el Felicindo, en casa 'e 'on Nicasio Cansino. Vacieron al meno' chre' garrafa' de a cinco, o quizá má', porque la' copa' ían y venían, así como se llena'an, se vacía'an y toas al liuro, ya que on Nica le da'a cuenta a lo' de güena paga. Por eso, esa noche Saturnino invitó a to'o a compartir una' copita', mienchra que el Segundo, hijo 'el dueño del boliche, hacía aular la'cordeón.

No era ninguna fecha especial, pero el Saturnino hacía un salú' ca'a vé' que el guaina termina'a e' cantare. Y le remoja'a el pescuezo pa' que siguiera entonándose con la' ranchera'.

Yo esta'a senta'o a la última mesa, pero de ahí cacha'a to'o. Y 'oña Peta, la mujer e'on Nicasio, se bailó casi to'o lo' corrió con la clientela 'e su marío.

La noche pasó re rápido y ya casi de amanecía se jueron retirando de a do' o chre', cada quien por su camino. Tamién se jué el "Sata", como le 'icen al Saturnino. Ía tan recurao el hombre, que no se podía ni la' pata'.

Al ochro día, maomeno a la' doce, pasó la comentá que había muerto el Saturnino. Cuando yo llegué a darle el pésame a la viuda, ya esta'a la casa llena'e gente y al fina'o lo tenían recosta'o sobre una tarima, porque 'on Benito (el maestro), toía no hacía la taúl.

Altiro me sentaron a la mesa y me sirvieron cazuela'e chanco y harto trago, y la viuda llo'a esconsolá y to'a la vecinas llo'a'n tamién con ella. Los amigos, en cambio, conta'an chiste'y recorda'an to'a las talla que hacía el Sata.



Eran esos tiempos en que se vela'an lo' finao' por lo meno sus chre días y así jué con el Satita.

Recuerdo qui hubo harta comía, harta lluvia y vino por destajo. Al Gilberto le tocó varias veces hacer su discurseao y aulaba rebonito. Si hasta yo eché a correr algunas lágrimas y eso que soy reharto duro.

Al siguiente día, a mitá'è tarde llegó la taúl. Un par de gruesas taulas, pinta'a con alquitrán negro. Pero algunos mal aulao 'ijeron que había quedao un poco chica y que tuvieron que meter al Sata medio encogío, no sé si eso sería tan así. La cosa jué que lo metieron con un par de pilchas (las mejorcitas) y por lo menos chré botella'se puro tinto, pal güen viaje.

Felicindo, que esta'a medio emparentao con la viuda, organizó un güen entierro, empezando por 'uscar gente p'acer la sepultura y me pidió la paletía a mí ta'en. Por supuesto, yo acepté' de güena gana, era el último fa'or que le haría al güen amigo Sata.

Sata era un güen hombre, que no tenía líos con naide, le gustaba salire a divertirse con su' amigo' y celearar cualquier tontera y era re rajao con lo' trago', tamién un poco mujeriego, yo qué sé, sólo le conocí a la Demetria, su mujer, quien nunca le dio hijos. Algunos 'icen que por eso tomaba tanto el Saturnino.

A la cinco 'e la mañana, salimos con los chuzos y las palas p'acer la sepultura. La espesa lluvia y la ropa'è agua nos dificultaron la tarea. Y los demoramos má' de la cuenta, porque los tomamo' unas güenas botellas, pa'l frío. Pero juimos los primero en almorzare ese día, así se acostumbra en lo' entierro, la mejor atención pa' lo' hoyero'.

Cuando llegó el momento de lle'arse al muerto pa'l cementerio, dispué' de una misa improvisá' por unas vecinas re católicas, me di cuenta que naide sería capá de cargar en guanda con el finao. Esta'amo to'os tan curao, pero se me ocurrió la santa idea de lle'arlo en la carreta. Y así lo hicimos; los cauros má' jovene, enyugaron los güeyes claele y subimos al finao.

Había tanto barro que los güeyes se refala'an a ca'a rato, pero las rue'a'è fierro se queda'an enterra'a. ¡Pucha, que sufrieron los pobre' bruto'!, así y to'ó, logramos avanzar harto, pero a media falda, justo en una güelta, se nos descolgó la carreta. Menos mal que el barro impidió que ésta se nos juera, pero se nos cayó la taúl en pleno barro. ¡Pucha, qué luchamo' por leantarla! Así que nos tocó a to'os cargar a pulso al finao. Teníamo que irlo cambiando a ca'a rato porque harto que pesa'a el diantre, oiga, y eso que era má' o meno delgao. Aunque alguno 'icían que cuando pesa un finao es porque se jué sentío con lo' amigos. La cuestión es que no sa'iamo con quién se jué enojao.

Aún nos queda'a un largo trecho pa' llegar al campo santo, y la lluvia no para'a, así que en cada escanso, reponíamos fuerza con un trago, pero igual terminamos cansao. Y no los quedó otra que ejar al finao encargao o mejor dicho



escondió, a la orilla del monte y decidimos volver a usarlo cuando espejara el tiempo. Pero como aún queda'an sus güenas garrafas de puro tinto y había que devolverle los envases a 'on Nicasio, seguimos tomando. ¡No sé de a'onde salió tanto trago, oiga! Pero despué de chre días, aunque ochro'icen que cuachro, inclusive má, cuando ya no queda'a ni una gota 'e trago y 'on Nicasio no quiso seguire fiando, má' encima lo' couró a lusotro lo que se había tomao el finao el último día questu'ó con vida. Ahí recién lo' acordamo' de ir a 'uscarlo pa' darle por fin su mereció descanso.

Como siempre, no faltó el condena'ó que no le pareciera justo que 'on Nica courara la' garrafa' que le debía el finao. Y quiso arreglare cuenta a punta patá y combo al cualesquiera que se cruzara por delante. Es que tiene re mala curaera el Manuel ¡y es regüeno pa' los combo', el condena'ó! Fue así como se trezó con el Macario, otro diablo, puh oiga. Peliaron parejito. El Clemente se metió pa' separarlo', pero el Macario esta'a ensoberbia'ó. Así que se armó la grande, oiga. Y ahí quedó tendió el pobre hombre, sin resuello. Pensa'amo' que íamo a tenere otro entierro, pa' seguir tomando. Por eso le queó torcía la narí al pobre Mañunguín.

Despué de un rato, los dimo' cuenta questa'a resollando y lo 'ejamo dormire en un rincón y partimos a buscare al finao. Allí esta'a el Satita, aunque no le vimo' la cara, pero to'os ijimos que lo' esta'a esperando re contento.

Cuando llegamos a enterrarlo, los dimos cuenta que la sepultura lo' había quedao mal hecha. Esta'a reconchra chulleca, más chica, se había casi llenao con la tierra suelta y formao chremendo barrial. Había que seguir cavando, pero to'ó se negaron a hacer el tra'ajo sin trago. Obliga'ó on Nicasio a seguir fiandolo' vino, aunque mucho menos que la vé pasá.

El Satita tuvo que seguir esperando, menos mal que ya lo teníamos denchro el cementerio y el tiempo esta'a despejao. Igual pasamo' casi to'el día arreglando la sepultura, hasta que lo' queó güena y enchró bien la taúl con el finao. Güeno, el asunto jué que terminamo re hambríao y eso no es ná, lo peor jue que los habíamo gastao to'a la comía en el funeral. Pero bien valía el sacrificio por nuestro güen amigo.

Toía lo seguimo recordando con cariño. En ca'a descanso que tuvimo en el camino el día el funeral, o sea, esa vez que no lo pudimos enterrare, la gente le prende sus velita y le pí'e un deseo, y el Satita no tarda en concederlo. Y en el monte le le'antaron una animita. Siempre van allí a visitarlo, le conversan y lo tienen al día con las noticia', sobre to'ó con lo que pasa con su viuda. ¡Son harto mal aulao!

Toía se le sigue estrañando hartazo, y qué hacerle puh oiga, así sería su planeta. Por lo mesmo, yo prefiero evitare esos rumbo', porque me gusta recordare con vida al fina'ó.

Yo soy bastante reserva'ó, pero como usté es del pueulo y anda muy bien encorbata'ó y le gusta escrebire estas historia', toy aquí contándole, con una copa a la salud de mi amigo Satita que en pa'escance.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA



TERCER LUGAR
Magaly Ester Ulloa Lara
55 años
Pequeña agricultora
Nueva Toltén



JUAN MAIQUIÁN

En la hermosa comuna de Toltén, camino a Queule, hay un cerro llamado Nigue, el cual se sumerge en el mar y tiene bellas playas por ambos lados. Actualmente, viven algunas familias en el mismo cerro y otras a sus alrededores.

Cuentan los más antiguos que el primer habitante de Nigue fue un lonco llamado Juan Maiquián, de unos cuarenta y cinco años, bajo de porte y de contextura gruesa y ojillos vivaces. Tenía su ruca en la puntilla del cerro, al medio de unos enormes copihuales, que cuando estaban floridos parecía arder la ruca con la puesta de sol, y vivía con sus tres mujeres y una docena de chiquillos.

El cerro le daba chupones, maqui, avellanas, leña y ñocha para hacer canastos.

Al frente, el mar majestuoso, a veces manso como una taza de leche y otras veces rugientes como un león enjaulado ¡desafiante! Y tan generoso a la vez, lo abastecía de toda clase de mariscos y algas en abundancia, eran muy felices.

El mar era todo para ellos, sólo tenían que respetar un día al año, el quince de agosto que, según sus ancestros, era un día fatal, donde la muerte rondaba por todas partes; por lo tanto, no se trabajaba ni se iba a pescar, así que había que obedecer, si no podía pasar una desgracia.

Pero un quince de agosto, don Juan emborrachado de tanto tomar licor de maqui (sus mujeres en tiempo del maqui lo machacaban y extraían su dulce jugo, lo guardaban en calabazas huecas y lo dejaban fermentar, quedando una exquisita bebida), quiso torcerle la mano a la muerte. Era menguante y la baja estaba re buena, y aprovechando que las mujeres habían subido a la parte más alta del cerro a dar gracias a su dios Antu, Juan tomó su güillar, se lo echó al hombro y bajó hasta la ensenada de piedras bajas que estaba frente a su ruca. Los mariscos se veían en lo



seco, había pasado como media hora que él estaba ahí, cuando sintió un grito de una de sus mujeres, la más joven que lo llamaba de la bajadita del cerro.

- Juan, Juaaaaaaaaannn...

Se enderezó para volverse, pero no pudo, sus pies estaban tan pesados como una piedra, quiso gritar y en su garganta se atravesó una fría roca y no pudo, pensó en el castigo de los espíritus, pero ya era demasiado tarde, en un abrir y cerrar de ojos todo su cuerpo se convirtió en piedra, incluso el güilar que tenía colgado al hombro. Después llegaron las otras dos mujeres y las tres miraban atónitas, era tarde y Juan seguía ahí como estatua, el agua poco a poco lo empezaba a cubrir, las olas porfiadas le rodeaban, jugueteando por su cara y espalda, y en susurros le decían burlonas:

- Esto te paso por porfiado.

Al otro día, en la hora de la baja, ellas fueron a ver, pero sólo había una piedra en forma de hombre, en su cara se reflejaba el espanto y la pena, sus pasos allí dormidos para siempre y su alma atrapada en ese cuerpo frío y tosco, golpeado incesantemente por el mar en una condena eterna.

Ellas comprendieron que Juan había sufrido el castigo de los espíritus, nada pudieron hacer, el miedo se apoderó de ellas, tomaron a sus hijos y sus pocas pertenencias, se marcharon a sus respectivas comunidades, dejando atrás a su querido Juan, vuelto piedra para siempre.

Cuentan los lugareños, que el mar le cortó la cabeza, pero el resto del cuerpo sigue allí. Algunos fueron con herramientas, quisieron sacar la piedra, pero no pudieron, porque al meterle la garrocha, ésta sangra. También cuentan que en las noches de temporal se siente gritar:

- Perdónenme, perdónenme.

Desde ese día, todos respetan el quince de agosto, no salen de sus casas, porque tienen temor que les pase lo mismo que a Juan Maiquián, que se volvió piedra.

Si algún día visita esta playa lo encontrará ahí, esperando que los espíritus se apiaden de su alma y lo dejen descansar en paz.

De esta manera será recordado de generación en generación.

Vocabulario:

Güilar: Morral confeccionado de ñocha.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE LOS RÍOS

PRIMER LUGAR

Camilo Henríquez González

72 años

Profesor

Valdivia

MALACHAMPA

Al principio, Malachampa nos causaba temor. Su ropaje raído, su manta escueta y oscura, su pelo largo, su único ojo vivo, penetrante, nos causaba recelo. Malachampa hablaba poco. Más bien lo observaba todo, con su ojo de estilete frío. Llegó a la choza del palero una tarde, casi entrada la noche, cuando recién se iniciaba la primera ronda de mates.

Saludó con desgano y se sentó en el banco de tablones cubiertos por un cuero de cordero, sin quitarse el sombrero.

-¿Un "ronquito", gancho?, ofreció el dueño de casa, iniciando la ronda de "biencebados".

Esa noche fue rutinaria. Mate y mate. Poca charla. Alguna canción entonada apenas. Otros mates... Malachampa sólo observaba y mateaba.

Después de esa noche, no volvimos a ver a Malachampa por mucho tiempo. Ya casi nos habíamos olvidado de él.

Una mañana, apareció de nuevo en el fundo. Nos llamó la atención su chispa y locuacidad.

- ¡Güenos días, gancho!-, saludó contento. -Aquí me tienen de nuevo.

Siempre la misma ropa, el mismo sombrero, la misma manta. Contrastaba su singular indumentaria con una linda guitarra que sostenía en una de sus manos.

- ¿Qué le parece la "cogote e yegua", gancho?



- ¡Muy buena!

- Pégueme una templaíta, gancho-. Y alargó la guitarra de color rojizo, barnizada, con clavijas de madera y cuerdas metálicas. Livianita...

Nos sentamos bajo el aroma. Tocamos algunos corridos, vales antiguos y algunos inicios de tango.

¡Cómo le chispeaba el ojo a Malachampa!

Lanzaba sonoras carcajadas y movía la cabeza, sin decir nada. Sacó de un bolsillo una estropeada cajetilla de cigarrillos marca "43" y los ofreció a los circunstantes. Sacó enseguida una bolsa de cuero café muy gastada y mostrándola nos decía:

- Yo no fumo. Yo rumio... rumio como un animal-. Y sacando una buena cantidad de tabaco, se lo llevó a la boca y empezó a masticarlo con sus gruesos y amarillentos dientes.

En ese ambiente y circunstancias nos relataba historias increíbles, en donde siempre él era el protagonista principal, de las cuales siempre salía airoso dando a su contrincante lecciones de coraje, astucia y buenos modales.

Y ante la admiración de nuestros gestos nos decía:

- No se equivoque, gancho! Debajo una "mala champa" se oculta un buen pescao-. Con lo de la mala champa aludía, sin duda, a su pobre vestimenta, y el buen pescao era él, en persona.

De allí el nombre con que lo bautizamos, pues nunca supimos el verdadero.

Entre relato y relato permanecía en silencio, siempre masticando. Cambiaba de tanto en tanto la bola de tabaco de un lado a otro y despedía gruesos escupitajos de color café oscuro. Luego, se acomodaba la manta sobre los hombros e iniciaba un nuevo relato que comenzaba siempre con la introducción de "me acuerdo una vez...".

- ¿Y usted, no se interesa en la guitarra, gancho?, me dijo un día. Era un día gris.

- No sé, pos. Tendría que hablar con mi mamá.

Malachampa conversó largo rato con mi madre. Yo los veía desde lejos, nervioso. Iban y venían. Movían casi graciosamente los brazos, se quedaban en silencio... hasta que llegaron a acuerdo. Mi madre le entregó unos





billetes y monedas, un par de zapatos de mi padre en regular estado, una mancornina de gallinas y una pava.

Malachampa nos dejó la guitarra; ávido puso las aves en el saco y dando un cuchillazo abrió unos espacios para sacar las cabezas de éstas. Y se marchó casi sin despedirse.

Nunca olvidé a este buen amigo, por quien sentía especial estima y admiración. Su guitarra fue mi primera guitarra.

Por aquel tiempo y para el “Día del Scout” los colegios visitaban hogares de menores, asilo de ancianos, la cárcel pública...

El Director nos llamó y nos dijo:

- Jóvenes, este año nos toca visitar la cárcel, así es que deben preparar algunos números artísticos y scoutivos.

Fue la primera vez que entré a un recinto carcelario. Una gran cantidad de reclusos, de pie, en medio del patio de tierra, columna ondulante y silenciosa, se movía como una masa informe.

El Director del colegio habló a los reclusos, les presentó nuestros saludos juveniles y les deseó que solucionaran sus problemas.

Luego, dentro del programa, nuestro grupo de scouts salió al escenario improvisado sobre tabloncitos. Un canto casi tímido emergió en el penal. Nuestra voz fue adquiriendo espacio en el alma de aquellos reclusos que nos miraban absortos.

*“Floridos están los espinos,
amarillando ya están
donde el huaso y su china
se ponen a enamorar”...*

Mientras Víctor Ainol tocaba la introducción para la segunda parte de la tonada, yo lancé mi mirada sobre el grupo de reclusos. Me sobresalté al divisar a Malachampa que me miraba con expectación a través de su único ojo.

¿Por qué estaría allí? ¿Qué le habría pasado a él que tenía tanto coraje, astucia y buenos modales? ¿Acaso una falla en su astucia, coraje...? ¿Qué pensaba al ver a su amigo joven, casi un niño, que le cantaba acompañado de la que



fuera su guitarra, en el Día del Scout: "floridos están los espinos...?"

Terminado el acto, los reos volvieron con lentitud a sus aposentos. Los miré a todos, tratando de ver de nuevo a Malachampa, pero se perdió en el denso grupo.

El Director nos agradeció, nos regaló un helado y nos despidió.

Volví al campo con mi guitarra bajo el brazo, que parecía pesar más. Algo de mi infancia se quebró en ese encuentro lejano y silencioso con mi amigo Malachampa.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE LOS RÍOS

SEGUNDO LUGAR

Juan Eduardo Salazar Acevedo

29 años

Comerciante

Valdivia

EL MISTERIO DE LAS GALLINAS:
UN REY, EL LEÓN Y EL ORTIGA

A primera hora y antes de tomar el desayuno salimos con mi abuela al patio. Ella me hacía sentir seguro; cada vez que la miraba me encontraba con sus ojos, me observaba de vuelta casi inconscientemente con una sonrisa sobre sus labios, como siuviésemos una sintonía particular que superaba las palabras. Yo era un adolescente en aquel tiempo, y aunque ayudaba de vez en cuando en los trabajos de la casa, mis abuelos aún me acompañaban en las tareas de la parcela, como si de alguna manera se negaran a dejar una tarea por completo delegada al menor de la familia.

Cuando llegamos hasta el gallinero, un montón de plumas nos delató un alboroto que había sucedido la noche anterior, las gallinas se mantenían en un rincón y en vez de acercarse en busca de alimento se mantenían agazapadas; alborotadas por nuestra presencia. Mi abuela se agachó lentamente sobre sus rodillas, con mucho esfuerzo tomó algunas de las plumas y observó hacia los animales agazapados en el rincón. Levantó su dedo lentamente y comenzó a apuntar a cada una de las aves, mientras susurraba números para sí misma.

- Faltan dos-, dijo en voz baja mientras se levantaba.

Nos dirigimos de inmediato al taller de mi abuelo, quien martillaba con fuerza los últimos detalles de una repisa para poner sus herramientas y mi abuela se preocupó de contarle los detalles. Por mi parte, sólo observaba cómo miraban alrededor y se rascaban la cabeza en señal de incógnita, mis pensamientos adolescentes divagaban alrededor de las noticias de “el Chupacabras”, que habían rodeado la televisión los últimos días.



En ese momento, el “Káiser”, el perro de la casa (bautizado por mi abuela en alusión al rey de sus partidos de carioca), se acercó a ellos con la cola entre las piernas y la mirada baja. Parecía que sus ojos irradiaban culpa, su hocico estaba cubierto de un líquido rojo que parecía muy espeso a primera vista y un par de pelillos de pluma terminaban por adornar parte de su pelaje.

- ¡Káiser! ¡Perro cochino!-, gritó mi abuela con fuerza.

La cabeza del perro se agachó y retrocedió un par de pasos, comenzó entonces a apoyarse sobre sus patas delanteras, alternándolas de derecha y la izquierda, llevando la cabeza de un lado a otro, demostrando una inquietud poco usual en él.

- ¿Qué pasa Káiser?-, dijo mi abuelo con tranquilidad mientras se agachaba para acariciar al can.

Káiser me observó de reojo por encima del hombro de mi abuelo, con dificultad se liberó de los brazos del Tata alejándose un par de pasos, luego arqueó su cuerpo quedando de punta hacia los gallineros y ladró con fuerza.

Mis abuelos se miraron y como una sola fuerza en sintonía caminaron hacia el gallinero. Káiser seguía avanzando y de vez en cuando miraba hacia atrás emitiendo ladridos. Cuando llegamos cerca del gallinero, el perro comenzó a ladrar frenéticamente hacia el entretecho. Una de las gallinas estaba sobre el suelo y yacía sin vida, rodeada de manchas de sangre y montones de plumas.

Entonces, un ruido se escuchó desde las rendijas sobre el gallinero, mi abuelo cerró los puños instintivamente y mi abuela observó el agujero que se adentraba en esta tierra de nadie. De pronto, una silueta oscura comenzó a emerger desde la penumbra, las blancas plumas delataban el segundo cuerpo perdido, la sangre caía entre ellas y detrás de esta horripilante escena, unos ojos grandes e inhumanos sobresalían de las sombras. Me dio un escalofrío que recorrió mi espalda y “el Chupacabras” retornó con fuerza a mi cabeza provocándome un espasmo que hizo temblar mis manos. En aquel momento, sentí que esas historias que no me dejaban dormir y que me dificultaban salir al patio de noche, se hacían realidad justo frente a mis ojos.

Recogí casi instintivamente un palo del suelo, los ojos brillantes se acercaban cada vez más, y cuando estuve a punto de dilucidar esa forma satánica que se nos aproximaba, la criatura saltó como una sombra fugaz por sobre nuestras cabezas, aterrizando sobre sus patas delanteras y observándonos con furia desde el piso.

-¡León, devuelve ese pollo!-. La voz de mi abuela se hacía presente nuevamente, mientras el gato de la casa la observaba apretando aún más el trozo de gallina que llevaba en sus fauces.





Mis brazos se relajaron y observé cómo mi abuelo se acercaba en vano al pequeño felino para arrebatarse su presa. El gato, en respuesta, salió corriendo a través del patio, siendo perseguido por Káiser, quien no dio tregua al ladrón de gallinas. Nos quedamos viendo un rato cómo ambos animales se peleaban entre sí, gruñéndose unos a otros y corriendo a través del patio, como los dibujos animados de los sábados por la mañana.

Nos proponíamos volver al taller de mi abuelo, pero cuando pasamos por el gallinero observé que las aves estaban ahora en el rincón opuesto del corral, toqué el brazo de mi abuela en ese momento y sin emitir una palabra ésta se lo hizo saber a mi abuelo poniendo la mano sobre su hombro. El Tata se dio la vuelta, y retirando un azadón que se apoyaba sobre una de las rejas se adentró en el gallinero. Con el pomo de la herramienta golpeó con fuerza el techo, el polvo cayó sobre sus hombros y las débiles vigas se doblaron cada vez más. En la medida que sus embistes se volvían más fuertes, el corral crujía y se mecía con más fuerza. De pronto, con un estruendo el techo cedió, las maderas roídas se astillaron por completo y una nube de polvo inundó el lugar casi un segundo después que un bulto negro cayera desde el techo.

De entre la nube de polvo, emergió una figura humanoide de textura arrugada, el barro que caía desde sus hombros se mezclaba con el guano de las aves del corral que ahora pululaban por todo el lugar. Las gallinas saltaban y repartían plumas alrededor del extraño ser, nublando aún más la visión sobre el intruso.

La figura comenzó a levantarse con dificultad, sus pies tambalearon y el cuerpo debilitado por la caída cayó de bruces sobre los pies de mi abuelo. Su cabeza se levantó y una mirada de profundas ojeras observó desde el piso al viejo, que no le quitaba ojo de encima mientras blandía fuertemente su azadón.

- ¡No me mate, don Francisco!-, repetía el individuo mientras tomaba sus piernas con ambas manos.

A estas alturas y con mayor claridad nos dimos cuenta que se trataba del "Ortiga", quien se había ganado su nombre por andar siempre descalzo, por lo que no le afectaban ni las espinas ni los arbustos más irritantes del terreno, un trabajador que ayudaba en casa en época de las siembras y de cosecha. Su pierna estaba herida, de dos agujeros muy cercanos a la altura de su pantorrilla emanaba sangre, por lo que concluimos después que fue Káiser el que sorprendió primero a quien fuese el ladrón original del gallinero. Herido por la mordida, no tendría posibilidades de salir por el agujero que hizo en la reja y mucho menos caminar hasta los cercos para perderse en la noche, menos aún con el perro esperándole fuera del gallinero.

Mi abuelo botó el azadón al suelo, y con fuerza tomó al "Ortiga" del brazo y lo subió de un solo movimiento hasta quedar ambos frente a frente, los pies del pobre hombre apenas tocaban el piso, como si la vida se le hubiese arrancado de sus extremidades, probablemente paralizado de miedo de lo que mi abuelo pudiese hacer con él.



-Vamos a tomar desayuno-, dijo mi abuelo mientras apoyaba al trabajador sobre su hombro.

El "Ortiga" le observó con asombro mientras mi abuela acompañaba a ambos delante de mí. Cuando llegamos a la casa, mi abuela tardó un par de minutos y nos sirvió un gran desayuno con huevos frescos y pan amasado. El "Ortiga" nos explicó que sus siembras no le habían dado buenos frutos y que sin trabajo su familia pasaba por un mal momento, su esposa esperaba un nuevo bebé y la desesperación de no tener nada para poner sobre la mesa lo arrojó al gallinero esa noche. Mi abuelo observaba en silencio, su mirada parecía analizar cada palabra y movimiento que el "Ortiga" realizaba mientras se explayaba en su relato. Cuando el desayuno hubo terminado, mi abuela se acercó al trabajador obsequiándole un par de gallinas, unos huevos y unas tortillas en una bolsa de género. Mi abuelo, por su parte, le entregó una botella de metapío colorado, unas vendas y poniéndole una mano sobre su hombro le dijo:

- Esto es para tu herida. Mañana te quiero a primera hora para que arreglemos el gallinero y desmalecemos los bordes de la acequia, dale mis cariños a tu señora.

En el rostro del hombre se dibujó una sonrisa y mientras se alejaba camino a la puerta que daba al antejardín, nos saludó haciendo un ademán con la cabeza. Al verlo alejarse hacia la salida, observé que mi abuela ponía su brazo alrededor de mi abuelo, acariciándole suavemente la espalda, en señal de apoyo.

Por mi parte, observé al "Ortiga" con desconfianza durante mucho tiempo. Sin embargo, poco a poco, me fui dando cuenta del fuerte impacto que la decisión de mi abuelo hizo en su vida, y para cuando me fui de casa, alrededor de los veinte años, el Aldo (antiguamente conocido como el "Ortiga"), se encargaba de todo lo que acontecía en la comunidad, organizando los sindicatos, ayudando a las diversas familias con sus problemas y visitando a mis abuelos todas las semanas, como si fuese un miembro más de la familia... Y todo por un par de gallinas.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE LOS RÍOS

TERCER LUGAR

Ingrid Lorena Lobos Inzunza

26 años

Profesora de Lenguaje y Comunicación

Valdivia

EL LANCHERO DEL LAGO DE LA NOCHE ESPANTOSA

La noche parecía tragarse el Ranco, mientras un céfiro frío y sorpresivamente desmedido azotaba cada vez con mayor fuerza la cara del lanchero, como empujándolo hacia su desgracia.

– Es mejor que regresemos mijita, ya empezó este viento de mierda- vociferó el viejo, mientras en el asiento la única pasajera retenía el grito provocado por sus contracciones.

– No me diga eso, don Ernesto- le suplicó la joven. -¡No ve que estoy sola en casa y me siento mal!

– Bueno, ¿y su marido?

– El Juan me dijo que se iba a volver esta tarde de La Unión, pero no llegó.

– Por la chita, el huevón irresponsable. Apuesto que partió de nuevo para Valdivia a tomar, de seguro- le dijo el hombre molesto por la situación de desamparo en que se encontraba la humilde mujer.

– No, si anda trabajando. Fue a vender dos corderitos que le encargaron.

– Usted, Carmencita, que no se canse de defender a ese borracho. Dónde se ha visto que un buen marido deje sola a su mujer a punto de parir y con dos chiquillos. Al menos le habrá dejado algo de plata.

– Sí, me dejó dos mil pesos para que le encargara a la señora Clemencia alguna cosita que necesitara del otro lado.



- ¿Y ese acaso no sabe lo cara que están las cosas que le deja unas cuantas chauchas?

- Es que no pudo dejarme más que eso- trataba de explicarle la joven con una voz extenuada.

La situación, desde que nació el José, se ha puesto cada vez más difícil. Hay veces en que no me queda otra alternativa que mandar los niños unos días donde mi hermana para que puedan comer.

- Mi mamá cuando estaba viva siempre decía: "donde se llena la guata uno almuerzan siete". A nosotros jamás nos faltó el pan sobre la mesa. La vieja se las rebuscaba con mi padre para que todos los días fuéramos a la escuela desayunados y volviéramos a cenar en la tarde- le comentó el hombre orgulloso a la mujer y luego continuó. -El problema en su casa es que el Juan descansa en usted y todas las veces se manda a cambiar y no le deja nada en la despensa.

- Lo sé, don Ernesto, pero el Juan no es el de antes. Desde que supo que iba a encargar una niña mujer cambió del cielo a la tierra. Si ni siquiera sé por qué no habrá llegado.

- Es que usted sabe que no se puede cruzar cuando empieza la brisa a ponerse diabla- le dijo el hombre con la intención de apaciguar los ánimos, ya que la discusión mezclada con la helada de la noche aparentemente estaba debilitándolos a ambos. -¡Será mejor que se cubra con ese chal que está cerca de sus pies!

La estrepitosa nave dejaba entender que no aguantaría mucho si comenzaba a nortear con más vivacidad, pero el hombre, encomendándose a Dios, decidió ayudar a la joven madre y continuar su ruta, pese a la solapada actitud de las olas. En sus tripas se dejaba sentir el leve cosquilleo que provoca el apetito, mientras sus manos encrespadas por la artrosis le indicaban que ya faltaba poco para jubilarse. A lo lejos divisaba los pechos montañoses que se erguían sobre la costa y que le señalaban que todavía quedaba al menos una media hora de navegación. De reojo miraba a su pasajera, una especie de hija adoptiva y vecina del lugar, a la cual desde niña protegió de los maltratos de un progenitor alcohólico y que ahora sufría en manos de un hombre mucho peor del que fuera su difunto padre. La mujer, en tanto, se lamentaba de su infortunio con un lloriqueo casi imperceptible, mientras sujetaba su vientre con ambas manos, anhelando la cómoda cama de la sala común del hospital de Futrono, una hermosa ciudad cuya gente vive aún de la actividad agrícola y ganadera. Era ya casi la una de la madrugada, cuando la lancha arribó sin problemas al embarcadero.

- Hasta aquí la dejo- habló el hombre somnoliento. -Voy a ver si pillo un auto para que la acompañe hasta la guardia.

- No sé como agradecerle, don Ernesto, por todo lo que ha hecho por mí. Usted y la señora Marta han sido como unos verdaderos padres- le dijo la joven, mientras en sus ojos brotaban unas agudas lágrimas de gratitud. Siempre





acompañándome en lo que más se pueda. Me apena haberlo defraudado, cuando me enojé con usted porque no quería que me juntara con el Juan.

– Así es el amor, hija, cuando les pica el bichito ni a Dios escuchan. Pero yo me siento orgulloso de que sea una mujer de casa, trabajadora y me conformo con que saque adelante a los niños-hablaba el viejo mientras abrazaba a la mujer. -Cuídeme a la niña no más, no le quite los ojos de encima, no se la vayan a robar, porque de seguro va a salir tan linda como usted.

Mientras Carmen abordaba el radiotaxi que buscó para ella el viejo lanchero, éste atizaba el viento con la mano, despidiéndose de la joven que se desdibujaba en el cristal del parabrisas posterior. Las luces del cielo le infundían un ligero coraje para retornar a Illahuapi por el lago que a medida que se adentraba en sus aguas lo vestía de una tenebrosa garúa. Eran pasadas las dos de la madrugada, cuando el motor dejó de sonar a unos cuantos kilómetros del atracadero del cual partiera por primera vez, quedando a la deriva en medio de una alborotada corriente que amenazaba con devorarlo junto a su lancha en cualquier momento. Había empezado a nortear con furia sólo hace un par de minutos y de nada le sirvió apresurarse en volver. Trató infructuosamente de equilibrar la pequeña embarcación, pero ésta terminó volcando con la tercera marejada, arrojándolo a las aguas sin piedad alguna. Años atrás se encontró en una situación similar, cuando con el flaco Esteban quisieron probar un bote nuevo pese a las advertencias de los guardacostas. Ahí no tuvo otra alternativa que nadar casi quinientos metros hasta llegar a Isla Huapi. Pero ahora, él reconocía que tenía limitaciones, ya no era aquel muchacho de veinte años como antaño, bordeaba los sesenta y con una clara lista de enfermedades crónicas en tratamiento.

– Debo estar a kilómetro y medio- se decía, mientras miraba con rabia cómo había perdido su única fuente de ingreso mensual. -Mejor será que me ponga a nadar, si me quedo aquí la cosa se va a poner peor en menos de una hora.

Comenzó a nadar con todas sus fuerzas, braceando y mortificándose al pensar que debería ganarle la batalla a la próxima ola. Una y otra vez puso a prueba su suerte, la edad, una artrosis, aquella hipertensión que lo agitaba y esa diabetes que lo hacía insulino dependiente. Si bien no era más que un átomo en el infinito, la proeza de cruzar parte del Rancho a sus años lo contentaba profundamente. Motivando a gritos sus brazos y piernas para seguir adelante, en un instante llegó a sentirse nuevamente como el tiburón Marabolí, nombre que le puso la gente de la trilla cuando se apuró por socorrer al Mario Huentelaf, quien golpeándose borracho en una esquina del muelle, cayó al agua inconciente. Mientras recordaba, la nocturna serenata siniestra que le dedicaba el viento apenas le permitió sentir la voz de su amigo y de la Marta que venían a su encuentro.

– Ernesto, hombre, sube rápido- le pidió el flaco Esteban con voz socarrona. -Yo sabía que te iba a encontrar huinca regalón.



– Apúrate en subirme no más- le habló feliz el viejo, ansiando estrechar a los dos ocupantes. -Por Dios que les eché de menos.

– En la casa están todos preocupados- dijo la Marta a su esposo con lágrimas en los ojos. -Ahora volvamos para atender a este hombre que está entumido.

Ya en su dormitorio, el viejo miraba las viejas vigas de madera que sostenían su cabaña, las cortinas chinescas, la mesa de diario y el catre que lo esperaba para su descanso. Aunque no quería imaginar lo que pudo haberle pasado, era inevitable para él no hacer una reflexión sobre la muerte, pero bien sabía que no había mucho tiempo para pensar: mañana tendría que salir temprano a cortar leña, a vender su último ternero, a cosechar papas u ofrecer leche en el pueblo para cumplir con la familia y aminorar en algo aquella pobreza en germen.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS
REGIÓN DE LOS LAGOS

PRIMER LUGAR

Ana Isabel Carrasco Guzmán

37 años

Labores de campo

Río Negro

LA PEOR CARA DE LA NOCHE

Era una de esas noches noches, sin estrellas, sin luna que saliera a su trajinar ni que asome pa' alumbrar, nada más que todo eso era una inmensidad enorme de pura tranquilidad.

Estaba yo entonces, un hombre chico, pero todo un hombre ya, en la casa allá del fondo del campo donde me tocaba ir a cuidar de vez en cuando, y llevaba como tres semanas ahí y ya me quería volver para acá, pa' la Casa Grande. Me dio la tincá y partí esa misma noche, confiado en lo que yo creía que era una virtud mía, una buena vista como de gato para la oscuridad.

Le dí paso y tranco para recorrer los dos kilómetros distantes para llegar. Todo andaba bien, atravesando los montes, ni una hoja se movía, cómo sería que hasta las ranas estaban tan calladas que parecían que esperaban no más ver lo que iba a pasar...

Entonces, cuando más confiado iba... sucedió. ¿Qué cosa? De golpe y porrazo choqué con algo... o alguien. Me pareció que se me venía encima algo gigante, pero no sé, al querer dar otro tranco, nada, no pude avanzar más, eso no me dejaba y al estirar los brazos y las manos para tantear... ahí mismito no más que me asusté. Lo que toqué era algo como redondo y resbaloso, que hizo que me recorriera un escalofrío en todo el cuerpo. Me quede parao' como estacao'.

¿Con qué cosa había chocado'? No me explicaba, no entendía nada y del puro miedo que me había entrao' ya no podía dar otro paso más.

Al tocar con mis manos lo sentí calentito, cómo podía ser con el frío que hacía. La cosa está viva, pensé, pero no se movía para nada, pero cómo, si además temblaba (y yo también). Todo esto delante de mí, bañado en sudor



estaba a esas horas y aún así, mis manos como por sí solas se movieron una pa' un lado y la otra pa'l otro lado... Era suave y seguía para arriba, parecía no terminar nunca. Así también, al bajar los brazos, agarré en una mano y en la otra algo parecido a unas barbas muy largas que no terminaban para abajo.

Era "la figura", me dije. No sabía qué hacer, estaba jugando conmigo pará' ahí, al frente mío, o me pilló para joderme esa noche. ¿Cómo no me atacaba, entonces? Le gustaba verme sufrir... ¿verme? Pero ¿dónde estaban los ojos, dónde la boca? Esto no tiene forma. Quería salir arrancando, pero... ¿y si le salía un brazo de alguna parte y me apretaba y...? Ahí fue cuando me pareció que abrió la boca, porque me echó un aliento tan malo que me revolvió el estómago, y enseguida me tiró al suelo de un chicotazo, como de esos que le daban a uno los viejos de antes. Casi me muero ahí mismo, no sé cómo aguanté y todavía, al pasar, pasé a tantear otras partes como con vueltas y tumultos que llegaban hasta la misma tierra.

¡Cómo nadie aparece a esas horas, digo yo! Y quién me iba a escuchar, también, si yo estaba atragantado, no podía gritar siquiera. Ahora sé, por qué no había luna esa noche, si para eso estaba mi cara blanca como ella misma. Esta figura podía hacer conmigo lo que quería, ¿qué esperaba? Porque no habla, si parece que no tenía ni respiración. Por qué no me mata, no me come ya de una vez, pensé cuando sentí que mis piernas entraron como en una cueva... Estaba entregado, nada más podía hacer.

Pero entonces, en ese momento se decidió a hablar, oí un ruido extraño... ¿extraño?... Yo conocía eso, sí eso era... ¡Oh! ja, ja, ¡Oh! ja, ja... ¡Alma, vuelve a tu cuerpo! Sí... ella misma, nada más y nada menos que la Doralinda, sí la dorada y linda de mi yegua. La muy condenada, ahora entendí, parada (seguro como duermen los caballos, parados) mostrándome su peor cara, atacando por la retaguardia, como se dice... ja, ja, ahí estaba yo, tanteando sus contorneadas nalgas, sin darme cuenta.

Me paré al tiro al lado de ella y me descansé sobre su lomo, como si me hubiesen sacado un toro de encima. Ella volteó su cabeza, tocó mi hombro, como diciéndome "menos mal que yo no reconozco por vista". ¡Ah! de la patada que me salvé. ¡Uf! por fin, respiré fuerte y aliviado.

Le hice cariño y pesqué mi rumbo al tiro, porque parece que se estaba inquietando ya de tanto tanteo. No supe cómo llegué a la Casa Grande, lo único que esperaba era que ni mi sombra me hubiera visto en este chasco tan grande que había pasao'.

Pero ahora se los cuento para que estén prevenidos y no sean tan creídos, para evitarse este chasco no se olviden de andar trayendo la botella con la velita prendía' para darle claridad a su camino. Porque manera de taimarse la cabeza como esta no hay, y para eso, entonces, cuando la noche parece caer sobre la mente no hay que olvidarse de buscar la luz de arriba, la divina digo yo, para darle claridad a esa oscuridad también.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LOS LAGOS

SEGUNDO LUGAR

Gloria Cristina Paredes Cárcamo

39 años

Profesora de Educación Básica

Puerto Montt

LA TÍA MENA

- Después de almuerzo, iremos a visitar a la comadre Mena, hace tiempo que no la veo. Seguramente, ha estado paseando donde las otras comadres y a mí me dejó comprometida para visitarla cuando vinieras tú de vacaciones.

Lo que mi abuela no sabía es que no me agradaba mucho la tía Mena, tenía la costumbre de peinarse con las manos continuamente, deshacía y volvía a enredar su pelo en una larga trenza negra, tenía un diente suelto que hacía bailar cada vez que hablaba; además, la encontraba muy copuchenta, porque a la casa que llegaba comentaba de sus visitas anteriores a otras familias y hacía correr rumores que muchas veces resultaban poco veraces, ya que ella arreglaba sus relatos de tal manera que se guardaba detalles importantes, según su conveniencia.

Salimos con el sol en la frente, con tres mallas en las manos cargadas de verduras y frutas de regalo. Mi abuela llevó su manto negro para protegerse del frío de la noche. Debido a la tormenta que nos dejó con varios días sin luz, se agotaron las pilas para las linternas, por lo que mi abuelo confeccionó un farol con un tarro de café vacío y media vela pegada en el centro del cilindro. Ya estábamos en la tranquera, cuando mi abuela recordó que debía llevar su bastón de coligüe. Con ese objeto, apoya el peso de su cuerpo para descansar. Volví corriendo a buscarlo en la mampara y nos fuimos caminando tranquilamente. Cada cierto tiempo, encontraba una pequeña piedra que me servía de balón de fútbol para incrustarla en algún matorral, convirtiendo el ¡gol! que mi abuela aplaudía riéndose.

Saltamos varios cercos de alambre de púas. En uno de ellos, casi pierdo mi pantalón, y mi abuela gozaba con cada intento mío por saltar aquellas vallas como se hace en el atletismo, pero caía al otro lado bastante adolorido.



De pronto, nos encontramos con la espesura del bosque y nos internamos en el monte. Mi abuela iba haciendo a un lado los arbustos, seguimos un angosto camino que nos llevó a un riachuelo y para poder cruzarlo, tuvimos que pasar por un puente hecho de troncos.

Al otro lado del riachuelo, en la falda de una pequeña colina, se encontraba la casa de tía Mena. El Fiel, su perro, salió a nuestro encuentro y con sus ladridos dio aviso a su dueña que venían llegando visitas.

- ¡Por Dios, comadre! Qué gusto de verla, pasen, tomen asiento, descansen.

- ¡Ay, comadre! Ya no estoy para estos trotes.

Mi abuela acomodó la silla para estirar sus piernas. Continuaron su amena conversación y yo me dediqué a jugar con el Fiel, bajando y subiendo la colina, hicimos varias carreras, pero en ninguna me ganó, porque soy el campeón, en todo soy campeón, hasta en comer. Cuando me llamaron para tomar once tenía tanta hambre que comí todas las tortillas calientes que hizo la tía Mena.

Comenzó a caer la tarde y emprendimos nuestro regreso, ya se habían confesado las comadres de sus secretos y de los ajenos también; habían recordado antiguas confesiones, que nunca está de más traerlas al presente para comparar si las predicciones hechas en su momento fueron acertadas o no, y si no es así volver a elaborar otras mejores. De todas maneras es el tiempo el que manda y en nuestro caso teníamos por lo menos una hora de viaje, y yo temía que mi abuela no hubiera recuperado bien sus fuerzas.

En medio del monte escuchaba el chucao que nos gritaba cada cierto trayecto: ¡apúrense! ¡apúrense! Eso me ponía más nervioso, ya no se veían bien los cercos ni los alambrados, sólo las ramas de los árboles que se azotaban y hacían ruidos extraños para mí, pero mi abuela me tranquilizaba explicándome cada sonido: ese es el viento que silba, esa debe ser alguna vaca perdida en el monte, esos luceros, en medio del camino, es una liebre atemorizada por nuestra presencia... y el chucao nos dice que nos apuremos.

Mi abuela me sorprendió advirtiéndome en voz baja, y tomándome del brazo me acercó a su cuerpo: ¡ch, ch, ch! ese puede ser el puma, no hagas ruido. Seguimos caminando sigilosamente, y cuando salimos del monte lancé un suspiro tan grande como para que mi corazón volviera a tener su ritmo normal. Mi abuela se mostraba firme, pero ella igual hizo lo mismo; me miró tiernamente deslizándose debajo de su manto. Acurrucado en su regazo, podía mirar muy poco, porque en su mano derecha llevaba el farol encendido, y gracias a eso y a la luz de la luna pudimos llegar a casa.





Mi abuela me acuesta en la cama después de hacerme la señal de la cruz en la frente, y me quedo pensando que es mi última noche en casa de mis abuelos. Mañana regreso a Puerto Montt.

Para quien no haya contemplado la noche sin estrellas y prenderse en esa inmensidad aplastante pegando pequeñas luciérnagas de luz, no habrá visto nunca sucumbir la noche; el alba se asoma detrás de los volcanes, llevo horas mirando el comienzo del día. La noche pasa muy rápido, igual que mis vacaciones. Ahora debo levantarme para preparar mis cosas, me llevo los regalos de mi abuela: ciruelas, manzanas, cerezas, repollos, papas, etc. Y un montón de aventuras.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE LOS LAGOS

TERCER LUGAR

Edith Mansilla M.

58 años

Isla de Llingua, Chiloé

ASÍ, VIVÍ, YO EL TERREMOTO DE 1960

Era un día domingo 22 de mayo, a las dos y media de la tarde. Salía de mi casa con destino a la capilla de la isla de Llingua para asistir al catecismo. En esa fecha, yo tenía 9 años de edad, también iba con mi hermana mayor, ella se llamaba María Estela. En esos momentos, íbamos saliendo de la altura de un camino, cuando se vio venir del lado norte una cerrazón como neblina y mucha oscuridad, y sin alcanzar de hablar, comenzó a temblar. En pocos segundos, era más y más fuerte hasta formar grandes olas en la tierra, olas como en el mar. Y empezó a abrirse la tierra, mi hermana mayor lloraba y rezaba mucho, pero creo que nadie en ese momento terminaría de rezar una oración.

Yo era niña, pero yo había leído un diario antiguo que hablaba de un terremoto que azotó la ciudad de Valdivia y fue tan fuerte que se había tragado varias casas cuando se abrió la tierra.

Y cuando mi hermana lloraba yo le decía que ya había oído hablar de terremotos y así fue que el terremoto llegó como a 9 a 12 grados, según decían los más antiguos.

En esos momentos, se oían fuertes ruidos que jamás se habían escuchado, también se oían gritos de personas, llantos de niños y veíamos la tierra cómo se derrumbaba y repartía cayendo hacia el mar, formando islotes y oscureciendo todo de humo a causa de tanto deslizamiento de tierras. Después, llegaron las grandes marejadas de las olas en el mar, fuertes retumbos se escuchaban y no se sabía de dónde salían, pero me parece que era cuando las olas del mar golpeaban en la tierra y ahí se formaba ese enorme estampido, que en ese momento parecía una guerra. Porque los derrumbes de tierra parecían grandes barcos, formando pelotones de humo en su alrededor.

Los árboles se golpeaban unos a otros y los animales corrían despavoridos para todos lados, y los pájaros gritaban en el aire todos asustados. Total, que ese momento yo jamás lo compararía con alguna cosa, fue algo muy fuerte para los que vivimos en esa época.



Pero como en los campos las casas todas son construidas con fuertes maderas y clavos y muchas de ellas con tarugos de madera, esa fue su salvación; de lo contrario, habrían caído todas al suelo. Solamente cayeron como 3 viviendas.

El mar en ese momento quedó en el mismo nivel al que llegó la alta marejada, empezando a bajar de a poco 3 meses después, pero después del terremoto siguió temblando despacio durante todo el año, algunos de mayor intensidad que otros.

A mí, el terremoto me dejó algo marcado para toda la vida, porque a mi hermano mayor, llamado Moisés, le tocó vivirlo en la cordillera. Andaba de pesca de róbalo, porque en esa época tenían que ir hasta la cordillera a buscarlo, y justo ese día domingo 22 era el día en que ellos zarpaban desde allá con destino para sus casas con su cargamento de pescado.

Y nosotros, toda la familia, en ese día temprano ya nos estábamos reuniendo para encontrar a los pescadores, pero resulta que ellos ya no vinieron en ese día ni al otro, y así pasaron 8 días sin saber de ellos y de mucha preocupación para la familia, porque todos pensábamos que les había pasado algo malo, porque a la hora del terremoto, 3 de la tarde, ellos tenían que venir navegando en la mitad. Así lo describían los otros pescadores que conocían la navegación y el largo trecho de la cordillera a la isla, que según la navegación y el tiempo, el viaje podía demorar entre 2 a 3 días.

Así pasó el tiempo y ya iban 8 días y no se sabía nada de ellos después del terremoto, cuando ya iban a salir a buscarlos, porque en esa época no existía la radio ni ningún medio de comunicación. Las embarcaciones a motor eran tan pocas que la isla contaba con una sola lancha a motor, que era del profesor "Alejandro" Fuentes. Justo ese día, el profesor preparaba su lancha para salir en busca de los pescadores, cuando un caballero que vivía en lo más alto de la isla divisó los 3 botes pescadores, y fue tanta su alegría que se puso a gritar y a llamar a la familia que ya venían los botes. Mi mamá salió corriendo de su casa para cruzar la isla y llegar al puerto donde iban a llegar los pescadores. Mi mamita corrió tanto que yo no podía alcanzarla, corría y lloraba de alegría, porque iba llegando su hijo Moisés. Así fue que ella fue la primera en encontrar a su hijo y yo a mi hermanito que tanto esperábamos. Todas las familias encontraron a sus maridos, hermanos e hijos con mucha alegría, porque habían llegado sanos y salvos. Ellos también venían muy preocupados, porque pensaron que en la isla no había quedado nada, porque en la cordillera se sintió también muy fuerte. Total que fue un encuentro de mucha emoción para las familias. En ese tiempo, toda la gente estaba en campamento en lo más alto de la isla, donde se vivió durante 3 meses, todo en común. Las comidas y las camas eran todo en común y allí se rezaba toda la noche y se soportaban fuertes temblores, pero ya no duraban tanto. Esa vida en común duró 3 a 6 meses para la totalidad de la gente: así viví yo el terremoto de 1960.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE AYSÉN

PRIMER LUGAR

Víctor Alex Oyarzo Vega

32 años

Ingeniero

Coyhaique

RÍO ABAJO

Desde hacía tres semanas, estaba arranchado cerca de la desembocadura del arroyo Sin nombre, apremiado por la falta de trabajo. Se vio obligado a aceptar instalarse en medio de la selva a fines de agosto, cuando aún no empezaba el deshielo, a sacar seiscientos postes de ciprés de dos metros y medio para reponer algunos pilares podridos de las “calles” de Tortel.

Los postes, los estaba cortando en un mallín pantanoso, a media hora de camino desde su campamento. Cuando acumulaba una buena cantidad de ellos, comenzaba a llevarlos al hombro hasta la orilla del río, sólo le faltaban ciento setenta y cinco, y habría completado la cantidad pactada. El bote vendría a recogerlos dentro de una semana, estaba a tiempo.

Al atardecer de aquel día inusualmente caluroso en aquellos territorios, llegó al campamento antecedido por su perro, única compañía que toleraba en el trabajo, y sintió en el rostro una brisa tibia que descendía desde las cumbres cercanas. Momentos después, mientras encendía el fuego, comenzó a llover como si el cielo se fuese a venir abajo. Mientras saboreaba un plato de sopa, bajo los palos partidos a la mitad y colocados uno al lado del otro y que hacían las veces de cobertizo, pensó que ojalá escampara pronto para terminar aquel trato, salir de aquellas tierras tan frías, cobrar y largarse a buscar trabajo a otro lugar.

Luego de escuchar unos mejicanos en su radio a pilas, la que compró con su primer sueldo hacía ya más de diez años, se tendió sobre los cueros tapándose con la manta que siempre llevaba consigo. Antes de dormir, miró hacia fuera por sobre el bulto de su perro echado en la entrada, seguía lloviendo copiosamente.



Salió del sueño de golpe, se vio arrojado a un torrente de agua barrosa, troncos y ramas, se aferró a uno de aquellos árboles, tratando de mantener la cabeza fuera del agua en la oscuridad, y pudo percibir que la lluvia no amainaba. Aquella agua negra corría furiosa, levantándolo junto con el tronco al cual se asía, y lo arrojó contra una gran roca que estaba, la reconoció al amanecer, muy cerca del río. Al estrellarse, sintió el duro contacto de la mole rocosa contra su costado izquierdo y luego el golpe de la madera mojada, que recibió de lleno en el pecho. Con su brazo derecho manoteó en la oscuridad, buscando algo de qué agarrarse para no ser arrastrado hasta el río por la corriente lodosa, sus dedos se encontraron con una rama, la tensó, estaba firme, y con mucho dolor en su brazo izquierdo avanzó aferrado a ella hasta que pudo encaramarse entre ganchos más grandes y perdió el conocimiento.

Despertó con el sol ya alto, estaba de bruces sobre una rama a unos dos metros del suelo cubierto de lodo. El arroyo recobraba el caudal del día anterior, aunque aún el agua estaba teñida de barro. Al tratar de moverse, sintió un dolor agudo en su brazo izquierdo y otro no menos intenso a la altura de las costillas, le costaba trabajo respirar. Más que bajar de donde estaba, se desplomó, dando un grito de dolor, y se retorció sobre el barro arcilloso para luego levantarse lentamente y comenzar a caminar con las rodillas casi golpeándole la cara, veinte tortuosos metros y llegar al lugar donde antes estuvo su campamento. Sólo encontró restos de la crecida, no había rastro de su rancho, los víveres e incluso su perro habían desaparecido. Trató de llamarlo, pero no pudo silbar; cada vez que respiraba, el dolor se agudizaba, a ratos escupía sangre, debía tener alguna costilla rota presionándole el pulmón. Descubrió cuidadosamente su brazo izquierdo, tenía una profunda herida desde el hombro hasta el codo, apenas podía mover los dedos de la mano. Se sentó en un árbol caído, tenía que salir como fuera de ahí, pensó, nadie vendría por él hasta dentro de una semana y no tenía qué comer. Recordó que junto al hacha, escondida en un tronco hueco, cerca de donde cortaba los postes, tenía una bolsa con algo de charqui de yegua, la yerba, el mate y un lazo trenzado. Si quería sobrevivir tenía que conseguir aquellas cosas, especialmente el hacha y el lazo para construirse una balsa con los postes ya acumulados cerca del río.

Calculó que entre ir y venir tardó unas tres horas. Las reiteradas caídas le habían herido las rodillas y arañado el rostro. Llegó cerca de la ruma de postes, dejó caer las cosas, se tendió en el suelo, estimó que le restaban unas cuatro horas y medias de luz y continuó de espaldas viendo llover ralito sobre su rostro.

Al incorporarse, observó con ojos afebrados al río Baker convertido en una planicie verdosa, salpicada de remolinos y borbotones, el nivel de sus aguas debía estar unos dos metros por sobre el nivel habitual. Comenzó lentamente a labrar una hendidura a unos veinte centímetros de cada extremo de los quince postes que luego lió con el lazo cortado a la mitad. Trabajó sin prisa, el río tenía que volver a su cauce normal antes de arriesgarse a probar la balsa, hizo fuego, mateó y comió un poco de charqui; luego se tendió, acurrucándose, cerca de la balsa y durmió, sobresaltado cada cierto rato por cortos embates de tos sanguinolenta.



Con las primeras luces logró, esforzándose hasta dónde sus fuerzas en fuga se lo permitían, arrastrar la balsa hasta el río, que había bajado más de un metro durante la noche. Cargó sus cosas y una larga quila, no podía esperar, de nuevo su brazo roto comenzaba a sangrar profusamente. Se tendió de bruces sobre los postes mal amarrados, con uno de sus pies en tierra impulsó el maderamen, despegándolo de la orilla y esperó que la corriente lo arrastrase.

Pesadamente, la balsa comenzó dar a giros a un lado y otro, se estaba moviendo, no pudo tomar la caña para gobernarla, volvió a toser sangre, la paladeó, agridulce, mezclada con la lluvia, tendido de espaldas. Pensó que alguien lo encontraría río abajo. En el fondo de sus pupilas se situó la oscuridad y perdió el conocimiento.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE AYSÉN

SEGUNDO LUGAR

Isidoro Alberto Castilla Ortiz

48 años

Ferretero

Cisnes

MAL HÁBITO

En una tibia mañana del mes de abril, Militón navegaba con una mezcla de placer y nerviosismo. Luego de un poco más de un mes “en faena de pesca”, deseaba ir a la ciudad a disfrutar del producto de su trabajo, lo que incluía pagar deudas en casas comerciales y diversos trámites, amén de las gratas visitas a parientes y amigos.

El mar lucía hermoso y calmo, como “una taza de leche”, expresión popular que graficaba una quietud absoluta. Como un espejo, reflejaba con total nitidez el cielo celeste, las crestas blancas de las cordilleras que en el continente se asomaban sobre el verde de los bosques y, finalmente, esa faja grisácea que separaba los contornos de las islas con el mar.

Tanta paz sería perfecta si no fuera por el sonido del “tucu tucu” (nombre desdeñoso con que se conocían los motores Koller, por su ruidoso andar) lo que, por cierto, lo mantenía atento a la ruta. Esa atención fue lo que lo llevó a fijarse en unas manchas color naranja y verde que asomaban sobre el agua y se hacían más nítidas en la medida que avanzaba. Como pescador espinelero, no necesitaba mucha instrucción para darse cuenta que se trataba de banderolas que señalaban con precisión dónde estaban los espineles (material de pesca que el pescador artesanal deja en el mar en forma vertical con anzuelos encarnados para ser “levantado a las horas o al otro día”), los que por los colores, su dueño podía identificar y ubicar a lo lejos.

Una fatídica idea, muy ajena a su personalidad, se cruzó en su mente: la posibilidad de izar uno de esos espineles y llevar merluzas frescas para agraciarse a sus más cercanos. Con esa idea cautiva, oteando hacia los cuatro puntos cardinales para no ser visto por su posible propietario, se dispuso a la faena de recolectar el producto del afán ajeno. El provecho de esta faena... ¡¡7 merluzas de promedio 6 kilos cada una!!!! Nada mal para tan poca inversión. Luego continuó satisfecho su viaje.



Desde Casma, isla en la desembocadura del fiordo de Aysén hasta el puerto del mismo nombre, eran 9 horas de viaje, como mínimo, en condiciones óptimas de tiempo.

Entrada la noche, traspuso la barra y continuó por el río cuidadosamente, porque a pesar de ser un buen navegante los últimos temporales arrastraban muchos palos y árboles muertos, los que cada tanto asomaban sus lomos como animales marinos imaginarios que podían causar gran daño al chocar con el casco de la embarcación.

Por fin, primero un gran reflejo en el firmamento y, luego, las luces de la ciudad de Puerto Aysén.

Luego de fondear cuidadosamente su embarcación, caminó hasta lo de su tío Manuel a conseguir una carretilla para trasladar sus cosas, no sin antes pasar por donde su abuela Rosa a dejarle unas merlucitas, las que fueron recibidas con gran alegría por una señora grande y llena de ánimo, referente y muy respetada por su antigüedad en el barrio. Continuó así hasta saludar a todos sus parientes, quienes -como familia antigua del lugar- se habían ubicado todos muy cerca de los abuelos.

Los días pasaron rápidamente y pronto se encontró de nuevo en “la pega”. El invierno se acercaba rápidamente, añadiendo una cuota de riesgo al trabajo, porque a pesar de ser un pescador “independiente”, en realidad dependía de muchos factores (poder comprador, normativas, clima, empeño y una cuota de suerte). Aun así, Militón sentía un goce que rozaba con el masoquismo, salir de madrugada con una renovada ilusión de que ese día sería una gran pesca y poder salir de todos los “encalilles”.

Pasó mayo y los primeros días de junio prometían, estaba saliendo generosa pesca y el precio era bueno. Fue ese factor lo que animó a Militón a levantares de madrugada y sin mirar mayormente el cielo subió lleno de ilusión al bote, dirigiendo su rumbo a la lancha compradora. Solicitó carnada y combustible y con el sabor aún tibio de los últimos mates, se adentró al mar.

Pescaba solo, sin socio como era costumbre y muy necesario. Era una decisión personal, no estaba dispuesto a compartir un tercio del producto de su trabajo con un socio que no aportara capital ni arriesgara nada de lo que con tanto sacrificio había logrado tener. “Las medias para los pies”, solía decir.

Ese día, a las 10 de la mañana, tenía todo su material en el agua. Acto seguido, se acercó a una orilla dispuesto a prepararse una “choca”.

Un sorpresivo viento ahogó las primeras llamas que con tanto esmero había hecho, miró el cielo y vio unas nubes oscuras que corrían velozmente. ¡Mala señal!, suspendió la idea y corrió a su embarcación, al mismo tiempo que





las primeras olas chasqueaban en las rocas. De un salto estaba arriba del bote, corrió por la borda, levantó su ancla y, posteriormente, puso la "piola" en el volante del motor y tiró fuerte. El motor partió "al toque", porque cada pescador sabe el "chire" (maña) de su motor, y éste en caliente partía al primer "guaracazo" (tirón).

La idea era rescatar todo su material antes que el sorpresivo temporal los arrastrara lejos o, lo que es peor, se perdieran. Con cada ola, el bote levantaba la proa varios metros dejándola caer pesadamente con gran estruendo. Un fuerte chubasco lo empapó de agua; impotente y entumido hasta los huesos, entendió que bajo esas circunstancias sería imposible rescatar su material y decidió "arrancar" hasta el campamento.

Cada ola significaba un nuevo desafío a vencer, las horas pasaban sin poder tener clara conciencia de ello, hasta que el motor empezó a dar pequeñas explosiones, lo que significaba el agotamiento del combustible. Este nuevo infortunio significaba una tarea riesgosa, pero... en fin, no había alternativa. Tratando de mantenerse en pie, paró el motor y luego trabó el timón, tomó el bidón de combustible, luego lo conectó al estanque del motor y sopló con todas sus fuerzas. Afanado en esta tarea, no pudo evitar que la embarcación se atravesara. ¡¡¡Una nueva desgracia!!! Antes que pudiera encauzar el bote, una ola crestuda y alborotada rompió sobre la misma inundándola completamente. Militón perdió el equilibrio, cayendo, con suerte, dentro de la pequeña nave. De sopetón, se reincorporó y corrió a rescatar un balde viejo y, sin tiempo para pensar, empezó a sacar agua. Si en principio la idea era rescatar su material; luego, era sólo salvar su embarcación, ahora se conformaba con su vida.

No supo de miedo, frío o agotamiento, sólo necesitaba recuperar la flotabilidad de su embarcación. Tan absorto en esta magna tarea estaba, que no se dio cuenta que el temporal tan sorpresivamente como vino se fue. ¡Cómo si hubiera cumplido su propósito! Esta tregua le permitió hacer mantenimiento al motor y tomar nuevamente el rumbo al puerto.

Bien entrada la noche, Militón llegó al campamento. Con gran dificultad fondeó su bote, con una sensación de extrema debilidad y tembloroso, trabado de frío se dirigió a su rancho.

Una vez ahí, ya con ropa seca y al calor de unos "verdes" (no carabineros, es una forma popular de referirse a la infusión llamada mate), trataba de encontrar una explicación a tanta derrota... pero el cansancio lo venció y se fue a dormir.

Días más tarde, decidió regresar a la ciudad. Tenía que comprar todo el material perdido y ¡¡ah!! si veía algún espinel perdido no se tentaría. Tarde había comprendido lo mal que paga tener... un mal hábito.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE AYSÉN

TERCER LUGAR

Rodrigo Omar Álvarez Cuevas

50 años

Trabajador independiente

Coyhaique

AL LÍMITE

Como siempre, mi amigo Humberto tuvo la mejor disposición para ayudarme y viajó a mi campo a prestarme ayuda una vez que se enteró, a través de Hilda, que había quedado sin movilización pues se había roto el radiador de mi Toyota.

El día sábado, invité a Humberto a buscar una senda que había sido usada por los pioneros de la región y que no se encontraría a más de un par de horas de la casa. Decidí subir el primer cerro en línea recta en dirección al río Cisnes, de manera tal, que en algún punto interceptara la mentada senda, situación que nunca se dio. Sin embargo, ya en la cima y con la determinación de aprovechar la oportunidad para mostrar lo lindo de los lugares que se encuentran en el campo, opté por avanzar unos minutos hacia el este por la cumbre de ese cordón montañoso.

Nos detuvimos a comer unas manzanas que llevaba mi amigo en su mochila, y aproveché de preguntarle qué otra exquisitez estaba a nuestra disposición: contábamos con una barra de chocolate y tres Negritas.

Una vez que terminamos de comer nuestras respectivas manzanas, me pareció prudente emprender el retorno, pues se veía avanzar las nubes con rapidez e Hilda me había anticipado por radio el día anterior que se descompondría el tiempo y no contábamos con ropa para siquiera aguantar un chubasco. Nos reincorporamos y tomé rumbo hacia la casa. Cada cierto tramo, acostumbro dejar alguna señal en algún tronco de manera que sirva de alguna ayuda, a la usanza patagónica.

Fui criado en el campo desde los 7 meses y tengo un sentido de la ubicación que me ha dado la tranquilidad para emprender excursiones de pesca a remotos lugares, y la experiencia de haber subido cordilleras en la zona central en compañía de mi abuelo, quien era un baqueano de cordilleras que se esforzó en enseñarme a ubicarme entre montañas.



Al poco andar, me percaté de que habíamos dado una vuelta en círculo, justamente a través de las marcas que iba dejando, como así también reconocí las “macheteadas” que dejaba al irme abriendo camino entre la tupición de quilas y arbustos que obstaculizaban el avance. Le comenté a mi amigo, quién corroboró lo ocurrido e hizo un comentario que fue muy real y preocupante... el círculo dado no tenía un diámetro superior a los 10 metros. Hicimos esfuerzos por tratar de ubicarnos a través de algún punto de referencia, pero ya se había “cerrado” y las nubes no nos permitían ver otros cerros que nos ayudasen a determinar nuestra posición y/u orientación. La hora pasaba, en el bosque se oscurece más temprano, no lograba oír el ruido del río Cisnes, no había viento suficiente que me pudiera dar alguna pista. En algún momento, decidimos emprender un rumbo y mantenerlo de manera de interceptar algún punto, sector o accidente geográfico que nos pudiera dar alguna señal de nuestra ubicación. El bosque en esta zona es de un espesura sin igual, los árboles de una altura tan grande que no permiten mirar, a veces, siquiera el cielo. Cerca de las 4 de la tarde, sentimos el rugir del río; a esas alturas, nuestra única señal pues, insisto, los cerros no se veían. Mi percepción era que habíamos caminado hacia el oeste durante unas 3 horas, por lo tanto, si bajábamos hacia el río estaríamos a salvo, pues yo conocía una senda que lo iba costearo y nos dejaba cerca de un camino. Me llamó la atención, mientras bajábamos, que la pendiente era muy grande, nos “descolgábamos”, nos teníamos que dejar caer de un barranco a otro, los árboles eran coigües y no mañíos. Sin embargo, tenía la esperanza de que al acercarme a la costa todo calzara, aparecieran los mañíos y que aquello extraño que estaba atravesando fuese producto de que, sencillamente, no lo hubiese transitado con anterioridad pues, efectivamente, no conozco ni podría conocer cada rincón de mi campo.

Con un esfuerzo enorme y alto riesgo, llegamos a la ribera del río. Estábamos atrapados entre el río y murallones de roca a nuestras espaldas. Una suerte de mezcla entre desesperación y susto me invadió, cuando me logré percatar de que estábamos a los pies del Picacho y que habíamos caminado, luego de nuestra merienda, en dirección opuesta a la pensada durante toda la tarde.

Humberto me propuso buscar una salida y nos encaramamos en unas rocas a orillas del río, buscando una mejor perspectiva para apreciar el murallón que se elevaba a nuestras espaldas. Esto no hizo más que transformar la mezcla ya descrita en angustia... para donde miráramos había murallones de roca de más de trescientos metros de altura... Avanzamos, costearo esas rocas unas dos horas más, con el río a unos 100 ó 150 metros en línea casi recta hacia abajo. La lluvia y el frío se venían a pasos agigantados, ni las piernas ni los brazos respondían. Le sugerí a Humberto comenzar a construir una suerte de choza que nos diera algo de abrigo y nos protegiera de la lluvia en el pequeño espacio que nos daba un deslizamiento de capa vegetal que se detuvo por la interposición de un coigüe, no más de un metro cuadrado. Cortamos quilas para fabricar la cama que nos mantuviese lo más alejados posible de la humedad y dejamos las restantes para taparnos, pues nos pilló la noche y el proyecto de choza no fue más que eso, cuando en medio de la oscuridad a mi amigo se le cayó el machete y lo sentimos golpear en las rocas varios metros abajo.



A las 6 de la tarde ya estaba oscuro, la humedad era tal que me confundía con que fuese transpiración incesante, producto del esfuerzo. La noche se avizoraba como muy larga y de pronóstico reservado en atención a la lluvia que se vendría, el frío, la precariedad de nuestras ropas y la inconclusa choza que, para ser más precisos, no eran más que unas cuantas ramas de quilas puestas sobre nuestras piernas... Nos quedaba todo el torso descubierto.

Mi amigo había llevado un buzo que gentilmente compartió conmigo, una pierna para cada uno, juntar los cuerpos y tratar de darnos abrigo el uno al otro.

¿Qué hora es, compadre?, consulté. Después de lo que me pareció una eternidad... Las 7 de la tarde compadre, fue la respuesta.... ¡¡¡Putas, no tener un cigarrito!!!, comenté, lo que causó risa a mi amigo... ¿Iremos a morir, compadre?... ¡¡No, compañero!!, mañana "la hacemos". Planifiquemos, compadre... ¡¡Cómo lo vamos a hacer para salir de ésta!!...

La noche era eterna, los calambres a ambos nos dejaron claro que el tiempo pasa muy rápido y los 50 se mostraban con toda su crudeza. Un calambre tras otro no hacían más que agregar incertidumbre al resultado de nuestra labor para el día siguiente... Conversamos de todo un poco... ¡¡¡Disculpe el mariconeo, compadre, pero me tengo que pegar harto a Ud.!!! ¡¡Póngale no más, compadre!!... A las 3 de la mañana, la pesadilla alcanzó uno de sus momentos más álgidos... Comenzó a llover... ¡¡Compañero, APRIETE QUE VA LA MARCA!! le dije... Humberto se cubrió la cara con una pequeña mochila que portaba y yo cubrí la mía con mi camisa. Sentía olor a sudor en ella... otro sudor distinto... olor a miedo... El plan B era pararnos y aguantar la lluvia de pie, pero a los minutos se nos pasó el agua y decidimos seguir en la misma posición privilegiando el descanso de las piernas.

Noche eterna de contarnos nuestras vidas, de autorrecriminarme por la insensatez... mis hijas... Considerando lo mucho que había llovido, teníamos que abortar la idea de seguir por donde íbamos, pues en unas horas más estaría muy resbaloso. Apenas aclarara en su totalidad, nos devolveríamos a orillas del río Cisnes, río famoso por su peligrosidad, correntoso, asesino implacable... A las 7:30, aún algo oscuro, me levanté, más por no seguir aguantando el agua que por ser hora adecuada, pues no nos podíamos mover hasta no tener buena visibilidad, ya que el riesgo de caer al barranco estaba a centímetros, acechando... Abajo, el río parecía un camino de plata, la noche aún no se iba del todo, comenzamos a hacer algunos ejercicios para abrigar el cuerpo, estrujé mi camisa y la instalé sobre el chaleco de lana y sobre todo lo anterior me puse el buzo azul marino completamente mojado... Un cuadrado y medio de chocolate para cada uno y se acabó el alimento.

Mi amigo bajó unos metros y pudo recuperar el machete. De inmediato, iniciamos el regreso hacia las piedras donde estuvimos el día anterior. Humberto siempre pretendió aprovechar el regreso para ir escalando, sin embargo, el cerro no nos dio posibilidad y al cabo de dos horas estábamos de vuelta a los pies del Picacho... Nuevamente





miramos aquella muralla... era demasiado para inexpertos... propuse quedarnos a orillas del río hasta que viniesen a rescatarnos... Sacamos las cuentas y no sería antes de unos tres o cuatro días y para ese momento, dado el clima, no nos hallarían con vida. La lluvia arreciaba, el viento era de una fuerza que asustaba a quienes a esa altura no teníamos nada que perder. Le expliqué a Humberto que le tenía temor a la altura y que no creía que fuese capaz de ir trepando esa muralla de roca, me tiritaban las piernas de susto... Luego, ver a mi amigo luchando con tenacidad y valentía, además del paso de los minutos, fue creando en mí confianza, no tenía que mirar hacia abajo... había que darle... Insisto, la sensación era que no había nada que perder. Siempre encontramos una alternativa que nos permitió alcanzar con las manos algo de qué colgarse.

A las 12 del día, estábamos en la cima dando gracias a Dios y en forma espontánea le dí a mi amigo el abrazo más sentido que he dado en mi vida... Lo habíamos hecho, lo que parecía imposible se logró, el temporal arreciaba, habían caído árboles enormes, pero ya nada nos atemorizaba, la planificación indicaba que teníamos que seguir con el ruido del Cisnes a nuestra izquierda y el viento nos debería dar de frente.

La alegría duró casi nada, el temporal no nos dejaba oír el río, el viento y la lluvia creaban un ruido infernal; de los cerros, ni hablar, pues siempre que hay temporal se tapan, sólo nos quedaba fijar puntos de referencia más cercanos... árboles sobre las cumbres de los cerros más cercanos, y así lo fuimos haciendo, con Humberto siempre tirando el buque con optimismo... ¡A las tres de la tarde, estaremos en la casa comiéndonos unos bistecitos con unas cervezas!... La realidad dijo otra cosa y a las tres de la tarde estábamos en algún lugar del bosque que aún no puedo precisar, y con el agravante de haberme percatado de que nuevamente estábamos haciendo círculos en medio de una tupición de quilas y troncos caídos... Nos detuvimos junto a una tepa enorme, me saqué toda la ropa, pensando con cierta desesperación que podría extraerles algo de agua... Le expliqué a Humberto que estaba completamente perdido y que creía que era preferible aflojar... quizás estábamos de nuevo a los pies del mentado Picacho... Intentemos quedarnos aquí, sacarnos la ropa, abrazarnos y esperar a que "alguien" nos encuentre, manifesté. ¿Nos vamos a morir, compadre?, consulté... Mis hijas aparecían como mi única preocupación, sin embargo, mentalmente estaba preparado para lo que venía, no sentía miedo, estaba tranquilo, sentía que había dado todo... Humberto buscaba y buscaba sin rumbo alguna senda, algo... yo estaba bajo la tepa, entregado, exhausto... ¡TENEMOS QUE HACER ALGO!, me dijo... Sin rumbo no tiene sentido, le contesté... Por el ruido del temporal, seguíamos sin saber por dónde corría el Cisnes... Al cabo de unos minutos me pareció lógica la argumentación de mi amigo... ¡¡YO NO VOY A MORIR AQUÍ SIN LUCHAR HASTA EL ÚLTIMO!!... Busquemos el Cisnes y una vez lo escuchemos nos dejamos caer en la dirección contraria, no importa donde caigamos, fue nuestra última opción... Al cabo de un rato, me pareció escuchar algo... ¿ES ESE EL CISNES, COMPADRE? SÍ, respondió Humberto. ¿SEGURO, COMPADRE?... ¡¡¡SÍÍÍ,...YO TAMBIÉN ESTOY SEGURO!!! -le contesté... ¡¡¡DEJÉMONOS CAER PARA EL OTRO LADO, ENTONCES!!!... Mi machete daba y daba cortes, mis fuerzas parecían no agotarse cuando a mis espaldas escucho: "¡ESTOY AL LÍMITE!"...



Ahora era mi pega. ¡¡No le afloje, compadre!! le gritaba... Gateábamos, nos caíamos, al cuerpo era preferible dejarlo caer que desgastarse en tratar de mantenerlo sobre los pies... ¡¡A LO LEÓN, COMPADRE!! -le gritaba a mi amigo, incitándolo a avanzar, “gateando” por debajo de las quilas, tratando de mantener el rumbo. Cada cierto rato, consultaba a mi amigo si sentía que avanzábamos en la dirección que habíamos determinado. En algunos momentos reptábamos, en otros caminábamos por sobre las quilas, anduvimos de guata, sobre arroyos que comenzaban a descolgarse por los cerros producto de la incesante lluvia.

La lluvia era persistente y muy copiosa, al punto que absorbía agua que corría por mi cara, por la nariz y ésta me hacía sentir una sensación similar a la que se produce en las piscinas cuando a uno le entra agua, pero no reparaba en eso. En algún momento en nuestro descenso, alcanzamos una cumbre desde donde pude ver algunos cerros que conocía a la perfección, extrañamente, también, observé una laguna que no había visto nunca, la miraba y volvía a mirar. A través del Google Earth había observado en incontables oportunidades mi campo y sus alrededores y nunca vi dicha laguna, era muy grande al lado sur del Cisnes... Todavía sigo buscando una explicación, cada vez me acerco más a creer que “alguien” tuvo participación en esto, no fue algo sutil, en aquel momento no me daba cuenta de lo que estaba ocurriendo... ¿Qué produjo ese cambio tan grande dentro de mi cabeza?, ¿en qué momento se abrieron los cielos y pude ver aquellos cerros?, ¿de dónde saqué fuerzas para seguir por horas y horas sin descanso, tomando agua de guata sobre arroyos y continuando de inmediato?

Próximo a oscurecer, logré divisar otra laguna, parecía ser la del campo que está al este del mío; sin embargo, a medida que descendíamos y a pesar de lo poco que se podía ver entre los árboles, cada vez la reconocía más, el entorno de la laguna se asemejaba a una de las de mi campo. Le indiqué a Humberto mis sospechas y que cada vez veía más cerca el agua, que entre tanta vegetación a veces aparecía y a los segundos desaparecía. Casi oscuro, llegamos a la ribera de la laguna, la observé detenidamente, la conocía de memoria, como la palma de mi mano, días enteros pescando en cada rincón de ella, sus recovecos, troncos semi sumergidos donde tantas veces dejaba caer una sutil mosca en busca de la violenta arremetida de una fareo. Sin embargo, no fue fácil reconocerla, había llovido tanto que el nivel de las aguas había subido mucho y la ribera estaba alterada, mi confianza estaba completamente destrozada, dudaba de todo. Me metí al agua y asomé la cabeza para burlar a los árboles que no me dejaban ver la laguna, me tomé mi tiempo, miré y volví a mirar una y otra vez y mi dictamen fue categórico: “ESTA ES MI LAGUNA COMPADRE..., 100% SEGURO”. Hacía unos 6 años, ya había “costeado” la laguna una vez; se nos desamarró el bote en compañía de don Adolfo, mi puestero y amigo por ocho años. De día nos había demandado dos horas, ahora de noche y con un guía muy inseguro no teníamos que extraviarnos, pues sería fatal y además vergonzoso morir congelados a menos de un par de kilómetros de nuestra casa. Recuerdo que no me podía detener un segundo, si no comenzaba a tiritar de inmediato. Los árboles nuevamente me eran desconocidos, no llegábamos nunca a la cola de la laguna, parecía un calvario, la inseguridad de nuevo se apoderaba de mí y le consulté en repetidas oportunidades a mi amigo: ¿le dije, compadre, que era mi laguna con un 100% de seguridad?... Sí, me respondió Humberto tantas veces como yo le pregunté.





Al llegar a la cola de la laguna tendremos que ver unos árboles secos, le anuncié a Humberto... Tal cual. Sin embargo, ¡¡seguía desconociendo los árboles!!... Hubo un momento clave nuevamente. Caminando ya por la costa del desagüe de la laguna en busca de un tronco que hace las veces de puente, pasé de largo, sin embargo Humberto me alertó consultándome: ¿qué es eso que hay allí?... ¡¡Gracias a Dios, viste el puente, Humberto!!, si no, habríamos seguido costeando el desagüe (Piedras Negras) y habríamos ido a parar de nuevo al Cisnes como a las 8 de la mañana del día siguiente. Eso, si no nos perdiéramos en un mallín que estaba a escasos metros de ese lugar o no sufríamos algún accidente, pues el frío nos obligaba a estar en constante movimiento durante toda la noche, con visibilidad cercana a cero.

Con las entumidas yemas de los dedos, palpé la parte superior del tronco que tenía un reticulado realizado por algún puestero para darle mayor adherencia a quién pasara sobre él. Reconocer con certeza que se trataba del tronco que andábamos buscando fue muy alentador, estábamos a sólo unos quinientos metros de la casa y esa senda la había recorrido cientos de veces... La historia es larga... las caídas eran cada vez más frecuentes, empecé a reconocer lugares... Caíamos y nos ayudábamos mutuamente... Ya no había fuerzas, tiritábamos de frío a pesar del constante esfuerzo físico... La ansiedad me hacía eternos los tramos a cubrir, dudaba y no creía que nos salvaríamos a metros de la casa, aún temía no llegar... Una vez vista la casa, la mente cambió a otro estadio y se trabaron las mandíbulas, nos caíamos sin mediar obstáculo alguno...

Han pasado 3 días desde aquellas 32 horas de infierno y aún dudo si estoy vivo.

GRACIAS, SEÑOR.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE MAGALLANES

PRIMER LUGAR

Héctor Antonio Chávez Yáñez

64 años

Artesano-mueblista

Puerto Natales

MIS RECUERDOS Y MI GRAN TRISTEZA

Finalizaba el año 1967, en pleno verano, en la Patagonia, y yo con mis 21 años, un matrimonio a cuestas y un pequeño hijo de ese amor juvenil me formaron con tan alto sentido de la responsabilidad que allí estaba, haciendo frente a la vida, con mi pequeña familia, sin ninguna profesión específica. Saliendo de la adolescencia. Me dirigía a una estancia ganadera, Laguna Blanca. Trabajar como matrimonio en esa época era una solución: dos sueldos, hasta se podía ahorrar.

En el pequeño bus del correo oficial de las estancias viajaban trabajadores del campo. Observaba sus rostros, endurecidos por el viento magallánico y los fríos inviernos y bronceados por el sol en el verano, en la durísima faena de esquila.

El campesino magallánico, de bajo nivel educacional, se acostumbra a una vida lejos de sus seres queridos, había unos que venían de Chiloé, en realidad los más. Permanecían en la estancia durante las temporadas completas. Una vez completado su feriado se iban con sus ahorros, para comprar animales, los que explotaban en su tierra de origen.

Entre los pasajeros, pude distinguir a un señor que destacaba del resto, sus vestimentas y su apariencia personal no encajaban con el perfil del resto. Después, pude saber de su origen francés, era el delegado sindical de la estancia. Cambiamos algunas palabras, fue muy amable.

El calor y la tierra que entraban al bus me tenían transpirando, pero era más que nada por la incertidumbre de qué me encontraría al llegar a la estancia, no tenía idea. La decisión de ir a trabajar al campo era la última de las soluciones, como tirarse al vacío.



No puedo olvidar la gran amabilidad de la gente de la estancia, el bus se detuvo frente a un gran edificio de estilo inglés, como todos los establecimientos ganaderos de la Patagonia. Se estacionó frente a lo que terminó siendo la cocina principal. En la escalera y en el pasillo frente a la entrada se encontraba gran cantidad de trabajadores, todos a la espera de correspondencia o porque viajarían al regreso del bus, como cada sábado.

Bajo las boinas y los sombreros, una aguda mirada examinando a los recién llegados y el comentario obligado: “el matrimonio para la casa del segundo administrador...”

Nos acomodamos en las largas bancas y una mesa de madera maciza natural. Se acercó el cocinero a invitarnos amablemente a servirnos el almuerzo. Estábamos en la enorme cocina, donde en época de faena se preparaba alimentos para 250 personas. Los platos rebosantes de carne y papas, y un exquisito pan fresco. No pude dejar pasar la comparación de la anterior pensión en Punta Arenas, donde el primer plato era prácticamente agua. Me dio una sensación de tranquilidad, al menos, los alimentos mejorarían notablemente.

Los trabajadores de la estancia estaban en plena faena de esquila. El inmenso “galpón” en donde se realizaba la esquila contaba con 30 guías o máquinas esquiladoras, las que se ocupaban en su totalidad. Frente a cada esquilador, un pequeño corral, llamado bretes, con una puertecilla de vaivén por donde sacaban los animales para ponerlos sentados en el suelo a cortarles la lana.

Unos trabajadores niños hacían de velloneros, eran los que recogían la lana o vellón de cada animal y corrían con él hasta las mesas en el centro del galpón, donde dos personas le sacaban la “cascarria” y volvían a armar un vellón con mucha habilidad para tirarlo frente a la mesa del “clasificador”, que venía directamente de Inglaterra para seleccionar el largo y la calidad de la “mecha”.

Más allá, cuatro fornidos trabajadores trabajan con la gran prensa hidráulica en donde se aprensan los vellones formando fardos de 200 a 250 kilos, los cuales, después y con la ayuda de ganchos, trasladaban hasta el camión para su transporte.

En los pasillos de los esquiladores trabajaban dos escoberos, atendiendo a las quince esquilas, barriendo continuamente el sobrante de los vellones, sin parar, para que no se acumulara e impidiera el “trajín” de los velloneros, por ejemplo. Allí me enviaron, menos mal, que eso sí lo había hecho en otra estancia, alguna vez.

El desayuno en tiempo de faena era contundente, se partía con un café con leche y pan dulce, se iniciaba la jornada y, a la hora y media, “el primer cuarto” se volvía a la cocina, al verdadero desayuno: avena con leche fresca y grandes bandejas con chuletas de borrego, más el café natural “molido directamente del grano, en la misma estancia”. Ah, esas delicias, nada más contundentes, necesarias par la jornada que venía luego.



A las cinco de la tarde se terminaba la jornada, al toque de una campana. El regreso era lento, el cansancio inmenso; luego, una ducha fría reactivaba todo el organismo y a prepararse para cenar a las seis de la tarde. Poco a poco se acostumbraba uno, nadie trabajaba menos que otro, la organización de las labores era admirable.

Qué alivio cuando llegaba el sábado, solamente medio día y a descansar el fin de semana; nunca tan requerido este descanso. Conocí muchos personajes típicos que jamás olvidaré. Mi amigo "Botas Duras" o Don Juan el cocinero, como el decía, "el segundo de a bordo". Una persona tan amable, tan respetuosa, que me decía venga "compañerito" y me servía lo mejor que tenía en la cocina grande. Me atendía con una voluntad que me cansaba de decirle gracias. Luego, el "carnicero" Carlitos, apodado "Perillas", generoso, se escondía en un aspecto duro, pero tan noble que hoy, cuando recuerdo a estos seres únicos, siento una pena inmensa por no haberlos vistos nunca más. Seguramente están juntos en alguna parte y allí donde estén, que Dios los bendiga. Tantas anécdotas vividas, tantos recuerdos inolvidables que me marcaron para toda la vida, en especial cuando enfrentamos situaciones límites en los próximos años.

El "Chino", hijo de don Juan, realmente cuando se reía parecía de origen oriental, era dirigente campesino y andaban organizándose para formar una Federación Campesina al amparo de la nueva Ley de Sindicación Campesina. Todo el país estaba en actividad sindical política.

Así es como nos conocimos. Como yo tecleaba un poco la máquina de escribir, bueno, les era totalmente útil. Como se dice: "en el país de los ciegos, el tuerto es rey". Lo cierto es que pronto era el brazo útil de los dirigentes sindicales. Me agradaba ayudarlos, escribiendo sus cartas, estatutos, etc. Y contaban conmigo, me fui haciendo amigos hasta que viajamos a Punta Arenas a un Congreso Campesino en donde se reunían delegados de toda la Provincia de Magallanes, de todos los establecimientos ganaderos.

Ya se habían creado los sindicatos comunales, ahora debían unirse para crear la Federación Campesina. Como siempre, estuve cooperando con los dirigentes, de tal manera que en un momento determinado me nombraron Presidente del Congreso, para dirigirlo, porque los dirigentes aspiraban a serlo de la nueva Federación, así es que no podían dirigir la Asamblea. Y de pronto me vi frente un centenar de dirigentes campesinos a los que les caí bien, porque me propusieron para candidato, yo que nunca supe cómo me metí en esto, no tenía la noción de política, sólo me desagradaban las injusticias, quizás esa era una de mis grandes debilidades, que en el futuro me llevaría a grandes cosas.

Lo cierto es que se realizó la votación y consiguieron meterme de candidato. Siempre recuerdo lo que pasó en esa asamblea, pues eso fue lo que más adelante cambió en cierto modo mi destino. Cada uno de nosotros representaba cinco votos. Cuando debía votar pensé: ¿qué hago con mis votos? No tenía ambición por ser dirigente, así que





decidí dárselos a un tal Aguilar. Después supe que este señor tenía casi mi misma votación, la diferencia fueron los cinco votos que le dí. Quedé en sexto lugar y eran solamente cinco dirigentes los que formaron la Federación Campesina de Magallanes. No tener ambiciones políticas en ese momento, me dejó fuera de la plana mayor de esta Federación, lo que me permitió en el futuro, algunos años después, evitar las consecuencias trágicas que algunos tuvieron que enfrentar como dirigentes.

Son apenas segundos en que se toma una decisión, sin saber las consecuencias. En este caso no olvido nunca que en ese momento cambié mi destino.

Sin embargo y en otro nivel, siempre estuve trabajando con la gente de campo, tratando de comprender de alguna manera la política, y cultivé ideales que me han acompañado toda mi vida, de lo que no me arrepiento; durante muchos años, mi trabajo social me ha dado satisfacciones. He aprendido a conocer a las personas, más allá de sus bienes, más allá de sus apariencias, más allá de sus actos.

He dado mucho de mi tiempo en organizaciones y siento que no he perdido ese tiempo, no espero agradecimientos, pero los siento en las personas.

Con mucha pena, cada día compruebo que hemos cambiado, las nuevas generaciones no tienen ideales tan fuertes como antes. Me ha costado tanto aceptarlo, y cuando esto sucedió empecé a entender que estoy hablando otro idioma y a veces no me comprenden. Y quiero cambiar las cosas y no me entienden. No tengo fortuna, pero nada me falta, quizás podría haber tenido más, pero no es lo material lo que me aflige. Tengo unos hijos extraordinarios, que se superan continuamente, estoy orgulloso de ellos. Pero no es la misma gente hoy, no la que conocí, en la estancia, en las minas de carbón, en tantas partes en donde dejé huellas. Siento que hemos perdido algo en el camino, algo tan grande como los ideales, los principios, la amistad, la solidaridad y bastante de nuestra honestidad: esa es mi gran tristeza.

PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS REGIÓN DE MAGALLANES

SEGUNDO LUGAR

Ruth Godoy Velásquez

Dueña de casa

Punta Arenas

¡USLERAZOS TE VOY A DAR!

Sentado en una vieja silla de madera, en el pórtico de su humilde hogar, rodeado de un jardín de amapolas, pensamientos y jazmines, se encuentra Carlos, ensimismado en recuerdos de diferentes etapas de su vida, como aquella vez cuando trabajaba en el campo, años atrás.

Rememora, como si fuera ayer, aquel día en que él, un hombre de baja estatura, pelo entrecano y vivaces ojos azules, oficiaba de capataz de aquellos campos ubicado al noreste, más o menos a 70 kilómetros de la ciudad de Punta Arenas.

Como era habitual, al despertar, fue a la cocina a beber una deliciosa leche acompañada con crujientes tostadas. Al terminar, se dirigió al pequeño dormitorio donde descansaba Rosario, su esposa, ella de rostro moreno, cara sonriente, maciza y de lacio pelo negro, se despidió dándole como era su rutina, un beso en la frente, diciéndole: "gordita, me voy", al que ella respondió: "anda con Dios, viejito".

Luego, él raudamente subió a su destartalada y desaliñada camioneta gris, que sólo por milagro del Señor andaba, y a la cual urgentemente le faltaba una manito de gato, emprendiendo camino a sus labores campestres a la estancia "Mirasol". Al llegar, admiró placenteramente el paisaje, donde lengales, pinos y coigües rodeaban el lugar, complementando el cuadro hermosas alpacas de diversos colores y tamaños, que pastoreaban el coirón tupido y vasto.

Al bajar de su camioneta, Carlos fue recibido por gatos, perros y alpacas, que lo miraron con cariño, pues él siempre les llevaba comida en un desgastado balde.



Al llegar al puesto, llamó con voz fuerte y clara a José, peón de estancia, un hombre flaco, tez oscura y de pocas palabras, pero con una gran lealtad y espíritu de servicio, que ya se la quisieran otros, preguntando:

- José, ¿por qué las alpacas más jóvenes están encerradas?, a lo que el otro balbuceante contestó:

- Fíjese patroncito, que una pandilla de la ciudad me sacó del puesto, se emborracharon como huasca y tuve que dormir ajuera, en la pesebrera junto a Rocinante, su leal caballo, y no pude....

José no alcanzó a terminar la frase, cuando Carlos enojado lo interrumpió bruscamente:

- Por Dios, ¿hasta dónde llegas a disfrazar tu flojera?, ¡tú llegas a calentar la tierra de flojo, vagoneta! Ni una palabra más, vamos a separar las alpacas y a reparar lo dañado por la tempestad de anoche.

El peón iba pensativo y angustiado, ya que no alcanzó a contarle todo lo de la noche anterior, cuando temblando de miedo y frío, había ido a estampar la denuncia por el alboroto de los muchachotes que fueron a revolverle el gallinero, como dicen en el campo.

Calos se preguntaba para sus adentros: ¿Me habrá dicho la verdad, José?, ¡pobre de él que me haya mentido!

Mientras tanto, en la ciudad, a media mañana, Rosario recibía una llamada del retén, preguntando por su esposo, a lo cual ella contestó, que hacía largos ratos que había viajado a esos lugares; preocupada, colgó el auricular, pensando qué habría ocurrido.

El segundo llamado fue a las tres de la tarde, diciéndole que habían recorrido el campo por segunda vez y todo estaba tal cual la vez anterior, la camioneta con la llave en el encendido, las puertas abiertas y ni rastros de su esposo y del encargado, por lo cual ellos pensaban que había ocurrido una desgracia, así que necesitaban a personas que conocieran mejor el lugar para ayudar en la búsqueda.

Rosario, desconsoladamente, se puso a llorar e inmediatamente llamó a sus dos cuñados para que partieran rumbo al lugar. Mientras tanto, ella lloraba y lloraba como condenada, hasta darle hipo. De pronto, dejó de hacerlo, al acordarse de que no tenía plata para sepultar al finado e incrédula imaginaba su viudez. ¡Qué iba a ser de ella con sus tres hijos!, volviendo a llorar nuevamente.

Luego, al calmarse un poco, recordó que su esposo guardaba celosamente una libreta negra; en algún lugar de la casa debía estar. Empezó frenéticamente a buscarla y en un imprevisto, al aventar una vieja chaqueta café, cayó



desde el bolsillo izquierdo la libreta. Al levantarla, cuál fue su sorpresa al ver con ojos desorbitados la cantidad depositada allí. Apenada y nerviosa expresó: al mal tiempo, buena cara ¡Estará de Dios!

Los familiares llegaron rápidamente al lugar, divisando a lo lejos cuatro autoridades bordeando el río, creyendo que nada se podía hacer y que había sucedido lo inevitable; dijeron al unísono:

- ¡Pasó a mejor vida! ¡Hay que avisar a Rosario!

Al acercarse, vieron con estupor que también se encontraba Carlos conversando animadamente y riendo con las autoridades, manifestando que la mayor parte del día había estado reparando un viejo puente de madera, que se había dañado, por eso no lo encontraban.

Ellos jalaron fuertemente de los hombros a Carlos, lo sacudieron apretándolo nerviosamente, y le manifestaron a las autoridades que lo llevaran detenido por darles el susto del siglo, en fin, se unieron a las carcajadas sonoras de todos los que allí se encontraban.

Las autoridades incómodas le comentaron a Carlos que ellos habían avisado a Rosario de esta desgracia, y probablemente habían dejado la tendalada no más. Carlos para sus adentros pensó: ¡Esto está más enredado que mono de vieja!, y sonrió.

Mientras tanto Rosario, en la ciudad buscaba con afán ropa negra para estar acorde a la situación. Ella lloraba amargamente, cuando de pronto tocaron la puerta y sonándose ruidosamente con la manga de su chaleco verde, abrió.

Su sorpresa fue tal al ver a Carlos atravesando sonriente el umbral, cantando: “hola, gordita, no estaba muerto andaba de parranda”, a lo cual Rosario contestó:

- Ahora sí que vas a estar bien muerto, pedazo de animal, huarén de alcantarilla, ¡uslerazos te voy a dar!

Carlos, corriendo por el patio seguido por su esposa, se reía a carcajadas.



PREMIOS REGIONALES HISTORIAS CAMPESINAS

REGIÓN DE MAGALLANES

TERCER LUGAR

Luisa Ivonne Cortés Paillacar

22 años

Trabajadora independiente

Puerto Natales

AMIGOS FIELES

Donde la nieve cubre los montes con su poncho blanco, la soledad y el silencio se adueñan de esta tierra. La primera huella que interrumpe la noche es de José, un hombre curtido por la escarcha magallánica y que en sus manos siente el deber de proteger a sus animales. Entra en el puesto para descansar de su jornada diaria, a calentar el cuerpo con un mate y el espíritu escuchando Larralde.

Un ruido alborota a los perros. Uno de ellos, Truco, sale corriendo al notar algo desconocido que se acerca y marcando terreno con prepotente ladrido se ha dado cuenta de que sólo son dos toros baguales que bajaron del cerro en busca de agua. Los deja, guardando y haciendo respeto en tierras que por kilómetros sólo han visto animales.

Llega la primavera, antes del amanecer José se levanta sólo para ser testigo del crepúsculo, un espectáculo que no todos tienen el privilegio de ver en tan puro cielo. Con paso largo y caminar de jinete, se dirige hacia sus amigos, como él mismo dice, los acaricia y los suelta. Truco, Regalo, Coyote, Guapo, Chocolate y la Mía lo saludan lamiéndolo y moviendo las colas, mostrando tanta alegría como si no lo hubieran visto en años, lo siguen como si fueran su sombra, sus amigos fieles.

José carga la montura al hombro para ensillar al Gateao y marchar monte adentro a la veraneada*, arriando miles de toros y vacas (que en este tiempo están preñadas), a otras pampas donde hay pasto descansado y crecido verde, listo para ellos.



Son días de andar sobre el caballo, de noche durmiendo en cama de tierra y cubierto por un techo azul y estrellado. De días, dirigiendo a los perros, que entienden los diferentes silbidos que hace José para arriar el piño, y que más de alguna vez comprenden sólo con una mirada o un gesto.

Al llegar al puesto, sólo un suspiro profundo anuncia que descansarán tanto él como sus perros y los animales que cuida, pero es sólo por poco, José sabe que hay que prepararse para matroniar*, es lo de todos los años, sólo hay que esperar.

La noche está tranquila, por este día no ha pasado nada, se fuma un cigarro para relajar la mente y con el mate de siempre, caliente y amargo, se sienta solo en su puesto escuchando radio, con la esperanza escondida de que algún familiar se acuerde de él y le mande un saludo, pero es tan lejos que las emisoras chilenas no tienen alcance. Apaga el cigarro y la vela, cierra los ojos dejando que el sueño se apodere de su mente, a estas alturas, desbordada con pensamientos solitarios y hambrientos de afecto y compañía, deseos ocultos de un corazón frenado por la costumbre de no utilizar la lengua.

A la mitad de la noche, los perros ladran embravecidos y los vacunos braman nerviosos, hay algo que les inquieta. José busca la linterna y sale del puesto, acordándose de la sospechosa tranquilidad que había momentos antes y que ahora le trajo un mal presentimiento apretándole el pecho y cerrándole la garganta.

La luz de la linterna abre paso en tan espesa oscuridad. José mira y se da cuenta de que son los dos toros baguales que llegaron a la estancia, ahora en busca de terreno y hembras como si de cuatros se hablara, armando pelea con los toros jóvenes que no les hacen el peso a estos tremendos y enfurecidos animales.

José ensilla al Gateao al mismo tiempo que Truco ha roto su correa para ir tras los baguales. Suelta a los perros y se va al galope para sacar a los intrusos. Los perros como siempre van adelante haciéndole frente a las bestias, no permiten que nada ni nadie se le acerque a su patrón, aunque José sabe que es él quien tiene que sacarlos de ahí. Comienza a rodear los baguales, pero uno de ellos va tras él y antes de darse cuenta embiste al Gateao. José salta tan lejos que cae sobre unas matas de calafate. Los perros, que ven caer a su patrón, se van al humo* sobre los baguales.

Truco, como siempre el primero en ir, respira aires de venganza y clava los colmillos en las patas del bagual que embistió al Gateao, pero a cambio recibe una patada que le quiebra la pierna. Cae lentamente, sin movimiento alguno.





José se levanta medio aturdido en medio de un silencio raro e inquietante, algo ha pasado. Se percata de lo que estos animales han hecho con el alambrado y los corrales, pero los perros ya los han sacado fuera de la estancia. Es ahí cuando ve que un poco más allá está tirado Truco, su perro, el más valiente, pero también el más viejo, que tiene la pierna rota y sangre en la boca. José lo recoge y lo lleva cargado en brazos hasta el puesto para curarle las heridas, sabe que se las hizo sólo para protegerlo a él. Lo acuesta al lado del fogón para darle calor y pasa la noche en vela, cuidándolo y haciéndole cariño.

Comienzan a pasar por la cabeza de José todos los momentos que pasó junto a su perro, desde que era cachorro, cuando recién se lo regalaron. Era tan bonito y tan valiente el condenado perro, desde pequeño se dio a conocer como el mejor. Era el más atrevido e inteligente, si parecía una persona, sólo le faltaba hablar.

Todavía no se destetaba cuando lo recibió y lo cuidó como a un hijo. Su único compañero en las noches solitarias, el que le escuchaba sus quejas y permanecía a su lado aunque anduviera con el genio caliente de rabia. Su amigo Truco, que no tenía prejuicios, lo aceptaba tal y como es sin reprocharle nada. Truco, que sin necesidad de pedírselo, le hacía guardia mientras dormía a la intemperie y era el primero en dar aviso si algo andaba mal.

- ¿Por qué lo hiciste, amigo?-, le dice José a su perro con un tono de impotencia, -si sabías que eran muy grandes para enfrentarlos solo.

- ¡Truco!-, le gritó José al perro, que estaba muy mal herido -¡Truco!, no me vayas a dejar solo ahora, amigo, sabes que te necesito, que para mí no eres sólo un perro, eres mi amigo.

La angustia se apodera de las palabras de José que no quiere aceptar que está cerca la despedida de su amigo y que ese es el presentimiento que le aprieta el pecho.

El perro, levantando la cabeza ya casi sin aliento, mira a José con unos ojos tristes y así como despidiéndose, le lame la mano. Soltando una pequeña sonrisa, comienza a cerrar los ojos.

- ¡No, Truco!- grita José -¡no te despidas, no cierres los ojos! ¡Ya te ha pasado esto antes, amigo, y fuiste fuerte! ¡Lucha por favor!

De los ojos del perro brota una lágrima antes de dar su último respiro, sabe que ya está viejo, que no tiene fuerzas y se da por vencido.



El llanto triste por la pérdida de su amigo deja un sabor amargo que se apodera del puesto. Esa noche, el destino deja en claro la ley de la vida, pero José mantendrá vivo el recuerdo de su fiel e incondicional amigo estrechando, cada vez más, el lazo que une fuertemente al puestero y su perro: "amigos fieles".

Se dice que la gente de campo es gente dura, incapaz de sentir pena o amor, pero para más de algún puestero sus perros o sus caballos pasan a ser sus únicos amigos, los que no esperan nada a cambio, sólo una muestra de afecto. Qué amigo más fiel que aquel que te cuida, te acompaña, te escucha y sin reprochar nada está a tu lado siempre, en las buenas y en las malas. Es por eso que la gente de campo no habla mucho, porque cultivan amistades tan fuertes, cuya complicidad no necesita de palabras ni de escritos, sólo de hechos.

Vocabulario:

Veraneada: tiempo en que se traslada a los bovinos a otros lugares (montañas) para pastar. Esto se hace a la llegada de la primavera y solamente con los bovinos. También existe la invernada, que es cuando se trasladan los animales a terrenos bajos para protegerlos del frío durante los meses de otoño e invierno.

Matroniar: ayudar a las hembras a dar a luz.

Se van al humo: se van a atacar rápido y con rabia.





17° CONCURSO DE

Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural 2009

contacto con el agua escarbachada; se le amoralizaba las manos y el
gélido viento azotaba sus tiernos rostros que no alcanzaban a
cubrirlos el "chugo" (gorro de lana de alpaca con orejeras) tejido
por las toscas y agrietadas manos de la madre.

No tenían ningún estímulo de parte de sus padres, por que estos
eran castradores y además avaros; todo el dinero de sus negocios

SEGUNDA PARTE

ME LO CONTO MI ABUELITO

(Categoría Jóvenes)

de los cueros viejos y los enterraban en un hoyo de una de las habitaciones
con piso de tierra. Los niños observaban esta escena y no
alcanzaban a comprender esa actitud tan extraña.

La mayor alegría de los pequeños era montar a su burro de nombre
Cachimbo y jugar con la greda que traían del lecho del río,
para hacer unos muñecos muy bonitos.





17° CONCURSO DE

Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural 2009

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

PRIMER LUGAR

Mauricio Leiva Arqueros

17 años

4° Medio / Liceo Tecnológico de Copiapó
Copiapó, Región de Atacama

ZAPATITOS DE CRISTAL

Mi abuela era una mujer de campo. Vivió ochenta y dos años al servicio de esta tierra copiapina, encerrada entre las cercas de chañares y pimientos en el pueblo de San Fernando. Con sus ojos grises y su delgada y pequeña figura, parecía flotar entre la amarilla y reseca tierra del terreno, cuando corría con sus manos llenas de maíces para alimentar a las gallinas y a los pavos. Yo la miraba desde lejos, quería descubrir cuántas soledades habían atrapadas en aquellos ojos azulosos y cuántas penas olvidadas, transparentando los innumerables momentos de tristeza que al pasar de los años había acumulado en su corazón. ¡Qué tiempos aquellos!

La indomable mujer vestida siempre de pantalón negro y chaleco café, alboreaba junto con los primeros cantos del gallo de casa y encendía azarosa el fuego en el fogón. Su casa, humilde como su alma misma, entablada al final del terreno del callejón Pedro de Valdivia, ardía con los calores del verano y se sumergía en la lluvia y el barro en los tiempos de invierno. En la entrada de la casa, se erguía orgullosa una higuera que entregaba dos frutos al año: las deliciosas brevas de piel oscura y rosada carne, y luego los higos que ella recogía y dejaba secar al sol con la paciencia de una otoñal brisa, entregándonos después sus sabrosos y dulces resultados.

Tenía mi abuelita treinta gallinas y dos pavos, a quienes cuidaba celosamente, dándoles la harinilla en la mañana y a media tarde, cuando el sol caía, los restos de la comida que había sobrado del almuerzo. Nunca se enfermaba, y cuando le dolía la cabeza, cortaba rodajas de papas y las maceraba en vinagre para luego colocarlas como una corona vegetal sobre su frente ajada y gastada por el tiempo. Yo la miraba, mientras dormía al lado del perro blanco y a sus pies el Churrungo, un gato que de tan viejo no tenía dientes. Yo le preguntaba qué es lo que comía el gato, y ella sonriendo amablemente me decía:

- Come ratón en polvo, hijito.



Mientras me imaginaba cómo era el ratón en polvo, mi abuela sonreía a carcajadas y luego me envolvía entre su cuerpo dándome un palmazo o sacudiendo mis orejas. Todos los quince de cada mes, se apostaba en el enrejado de chañares que celaban cuidadosamente el portón, esperando al abuelo que venía de la cordillera, trayendo entre su morral el queso de cabra, el charqui de guanaco y la milagrosa yareta (una hierba que, según ella, curaba de espanto al mismo demonio).

Crecí con ella y con sus recuerdos, disfruté de sus risas y nunca entendí sus lágrimas, pero me daban mucha pena, porque las lloraba en un silencio que parecía un fantasma que la poseía toda, y es que cuando la abuela Olinda lloraba lo hacía por sus pasados, por su mamá, por su hija muerta, por sus familiares de antaño que no pude conocer, porque llegué a sus brazos después de que la vida se había ensañado del todo con ella.

Un día, mi abuelita no se levantó temprano. Su andar mediero y tranquilo acusaron cansancio y aquella sonrisa fresca comenzó a desaparecer lentamente.

- ¿Qué le pasa abuelita?- le pregunté un día cualquiera.

Ella me miró traspasando mis ojos, y en aquel momento descubrí que no estaba bien.

- ¡Nada mijito, nada! Estoy un poco cansada, pero eso es todo.

- ¿Me puedes contar una historia?- le pedí arrullado en su falda.

- ¿Una historia? ¡Pues bien, te contaré una historia! Hace muchos años en este mismo terreno, nació la mayor de tres hermanas, quien se preocupó siempre de cuidar a sus hermanos menores y a su padre, un gigantesco hombre que medía casi dos metros y que vendía huevos en el pueblo de San Fernando. Ella no fue a la escuela, por lo que apenas sabía escribir su nombre. Vendía flores ¿sabes? Cultivaba ilusiones y para el uno de noviembre las iba a ofrecer a la salida del cementerio viejo. Su única ambición era tener zapatos nuevos. Al pasar de los años, sus hermanos encontraron sus vidas y ella quedó en este mismo lugar, cuidando hasta el último minuto a su padre, quien después de tanto vender huevos se cansó y se quedó dormido a la salida de la casa. Allí nunca más despertó. Después conoció a un gentil varón que la enamoró y de él tuvo cuatro hijos. Camilo, Isabel, Delfina y Margarita, y los amó y los cuidó hasta que ellos hicieron su propia vida. Les dio estudio y nunca escatimó en darles lo poco y nada que ella tenía.

Mientras mi abuela relataba su historia, yo jugaba con el botón de su chaleco café y miraba atentamente aquella mirada azulosa que se empañaba una y otra vez. Una lágrima turbia cayó sobre mi frente. Ella cuidadosamente la secó y luego comenzó a mecarme.



- ¡Hace frío, mijito!- me dijo.

- ¿Abuelita?

- Dígame.

- ¿Es usted la del cuento, verdad?

Y volvió a sonreír.

- Cuando yo sea grande y trabaje -le dije acariciando sus canas- le voy a comprar esos zapatos hermosos con los que usted soñó.

- Ya es demasiado tarde para ser grande- replicó besando mi frente.

No pude entender lo que ella me dijo, pero guardé el más absoluto silencio y me dejé llevar por aquella mano que acariciaba ahora mi cabello y me dormí.

Cuando desperté, ella no estaba, se había dormido en sus propios sueños, llevándose con ella la alegría más grande que un ser humano pudiera sentir. Aquella tarde de mayo, faltando dos días para su cumpleaños, mi querida abuelita Olinda dejó este mundo en el ritual más extraño que pudiera elegir para partir.

Ahora estoy frente a su tumba, bordeada de flores, las mismas flores que antaño ella vendiera, y junto a un hermoso par de zapatitos de cristal en miniatura le entrego mi mejor beso de amor y gratitud. Yo fui todo para ella y ella siempre lo será todo para mí.

¡Te quiero abuelita, y gracias por aquella tarde de historias que te pedí y me regalaste eternamente! ¡Nunca te olvidaré!



PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

SEGUNDO LUGAR

Macarena Soledad Segovia Vargas

13 años

8° Básico / Escuela Rural El Saraos
Los Muermos, Región de Los Lagos

LA YUNTA DE BUEYES

Cuenta mi abuelo que cuando él recién se casó –a los 25 años -, se fue a vivir con mi abuela a un sector llamado Llico, en donde se trabajaba en la fabricación de tejuelas de alerce. En este lugar, existe un río muy caudaloso con el mismo nombre del sector que da al océano Pacífico.

Allí trabajaban muchas personas en la explotación de alerce muerto, ya que era el único medio para mantener sus hogares.

Cuenta mi abuelo que un día bajó desde la cordillera sus tejuelas hasta las orillas del río Llico, para luego transportarlas desde ahí. Una vez que había descargado sus tejuelas, se puso a descansar junto con sus bueyes a orillas del río, y de pronto -en medio del río- vio cómo flotaba un enorme tronco de alerce de unos ocho metros de largo. Al verlo, mi abuelo pensó inmediatamente en la gran cantidad de tejuelas que le podía sacar y sin tener que bajarlas de la cordillera. Por lo que rápidamente, se dirigió a sus bueyes y tomando una cadena se introdujo al río para tratar de amarrar el gran tronco de alerce, pero el tronco era más grueso de lo que parecía, por lo que debió unir dos cadenas y nuevamente se introdujo al río logrando por fin amarrarlo. Luego, procedió a tirarlo con sus bueyes. Cuando ya había logrado sacar como un metro el tronco del agua, éste empezó a irse hacia dentro del río con una fuerza indescriptible, llevándose consigo a sus bueyes. Mi abuelo les gritaba a sus bueyes para que tiraran con más fuerza, pero finalmente el tronco los arrastró consigo, perdiéndose en las aguas del río. Esta era la única yunta de bueyes que tenía, por lo que ahí mismo se puso a llorar y maldecir su mala suerte. Luego de esto volvió a su casa apenado y le contó lo ocurrido a mi abuela, quien se indignó por su locura.



Al tercer día de ocurridos estos hechos, tempranamente todo el sector de Llico Bajo se cubrió de una extensa neblina. De pronto, tocaron a la puerta de la casa, mi abuelita abrió y se encontró con un hombre desconocido. Éste le explicó que necesitaba hablar con mi abuelo, pues le traía un recado. Al escuchar esto mi abuelo sorprendido salió a ver quién lo buscaba, y grande fue su sorpresa al encontrarse a una persona completamente desconocida, con el cabello largo, al igual que su barba, además de llevar ropas viejas y harapientas.

Mi abuelo se presentó y el desconocido le explicó en muy pocas palabras que sólo tenía como misión hacerle entrega de un baúl de madera, que se encontraba junto a la puerta. Mi abuelo, estupefacto por estos hechos, guardaba silencio, finalmente reaccionó y le preguntó quién le mandaba ese baúl, a lo que el desconocido le respondió que no podía responderle eso, pero que las personas que le enviaban el baúl, también le mandaban a decir que estaban muy buenos sus bueyes. Dicho esto, el desconocido se dio media vuelta y se perdió entre la espesa niebla de la noche.

Mi abuelo cuenta que él no sabía qué pensar, finalmente tomó el baúl y lo entró a la casa, luego de mirarlo con extrañeza y ante la insistencia de mi abuela procedió a abrirlo, pero grande fue su sorpresa al ver que estaba lleno de monedas de oro y plata. Cuenta mi abuelo que jamás había visto tanto oro y plata junto. Esa noche, soñó que andaba en un hermoso barco, en donde se estaba realizando una gran fiesta en honor al capitán y que todos los tripulantes se le acercaban y lo felicitaban por la gran calidad de sus bueyes y por lo sabroso de su carne.

Al otro día, cuando mi abuelo despertó, se dio cuenta de que el tronco que trató de sacar del río era el Caleuche, que se había transformado para no ser reconocido por él, y ahora le mandaba ese baúl lleno de monedas a cambio de su yunta de bueyes. Ante esta gran revelación y sin pensarlo dos veces, mandó a mi abuela a empacar las pocas cosas que tenían y ese mismo día abandonaron el sector de Llico. Con el dinero del baúl, compraron un campo, en donde viven hasta hoy día, y muchos animales, además de dos grandes yuntas de bueyes.



PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

TERCER LUGAR

Aracely Nicole Vivanco Fernández

9 años

4° Básico / Escuela Monte Carmelo

La Calera, Región de Valparaíso

LA CULEBRA CHUPETONA

Mi abuelita es muy antigua y es de esas abuelitas que todo lo cree y todo lo sabe, y lo que no..., lo inventa. La historia que ahora voy a contarles es para no creerla, pero aunque no lo crean, así ocurrió.

Estaba mi abuelita recién mejorada de su última hija, de 9 hijos que tuvo. Fue una niña muy gordita y llena de vida y salud. Toda la familia regaloneaba a la recién llegada.

Mis abuelos vivían en una casita de adobe y madera. En esos años no había luz, porque somos gente de campo y la luz tardó muchos años en llegar por estos lugares.

La pieza donde dormía mi abuelita era muy oscura, tenía apenas una ventana chiquitita, y en esa pieza dormían mi abuela, mi abuelo y la guagua. Allí ella le daba de mamar día y noche, y casi siempre se quedaba dormida mientras la guagua mamaba, cansada por tener que cuidar tantos hijos.

Pasaron los días y aquella guagua gordita y de rosados cachetes de pronto comenzó a adelgazar y a ponerse pálida y ojerosa. Mi abuela pensaba que era quizás porque su leche no estaba tan buena y que ya no la alimentaba bien.

Un día llegó a verla una tía mucho más antigua que mi abuela, de esas tías que todo lo curan con hierbitas, cataplasmas, rezos y otras cosas raras que yo no entiendo. Mi abuelita preocupada le contó lo que estaba pasando con la guagua y al verla dijo: ¡Una culebra!

- ¡Como que culebra!- dijo mi abuelita, -si es una guagua-.



La tía le dijo: ¡No!, lo que pasa es que a tu niña la está apestando una culebra.

- ¿Cómo es eso?-, dijo mi abuelita.

Se dice que hay culebras que les gusta mucho la leche, sobre todo la humana y cuando hay algún recién nacido en una casa, ellas aprovechan en los descuidos de la mamá de tomarse la leche de la guagua y para que la guagua no lloré y pueda ser descubierta le introducen su cola en la boca y la guagua piensa que es el pecho o un chupete y la chupa mientras la culebra mama la leche.

- Si te fijas bien la niña tiene unos granitos alrededor de la boca y por su aspecto es claro lo que está pasando-, le dijo la tía y le advirtió que tuviera mucho cuidado, sobre todo cuando le daba de mamar en la noche.

Un día mi abuela le estaba dando de mamar a la guagua y aunque trataba de estar muy atenta, igual la venció el sueño y el cansancio, cuando de pronto entró mi abuelo, porque sintió un ruido extraño y al abrir la puerta alcanzó a ver algo que salió por la ventana. Pensó que podía ser un ratón y salió tras de él, pero grande fue su sorpresa al descubrir una tremenda culebra grande y muy, pero muy gorda. Trató de arrancarse pero unos sobrinos que jugaban la acorralaron a piedras y en eso llegó mi abuelo y la mató. Y como dicen que hay que rematarlas con ramas de palqui, los sobrinos le pagaban con estas ramas y le cantaban:

- Esto te pasa por glotona, culebra chapetona.

A los pocos días, la guagüita volvió a ser una niña gordita y de cachetes rosaditos.

“Mi abuelita vivió una historia, mi abuelo me la contó y yo se las cuento a ustedes para que sepan lo que pasó”.





Amadora Lafquén Balladares
Millalén
12 años / 6° Básico
Escuela Santa Rita
Pirque, Región Metropolitana

PREMIOS NACIONALES “ME LO CONTÓ MI ABUELITO”

PREMIO ESPECIAL PUEBLOS ORIGINARIOS

Amadora Lafquén Balladares Millalén

12 años

6° Básico / Escuela Santa Rita

Pirque, Región Metropolitana

KASIKUSI

El primer Kasikusi llegó en el año 1541 y fue traído por Inés de Suárez. A diferencia de los otros perros que tenían los soldados, canes muy feroces que participaban directamente en las batallas contra los mapuches, Kasikusi era un perro para cuidado de la casa, personas, niños, y para salir a las montañas y regresar sin perderse. Era un perro guía con todas las de la ley. Sin embargo, el nombre real de Kasikusi era “Carajo”, hijo de Pepina y Ole, según decía el padre de Inés, rescatado de las montañas de Andalucía, cercana a Huelva, pero eso es otra historia.

Un día, en el año de 1545 Inés de Suárez, que ya residía en Chile, cerca del río Mapocho, como de costumbre fue de paseo cerca del Arrayán más arriba de Apoquindo, Las Condes. La comitiva se encontró con unos guerreros mapuches; en ese entonces soberanos de estas tierras. Ellos creían que los españoles querían robar sus animales o buscaban comida. Les presentaron pelea de inmediato; la batalla duró un par de horas y Carajo terminó gravemente herido. Dejado abandonado por los españoles, Carajo parecía estar muerto. Unas horas más tarde vinieron los ancestros, de la actual abuela Palu y la abuela Trepillanca. Ellas cogieron a Carajo y le dieron su nuevo nombre: Kasikusi. Le dieron el primer auxilio a sus heridas, lo trasladaron a sus rucas y lo cuidaron con mucho amor.

Cuando Kasikusi se recuperó completamente de las heridas, hizo muchas amistades con leones y zorros, o raposas de las montañas y fue así como Kasikusi, cada cierto tiempo, aparecía con una camada de nuevos kasikusis, llegando en forma consecutiva a través de los siglos a vivir con los mapuches de Rucacura, cerca de Toltén, inclusive, a finales del siglo XX y a principios del siglo XXI en diferentes hogares.

Un día, las sobrinas de la abuela Palu y Trepillanca se adentraron en las montañas de Rucacura; tuvieron suerte. Ubicaron un pasaje ovalado en la espesura agreste de la selva virgen y al fondo del pasaje, existía un claro en la montaña. Justamente ese lugar había sido zona de apareamiento y nacimiento de zorros, liebres y leones.



El destino puso a prueba el encuentro del león con Kasikusi. Sus amos, los novios Kumiray y Kalpan, se hacen acompañar de cuatros perros, entre ellos el más bravo y valiente: Kasikusi.

Todos se dieron cuenta de que el pasaje oblongo contenía un extraño olor y una quietud alarmante, puesto que los pájaros, el viento y el cielo limpio auguraban un episodio de consecuencias impensables: mucha quietud.

De pronto, la locura. Los pájaros se alborotan, las ramas de los árboles se agitan, los perros ladraron furiosamente. Kalpan y Kumiray se ponen en guardia, el primero pasa adelante para proteger a su novia de cualquier peligro y la horqueta y el podón se lo pasó a la niña. Y se introdujeron al hermoso claro lleno de elevados árboles, enredaderas, copihues y flores en los extremos superiores de las ramas. El suelo era un redondel, amplio, unos 20 metros de circunferencia tapizado de un suave manto de helechos. En el sector en el que el pasto era más alto, ah, se encontraba el león. Ahí, los perros se detuvieron y todos quedaron en una expectante pausa. Kalpan le dijo a su novia: "¡Tras mío Kumiray!". Afirma el podón en el suelo y tomó la horqueta, la clavó al piso y la elevó a su altura tres veces. El león miró con ojos reposados, como despertando de un sueño y observa extraños personajes. Por el contrario, los perros nunca pensaron lo mismo; Kasikusi dio un feroz ladrido de perro lobo, lince y raposo. Le dijo que combatiría; el león contestó suavemente con un pequeño gruñido y se levantó, mostrando su hermosa estampa, que indicaba una edad de dos años y algunos meses.

Sin que nadie lo pensara y quisiera, los perros se fueron encima del león. Éste se defendió y le dio un zarpazo a Kasikusi, dejándolo herido; a la vez, Kalpan clavó su horqueta en la mano derecha del león y éste lanzó un ruido tan espectacular que los pájaros y las hojas de los árboles alborotaron la montaña entera.

Felizmente, todos se salvaron, aunque la verdad, todos también pasaron sustos.

Al igual que el primer Kasikusi o de nombre "Carajo" fuera auxiliado por la primera Palu y Treipillanca, en aquel lejano siglo XVII, a fines del siglo XX, las mismas descendientes de estas destacadas mujeres asisten a Kasikusi, con los primeros auxilios a esas graves heridas causadas por el león. Según el león, él disfrutaba en su propio paraíso y le habían molestado.

Pues bien, las actuales Palu y Treipillanca, más las atenciones de los novios, que también fueron tan valientes al enfrentarse al león, como los que hicieron huir a la comitiva de Inés de Suárez, casi 500 años atrás, prosiguieron su vida de trabajo y cuidado de sus tierras y animales.

Un día, a la entrada del siglo XXI Kasikusi, ya estaba sanado completamente, realizaba sus labores con toda normalidad, ayudaba a llevar a las ovejas a los potreros y a las vacas y bueyes, a tomar agua. En la tarde cooperaba



en ir a buscarlos y dejar en sus respectivos corrales, incluso coopera en ubicar a los gansos y gallinas que a veces se ponían porfiadas y seguían picoteando.

Pero un día, en el verano de febrero, sin mucho motivo, jugó demasiado tiempo con las ovejas, mariposas y potros y correteó a los cerdos. En la noche, quiso dormir junto a la fogata de la cocina. Soñó con todos sus ancestros de las montañas de la península Ibérica. Más tarde, con el río Mapocho, el cerro Huelén, la zona de Apoquindo, en el Arrayán y Peñalolén y todos los mapuches, que le mostraron humanidad y amor por la naturaleza. También, soñó con toda la cultura traída por sus amos, especialmente tenía recuerdos muy gratos de los caballos: los soldados españoles que siempre confiaban en él para volver a casa. Sin embargo, sus momentos más emotivos los pasó con Inés de Suárez. Muchas veces, la vio llorar en las noches al mirar el cielo estrellado. Él le daba ánimos dando brinco y ladrando, hasta que volvía a la normalidad. Al otro día jugaban y todo era felicidad, incluso para él mismo. Por supuesto, echaba de menos aquellas montañas de Huelva, la cercanía del mar Atlántico, las correrías de sus amigos, raposas, lince y los millones de pájaros que venían a pasar el invierno en aquellos humedales, lago y bosque de la región de Andalucía.

Así revivió toda su historia. Especialmente, en el sueño veía a la primera Palu y la primera Tripillanca, tan hermosas y tan ataviadas en sus joyas. Suspiró y suspiró, mientras sacaba su lengua plana como espátula hacia el fogón que calentaba la comida para la cena de la noche del febrero muy estrellado. En un instante de larga pausa dio un extenso respiro, luego un silencio profundo, que fue interrumpido por la diligente Kumirray, quien comprendía la situación, lo acomodó en un cuero de oveja, así lo dejó hasta el otro día.

En la mañana Kasikusi fue enterrado al lado del cerco, donde se guarecen las visitas para no ser mordidas por los perros.

Nunca morirá Kasikusi, pues su descendencia fue seguida en su misma responsabilidad y lealtad. Hoy Kasikusi sigue leal y más valiente que nunca, desde las montañas o de cualquier ruca mapuche es buen acompañante.





Sandro Juan Cáceres
9 años / 4° Básico
Escuela de Parinacota Cota Cotani Lauca
Putre, Región de Arica y Parinacota

PREMIOS NACIONALES
“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

PRIMER LUGAR

Ignacio Cossio Miranda

7° Básico / Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada

Arica

LA NIÑEZ DE MI ABUELO

Me contó mi abuelo la vida de su niñez y cómo vivía con sus padres.

Nació en el pueblo de Livilcar, que queda al interior de Arica, camino al Santuario de las Peñas; me contó sus costumbres. Su mamá se llamaba Guillermina Cossio, se ganaba la vida cargando en mulas y llamas en dirección a Arica, para cambiar el charqui, queso por ropa, pescado, mercadería para la alimentación de la familia.

Su mamá le preparaba para la cena una sopa llamada chabaina, que tenía de todo lo del estómago del animal: riñones, tripas, nada se perdía.

En el pueblo, sólo se trabajaba en el bofedal, no existía la escuela. Las casas eran de adobe, ahora está deshabitado y hay una o dos personas.

Su mamá era la partera del pueblo y lavandera.

Mi abuelo, a los ocho años, tenía que viajar a Arica a estudiar y quedarse con unos familiares mientras iba al colegio; en las vacaciones, regresaba a casa con su madre.

Cuando cumplió los doce años, murió su padre y a los años después su madre se volvió a casar con un ariqueño que vivía en el área de Azapa, nacieron sus hermanos: dos hombres y una mujer.

Mi abuelo se casó a los veinticinco años, tuvo tres hijos, el primer hijo es mi padre y estoy orgulloso de que sea mi abuelo.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

SEGUNDO LUGAR

Nicolás Esteban Labbé Yáñez

7° Básico / Escuela E-15 Ricardo Silva Arriagada

Arica

EL TETUÉ

Iba caminando un martes trece por un sendero de Pelarco, Talca, cuando de repente se escucha un sonido extraño dentro de unos árboles huecos, así como un ave parecido a un búho. Cuando me acerco a los árboles, se escucha un sonido que decía: Tetué-Tetué y luego de escuchar ese sonido salgo corriendo a mi casa. Cuando iba corriendo, miro hacia atrás y veo un pájaro negro, que me aterrorizó más de lo que estaba, y por eso corrí más rápido, hasta que llegué a mi casa, donde estaba mi abuela. Mi hermano y mis padres me preguntaron qué me pasaba, que por qué estaba así como asustado, y les conté lo que me había pasado. Se pusieron a reír de mí, pero el único que me creyó fue mi hermano. Luego, cuando estábamos en nuestro dormitorio empezamos a comentar lo que me había pasado y cuando dije lo que había escuchado que fue Tetué-Tetué se vio una sombra que cruzó la ventana. Con mi hermano nos quedamos mirándonos, después de eso decidimos no hablar más de aquello y nos dormimos.

Al otro día, llegó mi abuelo y con mi hermano, le contamos lo que me pasó a mí y también a los dos, y él nos contó la historia del Tetué-Tetué que dice que si uno habla de él hay que decir: "martes ayer, martes hoy día, martes mañana", y así sucesivamente hasta completar la semana y luego se puede hablar de él o si no, le puede pasar algo malo a un integrante de tu familia. Y eso fue lo que me pasó... ya que mi hermano, cuando iba caminando por un río, se cayó a él y no lo encontramos hasta el otro día en la desembocadura de ese río, botado en el suelo, y tratamos de hacer todo para revivirlo y en eso se escucha el sonido del Tetué, después de todo mi hermano se salvó, pero lo del Tetué ahora lo tomamos con respeto por lo que pasó.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE TARAPACÁ

PRIMER LUGAR

Alexandra Renata Santiago Yovich
8 años
2° Básico / Academia Iquique Bulnes
Iquique

EL BURRITO DE LA PAMPA

Me contó mi abuela Alicia que cuando ella era pequeña vivió en la oficina salitrera Don Guillermo. La vida era muy tranquila, los niños iban a la escuela y jugaban. Después de ir a la escuela y hacer las tareas, muchos niños salían a jugar. Me cuenta ella que algunos juegos eran saltar la cuerda, las bolitas, jugar con pelotas, el luche y que no tenían televisor ni computador ni internet como nos divertimos hoy.

La vida era muy tranquila y en familia, cuando ya empezaba a oscurecer las mamás salían a la calle a decirles a los niños que se entraran. Todos eran muy obedientes, porque de lo contrario dicen que el burrito pasaba por todas las salitreras cuando el sol estaba cayendo detrás de los cerros, a llevarse con su carga a los niñitos desobedientes.

Todos los niños y niñas que escuchaban esto, corrían a sus casas para acostarse temprano, porque al que no hacía caso, el burrito lo subía a su carga y desaparecía en la pampa del Tamarugal con toda la recolección que había hecho en su viaje.



Noemí Ester Moscoso Esteban
13 años / 8° Básico
Escuela Básica Cariquima
Colchane, Región de Tarapacá



PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE TARAPACÁ

SEGUNDO LUGAR

Yesenia Alejandra Meneses Merino

12 años

5° Básico / Escuela Caleta San Marcos

Iquique

HAY QUE RASCARSE SOLITO

Mi tata, Juan Arancibia Beltrán, me contó lo siguiente:

"Me vine, trabajando desde Taltal. Estuve trabajando dos años en el huiro y ahí se puso malo y me vine hacia el lado de Tocopilla, ahí estuve trabajando en el sector que le llaman Piedras Negras, también recogiendo algas y mariscando pa' sobrevivir.

En ese tiempo, también vendía lapas. Hubo un tiempo que se puso malo, así que me fui pa'l lado de Punta Arenas, una caleta que se llama así. Ahí también seguí trabajando en lo mismo en la playa; y ahí fue cuando vino el aluvión que afectó a toda la costa y quedamos aislados como dos meses. Así que como no teníamos agua y se nos habían acabado los víveres, teníamos que caminar hasta Tocopilla. Salíamos a las cinco de la tarde más o menos y llegábamos a la cinco de la tarde del otro día. Lo que pillábamos en los rucos de los otros pescadores, eso comíamos. Hasta que llegábamos allá a Tocopilla y ahí recién hablábamos con el gallo que nos compraba el huiro y nos pasaba unas monedas y de ahí teníamos que ir a dar la vuelta por el lado de Iquique.

Nos veníamos en la parte de atrás de las camionetas que traían los víveres a los ranas que tenían trabajando en las caletas. Cuando pasábamos por la pampa, en invierno, teníamos que afornarnos con bolsas de nylon, porque el frío calaba los huesos. Los choferes nos dejaban en Caleta Guacha y de ahí teníamos que caminar con los sacos, más o menos de 40 kilos de víveres, hasta llegar a Piedras Negras, al lado de Punta Arenas.



Pasó eso y al poco tiempo la mar se puso mala y de ahí me vine pa'l lado de Iquique. Estuve ahí detrás del aeropuerto, en La Aguadita, que se llama. Estuve como un mes ahí. No me gustó, porque veía puros aviones no más, porque yo estaba acarpa'ó como en un hoyo.

El caballero que me compraba el huiro, que se llamaba Mario Piojo, que era de Caramucho, me trajo pa'cá, pa' la playa Peruana, que ahora se llama Ike-ike. Allí encontré unas latas y construí un ruquito. Después, le puse unos sacos y lo fui modernizando. Después me compré una carpita y empecé a agrandarme más y seguí sacando huiro y claro, un poco más pa'l norte, a vender los mariscos.

Después, un tiempo la mar se puso buena pa' mí. Junté una platita y me compré un bote pa' ir a pescar, y en eso estuve. Después de eso, la mar, como que se enojó conmigo porque le había dejado bota'ó el huiro y me destruyó el bote. Así que, arrepentido tuve que regresar al huiro no más.

Como en Ike-Ike no hay agua, tenía que ir a caleta San Marcos a buscarla. Me iba con dos bidones de 20 litros. Echaba una hora a pie y el doble de regreso. En la carretera, los vehículos no le paran a nadie, menos a uno, porque los que trabajamos de orilla nos tienen catalogados como huieros no más, es decir alguien que vale menos que una persona. No piensan que detrás de uno, hay familia que alimentar y también sueños, esperanzas, igual que ellos.

Después, acá empezó a llegar más gente, pero yo soy el más antiguo, llevo como veinte años ya. Soy el fundador de playa Ike-ike y sigo en lo mismo. Ya aprendí que la mar castiga cuando uno quiere pasarse de listo. Ahora tengo mi casita más grande, una mujer, hijos y mis animalitos. Hemos soportado hambre, frío, enfermedades, por las nuestras no más. Bueno, así tiene que ser. Tamos claros que aquí a orilla e' mar, hay que rascarse solito".

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

PRIMER LUGAR

Geraldyn Mariana Colamar Colamar

12 años

6° Básico / Escuela Nuestra Señora de La Candelaria
Caspana

HISTORIA DE MIS ANTEPASADOS

Cuenta mi bisabuela que hace muchos años atrás ella no vivía en Caspana, ella vivía en la quebrada de Talicuna. Allí permanecieron durante muchos años en unas cuevas pequeñas, mi abuela cuenta que sus abuelos dibujaban con piedras filosas sus manos y sus llamas, ellos mismos se dibujaban para retratar su modo de vida durante sus años de vivencias en la quebrada.

Estos dibujos lo hacían sobre piedra, realizaban petroglifos, es decir, eran dibujos tallados en piedras planas. Ella cuenta que estos dibujos eran como un ciclo de vida, por ejemplo: se dibujaban personas acarreado sus llamas, luego se dibujaba el cruzamiento (reproducción) de las llamas; hacer petroglifo es importante para la reproducción de sus ganados. Estos dibujos eran pinturas de colores, como el rojo que era sacado de las tierras rojas existente a los pies de las quebradas. Mi abuela dice que cuando se murió su mamá con su papá, ella hacía sus tradiciones, hasta que se aburrió de ellas y quiso volver a Caspana y contar a sus hijos que ella tallaba las piedras y también pintaba sus dibujos tallados.

Yo creo que lo que hacía mi abuela era muy bonito, también creo que los petroglifos existían muchos años antes de los tiempos de mis abuelos, como 4.000 años antes de Cristo y me doy cuenta de que son preciosos. Aquí en Caspana hay petroglifos como: el Culebrón, que es un hombre con un palo idéntico a una culebra; el Chamán, un hombre curandero; el carabinero, hombre con sus llamas; el pescador, hombre de pesca; los danzantes, hombres bailarines de aspecto de llamas; la greca Andina y otros más.



Yelisa Colamar Colamar
10 años / 5° Básico
Escuela Nuestra Sra. de la Candelaria
Caspana, Región de Antofagasta



En el sector de Pila y de Piedra Negra hay petroglifos muy grandes. En nuestra escuela, hacemos el esfuerzo por rescatar estos petroglifos, los trabajamos en yeso, madera, tela y platería. En mi escuela, hay un profesor llamado Juan Orellana, quien nos enseña a trabajar para así nosotros recordar que mi abuela con su familia tallaban las piedras. Nunca me olvidaré de mi abuela que tallaba sus hermosos dibujos; yo fui a ver donde mi abuela talló sus dibujos y nunca me olvidaré de ese lugar. También creo que mi pueblo es el único que tiene petroglifos tan hermosos y variados. Quiero invitar a todos a que conozcan el lugar de mi abuela y sus petroglifos, si no pueden llegar a este pueblo a ver los hermosos trabajos de rescate de los petroglifos los dejo con este petroglifo que es mi preferido:



Nunca me olvidaré de mis abuelos y de los abuelos de sus abuelos.



PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE ANTOFAGASTA

SEGUNDO LUGAR
Emilin Micaela Molina Colamar
8 años
3° Básico / Escuela Nuestra Señora de La Candelaria
Caspana

LAS HISTORIAS DE MI ABUELA

Mi abuela se llama Romualda, ella siempre me cuenta cosas sobre su vida y sobre nuestro pueblo.

Un día, me contó que ella creció en el campo, pastoreando animales como llamas, ovejas y cabras. Ella cuenta que en ese tiempo había mucho pasto en el campo, llovía desde diciembre hasta febrero. Ellos trasladaban los animales a estancias como Cablor, Coyer y Chita, que son lugares de alrededor de nuestro pueblo de Caspana. Los animales eran gordos. Ella sacaba la leche de las ovejas y de las cabras y hacían quesos para tener para su alimentación y también lo cambiaban por mercadería. Mataban llamas y corderos para tener carne para alimentarse y para vender, la llevaban a Calama en burros y de regreso traían mercaderías como arroz, azúcar y sal. Cuenta que antes se cocinaba sólo con leña y su comida la hacía cocer en olla de barro y el pan lo hacía cocer sobre una piedra plana y muy caliente. En nuestro pueblo, se producía maíz y trigo y de esto se hacía harina, moliéndola en una piedra llamada kona.

También, hacían el enfloramiento de sus animales cada 24 de junio. Cocinaban patasca, que es un guiso de maíz y carne, y tomaban chicha de maíz. Adoraban a San Antonio, agradeciéndole por tener llamitas y corderos. Al final de la fiesta bailaban con arpa. Esta tradición todavía se hace en nuestro pueblo.

Ella iba al cerro a cortar llareta para secarla y después la bajaba en burro para venderla en Calama. También cuenta que en esos tiempos aquí en nuestro pueblo no había escuela, por eso ella no sabe leer ni escribir.

Cuenta que a Caspana no llegaba camión ni camioneta, porque no había camino, tampoco había luz eléctrica y sólo se alumbraban con fuego. Su vida fue muy sacrificada por eso yo la cuido.

Colorín colorado esta historia se ha acabado, me la contó mi abuelita y yo se la cuento a ustedes.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE ATACAMA

PRIMER LUGAR
Luis Antonio Escobar Cortés
12 años
7° Básico / Escuela F-93
Freirina

EL AMOR DEL "PAPA FRITA" POR SU HERMANA

Esta es una historia que sucedió hace años atrás en un lugar llamado El agua del medio, Estancia Maitencillo, ubicado en la comuna de Freirina.

Cuentan los bisabuelos y la historia comienza así:

Cuenta mi abuelito que en el campo, allá en el Agua del medio, la gente es muy buena para hacer fiesta y las fiestas siempre las hacen con acordeón y guitarra. El día que se les antojaba armaban una fiesta, siempre que tuvieran vino o chicha, ya que en el campo con cualquier lluvia hacían un pozo para sacar agua para el consumo diario y de los animales, y, como en esos años, llovía mucho, había mucha agua, así que sembraban en un pedazo de tierra, plantaban árboles frutales, también sembraban verduras, y esos árboles frutales que plantaban daban frutos que ellos cosechaban, como la uva y las hacían chicha. Así era la vida de esta gente, había varias majadas de cabras muy cerca. En una de estas majadas, comenzó la historia del "Papa Frita", quien se intentó suicidar, ya que estaba enamorado de su hermana.

Este hombre tenía cuatro hermanas y dos hermanos, se crió en el campo, sin educación ni él ni sus hermanos(as). Eran como animalitos, vivían en su entorno, no conocían la ciudad, ellos vivían de las cabras y del carbón que ellos mismos hacían en el campo y el "Papa" lo traía en burro para poder venderlo a la gente de Freirina.

Un día, en esas fiestas que se hicieron en su casa, había mucho licor y fue así como el "Papa Frita" gritó su amor por su hermana a los cuatro vientos. Cuando eran altas horas de la madrugada, se escuchó muy cerca un tiro,



Paola Guadalupe Anza C.
12 años / 7° Básico
Escuela E-20
Caspana, Región de Antofagasta



pero no era de alguna arma sino que era de explosivo y fueron a ver de dónde fue la explosión. Era en una de las habitaciones de la casa, se paró la música, fueron a ver a la habitación y ahí estaba tirado sobre la cama el “Papa Frita”, y lo más chistoso es que no le pasó nada al “Papa” después de la explosión. Los familiares que corrieron a verlo le preguntaron qué has hecho Edmundo y les respondió: “Me mato por la Nelly”. Le preguntan ¿Cómo lo has hecho que no te pasó nada? Lo pararon y lo trajeron en burro al hospital de Freirina para que lo revisara el médico y lo dejaron en observación. El médico, cuando lo revisó, sólo tenía daños en una tetilla, a los dos días fue dado de alta y tuvo que ir a dar declaración al juzgado de letras de Freirina.

El juez, cuando lo interrogó, le preguntó: ¿Edmundo, cómo conseguiste los explosivos, ya que tú no tienes permiso para comprar ni manipular?

Le contestó: “La guía me la dio el “Tuerto Vito Flores”; la dinamita, mi hermano el “Guatón del Diente” y el fulminante me lo dio “José Pata del Diablo”.

Juez: ¿Dónde viven todas estas personas?

Papa Frita: En la posesión Los Palos Negros, que queda ubicado cerca del “Agua de la Zorra”.

El juez se sonrió y la última pregunta que le hizo fue: ¿Cómo pusiste los explosivos para que no te hicieran daño en el cuerpo?

“Papa Frita”: Primero armé la guía con la dinamita y el fulminante, y lo puse en las tablas del catre, después puse la cama, luego puse dos almohadas y un saco relleno con guano de cabra y me acosté bocabajo, prendí la guía con los fósforos, en vez de lanzarme al cielo y atravesar el techo me rompió el catre e hizo un hoyo en el piso, y lo que más siento ahora es que tengo que dormir en el suelo igual que los perros, tengo que cortar unos palos de molles para poder hacer un catre nuevo.

La sentencia que dio el juez fue: “Él es deficiente mental, porque las palabras no tenían sentido, lo dejo en libertad”.

El juez conversó con la mamá del “Papa Frita” y le preguntó si ella estaba al tanto de lo que le pasaba actualmente a su hijo. Ella le respondió que no lo estaba. La otra pregunta que le hizo fue si él, alguna vez, había tenido novia en su vida, ya que el “Papa Frita” tenía 40 años. La mamá respondió que no había tenido nunca una novia. Lo único que le dijo el juez fue: “Ojalá que se fije en una mujer y díganle que no se debe enamorar de un familiar”.





Se lo llevaron al campo y la mamá empezó a contactarse con una muchacha que tenía la misma edad del “Papa Frita” y como antiguamente las parejas no tenían amor entre ellos, ya que los padres decidían con quién se casaban los hijos, la madre decidió hablar con los padres y juntarlos, y tuvieron cuatro hijos: dos hombres y dos mujeres.

Al “Papa Frita” no le gustó que su esposa tuviera muchos hijos y le empezó a dar uña de mula para que no tuviera más hijos, la hervía en un tacho y se la daba como purgante. Según él, hacía bien para no tener mas hijos, pero desgraciadamente no funcionó el remedio mágico y tuvo tres hijos más, pero como era tan bruto -el pobre- obligó a la esposa junto con la mamá de él a darlos en adopción. Cada vez que tenía un hijo lo daba a familias que a él se le antojaban, como antiguamente los regalaban como dar un animalito.

Así fue la vida de Edmundo Orellana, alias el Papa Frita”, quien se enfermó de silicosis y falleció en su casa.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE COQUIMBO

PRIMER LUGAR
Carol A. Cortés Cortés
14 años
1° Medio / Liceo Samuel Román Rojas
Combarbalá

EL ORO DEL DIABLO

Esta historia me la contó mi abuelito....

Esta historia le sucede en Andacollo a un hombre que vivía en el Peralito (Cogoti 18).

Mi abuelito me contó que en esa mina de Andacollo trabajaba mucha gente menos él, ya que él se robaba el oro. Fue una vez y a la tercera se le apareció un hombre vestido completamente de negro, que fue muy extraño que él estuviera allí adentro, ya que mi abuelito se había percatado de que los turnos se habían acabado y que todas las personas ya se habían retirado de ese lugar.

Mi abuelito quedó con dudas, ya que ese hombre -vestido completamente de negro- no lo miraba de frente a la cara, si no que de lado, él trataba de mirarlo de frente para saber quién era esa persona tan misteriosa... luego de unos minutos, mi abuelito le dijo al hombre si le podía dar un poco de oro, que él tenía mucha familia que alimentar y a su mujer le faltaba poco para dar a luz "y no tengo cómo pagar mis cuentas". El hombre no le contestaba, mi abuelito le seguía hablando para ver si el hombre le dirigía siquiera una palabra y lo último que le dijo fue "si yo necesito una remesa nomás". En eso hubo un temblor y una parte de la mina se cayó. Mi abuelito abrió los ojos y frente a él había un buen poco de ese metal que él tanto quería, que era el oro, y que le pidió al hombre; el hombre seguía ahí, y mi abuelito le dio gracias por todo el oro que le había dado. El hombre, por fin, lo miró de frente y mi abuelito se dio cuenta de que tenía la cara deformada como si hubiera estado en un incendio o algo parecido...y de pronto, en un instante, estaba echando su oro al saco, cuando miró para el lado para preguntarle al hombre qué le había pasado en su cara, y el hombre ya no estaba, había desaparecido justo cuando apareció un poco de humo negro.



Mi abuelito pensó que al hombre se le habían caído unas piedras encima, ya que había visto otro remezón más pequeño que el otro, pero buscó al hombre y no lo encontró por ningún lado. Salió de la mina y se sentó en una piedra al lado de un monte afuera de la mina y se dijo así mismo... "lo voy a esperar a ver quién es realmente y para saber qué le pasó en su cara y ver si sale..."

Lo esperó hasta el amanecer y no apareció.

No hubo ninguna pista de lo que le había pasado a aquel hombre tan extraño, mi abuelito aburrido de esperar que el hombre saliera, se fue a su casa, durmió un poco y luego se fue a vender el oro que el hombre le había dado por arte de magia, y con el dinero que ganó pagó sus cuentas; cuando llegó a Combarbalá contó todo lo que había pasado y desde entonces quedó con el apodo del "Juanito de Oro"...



Cristian Alejandro Cortés González
8 años / 3° Básico

Escuela Básica Rural 216 Gustavo Contreras Castro
Piedras Bonitas - Monte Patria, Región de Coquimbo

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE COQUIMBO

SEGUNDO LUGAR

Cristián Alejandro Cortés González

8 años

3° Básico / Escuela Básica Gustavo Contreras Castro, Piedras Bonitas
Monte Patria

JUANA Y FORTUNATA

Mi abuelito tenía dos tías que se llamaban Fortunata y Juana. Ellas eran muy maceteadas, tenían que mandarles a hacer zapatos porque calzaban 44. Tenían las manos más grandes que un hombre.

Una noche, cuando ellas estaban durmiendo, llegó a su choza un león que comenzó a meter su mano, dando arañazos donde las tías dormían. Ahí despertó la tía Juana y ella despertó a la tía Fortunata, y juntas planificaron atrapar al león.

Cuando el león nuevamente metió su mano, las tías lo lacearon y quedó atrapado de su mano. Ellas amarraron al león: "Lo amarraron a las patas de su catre".

Entonces, ellas salieron a buscar gente para matar al león. Cuando llegaron los hombres, ahí estaba el león atrapado de su pata....

Vocabulario

Maceteadas: Grandes

Choza: Casa

Catre: Cama

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE VALPARAÍSO

PRIMER LUGAR
Andrea Toro Castro
11 años
6° Básico / Liceo Cordillera Chicolco
Petorca

LA BRUJA DEL VALLE

En el Valle de Los Olmos vivió escondida, María, una mujer de rostro fino y modales de gran dama, vestía siempre de negro y usaba el cabello coronado por un moño, que atravesaba con un clavo carpintero.

Su casa tenía algo misterioso. Estaba ubicada a los pies del Cerro La Cruz y rodeada de un antejardín sin flores y un sitio de enormes paltos, donde anidaban guirabos. Las ventanas siempre cerradas.

María atendía frecuentemente consultas de los vecinos para curar el "mal de ojo", "quebrar empachos" o bien leer la suerte. No cobraba dinero por estos servicios, más bien prefería que le donaran algunas especies: una cajetilla de cigarros "Premier", un kilo de azúcar o...un botellón de tinto.

Conocido y singular era el sonido potente que emitía puntualmente doña María, al atardecer de los sombríos días. Coincidió con la llegada de los tordos, loicas y guirabas.

Decían que María practicaba la hechicería en sapos, a los que cosía el hocico con hilo negro. Éstos, guiados por su instinto buscarían el agua y acequias, arriba escaparían, pero hacía la muerte.

En las oscuras noches de invierno del Valle el silencio era completo. Sólo los que cumplían labores agrícolas eran quienes oían cantar al tué-tué y atinando a decir "Ave María", pensaban en lo que se decía... Desde que María, "la Bruja del Valle", se fue los sapos croan felices y se atreven a llegar hasta los sombríos patios de nuestras casas. Pero más de alguna dama sigue "quebrando empachos" y "curando el mal de ojos"...y los tué-tué siguen pasando.

Geraldine Paola Muñoz Contreras
12 años / 7° Básico
Escuela Hanswenke Mengers
Cabildo, Región de Valparaíso



PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE VALPARAÍSO

SEGUNDO LUGAR
Martín Jesús Fernández Vivanco
9 años
4° Básico / Escuela Monte Carmelo
La Calera

LOS BURROS DEL ABUELO

Antiguamente, los burros eran muy útiles y queridos. Sobre todo el burro del abuelo, que lo utilizaba como medio de transporte, trabajo y diversión, al cual llamaban El Chascón.

Era un burro muy querido y, a la vez, muy competidor, porque en cada participación de competencia de Fiestas Patrias siempre era ganador.

Pues llegó el día que de una burra se enamoró y un burrito nuevo llegó.

Toda la gente esperaba que el burrito fuera igual que su padre, siempre trabajador y ganador, pero el burrito a la gente y al abuelo decepcionó.

La gente le decía al abuelo que no era ni la sombra de su padre, pero el burrito con una sorpresa a la gente sorprendió, porque un día, a un niño perdido y en peligro, el burrito lo rescató.

Así cuenta la gente antigua de este pueblo que siempre llevarán en el corazón el nombre de Chascón y el burro pequeño, llamado Orejón...



Dylan Mauro Pizarro Cortés
13 años / 8° Básico
Colegio Cerro Guayaquil
Monte Patria, Región de Coquimbo

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN METROPOLITANA

PRIMER LUGAR

Rodrigo Bastián Coccio Kresse

8 años

3° Básico

Colina

UN PUEBLO LLAMADO COLINA

Había una vez, años atrás, un pequeño pueblo llamado Colina, lo habitaban pocas personas y todos se conocían. Ahí nacieron mis abuelos por parte de mi mamá, ellos trabajaban en la Ponderosa de Colina. Ellos cuentan que ahí aparecían extrañas personas como fantasmas, aparecían en las cabañas donde alojaban las personas.

En una de las cabañas vieron la cabeza de un hombre en la ventana de un baño riéndose y sus dientes eran amarillos como el oro.

También cuentan que, en ese tiempo, aparecían muchos duendes. Como no había casas, todo era potrero y grandes matas de moras, los duendes aparecían entre ellas y la gente siempre estaba asustada y decían que los duendes se les aparecían a los niños chicos, los tomaban y los duendes los dejaban en los techos de las casas, y cuando sus padres se daban cuenta los encontraban en los techos. Sus padres les preguntaban cómo habían llegado ahí y ellos les contaban que un niño chico los había dejado.

También me contó mi abuelita que al lado de su casa penaban, porque se escuchaban muchos ruidos cuando los vecinos no estaban, se escuchaba que se caía la loza, lavaban los platos, que conversaban, pero ellos no estaban.

Después los vecinos arrendaron la casa, los arrendatarios no duraban mucho por las cosas que pasaban, no los dejaban dormir. En una ocasión, se sintieron gritos, fueron a ver y era una arrendataria que estaba muy asustada porque un hombre chico, negro y feo la estaba mirando de un sillón. Ahí el hombre desapareció del sillón.

Mi abuela tiene muchos cuentos de Colina y todos son entretenidos y por eso yo no cambio mi comuna de Colina...

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN METROPOLITANA

SEGUNDO LUGAR
Brandon Esteve Villar Castillo
12 años
7° Básico / Escuela Algarrobal
Colina

LA NOVIA DE NEGRO

Antiguamente, la población llamada Las Canteras era un lugar muy solitario, había muy pocas viviendas que estaban ubicadas a los pies de los cerros, donde se trabajaba la piedra. Allí trabajaban todos los hombres, las mujeres se desempeñaban como dueñas de casa, cuidaban a los niños y criaban animales para tener carne y había familias pequeñas que vivían en cuevas.

Un día llegó un señor llamado Fermín Vergara, que era dueño del fundo llamado Las Canteras. Él le cedió terrenos a la gente para que vivieran mejor y tuvieran más comodidad para ellos y sus hijos y no vivieran como indigentes. Gracias al señor Vergara, tuvieron mis bisabuelos un mejor pasar y en homenaje a su voluntad y generosidad llamaron a la única calle que existe en la población Avenida Fermín Vergara. Los habitantes de Las Canteras, que en ese tiempo eran muy poquitos, trabajaron muy duro, porque en la calle crecían unos matorrales de moras que hacían casi imposible circular con los carretones, no había luz eléctrica ni tampoco agua potable, en fin, se las ingeniaban para vivir con los pocos recursos que tenían.

Yo, Brandon Villar, bisnieto de José González Espinoza y María Araya Pino, les contaré el relato de mi familia.

A mi bisabuelo José le gustaba salir el fin de semana con el tío Juan (hermano de mi bisabuelo). Ellos salían a beber a un restaurante, el único en ese tiempo. Mi bisabuelo trabajaba mucho para poder alimentar a sus 13 hijos, por eso tenía derecho, decía él, para salir un día a relajarse con su hermano "Juan", a carretear, hasta eso de las 4 de la mañana. Un día, venían de vuelta a casa, cuando por el camino se les apareció una mujer hermosa con un vestido negro, unas botas muy puntiagudas y un abrigo negro con capuchón. Ellos estaban impactados por su belleza.



Ella les conversó muy poco, sólo recuerdan que les insistía mucho en ir a tomar un trago. El tío Juan le dijo al tiro que sí, pero mi bisabuelo le dijo que no, porque estaban cerca de la casa y si mi bisabuela lo llegaba a ver, le daría una sarta de palos. Por eso, él no fue, pero el tío Juan, muy contento, se dirigió hacia el final de Las Canteras. Mi bisabuelo ya no los divisó más, se fue a acostar y pensó que por la mañana iría a verlo y saber qué pasó con su aventura.

Al otro día, mi bisabuelo fue donde vivía su hermano, porque el cerro se estaba quemando, pero él no estaba. Luego de apagar el fuego para que no se fueran a quemar su casa y las casas de otros vecinos, sus compañeros y mi bisabuelo José descansaron y comentaron cómo se podía haber generado ese incendio. A todo esto, el tío Juan no aparecía, fueron todos los vecinos a ver a los animales que se asustaron y huyeron hacia otros cerros cercanos y encontraron el cuerpo del tío Juan, pero sus ropas estaban lejos de él y alrededor de su cuerpo estaba un círculo de piedras que hacía parecer una tumba y en su cabeza una cruz de quisco.

Años después de lo ocurrido, mi bisabuelo -quien nunca contó lo que les había pasado esa noche, porque no estaba seguro de la existencia de la mujer y pensaba que eso le había pasado a Juan por borracho y que se durmió en el cerro y no se dio cuenta del incendio, aunque siempre se preguntó como podía haber ahí una cruz de quisco y esas piedras-, no se imaginó nunca lo que pasaría después.

Un día de invierno, venía el hermano de mi bisabuelo, el tío Negro, muy tarde porque tenían que viajar en burro para poder comprar mercadería, harina, aceite, azúcar y todo lo que necesitaban. Pasó a dejar las cosas donde mi bisabuela y se dirigió a su casa un poco más arriba de la población, cuando se le aparece la misma mujer, tan hermosa que no lo podía creer. Él, sin conocimiento de esta mujer, aceptó al igual que el tío Juan. Salió con ella, con la diferencia que él no estaba borracho. Mi bisabuelo cuenta que el tío Negro se fue con la mujer hacia arriba donde terminaba la población y no se dio cuenta cuando en cosa de segundos estaba en el cerro llamado de La Viuda. Él, al lado de la mujer, parecía que hubiera volado junto a ella. En un momento de lucidez, se dio cuenta de que estaba sin ropa, con los pies sangrando por las heridas y la piel con espinas, cuando él ve a esa mujer que estaba de espaldas, no sabía muy bien lo que pasaba, hasta que ella se dio vuelta y era una mujer tan horrible que casi parecía una bruja o no podría describirla, porque era horrorosa. Observó a su alrededor y se dio cuenta de que estaba justamente donde apareció el cuerpo del hermano del esposo de su hermana y se fue corriendo hacia abajo. Corrió, corrió, hasta que llegó en la mañana a la casa de mi bisabuela y fue entonces cuando mi bisabuelo contó muy aterrado que la misma mujer los había invitado a él y al tío Juan a tomar algo. Llorando, todos abrazaron al tío Negro y comprendieron que al tío Juan lo mató esa mujer que no saben de qué horrible lugar viene.

El tío Negro luego de algunos años falleció, trabajando en las Canteras. Él fue sepultado por el cerro y en La Cantera mi bisabuelo construyó una animita para recordarlo. Yo, Brandon Villar, conozco esa animita que esta allá y después de conocer la historia, siempre que mi papá me lleva a visitarla, le enciendo una vela.





Producto de esta historia, mi papá David Villar me contó que cuando vivía en el cerro, en el terreno que ahora es La Reserva, ellos tenían muchos animales caprinos y él se encargaba de cuidarlos para que los cuatreros no se los robaran y los perros no los mataran, por eso tenía que salir a buscarlos todas las tardes después del colegio. Él tenía como 15 años cuando un día, entre las seis y ocho de la tarde, a la hora de la tarde, a la hora de la oración, salió a buscar unas cabras que le faltaron y buscó en todos los cerros. Y a esa hora llegó a ese cerro que todos los días andaba, pero nunca pensó que ese día iba a ser distinto, porque cuando estaba subiendo una loma, el viento hizo un ruido muy raro, como si alguien le silbara. Él miró para todos lados y no se veía a nadie. Con mucho miedo siguió su camino, cuando de pronto se encontró parado en medio de la sepultura donde antes le habían contado.

Todos conocen esta historia, pero si alguien busca esa tumba con esa llamativa cruz de quisco, de día no se puede encontrar, por eso mi papá nunca la vio antes. Pero ese día fue distinto, porque él no quería subir ese cerro, porque era tarde. Él cuando vio esa tumba salió arrancando cerro abajo y cuenta que cuando corría parecía que no se encontraba con nada por delante, siendo que el cerro tiene muchas piedras, espinos, quiscos, etc. Llegando a la casa, le contó a su madre y mi abuela le contó que a ella le pasó algo parecido tiempo atrás con su hija, cuando fueron a buscar unas ovejas que estaban por parir. Mi abuela contaba que fueron cerro arriba a la hora de la oración con mi tía Verónica, cuando llegaron a la loma del cerro. Mi abuela sintió que hombres hablaban muy fuerte y muy cerca, mi abuela llamó a mi tía y le dijo que le diera la mano y se quedaron calladas detrás de unas rocas.

Cuando mi abuela dice: Verónica, mira; en el cerro, allá en la quebrada, salían chispas del suelo y se escuchaban galopes de caballos. Ellas asustadas se quedaron inmóviles, no podían correr, era como si estuvieran plantadas ahí, tenían mucho miedo y llorando empezaron a caminar muy lento sin hacer ningún ruido. Fue ahí cuando mi abuela también se encontró en medio de esa tumba y corriendo llegaron a casa, prometiendo que nunca saldrían tan tarde, le pidió disculpas a mi papá y que no volverían a mandarlo tan tarde a buscar las cabras al cerro.

Yo, Brandon Villar, les cuento esta historia verídica que me contó mi bisabuelo. Él aún vive. Mi bisabuela falleció hace algunos años. Mis abuelos y mi tía me contaron lo que vivieron, cuando yo escribía la historia que me contó mi bisabuelo José. Y todos coinciden con la misma historia o vivencias. Mi papá, David Villar, me acompañó de día para que viera dónde se aparecía esta tumba, pero no la encontramos, no se veía nada, pero ni yo ni mi papá somos tontos ni locos para ir allá a la hora de la oración.

No sé ustedes.

Esta historia de la Novia de Negro tiene más de 50 a 60 años y mis parientes, papá y abuelos vivieron esto hace como 20 años: el terror de la tarde de la oración.

Gracias a Dios y a los ángeles que los protegen a ellos, no les pasó nada, pero juraron que nunca vieron algo igual y que el terror de la hora de la oración es algo incomparable...

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE O'HIGGINS

PRIMER LUGAR
Natalia Alejandra Muñoz Vargas
12 años
6° Básico / Escuela Municipal Rodelillo
Pichilemu

EL PATITO COLOCOY

Después de trabajar todo el día, el patito Colocoy caminaba hacia su casa, cuando, en el camino, se encontró con el zorro.

- ¡Retírate de mi camino, pato feo!-, le dijo el zorro, -siempre andas nadando. ¿Podrías de vez en cuando correr, aunque fuera un poquito?

- ¡Claro que sí!-, contestó el patito Colocoy, muy herido por lo que el zorro le decía -y puedo correr más rápido que tú si se me antoja.

- ¡Te voy a creer! Eres muy chistoso. ¿Echémonos una carrerita ahora?

- ¡Listo, no más! Pero será mañana en la mañana, porque ahora vengo muy cansado de mi trabajo, no como tú que lo pasas de flojo todo el tiempo. Además, tengo mucha hambre, ¿de acuerdo?

- ¡Acordado! Pero no falles, pobre pato-, dijo el zorro y se fue trotando hacia su madriguera.

Al día siguiente, mucho antes de que las diuquitas comenzaran a sacar el alba de sus buches, el patito Colocoy ya se estaba preparando para la carrera. Puso a sus hijos menores como jueces de grito, en la partida; a su mujer, como juez de llegada, y a su hijo mayor, que era igualito a él lo escondió en la tierra, unos cuantos metros más allá del punto de llegada.



Empezaba a clarear cuando apareció el zorro.

- ¿Estás listo, patito Colocoy? – le preguntó.

- ¡Mucho rato! ¿Trajiste testigos?

- No me hacen falta, basta y sobra con los tuyos, para el caso presente. Y corramos luego que tengo una invitación a un gallinero y se me está haciendo tarde.

- ¡Cuando gustes no más!

Puestos en la raya, y apenas sonó el grito, el zorro partió como un celaje. Pero aún más listo, el patito Colocoy se le colgó de un salto en el rabo.

Corrió unos metros el zorro y volviéndose a mirar para atrás, gritó burlón:

- ¡Patito Colocoy!

Y con asombro, oyó la voz de éste que le gritaba:

- ¡Adelante estoy!

Como picado por una araña, se dio vuelta y el zorro divisó al patito Colocoy corriendo hacia la meta, unos cuantos metros delante de él.

Partió otra vez el zorro, como el viento, pero esta vez, por aquello de que el zorro nunca deja de serlo, metió la cola entre las piernas. El patito Colocoy regresó tranquilamente al punto de partida.

Jadeando llegó el zorro a la raya, se paró un poco antes y volviéndose para atrás gritó:

- ¡Patito Colocoy!

Y con una rabia inmensa oyó una voz burlona que le gritaba, desde más allá del punto de llegada:

- ¡Adelante estoy!

Y así fue como el orgulloso zorro fue vencido en carrera por el patito Colocoy.



Constanza Alejandra Guenul Sánchez
7 años / 2° Básico
Escuela El Pilar
Ancud, Región de Los Lagos



PREMIOS NACIONALES

“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”

REGIÓN DE O’HIGGINS

SEGUNDO LUGAR

Valentina Alejandra Pereira Urzúa

9 años

4° Básico / Escuela Digna Camilo Aguilar

Pichilemu

EL COLEGIO EMBRUJADO

Dicen los vecinos que hace mucho tiempo, en el colegio de Valdivia, todos los martes 13 y las noches de Año Nuevo a las 12 de la noche, por una terraza del frente del colegio y por las ventanas del colegio se veían brujas que destrozan todo. La Directora cuenta que los libros de clases aparecían todos rallados y las cortinas destrozadas, ya los niños no podían ir a clases, las mamás de los niños estaban muy enojadas con estas brujas, porque sus hijos perdían la educación, por eso muchos niños del Colegio de Valdivia se fueron del colegio y de Valdivia, los profesores son unos locos decía en una pared.

La Directora no sabía qué hacer con este problema, ya la mayoría de las tías habían renunciado, porque las brujas iban a sus casas y destruían todo. Los vecinos pensaron en destruir el Colegio, ya que éste era la atracción de las brujas, las mamás habían pensado en exterminar a las brujas, pero no sabían de qué manera lo podían hacer.

Un día, un niño investigando se quedó atrapado en el colegio, una hora más tarde empezaron a llegar las brujas y éste al verse tan asustado se acordó de su abuela y de unas historias que le contaba cuando era niño, que era: quemar una rama de ruda, palqui, ajo, con una cinta roja. El niño buscó tanto que encontró lo que buscaba en el colegio de inmediato. El niño comenzó a encender las cosas y cuando las brujas empezaron a descender sintieron ese olor, se dieron media vuelta y se fueron muy enojadas, pues no podían volver a sus travesuras.

Finalmente, el niño logró salir del colegio y cuando encontró a sus padres les comentó lo sucedido, y así fueron en busca de la Directora del colegio, sus profesores, más los otros compañeros con sus padres y volvieron todos al colegio de Valdivia cantando y jugando. Ordenaron todo lo que las brujas habían hecho: pintaron las paredes,



renovaron los libros de clases, las cortinas y también plantaron palto, ruda, palqui y ajo para que así las brujas no se atrevieran a acercarse al colegio y a los niños.

Así el colegio empezó a llenarse de muchos niños y niñas que estudiaban y aprendían cosas nuevas cada día junto a sus profesores y la directora, empezaron todos a hacer aseo y después de ese ataque de las brujas van todos muy felices al colegio. Ahora es un lugar con muchos juegos, flores y colores.





Tamara Jeannette Ahumada Acuña
11 años / 5° Básico
Colegio Navarra
Puente Alto, Región Metropolitana

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DEL MAULE

PRIMER LUGAR
Miriam Camila Reyes Verdugo
13 años
7° Básico / Escuela G-207 Pangué Arriba
San Rafael

LA ABUELITA ELISA. HISTORIA REAL

Lo siguiente que relataré es la historia de una abuelita que ha dejado gran parte de su existencia en el campo, siguiendo así las tradiciones y costumbres heredadas de sus antepasados (padres), a pesar de lo sacrificado que le ha sido en todos estos años.

Transcurría el verano de 1996, un día domingo como tantos otros durante un paseo familiar, orillando un correntoso río de aguas cristalinas y buscando su nacimiento, llegamos hasta los pies de una gran montaña que su nombre en estos momentos no recuerdo.

Sin encontrar dónde empacar, llegamos a una humilde casita de donde salió una viejecita de pelo blanco. Su rostro resquebrajado, rudas manos y su encorvada espalda, hacían ver a simple vista la rudeza del clima y dura vida de ese lugar. Con mucha simpatía, nos proporcionó un lugar en su terreno y la invitamos a compartir el día con nosotros, durante el cual el centro de todas las conversaciones era ella y todas las preguntas iban dirigidas a ella.

Nos contaba que, siendo jóvenes, sus padres llegaron a colonizar esa zona. Trabajaron toda su vida ahí, pero ya al estar viejos, la mandaron a buscar para que se hiciera cargo del campo de ellos.

Ella aceptó con mucho agrado, dejando atrás una vida y un agradable trabajo que tenía en la ciudad, para continuar con la tradición de no abandonar la vida del campo.



Al fallecer sus padres, ella quedó sola en las montañas, sin más compañía que la de sus perros.

Al terminar los blancos y largos inviernos, cada primavera ella reunía su hambriento ganado y remontaba la enorme montaña a lomo de caballo. Con la ayuda de sus perros, cabalgaba así grandes distancias para llegar así a los límites de Argentina; allí sus animales saciaban el hambre con abundante y tierno pasto.

Un día, en otoño, recién terminado el verano, regresaba a casa con sus gordas vacas y casi al caer la noche, salió a su camino un feroz puma con la intención de robarle un ternero, pero al ser atacado por sus perros huyó y esparció así todo el ganado por el bosque. Al día siguiente siguió con su labor hasta llegar a casa.

Contaba esta viejita que un día, estando todo cubierto de nieve, cortaba ramas para darles alimento a sus ovejas. Aparecieron ciervos a comer junto a ellas, haciendo de esto una costumbre. Yo me asusté, cuando la abuelita Elisa dijo que una mañana bajó de lo alto un tremendo jabalí y ella, sin alcanzar a entrar a su casa, tuvo que subirse a un cerezo y estar arriba hasta que el jabalí se cansó de comer carozo (cerezas) y se fue.

Lo más triste de su vida le había ocurrido hacia poco más de un mes, cuando al llegar de camppear sus animales, se encontró con su casa toda quemada, sin poder salvar nada. Al encontrarse con esa situación, tuvo que bajar a pedir ayuda, encontrando la generosidad del Alcalde, quien le mandó construir una nueva casita donde la Abuelita Elisa continuará viviendo feliz, junto a sus perros y al ruido del gran río y con la esperanza de que pase por allí una nueva familia que le alegre el día.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DEL MAULE

SEGUNDO LUGAR
Manuel Nicolás Castillo Lagos
18 años
4° Medio
Linares

UNA CAJITA DE FÓSFOROS

Nos refugiamos en la casa después de que cada uno de los hermanos y mi mamá terminásemos todas las labores del día. Las luces del atardecer fueron desapareciendo hasta llenarse la tierra de la sombra acostumbrada de la tarde.

Entre el silencio y la calma repentina de las aguas, se escuchaban aún los bichos que andaban por ahí metidos entre los matorrales que daban con la casa.

Llovía con rabia y destemplanza y cada gota de agua parecía atravesar los muros de barro y la techumbre de cañas de centeno con los que mi paire construyó la casa. El viento implacable amenazaba con tirar hasta los robles, los peumos y los coigües del cerro San Diego.

Pero, a pesar de todo aquello y más la costumbre que teníamos de éstos vendavales, nunca nos imaginábamos lo que iba a pasar después.

Delfina caminaba lento y cautelosamente, con esa calma y paciencia que la caracterizaba, bajaba el cerro que la separaba geográficamente de las casas patronales.

Avanzaba con su perro Copito, bajo el vendaval y aguacero, la oscuridad absoluta en la noche fría y húmeda, los árboles empapados, arrastrando los pies por el terreno blando y resbaladizo sobre las escarpadas laderas, embarrando cada vez más sus trajinados zuecos que iban perdiendo su apariencia original, pero que al paso de cada quebrada volvían a su estado normal al lavarse por las frías aguas que corrían cerro abajo.



... Una cree escuchar de todo cuando se está así de sola en la noche, pero yo sé que no es más que el viento, y si no, ha de ser una animita que me anda acompañando al ir pasando por el "descanso" que se ve al pie del roble...

La luz tibia del sol que había iluminado los campos de Los Hualles esa mañana fría del invierno pluvioso, se fue apagando paulatinamente esa misma tarde, ya que las nubes y el viento del norte se arrimaban y se posaban sobre las tierras, los montes, animales y campesinos que a esas horas cumplían con el jornal que debían.

Doña María Delfina Parada, percibió la venida del temporal mientras tejía en su telar una frazada para su cuñada Ropajita de la Quebrada de los Puquíos.

Delfina, junto con sus hijos, vivía en una pequeña y rustica casucha, arriba, metida en los cerros, entre el cajón de Los Hualles y el cajón de Pejerrey. Su esposo era mediero y trabajaba en el bajo, día y noche en el fundo de la familia Cerda.

El frío ya comenzaba a sentirse en su cuerpo cansado y dolorido por la marcha, cuando vio luz y humo saliendo desde el fogón.

En fin, iba al fundo de la vieja Clara, la casa más cercana desde San Diego a la civilización, digamos, al sector mismo de Los Hualles.

- Güenas noches, patrona Clara.

- ¿Qué anda haciendo a estas horas, Delfina?

- Mmm... salí a tomar airecito fresco no ma'.

- ¿Pero qué no ve el tiempo malo que hace? Arrímese al juego pa' que seque sus prendas, que deben venir estilando.

- Con su permiso, patrona.

Y acercó el tacho a la brasas del tizonero para después tomar las vicieras y preparar el mate y convidarle a Doña Delfina.



Sola con su capucha de saco, su lona en su morral y en su mano una chonchona de alumbre, partió pues al bajo. Nosotros estábamos chicos todavía. Aunque bien pudo haberla acompañado Nano o Fidel, pero llovía muy refuerte y a esas horas mejorcito era que nos quedáramos juntos por cualquier cosa.

- Ahorita dígame, ¿qué le trae por acá?

La lluvia no ponía un alto. Ya había caído durante toda la tarde sin descanso, obligando a los campesinos a terminar antes sus faenas.

- Le venía a emplear una cajita de fósforos, patrona Clara.

Estábamos a la orilla del fuego, la mamá traía unos palos y los ponía cerca de ella pa' no tener que levantarse tan seguido. Había oscurecido y como todos los días, ella poníase a cebar el mate, sentada en su pisito de mimbre, ya cansada por el ajetreo del ir y venir en el campo.

- ¡Pero claro, cómo no Delfina!

El agua que había caído durante el día se había acumulado en el cerro y de un momento a otro comenzó a bajar convertido en un río de agua y barro.

Y repentinamente, el agua azota la puerta de la cocina, cuando apenas nos habíamos acomodado en él pa' recibir el mate de mamá. Dentrando y mojando por todos lados, el agua infeliz apagaba a su paso todo el fuego y el calor, mojaba los palos de la leña y los únicos fósforos que teníamos, dejándonos empapados, sin agua caliente y en completa penumbra.

- Gracias patroncita. Buenas noches.

Ahora de esa forma, y con el mismo temple con el que bajó, vuelve cerro arriba para brindar la luz y el calor del fuego a sus ocho hijos, que esperan impacientes que se asome por entre los mañíos y los coigües.





Rosa Adriana Vita Pavian
12 años / 7° Básico
Centro de Lenguaje y Aprendizaje
Santa Bárbara, Región del Biobío

PREMIOS NACIONALES

“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”

REGIÓN DEL BIOBÍO

PRIMER LUGAR

 Maximiliano Andrés Norambuena Salamanca 

14 años

8° Básico / Centro de Lenguaje y Aprendizaje

Santa Bárbara

LA ISLA

Tengo unos abuelos muy cariñosos y siempre tienen un sinfín de historias para contarme cada vez que los voy a ver. La historia que relataré hoy me la contó la semana pasada y se trata de un cacique del sector Laguna El Barco, Alto Bío Bío. Este cacique era muy flojo y cómodo, tenía dos hijas a las que se preocupaba sólo de mandarlas a trabajar, picar leña, cuidar el ganado, ir en busca de piñones o avellanas. Las dos hermanas eran muy unidas y se protegían una a la otra, ya que luego de que una subida del río les llevara a su madre, ellas prometieron no separarse nunca más. Estas hermanas siempre salían a recoger piñones (el alimento para toda la familia Pehuenche), avellanas y a veces también recogían huevos en una de las islitas que hay en la Laguna.

Un buen día, como siempre lo hacían, salieron en busca de piñones y huevos, pero esta vez la mayor de las hermanas quiso estar en una isleta que nadie jamás se había atrevido a entrar por temor a lo desconocido y, porque además, se decía que esa Isla tragaba a las personas. Esta niña se sintió tan atraída por conocer aquel lugar tan misterioso y ser la primera en conocerlo para contarle a los demás de su osadía, que no le importó saltar y olvidándose de todo lo que se decía de aquel lugar, emprendió su búsqueda de huevos silvestres con la intención de llenar la canasta y regresar. Su hermana menor, quien le dijo hasta el cansancio que no entrara porque el peligro del lugar era demasiado, se quedó sentada en una piedra esperando el pronto regreso de su hermana. Le advirtió que la Isla comenzaría a moverse sin darse cuenta y que hiciera lo más rápido posible lo que quería hacer para no darle tiempo a que la tragase.

La hermana, sin escuchar lo que le decía, continuó casi hipnotizada por la cantidad de huevos que llevaría a su casa y de lo contento que se pondría su padre con ellas, y sin darse cuenta cada vez que tomaba un huevo para



ponerlo en la canasta, la Isla se adentraba un poco más y más hasta que comenzó a sumergirse. La joven sin darse cuenta de todo esto continuo con su búsqueda, pero la hermana, que no quiso cruzar, miraba atónita cómo su hermana estaba sumergiéndose con la Isla y no le escuchaba los gritos de precaución que ella le hacía. Fue tanta su desesperación que no halló otra cosa que hacer sino sentarse a esperar que la Isla emergiera nuevamente y poder retirar el cuerpo de su hermana y llevarla a su padre para darle un entierro cristiano; sin embargo, la isla nunca más emergió y la niña quedó pegada en la piedra esperando y esperando lo que jamás volvería, hasta que se petrificó tomando la forma de la piedra...

Esta piedra existe hasta el día de hoy y se llama Piedra Santa, está junto a la Laguna, y todos quienes pasan por allí recuerdan la historia del Cacique y de sus dos hijas que le quitó la naturaleza por ser un padre flojo y despreocupado.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DEL BIOBÍO

SEGUNDO LUGAR
Óscar Damián Vallejos Verdugo
14 años
8° Básico / Centro de Lenguaje y Aprendizaje
Santa Bárbara

CANCHA DE CARRERAS

Mi abuelo siempre me cuenta una historia, que sucedió no hace mucho tiempo atrás, de un hombre llamado Andrés. Dice que este hombre era muy bueno para hacer promesas, de todo tipo, prometía y prometía, pero jamás cumplía. Cada promesa que él hacía, siempre era en beneficio propio, nunca pensó en alguien más que no fuera él mismo. Quiso mudarse a un lugar donde nadie lo conociera y llevar la misma vida de promesas hacia los demás sin cumplir, y fue así como llegó a vivir a un lugar donde se corría mucho a caballo. La gente invertía mucho dinero en apuestas y quienes participaban como jinetes percibían buena paga, si lograban una carrera ganadora...

Él pensó mucho si compraba o no un caballo para participar también de aquellas carreras tan millonarias hasta que se decidió y compró un caballo: buen porte, rápido, pelo dorado. Lo preparó mucho tiempo para convertirlo en un gran caballo de carrera y también comenzó a prometerle cosas como: "te daré las mejores manzanas, si ganas esta carrera" o "te daré el descanso que mereces, sólo si me haces llegar de los primeros". Fue tanto lo que preparó al animal, que éste se llenó de ilusiones a pesar de que se dice que los animales no tienen raciocinio; sin embargo, este caballo le creyó y ganaba cada carrera que enfrentaba, haciendo cada vez más rico y millonario a su dueño.

Andrés llegó a tal avaricia, que no gastaba un centavo en el caballo, sólo se preocupaba de entrenarlo cada vez más hasta que llegó la carrera más importante del torneo. Andrés ya se creía ganador y no cesaba en decirle a su caballo: "si ganas, esta vez sí que te cepillaré el pelo", "si ganamos, te compraré la mejor alfalfa". El pobre caballo sólo miraba la cara de Andrés, sin imaginar su dueño que hasta los animales se cansan de promesas incumplidas.



Llegó el gran día, luego de haber llovido la noche anterior torrencialmente, todos los competidores apostando al caballo de Andrés, porque sin duda ganaría una vez más. Él, lleno de ambición, subió a su caballo sin pensar siquiera que la cancha estuviese peligrosa y podría sufrir un accidente, si no tomaba precauciones. Dieron la partida y a toda prisa iban cuando de pronto el caballo paró de golpe y el jinete saltó como cinco metros más adelante, y no logrando soportar la caída, el jinete fallece en medio de la cancha toda embarrada y con los bolsillos vacíos. De nada le sirvió ganar y ganar dinero si al morir no pudo llevar nada. Del caballo nada se supo, ya que luego de haber arrojado a su jinete a la muerte, emprendió una carrera sin fin, cansado de los abusos de su amo y de las promesas que jamás cumplió.

Hasta el día de hoy se cuenta la historia del jinete amarrete que perdió la vida por avaro y todo aquel que participa de carreras en esa cancha puede escuchar el relinchar del caballo al pasar por el lugar en que ocurrió el accidente.

Mi abuelo dice que Andrés, mi tío, fue enterrado en el cementerio, sin embargo han encontrado restos de su cuerpo en la cancha de carreras.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

PRIMER LUGAR

Camila Rayén Huecho Pozo

13 años

7° Básico / Escuela Artística Armando Dufey Blanc (Municipal)

Temuco

¡QUÉ BALÓN TAN ASQUEROSO!

Hace mucho tiempo, cuando mi papá tenía mi edad (unos doce años), vivía en Púa, donde el color verde coronaba aquí y allá el pequeño pueblecito. Los campos eran más grandes y vastos. Los caminos eran de tierra y el vallecito era realmente encantador.

Lo que no era precisamente encantador era que estos campos llenos de pasto, eran devorados por vacas para luego salir en forma de... ¡Puaj! ¡Mejor ni lo menciono!

Mi papá, mis tíos y sus amigos adoraban este feliz acontecimiento, ya que cuando pasaba mucho tiempo después de que las vacas hicieran sus necesidades, los excrementos se cubrían de una especie de cáscara, duros como rocas, los que aprovechaban los niños lugareños para jugar a quién los pateaba más lejos. Saltaban los cascarones, ya tan duros, que a veces se sentaban en el pasto sobándose la canilla.

Sucedió precisamente ese día, que un amigo de la familia venía a pasar la tarde con mi papá. Lamentablemente, no hubo ninguna otra petición de juego más divertida para el chico invitado que salir a patear excrementos con los demás niños, cosa que para él era una novedad, ya que aquel lugar y sus costumbres eran totalmente desconocidas para él...

Atravesaron el ameno pueblito hasta llegar a un valle donde muchísimas vacas se encontraban pastando. A medida que las vacas se alejaban, ellos se acercaban más y más. Cuando se encontraron en un lugar seguro y cómodo para comenzar su asqueroso jueguito, hicieron una competencia.

-¡Quién los pateaba más fuerte y más lejos!



-¡Hecho!-, gritaron a coro.

Empezó la competencia.

Todos aquellos niños gritaban de júbilo cada vez que sus “balones” saltaban tan alto que se perdían de vista, fundiéndose con las nubes; sollozaban cada vez que sus pies no resistían a tan rudo movimiento, o reían y se burlaban de los que eran francamente unos porros en este juego.

Lamentablemente, siempre se jugaba por turnos. Y como ya se podrá ver, inevitablemente le llegó el turno a la pequeña visita...

- ¡Yo! ¡Me toca!-, chillaba, moviéndose. Incapaz de contener su nerviosismo.

Todos los niños estiraron el cuello. Había llegado el momento de medir la habilidad del chico. Se aprestaron al espectáculo, esperando que hiciera una gran jugada.

Y entonces, sonó...

El pequeño tomó aire. Empezó a correr para tomar impulso, cada vez más fuerte, cada vez más rápido, más veloz. Y cuando estaba a dos centímetros de su blanco, mi tío Juan Carlos se percató de un pequeño detalle...

- ¡Noo! ¡Esa nooo!

... Y entonces, ¡plash!

Seguro que ya adivinaron lo que ocurrió.

Una masa blanda, marrón, sucia y espachurrada resbalaba por la zapatilla del chico, ahora seguro de que lo había pateado no estaba “suficientemente” duro.

Los chicos, por un momento, quedaron con los ojos anormalmente abiertos, las manos en la boca, otros agarrándose el pelo en señal de frustración. Por un instante, sintieron verdadero espanto de tal accidente, pero luego rieron a carcajadas, observando de reojo al chico con sus sucios zapatos, tratando de quitarse el excremento de su calzado, verdaderamente asqueado... Su supuesta hazaña terminó convirtiéndolo en el hazmerreír.

Desde es día, nunca más se le pasó por la cabeza jugar a este juego tan horrible y antihigiénico... ¿Por qué? Tal vez porque creyó que le traía mala suerte.



Rocío Ayelen Cabrapán Alcapan
11 años / 5° Básico
Escuela P-33 Hualapulli (escuela rural mapuche)
Villarrica, Región de La Araucanía

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

SEGUNDO LUGAR
Andrés Felipe Huenupi Puelpán
13 años
8° Básico
Villarrica

EL BUEY AZUL

Había una vez en la ciudad de Villarrica, dos hermanos llamados Elías Roldán y Matías Roldán que vivían en el barrio Vista Hermosa, donde un día ellos vieron una cosa muy grande salir del Lago Villarrica. Ellos pensaron que era un barco gigante que había llegado al embarcadero, pero no era así, porque un caballero llamado Jorge Valdés dice haberlo visto. Era un buey azul muy malo porque destruyó todos los barcos de la playa, la gente no le creía; pensaban que era un loco, la esposa del caballero, llamada Paola Rocha, contó que su marido tenía un breve retardo mental. Pasaron cinco días y los hermanos vieron de nuevo salir una cosa grande del Lago Villarrica. Le avisaron a su papá y fueron a la playa, allá no había nada y el papá se enojó mucho con Elías y Matías.

Los hermanos lo vieron reiteradas veces y se dieron cuenta de que la cosa grande salía cada cinco días. Así que ellos decidieron ir en su busca; en la noche, cuando lo vieron a pocos metros, los hermanos lo grabaron con una cámara de video y se lo mostraron a su papá y a su mamá, que por fin les creyeron.

El papá dijo: Hay que mostrárselo a la prensa para que le saquen foto al video.

La prensa no les creyó; pensaron que eran otros locos.

Los padres decidieron seguir a la cosa grande en una lancha y se dieron cuenta de que era un buey azul que venía a destrozár árboles y el hermoso pasto de la playa.



La familia Roldán fue a verse la suerte donde una machi, llamada Uberlinda Raipán. Ella les dijo que no era tan malo, solamente era un buey azul embrujado y podían sacarle el hechizo de una sola forma, que era muy peligrosa. La machi les contó el secreto que decía así: deben tirarle un ají envuelto en un papel y el buey debe comérselo, y así el buey volverá a ser normal, pero si no lo come el buey se volverá muy malo y destruirá todo Villarrica.

La familia aceptó y decidieron arriesgarse; hablaron con el Alcalde de Villarrica para que diera aviso al pueblo.

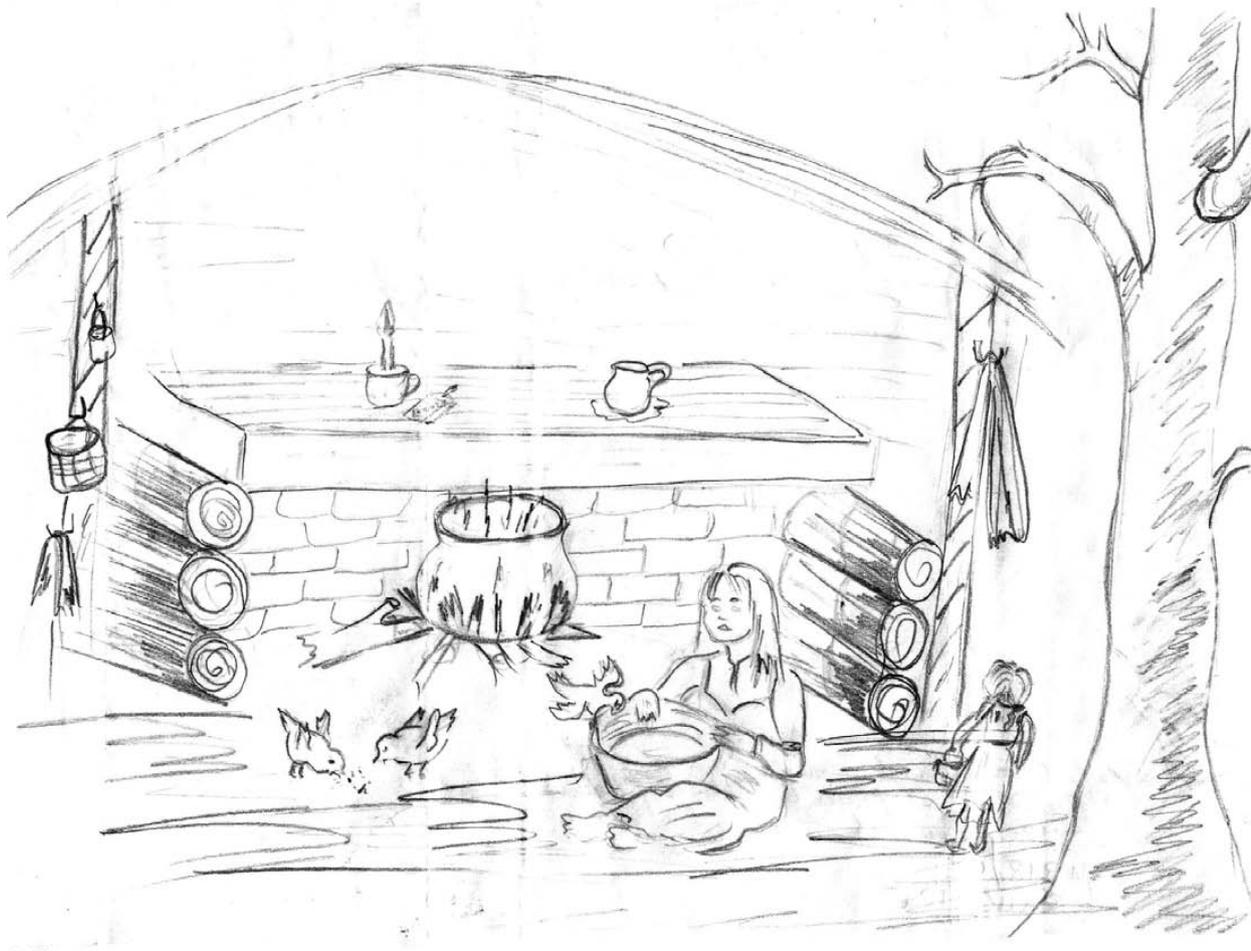
Pasaron diez días y todo el pueblo de Villarrica se dio cuenta de lo que decía la familia y aceptaron hacerle el secreto. Se juntaron en cinco días más en la playa, y cuando eran las seis de la tarde de repente del agua salió el buey azul y Elías tiró el ají envuelto en papel. Pasaron dos horas hasta que el buey azul comió el ají y volvió a la normalidad.

Al buey lo encerraron y se hizo cargo la Ley de la Selva.

El pueblo de Villarrica recibió el primer lugar en los casos más raros del país. La familia fue donde la machi y le contaron que todo había salido a la perfección, ella les dijo: ustedes son unos héroes.

La machi le dio un recuerdo a los hermanos por lo que habían hecho, y nunca más paso algo así en Villarrica.





Alfonso Galo Zambrano Yévenes
12 años / 7° Básico
Escuela Alberto Córdova Latorre
Lanco, Región de Los Ríos

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

REGIÓN DE LOS RÍOS

PRIMER LUGAR

Rodolfo Edgardo Antinao Freire

17 años

4° Medio / Liceo Agrícola y Forestal People Help People, Pullinque
Panguipulli

BUSCADORES DE ENTIERROS

Hace unos años atrás, existía la apariencia de un entierro que consistía en prenda, plata y oro como por ejemplo espuela de plata, que usaba la gente antigua, era una cosa que se perseguía mucho.

Ellos encontraban los entierros con la evidencia o señal de que todas las noches del 23 de junio se encendía una llama en un tronco o árbol que estuviese cerca del entierro y la otra visión era una yunta de bueyes enyugados y un caballo ensillado; esas señales eran una tradición para encontrar entierros. Y la gente que veía esa cosa se acercaba para comprobar lo que veía o sólo era nada más que apariencia y eso anunciaba que en esa parte había un entierro. La gente que encontraba el entierro buscaba una persona de mayor confianza para excavarlo y el cuidado que ellos deberían tener era de no hablar cosas relacionadas con lo encontrado, si ellos hablaban algo indebido, el entierro fácilmente se corría o se les perdía, y ellos al buscarlos no lo encontraban en el lugar marcado.

Debido a esta tradición, a un dueño de una parcela se le vino a la memoria una idea de mal gusto, algo como poder engañar a los buscadores de entierro. Su idea era beneficiarse, porque él veía el interés de la gente en encontrar un entierro; entonces, el dueño de la parcela se las ingenió para engañar a la gente: incendiaba una antorcha en un tronco de su parcela, escogía los días martes para incendiarla y le costo mucho sacrificio, pero poco a poco fue consiguiendo su objetivo que era limpiar una parte de su parcela, porque la gente sacaba los troncos y le dejaban muy limpio.

Él limpió varias partes de su parcela, pero la gente encontró algo raro, porque antes al excavar encontraban plata, oro o prenda, y ahora no encontraban nada. Lo que aconteció al final fue que la gente se dio cuenta de que todo era un engaño del dueño de la parcela, y la gente enojada le quería pegar. El dueño por un tiempo les pagaba, pero se dio cuenta de que se estaba quedando pobre, y se fue de ese lugar por miedo de ser golpeado.

PREMIOS NACIONALES

“ME LO CONTÓ MI ABUELITO”

REGIÓN DE LOS RÍOS

SEGUNDO LUGAR

 Victoria de Los Ángeles Vallejos Caniucura 

17 años

4° Medio / Liceo Agrícola y Forestal People Help People, Pullinque
Panguipulli

BAJO LA LAGUNA

Hace unos 500 años, todos los años en una fecha específica, los pertenecientes de la comunidad de Tralcapulli, realizaban una gran ceremonia, para rogar a dios que hubiera una buena cosecha, animales fuertes y buena salud para cultivar sus tierras.

Este ritual lo conformaban 6 personas: el logko, cona capitán, niña virgen, una mujer que toca el cultrún y dos sargentos. A esto se agregaban los jóvenes y adultos, que ayudan con sus gritos a la rogativa que hace el logko. Esta ceremonia duraba tres noches y cuatro días, y toda la comunidad de Tralcapulli se reunía en una gran pampa para realizar el ritual, con sus caballos que es el animal sagrado para todos los mapuches. Durante estas 3 noches y 4 días, la gente que conformaba este ritual rogaba a dios de diferentes formas, bailando, corriendo a caballo, con gritos y sacrificando una potranca o cordero, que los mataban en el centro de la pampa, le hacían un pequeño orificio en el pecho, le sacaban el corazón latiendo y lo colgaban en la garrocha que sostenía la bandera del capitán. Luego de que éste tiene el corazón en su poder, todos los hombres y él agarraban su caballo y daban cuatro vueltas alrededor de las ramadas de las familias.

Uno de los sacrificios más importantes que realizaba la gente para llevar a cabo este ritual, era la de una guagua recién nacida. Durante el año antes de realizar la junta, cuando nacía una guagua mujer, el logko hablaba con la mamá y le decía: tú tienes que entregar a tu hija en sacrificio a dios, para que nos ayude este año, tu hija será llevada a la laguna para que ahí crezca y prepare nuestros alimentos, la harina, el mudai y el catuto. Ella se criará ahí bajo la laguna y será una gran mujer.



La mujer entregaba a su hija con mucha pena, pero sabía que era lo que debía hacer, la guagua era llevada por su abuelo, cerca de la laguna, la dejaba ahí sola y salía corriendo del lugar por miedo, se escondía tras los matorrales y veía un enorme remolino que se acercaba a la guagua y se la llevaba a la laguna.

En esa, laguna hay varias mujeres chicas y grandes que viven debajo de ella y han vivido toda su vida ahí desde que nacían. Los mapuches cuando van a celebrar su rogativa a dios van a dejar el trigo cocido y tostado en un canasto y una cuchara de palo alrededor de la laguna para que las mujeres preparen los alimentos, con mucha alegría y risas las mujeres de la laguna molían el trigo ya preparado en una piedra y enseguida hacían la harina, el catuto y el mudai.

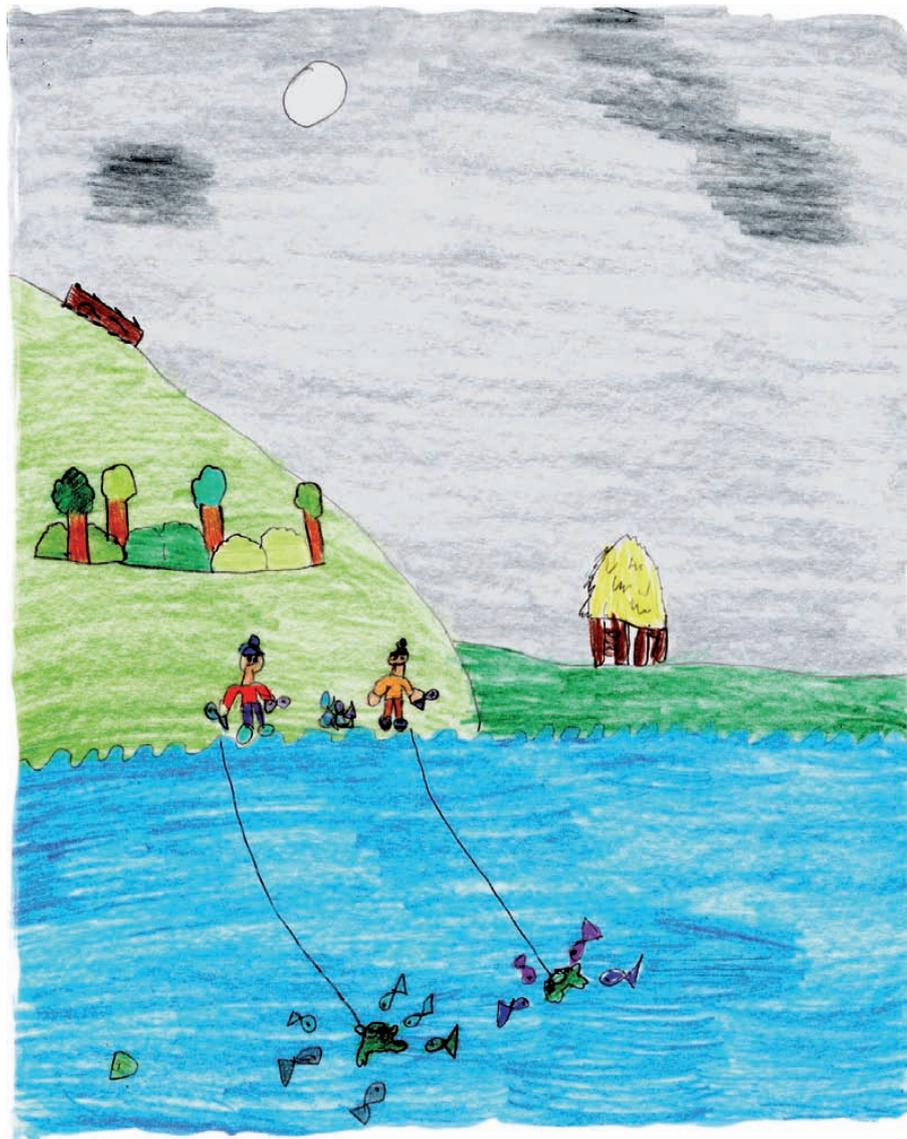
Un día, una mujer mapuche, como era de costumbre, fue a dejar el trigo a la laguna, pero estaba sin cocer, ella por flojera o dejada no lo coció ni lo tostó, las mujeres de la laguna tuvieron que cocerlo y tostarlo, ellas no sabían hacerlo, al momento de hacerlo una de las mujeres se quemó la mano.

Desde ese día todas las mujeres de esa laguna se convirtieron en unos pájaros negros y se fueron para siempre. La laguna quedó encantada y las mujeres nunca más volvieron hasta el día de hoy. Por el error de una mujer, todas las mujeres mapuches se tienen que sacrificar todos los años para preparar solas sus alimentos para la junta.

Se cree que con el pasar de los años, las mujeres en algún momento volvieron o sólo son sus almas que quedaron, porque todas las noches se escuchan risas de mujeres bajo la laguna.



Constanza Alejandra Guenul Sánchez
7 años / 2° Básico
Escuela El Pilar
Ancud, Región de Los Lagos



PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE LOS LAGOS

PRIMER LUGAR

Paula Lorena Alvarado Hernández

17 años

2° Medio

Quemchi

LA TRAYECTORIA

Cuando mis abuelos eran niños jugaban junto al fogón con sus demás hermanos, ya que eran familias grandes. Eran personas de campo que a horas muy tempranas se levantaban, desayunaban y se iban a realizar sus labores. Lo primero que hacían era sacar las ovejas y caballos del galpón donde se refugiaban toda la noche, continuaban con el agua que conducían del pozo a la casa para luego alimentar a los animales.

Todo el tiempo los hombres trabajaban en su campo, ya sea acarreando leña con yuntas, haciendo cercos, los cuales eran hechos de vara y amarrados con quilineja, cortaban maleza, veían a sus animales y recorrían sus campos.

La mujer, en cambio, se quedaba en la casa criando a sus hijos, cocinando, hilando, tejiendo, bordando ropa, haciendo frazadas de lana que era obtenida de sus propias ovejas para la obtención de dinero.

En esos tiempos, la gente era más pobre, aquí no existía carretera sino un callejón de piedra antiguo, y éste lo recorrían a caballo o caminando hasta llegar a un pequeño pueblo donde compraban mercancía. Ese lugar se llamaba Quemchi.

Cuando tenían cantidad de ropa sucia la lavaban en un río cercano de su hogar, la cocina era de fogón, donde cocinaban en calderas grandes; el pan lo cocinaban en horno de barro, con harina que obtenían del trigo de sus cosechas, luego lo tostaban en un tostador de lata y era llevado a un molino para molerlo. El café era de trigo pasado a un tostador de lata que se llevaba al fuego, cuando estaba negrito se retiraba y se molía en piedra para luego ser utilizado.



En verano, cuando el agua era escasa, tenían que llevar los animales al río para que tomaran agua, también se llevaba a cabo la recolecta de manzana para hacer chicha a pulso, debido a que no había motores, aquella les servía para sus trabajos que realizaban (siembras, cosechas, fiestas familiares). Cuando sembraban, cosechaban y entre otros trabajos, buscaban a sus vecinos para ayudarles, pago que se hacía devolviéndole el trabajo, también sus trillas las realizaban a pulso.

A diferencia del verano, el invierno era más complicado, debido a que hacía demasiado frío y los animales se fortalecían con forraje. En este tiempo, se les hacía difícil ir a la escuela por el hecho que escarchaba y las manos se les congelaban, pero aún así tenían que recorrer un gran tramo el cual lo hacían sin calzado, porque el recurso no alcanzaba.

Viajaban a Puerto Montt en lancha a vela, se demoraban hasta ocho días en llegar, según el viento, llevaban para vender papas, tejidos que fabricaban las mujeres, mariscos entre otras cosas.

Hay que destacar que las personas eran muy esforzadas, respetuosas. Educaban a sus hijos de una buena forma debida, aunque no poseían la educación completa que se requería.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

REGIÓN DE LOS LAGOS

SEGUNDO LUGAR

Tracy Fernanda Cheún Farías

16 años

1° Medio / Liceo Rayen Mapu

Quellón

EL DUENDE

La historia que les voy a contar me la relató mi tía abuela Olga, hace como seis años, ella vive en Futrono cerca de Valdivia y se dedica al campo, la entrega de leche y a hacer unos quesos exquisitos, que después vende en la feria del pueblo.

Un día, mientras colgábamos los paños que mi tía usaba para moldear sus quesos y que eran tan blancos como los que usa el cura en la misa, me preguntó: ¿hijita, si yo te cuento algo que nos pasó hace años creerías que estoy loca?... Yo la quedé mirando y le contesté que ¡no!... Cómo yo me iba a reír de ella, que era tan buena con nosotros, cada verano nos aguantaba todas las mañanas y los primeros huevitos del día eran para mí o mis hermanos, además mi mamá me dice que cuando ella estuvo interna donde las monjas, fue la abu' Olguita la que más se preocupó de ella.

Bueno...continúo mi historia. La cosa es que la tía Olga me contó que cuando mi primo Orlando tenía seis años, un duende se lo quería llevar, el Orlando ahora es un hombre grande y es medio raro, algo loquito, en fin... Me llamó mucho la atención esa historia, y mientras ella hacía masa para el pan me comenzó a decir cómo sucedieron las cosas, dijo que el Orlando se despertaba llorando casi todas las noches, diciendo que un enanito lo venía a tirar en su cama, y trataba de botarlo. Ella no le creyó nada, porque el primo era bien mentiroso, pero luego no quería ir al colegio, repitiendo que el duende lo atajaba en el puente chico y no lo dejaba pasar. En ese momento, mi tía se preocupó porque él era bien especial, pero le encantaba ir al colegio, y si no quería ir era porque en verdad le pasaba algo. La tía le propuso un trato y le dijo que el tío Juan o ella lo iban a buscar de a caballo a la escuela, y mi primo aceptó, pero cuál fue su sorpresa, cuando el primer día que lo fue a buscar, el caballo se quedó parado



a la mitad del puente chico, mientras el primo lloraba rogándole que sacara el enano que estaba a la mitad del puente. Ella no veía nada, pero la experiencia fue muy desesperante, así que al otro día se fue bien temprano donde la Colorida para que la ayude (la Colorida era mi bisabuela, mamá de la tía Olga, y le decían así por su bello pelo rojo, pero se llamaba Luisa)... Ella le dijo que inmediatamente vea si cerca de la casa había caca de duende y si la encontraba, tenían que hacer algo urgente o perdería al niño, así que salieron todos a buscar cerca de la casa y no fue necesario andar tanto para encontrar lo que buscaban, porque cerca había mucha caca de duende... Yo le pregunté curiosa cómo era y me explicó que es como de gallina, pero muy brillante como el oro, que aunque suene raro era una caca hermosa, y daban ganas de guardarla. En fin, apenas la encontraron se la llevaron a la Colorida para que diera su opinión y dice que la retó como cuando era chica: ¡cómo no fuiste capaz de darte cuenta antes de lo que le pasaba a tu niño!, ¡tienes que detener esto ahora mismo!

La tía, para espantar al duende, tuvo que poner dos montones de arena en la casa: uno en la entrada principal y otro en la entrada del dormitorio del primo. Si el duende era capaz de contar uno por uno los granos de esa arena, se llevaría al niño, pero si no lo lograba, lo dejaría en paz para siempre. Me contó que esa noche fue la más larga de su vida, que se escucharon ruidos toda la noche, pero la lela Luisa le había advertido que no debía levantarse, por nada del mundo y que sólo se dedicara a rezar...

Yo, desesperada, quería saber qué había ocurrido por la mañana, pero tuve que esperar que la tía sacara el pan del horno y le sirviera mate al tío Juan que había llegado del trabajo, sólo después continuamos... ¡Qué bien, el tío se fue a acostar temprano!, podemos terminar la historia.

...(La tía Olga), mi niñita si yo le cuento esto no es para asustarla, es sólo porque quiero que sepa que en esta vida hay más cosas de las que vemos. Dijo que cuando se levantó, la arena de la puerta principal había desaparecido y no había ni un solo granito, ¡y la otra, le grité yo!... La tía hizo un alto y me dijo... quedaba menos de la mitad hija, el duende no alcanzó a contar toda la arena, y por fin dejó en paz a mi niño.

Yo le prometí a la tía que guardaría esa historia sólo para mí, pero no me aguanté, de todos modos mi primo ya es un hombre, y por lo que sé ni siquiera recuerda lo que sucedió cuando era chico. La tía Olga me dijo que aunque nadie recuerde o crea su historia ella sabe que fue verdad.

"Le dedico esta historia a la tía abuela Olga y al tío Juan, que en paz descanse..., ¡ah!, y por supuesto a la Colorida".

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

REGIÓN DE AYSÉN

PRIMER LUGAR

Leonardo Daniel Batarce Briones

10 años

5° Básico / Escuela Nuestra Señora de La Divina Providencia
Cisnes

ABUNDANCIA DESDE EL PASADO

En uno de los viajes de mi abuelo, regresaba de la faena de la pesca con su bote lleno de merluzas, para entregar en la empresa "Maravillas de Sur", en ese tiempo.

Él me cuenta; era una noche muy oscura y el día había sido agotador. Vi una luz y pensé, por fin voy llegando a mi casa y aceleré la marcha, pero al acercarme me di cuenta que no era mi caleta, sino una playa cercana, pero la luz seguía y cada vez más brillante, era como si el monte ardiera, detuve el bote eché marcha atrás y seguí mi rumbo. No le comenté nada a mi socio que dormía en la caseta.

Llegué a mi casa y allí me esperaba mi familia con una rica cena y la casa calentita, no comenté nada, pensé que no me creerían y que dirían que estaba mintiendo.

Pasaron los días y conversando con un viejito, que era de los primeros que llegaron a este lugar, me comentó que en la playa de las Nalcas, así le decían, antiguamente se reunían grupos de Chonos para hacer una gran fiesta.

Esto ocurría todos los años al inicio del invierno, en la noche más larga del año, hacían grandes fogatas y danzaban a la orilla del mar, hombres, mujeres, niños y ancianos, para que el mar les diera abundancia de peces.

Amigo, me dijo el anciano, se dice que muy pocas personas que pasan frente a la playa en esa noche ven esa luz. A los que logran avistarla, los antepasados los bendicen con abundancia de pesca.

Quedé sorprendido, porque esa noche traía mi bote con harta pesca y esa temporada fue una de las mejores de todas las que he vivido sacando los productos del mar.



Fernanda Scarlet Hernández Díaz
10 años / 5° Básico
Colegio Nuestra Señora de la Divina Providencia
Cisnes, Región de Aysén

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

REGIÓN DE AYSÉN

SEGUNDO LUGAR

Javiera Antonia Cabello Alvarado

9 años

4° Básico / Colegio Santa Teresa de Los Andes
Puerto Aysén

MI AVENTURA EN EL CAMPO

Una mañana soleada, después de llegar a vivir en nuestra nueva casa del campo a 5 kilómetros de Puerto Aysén, salimos a conocer nuestro nuevo hogar, y mi papá fue atrás del patio a descubrir el hermoso lugar. En él había un sendero con muchos árboles de arrayán, maqui y calafates. De repente, escuché la voz de mi papá que me llamaba; al escuchar su llamado fui corriendo para ver lo que quería, pero había un obstáculo, no podía cruzar hacia donde estaba mi papá, porque una cuneta llena de agua me impedía pasar.

Le grité a papá y él llegó de inmediato a mi llamado. Como todo un superhéroe, tomó un tronco de árbol que estaba en el suelo y lo lanzó sobre la cuneta creando un puente, así yo logré pasar. Caminamos por el sendero y me llevó entre unas ramas para mostrarme un nido con tres pajaritos que estaban debajo de unas hojas de nalca. La nalca es un tallo verde que al sacar su piel se puede comer y son muy ricas, si las comes con sal. Bueno, les sigo contando, su mamá fue muy inteligente, al haber hecho su nido debajo de esta hoja, porque los protegía de la lluvia, del viento y de los animales.

Al parecer, la madre de estos pequeños pajaritos andaba en busca de comida, porque no estaba en el lugar y ellos gritaban mucho, no sabíamos si era por hambre o extrañaban a su mamá. Al ver esto, fui corriendo a mi casa a buscar una pala para escarbar la tierra y sacar gusanos y como eran tres, les llevé seis gusanos, dos para cada uno, pero antes los molí con la pala y se los fui dando, acercando el alimento en su pico y de inmediato se callaron. Mi papá tenía razón; sus gritos eran de hambre, desde ese día los visité cada mañana, llevando alimentos para ellos.



Me extrañó mucho que nunca encontré a la madre, no supe qué pasó con ella, me imagino que alguien la cazó o fue atrapada por un animal, porque no creo que ella haya querido abandonar a sus hijos. Yo fui como su madre, los cuidé y los alimenté.

Un día, fui a ver a mis pajaritos y no estaban. Comencé a buscar y el nido estaba en el suelo, con los tres pajaritos tirados, sólo uno de ellos estaba en su nido y los otros, sobre las ramas que estaban en el suelo, los tomé y los puse en su nido. No sabía qué hacer, porque ese lugar ya no era seguro, los tomé con mucho cuidado, yo no sé si fue el viento o un animal que los botó, fui donde mi papá que se encontraba cerca cortando leña y le pedí ayuda. Él me ayudó a dejar el nido en el mismo lugar, pero en otra hoja de nalca más firme. Un día llegaron de visita mi primo Franco y mi tata Juani y los llevé junto a mi hermanita Paulina de cinco añitos a conocer a mis amiguitos, pero hubo un problema para cruzar la cuneta, pues el día antes había llovido y ésta estaba llena de agua y el puente no estaba, se lo había llevado el agua, entonces, los llevé por otra pasada. Le mostré a mi tata Juani un gran árbol que tenía un agujero en el centro, de hojas muy lindas, y él me contó que ese árbol se llamaba Chaumán y que las personas que hacen brujería buena lo ocupaban para ayudar a sanar a alguien. Al llegar al lugar, le mostré los pajaritos, ellos los recibieron piando, después les buscamos gusanos y les dimos, ellos estaban contentos por recibir tanto cariño.

Un día como todos fui a darles de comer y los pajaritos ya no estaban en su nido, los busqué por si otra vez estaban en el suelo y no estaban. Fui muy triste a contarle a mi papá que los pajaritos ya no estaban y mi papá me explicó que ellos ya habían crecido y sus alas estaban firmes para volar. De seguro fue la alimentación, el cuidado, amor y dedicación que les di cada día. Ellos ahora vuelan felices por los aires y cerros de Puerto Aysén. Seguí visitando el nido, pero ellos nunca regresaron.

Tomé el nido y lo dejé al lado de una herradura que me encontré enterrada en la tierra, la guardo porque mi Tata me contó que era de la suerte.

Ahora espero que me pasen más aventuras en el campo.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"

REGIÓN DE MAGALLANES

PRIMER LUGAR

Orlando Fabio Orias Maureira

13 años

8° Básico / Escuela Diego Portales

Laguna Blanca

EL VOLCÁN HUDSON

Esta es la historia que me contaron mis abuelitos sobre el volcán Hudson que se encuentra en la región de Aysén en la comuna de Río Ibáñez del nacimiento del río del mismo nombre.

La primera erupción que hizo fue el 11 de agosto de 1971 cuando mi abuelo todavía era un niño. Esa erupción no provocó mucho desastre, pero la segunda fue veinte años después en el año 1991, en esa ocasión el volcán Hudson se enojó demasiado dejando grandes desastres, arrojando piedras semicalientes y también grandes cantidades de cenizas, llegando éstas hasta el sector argentino y también en sectores aledaños al volcán, llegó a caer más de un metro de alto dañando casas y a toda la naturaleza que encontraba a su paso.

Bueno, mucha gente, como mis abuelos, vivían al pie de este volcán, y ellos cuentan que debieron juntar agua que era lo principal, y reunir a sus animales para poder sacarlos y así venderlos. Muchos de estos animales, como ovejas y aves, quedaron sepultados en las cenizas.

Todo fue muy triste, ya que había que salir rápido con todo lo que se pudiera sacar, lo cual fue muy poco, ya que muchas aves de corral y mascotas tuvieron que quedar abandonadas a su suerte.

La gente a duras penas sacaba sus animales, vacunos y caballos, hacia un pueblo localizado a 94 kilómetros de Coyhaique, llamado Villa Cerro Castillo. La gente pasaba mucha miseria como hambre y frío, ya que iban pasados de agua y cenizas, todo era puro barro.



En la medialuna de este pueblo, Cerro Castillo, se encontraban muchos compradores esperando con sus camiones la llegada de estos animales, lo que se demoraba alrededor de tres o cuatro días de tropeas. Para las personas era muy lamentable tener que deshacerse de sus animales, porque estaban obligados a negociarlos, ya que no tenían donde tenerlos, porque sus campos quedaron atrapados por las cenizas. Cuenta mi abuelo que los animales empezaban a bramar con mucha lástima como despidiéndose de sus dueños.

Después de esto, muchos pequeños campesinos se fueron buscando otros rumbos en busca de una nueva vida, pero con gran pena en el corazón que hasta el día de hoy no se olvida y fue así como llegaron mis abuelos a Punta Arenas en busca de este nuevo rumbo, porque así lo quiso Dios y la vida.

PREMIOS NACIONALES
"ME LO CONTÓ MI ABUELITO"
REGIÓN DE MAGALLANES

SEGUNDO LUGAR
Fabián Alfredo León Sanhueza
12 años
7° Básico / Escuela Diego Portales
Laguna Blanca

EL TESORO ESCONDIDO

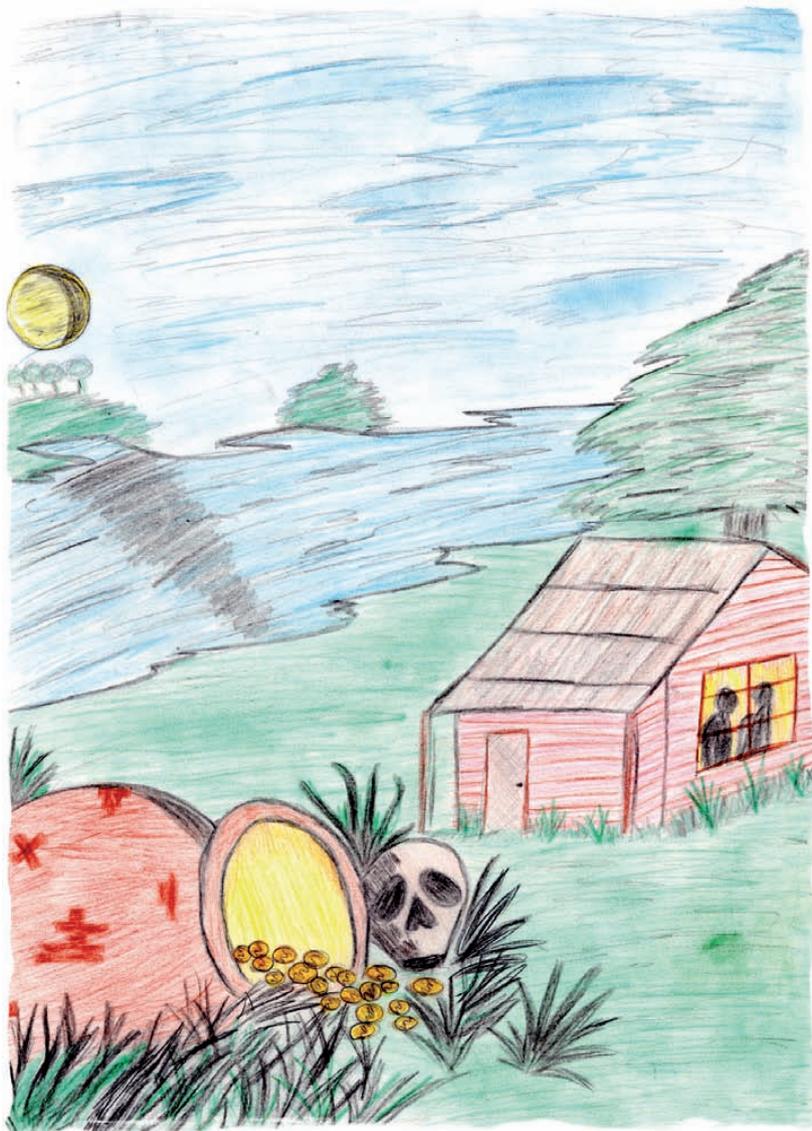
Había una vez, una niña de diez años que vivía con su papá y su mamá en la ciudad de Concepción, su familia era pobre y se sacrificaba mucho para poder ganar el pan.

Un día, cuando la niña, que se llamaba Elisa, salió de compras con su mamá y su papá, encontró un mapa en el suelo, lo abrió y era un mapa que señalaba un supuesto tesoro escondido en la ciudad de Punta Arenas, y como Elisa sabía que su familia era pobre, se le ocurrió la idea de que tenía que encontrar el tesoro. Luego de pensar eso, le dijo a sus padres, pero ellos no le creyeron, pues pensaron que no era más que un juego, así que Elisa se escapó, preparó su mochila con las cosas necesarias e importantes para su viaje, sin hacer ruido bajó por la ventana usando una cuerda, luego guardó la cuerda en su mochila, tomó su bicicleta y se fue en busca del tesoro.

A la mañana siguiente sus padres se dieron cuenta de que Elisa no estaba en su pieza, así que la fueron a buscar y al no encontrarla por ninguno de los lugares a los que acostumbraba ir a jugar sola, llamaron a la policía y fue así como empezó la búsqueda de Elisa. Mientras tanto ella se encontraba en la ciudad de Lebu para poder escabullirse en un avión a Chaitén, cuando llegó se detuvo a comer y luego llamó a sus padres, pero ellos no contestaron, después tomó un bus a Coyhaique. Mientras tanto los padres de Elisa revisando entre sus cosas encontraron una hoja que les sirvió de pista para descubrir que ella iba a Punta Arenas, así que ellos también tomaron un avión. Justo en ese momento, en Coyhaique, Elisa se subió a un avión con destino a Puerto Natales, mientras tanto los padres de Elisa encontraron su rastro en Chaitén, pero ellos en vez de ir a Coyhaique viajaron directamente a Puerto Natales; entonces, Elisa tomó un bus a Punta Arenas, pero se equivocó y bajó en Villa Tehuelches. Una vez allí, organizó su búsqueda del tesoro, pero al no encontrarlo durante todo un día, al salir nuevamente a la carretera



Yoana del Carmen Rosales Retamal
14 años / 8° Básico
Escuela G-207 Panque Arriba
San Rafael, Región del Maule





se dio cuenta de que el letrero de la entrada decía “Bienvenidos a Villa Tehuelches, comuna Laguna Blanca” y al darse cuenta de esto, decidió “hacer dedo”, hasta que un auto se detuvo y le ofreció llevarla. Cuando llegó a Punta Arenas, se puso a estudiar nuevamente el mapa para buscar dónde debía dirigirse para llegar a Fuerte Bulnes, lugar donde exactamente estaba señalada la ubicación de su ansiado tesoro. Una vez allí, excavó por horas hasta que se hizo tarde y al fin pudo observar que en el hoyo que había cavado se veía un cofre. Escarbó con las manos, sacó el tesoro, y justo cuando iba abrir el cofre, sintió a sus espaldas la voz de sus padres que le dijeron: esto era lo que buscabas. Y Elisa respondió: sí. Así que juntos lo abrieron, encontraron muchas cosas valiosas que vendieron.

Gracias a la hazaña de su hija, los padres de esta aventurera niña arreglaron todos sus problemas, ahorraron lo que les sobró en el banco e hicieron donaciones a instituciones y orfanatos de Concepción.

De esta manera, Elisa le demostró a su familia y a sí misma que hasta la persona más pequeña puede hacer grandes cosas.





17° CONCURSO DE

Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural 2009

TERCERA PARTE

POESIA DEL MUNDO RURAL





Camila Francisca Quispe Castro
11 años / 6° Básico
Colegio Inglés
Iquique, Región de Tarapacá

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

PRIMER LUGAR

Hugo Alberto Harrison Canales

36 años

Arquitecto y cantor

Concepción, Región del Biobío

MERCEDES ROSA

Desde Chanco, hasta Punchema

Jugaba Mercedes Rosa

Hermosas cejas frondosas

De carácter, gran emblema

Por esos cerros costeros

De maulinos arboles

Entre zanahoria y coles

El mar se puso un sombrero,

De garúa y aguacero

Con una virtud extrema,

Hizo frente a los problemas

Una niña muy temprano,

Con la fuerza de sus manos

Cabellera negra intensa

Hija de doña María

Nada la doblegaría

A esa niña de trenzas,

Con una pasión inmensa

Cruza esteros, lodo y pozas



Para ingresar muy dichosa
A su escuelita rural
En medio del cardonal
Jugaba Mercedes Rosa

Rosita se hacía cargo
De su hermano y de su madre
Pues había muerto el padre
Fue duro aquel rumbo largo.
Va buscando los encargos
Lava y cocina, hacendosa
Ha crecido buena moza
Carga dos hijos en brazos
Mi abuelo le grita al paso:
Hermosas cejas frondosas

Doña Rosa se engalana
Con un furioso labial
De trenzas un espiral
En su cabellera cana,
En vez de aros, caravanas
Ocho hijos no es dilema
En la sopa echa la yema,
Fue cocinera grandiosa
Su memoria ya rebosa
De carácter, gran emblema

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

SEGUNDO LUGAR

Clara Amalia Santander Leiva

52

Auxiliar de Enfermos

Puente Alto, Región Metropolitana

RECUERDO DE INFANCIA

Camino de la mano de mi madre,
Por cerros escarpados,
Voy a conocer "a la señora muerte".
El sol cuaja los últimos rayos que coronan el paisaje.
La curiosidad de niña que recién va a la vida
Y el gélido viento anticipo de aquel encuentro.
Entre eucaliptus que parecen grandes torres de catedral,
Una casa de gastados adobes.
Tendida en el suelo,
Sobre una blanca sábana con cuatro velas que la alumbraban.
¡Sus manos rugosas, sus dedos como serpientes enroscadas!
¡Allí estás! tan pobre, ¡tan sola ni una llorona la lloraba!
Centenaria mujer: que surcaste la tierra,
Labradora que tapizaste de trigo tus campichuelos,
Y amasaste el pan,
Mulliste y cardaste la lana de tu colchón,
Pariste a tus hijos y cortaste con tus dientes el cordón de tus entrañas.
¡Ahí estás! tendida con una mueca en tu fas,
Resplandeciente como un nácar y que tus días fueron grandes batallas afanasas y largas
¡Ahí estás! esculpida en mármol,
Que en la nebulosa de la habitación,
Pareces que levitaras.
¡Te conocí, señora muerte!
Y mutaste en aquella frágil anciana,
¡Y vas dignamente arropada!

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

TERCER LUGAR

Leonardo Francisco Murillo San Martín

24 años

Estudiante universitario

La Florida, Región Metropolitana

EL BOLDAL Y TENO

I

Como neumático en potrero
el moledor estaba adosado al árbol
Pasaban los días y nadie lo tomaba en cuenta
Salvo cuando molían el choclo
para dárselo a las gallinas
Mientras tanto la abuela Aleja
confeccionaba sus pitos de tabaco
Y la señora Norfa bebía del mate

El negro de la mancha de la vaca
auguraba a los ojos de Patricia
la bienvenida a los campesinos

Me da por observar más tiempo
la placa dental de mi madre
como toda universalidad que se precie

El moledor sigue adosado al árbol



II

Había que llenar el tarro
porque el tarro llenaba la bandeja
Y la jornada comenzaba a las seis de la mañana
Y cada frambuesa era recolectada
como si fueran pequeñas caricias
Hasta las doce
alcanzaba cinco llenas
No era el mejor ni el peor
simplemente éramos uno con el sol

La escopeta estaba colgada
en el umbral de las dos piezas de madera
Los sapitos y los perros salvajes
existían como la artesa donde la mujer
enjuagaba la ropa

Esa mujer era mi madre
antes de que el huaso
le lanzara el plato en la cara

Una mujer más golpeada en el mundo
Primera herida de nacimiento

III

Desierto quedó tu hocico de palabras
La fuente de agua preparó el rescate de los niños
Se lanzaban agua como charcos de
un mismo oriente
Y yo apelo a la infancia destrozada por el huaso
A la bandeja de morones
Al cajón lleno de tomates
Al ñachi de las almas estropeadas
Una a una, medio a medio





El perro lame la uña herida del campesino
No era un embarazo, era un tumor
Y las avispas rondaban el desollamiento
como precio de una muerte abrupta
y rosarios y rosarios y rosarios

IV

No deseo frases claras ni nombres
Me vuelvo orejas cortadas de perro
Me vuelvo caldo todos los días
Un manojo de mansedumbre a caballo
Apenas un destello de garabatos escupidos
Pero sin mencionarlo:
un martillazo en el cráneo de la vaca
Un gargajo
Un llanto en la roca

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

MENCIÓN HONROSA

Luis Antonio Lagos Leiva

47 años

Funcionario Casa de la Cultura

Linares, Región del Maule

MUERTE DE CHANCHO

Cuando el sol recién ilumina los picachos nevados de la cordillera
Y el silencio de la neblina es agujereado por el canto de los gallos
Rompe el fuego en la vieja cocina entre el humo y las velas
La tetera ya se arranca cual trena vapor
Las abuelas preparan el mate con cedrón y menta
Y un caldo del día anterior es recalentado como merienda

Desde más temprano aún, cerca del viejo nogal
Hierven los fondos oscuros sobre otro fuego mayor
Que se levanta junto al chiquero.
La llovizna es tan débil que sus gotas se desvanecen al calor del fuego

Juan Bautista, mi padre, guerrea fuerte con el chancho
El mismo traje mi padrino de regalo pa' mi santo
En engorda desde el verano
Ya está listo en pa'l cuchillo
Pa' la batea pa'l berrinche como es sabido
Ya se oyen los chillidos del animal que se resiste
Como si supiera que son sus últimos suspiros
En eso se suman al trajín Alfonso Gandarillas, Aníbal Ferrada y Estanislao Candía
Viejos duros de lazo montaña
Que se arremangan la camisa
Para entrarle a la refriega con el bruto



Todo es chillidos y alboroto
El cacareo de las gallinas se confunde
Con las risotadas del viejo Gandarillas

Al poco rato, el silencio se adueñó del espacio
Doscientos kilos de animal a merced del cuchillo
En una olla de greda mi madre recibió la sangre
La abuela picó las cebollas
Y en unas horas salieron las prietas

El chancho está tira'ó murmuró don Aníbal
Al tiempo que destapaba un chuico de vino tinto
El primero del día resopló Estanislao Candia.
El primer chuico, la primera copa
Sonaron los brindis a vaquita echá

La lluvia se hizo más gruesa
Más tarde se entonaron los cantos
Corrió el asado y se llenaron longanizas
Pa' colgar al humo de la cocina
Los chicharrones hervían en la manteca
Cuando se vaciaban otros dos chuicos
Como agua se tomó el vino
En la fiesta de San Juan
De la cabeza se hizo el queso
Y amasado fue el pan.

La casa se llenó de vida
De hombres mujeres y niños
Pobres todos del barro nacidos
A los pies de la montaña entre bosques y caminos
Yo no los olvido ni a los viejos ni a los niños
Ni aquella humanidad que de la tierra nació
Qué más quisiera ahora
Volver a esa infancia a ese día
Y cantar con todos ellos
Entre guitarras asados y vino.

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

MENCIÓN HONROSA

Mario Muñoz Olivares

79 años

Iquique, Región de Tarapacá

COSTRAS Y OLVIDO

La pampa...
Inmenso sudario de mares antiguos o lagos;
Brillante marrón, arriba tus lágrimas,
Tus noches son frías de olvidos,
Tus días fragua en tus entrañas;
Con tenues ovillos de hilos helados
Cubre tus senos de costras
La gélida "camanchaca",
Llegando su hielo a las almas
Que aún penan en Peña Chica,
Que aún rondan en Cala-Cala.

Y empujas tus sueños de olvidos
Haciendo parir de tu suelo
Pequeños volcanes de tortas de ripios
Y escarban tus uñas los surcos,
De bruñidos rieles caminos de máquinas,
Locomotoras con calderas de dragones,
Negras de grafito, sus caras pintadas.

San Donato... San José... Don Guillermo...
Peña Chica... La Santiago... Baquedano...
Keryma, orgullosa de tener enfrente



Un mínimo oasis, que entre verdes plantas
Navegaba un "barco-batea",
Una humilde alberca regalona de agua,
Donde niños a "poto pela'o"
Hacían cabriolas cuando se bañaban.

Y en camino recto, rumbo hacia Huara,
Divisaban ojos "ripios" de montañas,
Parecían muelas de Marte o la Luna,
Ripio de Mapocho, muerto en el cincuenta.

Rumbeando hacía este, Rosario y Negreiras
Y mirando a Huara, Ramírez ya muerto,
Y más hacia el mar Humberstone y Pozo
El último aún queda respirando
En casas de barro y recuerdos de antros.

Pampa...

Si más hacia el sur tu cuerpo florece,
Déjame que ponga en tus "costras" flores de papeles
Yo miré a la mar en mi nacimiento
Y en flores de latas... te dejo estos versos.

PREMIOS NACIONALES POESÍA DEL MUNDO RURAL

MENCIÓN HONROSA

Angélica Alejandra González Guerrero

Poeta

Rengo, Región de O'Higgins

EN AQUEL PUEBLO

En aquel pueblo
Jugué a la pelota
Corrí por entre los manzanos
Me revolqué sobre el trébol
Comí las ciruelas maduras del último ciruelo
del patio de mi casa
Y fui feliz
Con mis abuelos que trabajaban
en la cosecha de sus frutos
Parpadée mil veces
y siempre fue una imagen nueva
la que me volvía a la realidad de mis 9 años

Caminé por los caminos embarrados
bajo la lluvia eterna de julio
correteando a las vacas para que el nuevo día
fuera un amanecer criado en un campo libre

Dieron a luz unas chanchas un día
Y fue un milagro de la tierra que me hizo tener fe por primera vez
Conocer los rezos y mirar al cielo en plena noche de luz eterna



En aquel pueblo
A veces la soledad fue profunda
La niñez sin padres es dolorosa
Pero los abuelos reían
Y la vida se hacía una infinita belleza
El pan con manteca en la mañana
El té de hoja remojado en la taza
El fuego rojo consumiendo la leña seca
Los pavos picoteando los granos de maíz
en la puerta de la cocina de adobe que nos guardaba
como a unos pastos tiernos
Todos motivos para mirar más allá de la ventana
y burlarnos del tiempo

Fui feliz
Mis manos se tocaron como dos recién nacidos
Y el arado a lo lejos rompía la tierra
Y de atrás caía la semilla desde las manos morenas
de mi abuela en el surco tierno y fértil
Nacieron muchas plantas nuevas
Las tórtolas miraban ansiosas desde el alambrado
Los queltehues se paseaban como dueños de casa
Todo se compartía con una larga carcajada
Todo se descubría con un infinito asombro

Y creo en mi historia
En ese anochecer estrellado de verano bajo el sauce
Creo en la felicidad de aquel pueblo

Los saltamontes me quitaban el sueño
Eran todos distintos
Saltaban por entre los pastos verdes
Conjugaban mis deseos de seguir soñando
Y eran profundos los sueños de ser grande y pololear con mi vecino
Eran profundos los sentimientos por lo cotidiano



Por los olores de la comida de mi abuela
Los porotos con riendas
Las pancutras
Los asados de fin de semana
Era profundo el deseo de volar acompañada de mis pájaros

En aquel pueblo nunca crecí
Soñé como nadie soñó
Y una madrugada del año 1993 desperté

Hoy en aquel pueblo no estoy
Pero aún recuerdo aquel pueblo
Donde aprendí a sonreír
Donde por primera vez conocí a Dios





17° CONCURSO DE

Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural 2009





17° CONCURSO DE

Historias, Cuentos y Poesía del Mundo Rural 2009

Editado por la Fundación de Comunicaciones,
Capacitación y Cultura del Agro FUCOA.
Ministerio de Agricultura

Diseño y diagramación:
Unidad de Diseño de FUCOA.
2010